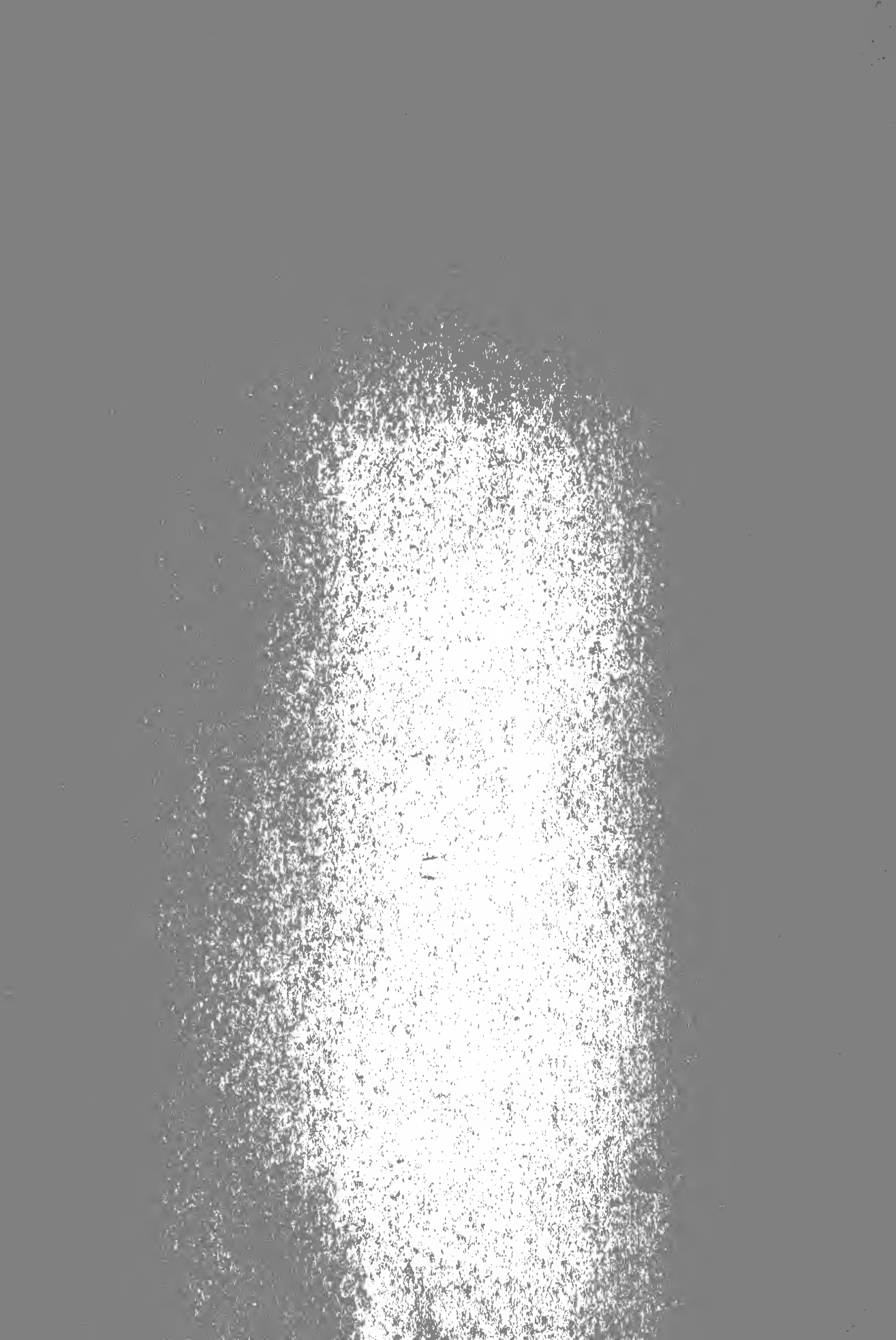
3 1761 08695603 4



BIBLIOTECA NUEVA.

LA CAMPANA DE HUESCA.

CRONICA DEL SIGLO XII.

POR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

MADRID:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA, CALLE DE LAS INFANTAS, NÚMERO 17.
1854.

Printed in Spain

LA CAMPANA DE HUESCA.

2276c

LA CAMPANA DE HUESCA,

CRONICA DEL SIGLO XII,

POR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

con cierto prólogo cortado al uso, y ajustado con mano amiga al cuerpo de la obra,

POR

EL SOLITARIO.

331460
17. 9. 36.

MADRID:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA, CALLE DE LAS INFANTAS, NÚMERO 17.
—
1854.

Esta obra es propiedad del editor, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima; y en lo concerniente á las traducciones extranjeras, se acoge en un todo á los tratados de propiedad literaria.

A D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS,

DEDICA ESTAS PÁGINAS EN TESTIMONIO DE AFECTUOSA AMISTAD.

El Autor.

PROLOGO.

C'est *mieux que de l'Histoire*, dijo el mas encumbrado de los críticos y literatos de Francia, al leer una de las mas agradables ficciones que escribió el famoso novelador escocés Gualtero Scott, en la que se trataba y describia la época interesante, aunque turbulenta, de María Stuardo. Nosotros no irémos tan allá como Mr. de Villemain en nuestros encomios, ni respecto del género, ni respecto de los escritores que lo cultivan. Pero sin rebozo ó vacilacion alguna podrémos asegurar, que si la novela histórica alcanza ciertos quilates de bondad y perfeccion, quedando siempre la fábula muy por bajo de los fueros de la verdad, adquiere esta mayor realce y mayor ascendiente en el ánimo de los lectores por los atractivos y adornos que ha de saber prestarle el autor, y por los estudios é investigaciones que por fuerza ha de hacer sobre el período ó punto histórico que quiere recorrer supuesto que haya de dar á su obra novedad en los caractéres, fidelidad en la pintura de los países y de las costumbres, proporcionándose medios naturales, aunque maravillosos, para cebar y entretener el ánimo del lector, sin romper por ello ni para ello, ni con la verdad de los sucesos, ni con el hilo de la tradicion y de las historias

No es esto solicitar ó hacer valer un título de prioridad ó de primogenitura en favor de la histórica que posponga y perjudique las aspiraciones y derechos de los otros géneros de la novela. Para medrar en cualquiera de ellos, es forzoso señorear el idioma, ser ciertos de sus misterios, y poseer todos sus tesoros y recursos. Las situaciones en que el autor ha de poner á los personajes, si han de inspirar interés, los pensamientos que les ha de sujerir de diversa laya y aun de encontrada condicion, pero siempre con felicidad en la expresion y con frase genuina y castiza; y, en una palabra, el hacer que obren y hablen tan lejos de la trivialidad cuanto de la exageracion, guardando el difícil medio de lo propio, natural y adecuado, colocando cada cosa en su lugar y término, obliga indudablemente al autor de esta clase de ficciones, á ser maestro en el idioma que maneja, á conocer todos sus registros y secretos, familiarizándose de tal modo con ellos, que pueda recorrerlos, sacarlos, recojerlos, combinarlos de cien maneras diversas con graduaciones y entonacion mas alta ó mas baja; y que todo se ajuste convenientemente á la manifestacion de los diversos afectos del alma, á los sentimientos variados del corazon, desde lo mas tierno, á lo mas terrible, y á las concepciones múltiples de la inteligencia, desde el desenfado del chiste y de la sátira hasta las abstracciones del filósofo, los razonamientos del estadista, y las pláticas variadas y diálogos diversos de todos los estados y edades de la vida, de todas las clases y condiciones de la sociedad. Pero si la novela filosófica, la picaril, la de sentimiento lastimoso ó la pastoral, y aun tambien todo el inmenso séquito de cuentos, leyendas y aventuras deben vencer tamañas dificultades, todavía la novela histórica ha de luchar con un imposible casi, que no dificultad, cual lo es en asunto y tarea de amenidad y de florida recreacion, habérselas con los libros in fólio, con los rancios mamotretos y con los pergaminos mohosos y carcomidos. En esta lucha corren riesgo la laboriosidad y las vigilias del novelista de adquirir los arcanos de la historia, perdiendo el ardor vivo de la primera inspiracion, la flor de los primeros pensamientos y la variada ternura de los afectos, marchitándose y enmoheciéndose todo con las indigestas rapsodias de los comentarios, con la descarnada esterilidad de las crónicas ó con la insulsez de los protocolos. Si por rehuir tamaño mal descuida el beneficio de tan indispensables mineros, entonces, conservando acaso algo de la primera gentileza y bizarría, sin duda alguna deja de adquirir las prendas y cualidades que mas han de realzar su obra y el propósito de sus tareas; porque por fértil y creador que sea en imaginacion, no ha de encontrar recursos para dar originalidad á sus personajes, no hallará colores ni cambiantes para dar toques que distingan y aparten los términos de su cuadro; echará solo mano de esas generalidades de caractéres y sentimientos que

son la muerte afrentosa de las obras de imaginacion. Y si en su despecho pugna y quiere salir de tales vulgaridades, sin dudar en ello que ha de caer en lo inverosímil y exagerado, que es el peor de todos los ridículos. Para la creacion del *Zadig* ó del *Micromega*, para los cuadros risueños de la *Galatea* y de la *Estela*, suponiendo los primores de la diccion y la magia del estilo, podrá bastar una inspiracion feliz, el aspecto y contemplacion de una escena ó cuadro campestre, así como una intriga bien urdida y llevada á feliz desenlace, ó las maravillas de un viaje fantástico, ó los aforismos de la educacion y de la moral, engalanados con los atavíos de la ficcion. Pero esto no es bastante para crear composiciones que entretengan, que arrebaten, que despierten los nobles sentimientos del patriotismo, del amor, de la raza; que conviden á rendir un culto ardiente y noble á la virtud, á la lealtad; que evoquen las sombras de los héroes; que resuciten de nuevo las escenas gloriosas de la historia patria, y que con la memoria de las pasadas estimulen la ejecucion de otras acciones nobles, esforzadas, manteniendo viva siempre la llama del entusiasmo; ni para aficionar á los lectores á todas las inspiraciones de lo sublime y de lo bello, como sucede con leerse las páginas del *Monasterio*, del *Ivanohe*, del *Vaverley*, y de otras producciones del novelista escocés. Para ello es forzoso (sin necesidad de volver á encarecer su importancia), el estudio, no somero, sino profundo é investigador de la historia. Y si los ensayos y tentativas en nuestra literatura, singularmente en las composiciones de amenidad, han sido infelices y de ruin éxito en los últimos tiempos, no habia razon para esperar mejor fortuna en aquellos ramos en que son mayores las dificultades, como sucede en la novela histórica. Las muestras que en este género dió la imprenta de Valencia, años há; los esfuerzos que en el mismo camino hizo por el propio tiempo la imprenta de Barcelona, y otras tentativas hechas en la misma córte, han probado, ó que las dificultades son insuperables, ó que el ingénio español, á lo menos en los tiempos que alcanzamos, es insuficiente para semejantes empeños literarios. Pero como ambas suposiciones, si por una parte son exajeradas, por otra rebajarian en mucho las prendas de inventiva y de imaginacion que todo el mundo reconoce en los españoles, es necesario achacar semejante esterilidad, no á otra causa que al criminal olvido en que se encuentra la lectura de nuestros anales y de nuestras crónicas. En cuanto el ingénio español, dando de mano á su idolatría por la literatura francesa, y como por curiosidad ó desahogo excepcional ha fijado sus estudios en alguna época de nuestra historia y ha dejado correr la pluma, han asomado frutos sazonados, que por su buen sabor, pudieran dar esperanza de mas exquisitas cualidades, si el cultivo hubiera coadyuvado á la índole y buena naturaleza de la planta. *El doncel de D. Enrique el Doliente*, *el Conde de Candespina*, *el*

Golpe en vago (1), *Doña Blanca de Navarra*, sin excluir esta ó la otra de merecidos quilates, y que no sabrémos recordar ahora, son una prueba de tal verdad. Y es que mientras los ingénios españoles no se resuelvan á romper el yugo de la literatura extraña, no cesando en esta noble porfía hasta que recobre la propia y nacional su antigua independencia y originalidad, quedarémos indefinidamente en esta humilde inferioridad, que literaria y políticamente ejerce mayor influencia de lo que se cree, así en nuestra condicion presente como en la futura.

El autor de *La Campana de Huesca* es sin duda uno de los que con brios en el corazon, con altas miras y de trascendencia en literatura, y con muchos estudios históricos en su memoria, ha querido alistarse en esta bandera de verdaderos ingénios españoles. Aparte de otras buenas circunstancias que asisten á *Cánovas del Castillo* para este empeño literario, es necesario darle el parabien por el feliz acierto que ha logrado en la eleccion de su asunto. No hay region, ciudad, comarca, ó rincon alguno en nuestra península, por apartado ó desconocido que parezca, que no ofrezca en sus tradiciones, crónicas, ó anales, esos sucesos interesantes, esas hazañas maravillosas, esas anécdotas curiosas, que son como el saborete apetitoso de la historia, propio y adecuado todo para dar pié y urdimbre á narraciones agradables, ofreciendo ancho campo á la novela histórica; pero el período en que en nuestras crónicas aparecen los reyes héroes de Aragon, con el séquito de sus barones y ricos-hombres, de aquellos gigantes de esfuerzo llamados *almogábares*, es sin igual sobre todo encarecimiento, no solo para la novela, sino para la misma epopeya. Hablando en verdad, y sin que nos ciegue el amor propio de españoles, pues en ello están de acuerdo todos los hombres entendidos de Europa, los hechos de los almogábares y personajes como el infante D. Fernando, Berenguer, de Entenza, Rocafort, Garceran, y otros ciento, pudieran merecer los mismos honores que los argonautas, los héroes de Troya, y los compañeros de Godofredo de Bouillon. *Cánovas del Castillo*, si ha hecho un gran servicio á la historia, resucitando y poniendo de bulto ante los ojos de los lectores un período de aquella historia y algunas de las fisonomías terribles de los almogábares, todavía debe alcanzar mayor merecimiento de los aficionados al drama, al poema, á la novela y á la leyenda, señalándoles con su propio ejemplo los tesoros, las regiones riquísimas, el *Dorado* verdadero de donde el ingénio español y la invencion creadora de nuestra juventud estudiosa, pueden sa-

(1) No mencionamos la niña de Gomez Arias de Trueba y Cossío, porque no se escribió originariamente en castellano.

car larga copia de asuntos, de caractéres, de pormenores inestimables y de accesorios abundantísimos de poesía para enriquecer á un tiempo nuestra literatura en muchos ramos, y ganar fama con originalidad y dotes propias.

Tres han sido, segun nuestro entender, los intentos que ha llevado el novel novelista en la ejecucion de su trabajo: el ofrecer un cuadro verídico de la historia de Aragon en el siglo XII, poniendo en contraste las diversas clases que formaban entonces el cuerpo de la nacion: el bosquejar la condicion singular y en oposicion siempre consigo mismo del Rey monje, y el tejer una narracion por estilo tal, que ajustándose muchas veces á la razon histórica, consienta sin embargo la diversidad de entonaciones que trae consigo la variedad de situaciones y personajes que exigen las condiciones de la novela.

En el desempeño del primer intento, fija mucho la atencion del lector la descripcion y aquilatamiento que hace del hombre almogábar, personificado en Aznar Garcés, no solo leal servidor y escudero de D. Ramiro, sino su valedor incesante y en todos los peligros el Angel de su guarda. Esta laya de hombres, llamada de los almogábares, fué por mucho tiempo en España, y singularmente en Aragon, la parte mas terrible de los ejércitos de nuestros reyes, contra propios y extraños. No viviendo mas que del botin, de poca costa eran para el Erario del rey; y como obedeciendo por natural inclinacion y respeto sus mandatos, aunque siempre con la feroz independencia de su condicion, era la gente mas á propósito con los gremios y burgueses de las ciudades para poner á raya en un principio, combatir despues, y contrarestar al fin las demasías é insolencias de los barones y ricos-hombres, árbitros de la soberanía real y tiranos de las comarcas y provincias. Y llegado este punto, no parece fuera del caso apuntar algo sobre la etimología y significacion de esta palabra almogábar, bosquejando al propio tiempo su traza, armadura y modo de combatir, y recordando últimamente algunas de sus expediciones y hazañas.

No entra en nuestro propósito apuntar una por una todas las opiniones que sobre el orígen de los almogábares se han asentado por antiguos y modernos escritores. De todos ellos lo que se deduce es, que los almogábares no formaban un cuerpo de nacion distinto de los españoles, como Paquimerio y Moncada, que en este punto le siguió inadvertidamente, lo sintieron, haciéndolos venir de los abaros, uno de los pueblos que tomaron parte en la destruccion del imperio romano. A ser los almogábares un cuerpo de nacion diversa, era regular que tuviesen su asiento en pueblos, comarcas ó distritos determinados, y que sus nombres y apellidos guardasen consonancia con la lengua de sus antepasados. Ninguna de estas

señales conviene con los llamados almogábares. En los copiosos nombres que de estas gentes nos conservan Montaner, Desclot, y otros autores, y en los apuntes interesantes que de la naturaleza, vida y hechos de muchos de ellos nos han comunicado por sus escritos, aparece todo lo contrario. El capitan almogábar que en la sorpresa que dieron á los de *Alenson*, en Calabria, no pudo recobrarse en nuestras galeras para morir exánime despues de haber rematado á cuatro caballeros franceses, era de Tárrega; y además de otros muchos hechos que pudieran aducirse, Montaner cita á cierto propósito veinte almogábares que eran de Segorbe, y otros autores á cien mas, todos con nombres españoles, y de diverso solar y patria. Es mas que creible, sin embargo, que en aquella milicia se alistasen muchos muzárabes y otros hombres de frontera que fuesen hijos de las comarcas lindantes á los enemigos, de revuelto linage, y que si en fe se preciaban de cristianos, pudieran confundirse con los moros en costumbres y trajes.

Sabido es que D. Alonso el *Batallador*, en la expedicion que llevó á los últimos confines del reino de Granada, se trajo á su regreso mas de 12,000 cristianos muzárabes, que hasta allí habian vivido bajo el yugo sarraceno, y que abandonaron el suelo natal por vivir libremente en la religion de sus antepasados, huyendo al paso del castigo que temian de parte de los moros por haber dado ayuda á la invasion. Tambien se sabe que estas gentes las derramó el monarca aragonés por várias ciudades, como en Calatayud, Borja y otras, y en diversos puestos de la frontera, para que pudiesen vivir; y que como prácticos en la guerra con moros, les fueran mas dañosos enemigos. De estas gentes y sus hijos, y de los demás soldados que vivian en la frontera, como ya se ha señalado arriba, se formó en gran parte aquella famosa milicia, reclutándose tambien con los aventureros y voluntarios de las grandes ciudades que querian tomar tal género de vida dura, libre, llena de peligros y privaciones, pero próxima acaso á ganar mucho botin y riqueza. Algunos árabes, por orígen ó por nacimiento, pudieron, pues, andar juntos en empresas militares con los cristianos de la época, que el vivir en un mismo suelo los dos pueblos, daba sobrada ocasion para semejantes alianzas y conciertos; pero sería llevar las cosas á una exajeracion absurda y no comprobada con la historia, atribuyéndoles, como nacion en cuerpo, participacion en estos sucesos. Los almogábares eran tropas de frontera, compuestos por la mayor parte de gente endurecida, feroz y desalmada, siendo, no abaros ni árabes, sino mas bien cristianos, y aun hidalgos, que por sus malas andanzas ó por aficion á la vida de los campos, se daban á aquel ejercicio. Pueden considerárseles como unas tropas lijeras, con todas las condiciones del legio-

nario ó falangista mas firme; tropas, en fin, no inferiores á las antiguas legiones, y de una superioridad indisputable, si se comparan con los soldados de tiempos mas modernos. La palabra *almogábar* quedó despues por apellido ilustre de familia, y nuestro famoso Boscan lo llevaba como apellido materno. Ni se crea tampoco que las provincias y ciudades del reino de Castilla fuesen agenas al reclutamiento de esta milicia. En las partes de Asturias, en las montañas de Galicia, se reclutaban compañías de estas gentes, que iban á tener frontera en los puertos del Muradal, que era como entonces se apellidaba la Sierra-Morena. Los llamaban *Golfines*, y segun *Desclot* eran por la mayor parte hidalgos, que por no tener bastante hacienda para vivir segun su estado, ó por haberla jugado ó gastado, ó bien por algun delito que los ausentaba de sus tierras, tomaban las armas, y por no saber otro modo de vivir, allí se iban á tener frontera con los moros de Andalucía. Por lo tocante á la etimología de la palabra almogábar, dirémos que no es mas que el participio de cierta forma de un verbo árabe (1), que significa entrar impetuosamente talando y haciendo correrías en país enemigo; y como para hacer frontera, ya defendiendo las propias, ya invadiendo las enemigas, era necesario tener hombres armados que se dedicasen á tal menester, de aquí el que así los aragonéses y castellanos, como los mismos árabes, diesen igual denominacion á tales tropas.

El título XXII de la II Partida, que en su epígrafe se propuso hablar de los almogábares, aunque despues en el cuerpo de él no vuelve á nombrarlos, define cumplidamente, así la traza de sus personas, como su natural feroz y calidades. Por la lectura de estas leyes, de cuyo tenor se desprende que en Castilla se trocaba á veces la voz peon con la de almogábar, como se confunde con frecuencia el género con la especie si se habla sin gran distincion en otras materias, y los recuerdos que se encuentran en Montaner, Desclot, Bagaz, Zurita y otros historiadores, se representa á la imaginacion el tipo de aquellos soldados terribles. De estatura aventajada, alcanzando grandes fuerzas, bien conformado de miembros, sin mas carnes que las convenientes para trabar y dar juego á aquella máquina colosal, y por lo mismo ágil y ligero por extremo, curtido á todo trabajo y fatiga, rápido en la marcha, firme en la pelea, despreciador de la vida propia, y así señor despiadado de las agenas, confiado en su esfuerzo personal y en su valor, y por lo mismo queriendo combatir al enemigo de cerca y brazo á brazo para satisfacer mas fácilmente su venganza, complaciéndose en herir y matar; el soldado

(1) Jacobo Golio, pág. 1740. Pugnator bellicosus qui multum excurrit in hostem.

almogábar ofrece á la mente un tipo de ferocidad guerrera que hace olvidar la idea del falangista griego y del legionario romano. Su gesto feroz parecia mas horrible con el cabello copioso y revuelto que oscurecia sus sienes; los músculos, desiguales y túrjidos, se enroscaban por aquellos brazos y pechos como si las sierpes de Lacoonte hubieran querido venir á dar mas poder y ferocidad á aquellos atletas despiadados. Su trage era la horrible mezcla de la rusticidad goda y de la dureza de los siglos medios; abarcas envolvian sus piés, y pieles de las fieras matadas en el bosque le servian de antiparas en las piernas; una red de hierro, cubriéndole la cabeza y bajándole en forma de sayo, como las antiguas capellinas, le prestaba la defensa que á la demás tropa ofrecian el casco, la coraza y las grevas; el escudo y la adarga jamás la usaron, como si en su ímpetu sangriento buscasen mas la herida y muerte del enemigo que la defensa propia: no llevaban mas armas que la espada, que ó bajaba del hombro de una rústica correa, ó se ajustaba al talle con un ancho talabarte y un chuzo pequeño á manera del que despues usaron los alféreces de nuestra infantería en los tercios del siglo XVI: la mayor parte llevaba en la mano dos ó tres dardos arrojadizos á azconas, que por la descripcion que de ellos se hace, se recuerda al punto el terrible *pilum* de los romanos; ni los desembrazaban y arrojaban con menos acierto ni menos pujanza; bardas, escudos y armaduras, todo lo traspasaban hasta salir la punta por la parte opuesta. En el zurron ó esquero que llevaban á la espalda ponian el pan, único menester que llevaban en sus expediciones, pues el campo les prestaba yerbas y agua si no llegaban al término de ellas, ó en las ciudades y reales enemigos encontraban despues largamente todo género de manjares. La crónica M. S. S. de Corbera, ocupándose del soldado almogábar, dice entre otras cosas, que su vestido en invierno y verano era de una camisa corta, una ropilla de pieles, y unas calzas y antiparas de cuero, abarcas en los piés y un zurron, en que llevaban algun pan para su sustento cuando entraban por tierra de enemigos; que moraban mas en las soledades y desiertos que en lo poblado; que comian yerbas del campo, dormian en el suelo; padecian grandes incomodidades y miserias; estaban curtidos de los trabajos; tenían increible lijereza y gallardía; hacian contínua guerra á los moros; se enriquecian con los robos y cautivos, y tal era su profesion y sus servicios. Todavía puede añadirse que para tales soldados nada era imposible ó dificultoso. El rio mas caudaloso lo pasaban á nado; ni el rigor de la escarcha ó hielo, ni el ardor del sol mas rigoroso, hacian mella en sus cuerpos endurecidos; la jornada mas dilatada y áspera, era obra de pocas horas para ellos; y diestrísimos en la lid, cautos cuando convenia, silenciosos á veces para ser mas horribles en su alarido, llegado el caso,

excesivos en sus saltos, muy ágiles en sus movimientos, y por consiguiente certísimos en los asaltos é interpresas, al grito de *hierro, hierro, despiértate* azotando el hierro contra el hierro, ó contra el suelo, toda misericordia estaba ya por demás. Tal fué la milicia de los almogábares, y tales los soldados que apareciendo en Italia para defender los derechos de la casa de Aragon á la corona de las Dos Sicilias, llenaron primero de extrañeza y luego de espanto á todas aquellas comarcas y á los capitanes y tropas que allí combatian. Si estas singulares prendas militares; si estas esforzadas prendas del cuerpo y ánimo de los almogábares, se representan tan viva y verazmente en la persona de Aznar Garcés, todavía el que busque mayor alimento para su curiosidad y mayor satisfaccion á su altivez nacional en la ejecucion de hazañas inauditas, no tiene mas que consultar los escritos y crónicas antiguas citadas, y entre los modernos las obras de Amorí, de Buchoz, y de otros, refiriendo todos los hechos casi increibles de los almogábares en Cataluña, en Sicilia, en Italia y en Oriente.

Los barones y ricos-hombres son figuras de grande efecto en el cuadro, y la sobrada soberbia con que aparecen frente á frente con su rey y señor natural, tiene cierta explicacion, si no disculpa, porque despues de la catástrofe del Rey batallador, la noble altivez de ellos habia salvado la integridad y la independencia de la corona de Aragon. Sabido es que el rey D. Alonso por su testamento habia llamado á la herencia de sus señoríos, territorios y dominios á las cuatro órdenes del Sepulcro, del Hospital, del Temple y de San Juan de Jerusalen. Los barones y ricos-hombres, sin embargo del entusiasmo con que idolatraban al Rey héroe, estimaron como nula é írrita aquella disposicion, y como excesiva del poder real, y considerando que la cogulla y mitra que cobijaba las sienes de D. Ramiro no lo invalidaba para la corona en trance de tanto apuro, lo sacaron del cláustro haciéndolo subir desde el pavés al trono. No es extraño, pues, que por tal servicio, y como forzosa consecuencia de un acto casi omnímodo de soberanía, se creyesen aquellos próceres y magnates exentos de los miramientos debidos á la potestad real, teniendo mas en cuenta lo excesivo de su autoridad y facultades, que la magestad del mismo rey. Puesto que *Cánovas del Castillo* ha escogido para asunto de su novela la tradicion de la catástrofe de Huesca, fuerza era que recogiese, no solo con sus pormenores, mas ó menos fabulosos, sino que apuntase con naturalidad, y como por incidentes nacidos de la propia narracion, los sucesos y particularidades que pueden explicar aquella insolente arrogancia de los quince ricos-hombres. Por otra parte, el carácter vacilante de D. Ramiro, en contínuo combate, en réplicas consigo mismo entre el deber ficticio y la obligacion

de estado; el hombre de iglesia luchando con el soldado, con el caballero y con el rey, el monge con el esposo, el padre con el asceta cubierto de silicio; y la lucha, en fin, del que se considera precito y condenado con el amante que se siente lleno de voluptuosas inspiraciones al lado de la hermosa Doña Inés, era situacion no la mas propia para inspirar aquel respeto que derramaban en pos de sí el valor heróico de D. Alonso el *Batallador*, de D. Pedro el I, de D. Sancho Ramirez, y de los otros héroes coronados, fundadores de la monarquía de Sobrarve. Aquellos ricos-hombres y próceres necesitaban en verdad un soberano que los excediese en muchos codos de altura, en virilidad, fortaleza y altas prendas de gobierno para que le rindiesen en sus ánimos el feudo de autoridad que por vana fórmula le tributaban, acaso con desden, en las coronaciones y otros públicos ceremoniales. Y no por ello en el carácter de D. Ramiro deja de encontrarse la elevacion y la nobleza propias de un rey. El triunfo de *Cánovas del Castillo* en la pintura de la condicion del rey nos parece completo, y que puede servir de dechado á los que en el drama ó la novela tengan que retratar á esos personages indefinibles que tan comunes son en la historia, y que, consecuentes con la pasion ó el principio que los hace obrar, pasan, sin embargo, de un instante á otro á las resoluciones mas opuestas, á las ejecuciones y actos mas contrarios. Queremos al llegar aquí apuntar un toque delicado del autor, que no puede deslizarse oculto para el lector, que en su aficion por lo bello y lo sublime sepa apreciar estas calidades del sentimiento, aunque no se haga alarde de ello en la narracion. Hay tambien delicadeza en dejar tales descubrimientos á la sagacidad de sentimientos del lector antes que á las razones preventivas del escritor novelista. Aludimos en esto á la maestría con que resaltan y asoman en las acciones del rey monge, casi llenas de delirio y de insania, los alientos y brios de su alcurnia y de su raza. *Cánovas del Castillo* ha querido indicar así que *al noble su sangre avisa*, y que antes que tal sentimiento sirviese de título de comedia para Calderon, servia de oculto estímulo y de poderoso resorte en aquel Rey desgraciado, para resucitar de vez en cuando en medio de sus demencias las altas cualidades de su linage. El amor propio nacional y la dignidad de hombre encuentran una satisfaccion cumplida al ver que por el medio y al través del remordimiento pueril y de las nimiedades y escrúpulos del fraile, se hacen lugar, aparecen, y crecen en altura los nobles pensamientos de rey, y los sentimientos encumbrados de la casa de Aragon. Repetimos que en este punto ha conseguido un triunfo cumplido nuestro novelador; y la historia está de acuerdo en reconocer tales intercadencias de grandeza en el ánimo del Rey monge. La mansedumbre del cláustro no le quitó los brios para hacer reconocer su superioridad en Navarra, y para

hacer soltar al rey de Castilla la posesion de Zaragoza, de Daroca, de Calatayud y de otras ciudades de Aragon, de que se habia apoderado á título de emperador de España, de modo que tales circunstancias vienen á dar todo el valor que en sí tiene al asunto casi principal de la novela, que es el afianzamiento de la corona de Aragon en las sienes de Doña Petronila, y su union con el conde de Barcelona.

La intervencion en el nudo de la novela de *doña Inés de Poitiers* ó *doña Matilde de Aquitania*, segun otros la llaman, como esposa de D. Ramiro, es otra creacion no menos interesante de nuestro novelista. Si bien la historia sospecha que esta señora murió antes del suceso de *La Campana de Huesca*, haciéndose así mas fácil la segunda entrada de D. Ramiro en el cláustro, y la cesion de sus reinos en doña Petronila, su hija, no puede negarse que el seguirse otra opinion contraria en la accion de esta novela, es un medio dramático de darle mayor movimiento, y un recurso de ingénio para encontrar situaciones mas apuradas derramando por todas partes las amargas dulzuras del sentimiento. Y sin sentimiento no puede haber drama, novela, no puede existir obra alguna de imaginacion y de ingénio.

Si por no aguar el placer de la sorpresa á nuestros lectores solo hemos apuntado, sin entrar en citas ni ejemplos, los aciertos que ha alcanzado *Cánovas del Castillo* en esta linda muestra de su ingénio como novelador, con mayor motivo hemos de excusarnos el hablar por menor de las cualidades de su estilo y de las prendas de su diccion. En entrambos primores del difícil arte de escribir raya muy alto nuestro novelista, sin que baje de punto en la viveza del diálogo, en el artificio de las réplicas de los interlocutores y en la destreza con que se lleva la curiosidad del lector en estas conversaciones y pláticas, de modo, que como por la mano lo conduce á conocer el propósito y los intentos de los personajes, siempre con recreacion y entretenimiento. Aquí se demuestra la aplicacion de lo que digimos en el principio de este discurso, á saber; que en esta clase de escritos y narraciones es necesario entrar muy familiarizados con todos los recursos que ofrece idioma tan rico y variado cuanto lo es el nuestro por la diversidad de sus orígenes, y la abundancia de sus términos, giros é idiotismos, para recorrer hábil y diestramente por todos sus registros, combinándolos, recogiéndolos, y desplegándolos al hábil discernimiento del artista, ni mas ni menos que como el famoso *Litz* recorre con los dedos el variado teclado de un armónico y copioso piano. En este punto no podrán menos de ser tenidos en mucho los servicios que á la lengua ha prestado *Cánovas del Castillo*, y que puestos al lado de los que de algunos años á esta parte han prestado tambien otros laboriosos hablistas, han traido al acerbo comun de nuestro riquísimo insondable idioma, las creces de palabras, frases y términos, casi olvidados,

ó ya por la incuria y pereza de los escritores, ó ya por la mala leccion de traducciones incorrectas, ó ya, en fin, por la mala direccion que dan nuestros planes de estudios al cultivo de las humanidades, de la lengua patria y de todo género de elocuencia. *Cánovas del Castillo*, por la leccion y estudio que ha hecho de su idioma nativo, será indudablemente leido y aun estudiado sabrosamente por cuantos sean amantes de las galas del castellano: este es el solo, pero el mas subido premio que de sus vigilias puede esperar un hablista.

No creemos que este juicio, dictado con el propósito mas firme de imparcialidad y de justicia, vaya mucho mas allá de los términos de una sana crítica hasta tropezar con los términos de la inconsiderada alabanza. Si alguien se subleva ahora contra él, sin duda que al concluir la lectura de *La Campana de Huesca*, ó ha de estar en cabal acuerdo con nosotros, ó no ha de hallarse muy distante de los nuestros en sus apreciaciones y juicios. Pero aun en este último caso, le podríamos dar por excusa que cuando es llegado el trance de las manipulaciones y tratamientos, sin excluir la misma escuela fustigadora de Cristo, nadie trata mal adrede á sus propias carnes (1).

El Solitario.

(1) Aunque segun su etimología y frecuente ejemplo de nuestros antiguos escritores, la palabra almogábar pudiera escribirse con *v*, hemos preferido el uso contrario de escribirla con *b* por seguirse esa costumbre en las publicaciones últimas que mencionan esta clase de milicia. Lo mismo podemos decir usando la voz abaro con *b* en vez de avaros pueblos que vinieron de la Scitia.

INTRODUCCION.

EN QUE SE HABLA AL USO ANTIGUO CON EL LECTOR.

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

QUEVEDO.

ORILLAS de la Isuela hallé esta crónica: en aquellas huertas cargadas de árboles frutales, vestidas de flores silvestres, con setos y bardas, que sustentan los sillares del caido muro de Huesca.

Y en verdad, es triste crónica para hallada en lugar tan apacible. Mas si de él quitamos los ojos, y los ponemos en la ciudad, harto se vé que allí pudieron vivir Doña Inés y Don Ramiro: el rey monge, y la reina, ni doncella, ni esposa, ni viuda.

Aun quedan en pié algunas de sus noventa y nueve torres, oscuras unas y fatídicas, risueñas otras y esbeltas, con el disfraz de miradores ó azoteas cuidadosamente blanqueadas, á lo largo del coso. La puerta *Desircata* está allí arrimada á un gótico convento de monjas. Allí está tambien el torreon ochavado, cuya ancha bóveda sostuvo ha siete siglos la famosa campana de Hues-

ca. Menos alto está que entonces, pero no menos firme y oscuro. Las bizantinas columnas de San Pedro, viejas ya en el siglo XI, dan sombra aun al peregrino, y piadoso recogimiento al penitente. Y amenazan el llano todavía las lejanas torres de Mont-Aragon, no menores en fortaleza que las vecinas montañas, donde fué el *salto de Roldan*. Ciudad lóbrega y triste para los que solo buscan el placer de los ojos: agradable para los que prefieren la meditacion y el silencio, para los que gustan de ver las tumbas de los héroes, y de visitar los lugares donde acontecieron las altas hazañas, para los que viven con la memoria, y sienten el amor de lo antiguo.

Sin duda esta crónica se compuso dentro de la triste Huesca, y mano descuidada la dejó perdida en las alamedas de la Isuela. Y, á no dudarlo, fué hombre de verdad quien la compuso; porque, si bien se registran los libros viejos y el romancero, y los pergaminos de los archivos, y los discursos de los críticos, no se halla en ellos hecho ni dicho opuesto á lo que, aquí dice y hace, el *rey monge*.

No está menos ajustado á las crónicas viejas el carácter del conde de Barcelona Don Ramon Berenguer IV, que tan notable parte tuvo en los sucesos que relata la presente.

De Doña Inés y Castana dan los libros escasa noticia; mas, tales como ellas, se hallan todavía mujeres en Huesca, de modo que es de creer cuanto de ellas dice el cronista. Muchas pasean aun los dias festivos por el campo glorioso del Alcoraz, lánguidas y sensibles como Doña Inés, alegres y bulliciosas como Castana.

Aznar fué con efecto muy servidor de aquellos reyes; y á andar entre almogábares, como cuenta la crónica, bien pudo ser como en ella parece: que nadie tendrá por sobrados sus hechos si ha registrado las páginas de Muntaner, Desclot, ó Moncada.

Y recorriendo asimismo, de uno en uno, cuantos monumentos derruidos cubren las silenciosas calles y la verde campiña de Huesca, y cuantos personajes ha hecho famosos la historia de esta época turbulenta, el ánimo se inclina á dar entero crédito al cro-

nista; porque ni se halla en su escrito mentira que parezca dicha á sabiendas, ni en nombre ó cosa se advierte error notable y digno de fundar en él desconfianza. Lejos de eso no habla de nombre ó cosa, cuyo ser no justifiquen documentos antiguos.

Por lo mismo la tarea del copista se ha limitado á descifrar y poner en claro los confusos pergaminos donde por tantos siglos ha estado oculta esta crónica, y á descargar el estilo de voces y frases ha mucho borradas de la memoria de los españoles. No era fácil lo primero, porque los pergaminos son de los que hoy llamamos *palimpsestos*, y no deja de notarse en ellos el viso y señal de las letras antiguas, que acaso tienen en sí embebidos algunos de aquellos libros que tanto echamos de menos en Tácito, Salustio, Livio y otros idólatras. Tal es la causa de que saliese incompleta y oscura la primera copia, y que haya sido forzoso publicar esta otra mas extensa y clara, y ajustada á la verdadera crónica. Ni lo segundo era hacedero como muchos se imaginan, que no suelen acomodarse hechos tan viejos á los novísimos giros y palabras, y las opiniones y discursos de tales cronistas como el que nos ocupa, se resisten á entrar hartas veces, en la pobre y afrancesada lengua que hoy habla España. Mucho son de antigüedad ha perdido en la copia el estilo; pero alguno queda y habia de quedar, so pena de desnaturalizar y corromper la obra.

Quizás no fuera ocioso dar alguna cuenta del autor de ella, diciendo su orígen, patria y nombre, y motivo que tuvo para escribirla. Pero solo se sabe que fué de los muzárabes ó mozárabes, porque en diversos capítulos y lugares se da por cristiano y residente en Huesca, antes de la reconquista, cuando el obispo de la diócesis andaba fugitivo en Jaca, y, en *San Pedro el viejo*, oraban y eran enterrados los hijos de los godos vencidos. Y con ser mozárabe podia venir de padres españoles como de padres romanos, y proceder de algun duumviro ó magistrado de municipio, lo mismo que de aquel Filimer, que al decir de Jornandes, gobernaba á los godos cuando salieron de la Escancia. Que es como decir que nada se sabe acerca de su persona.

Algo mas sabemos ciertamente de la época en que vivió y sucesos á que se refiere en su libro; y no fuera perdida para muchos la ocasion que aquí se ofrece de ostentarse filósofo y político, alargando esta introduccion con noticias y reflexiones acerca de aquella nacion, fundada por monges y guerreros fugitivos al pié del monte Pano, no mucho despues de la tragedia de Rodrigo. Tal vez no pareciera inútil recordar cómo creciendo y dilatándose de dia en dia, primero por los riscos y montañas, luego por los valles y llanuras, habia llegado á ser reina y señora del anchuroso Ebro, cuando poco antes se contentaba con serlo del pobrísimo Aragon, que, con sus aguas, la dió su nombre. Ni estaria de mas decir cómo los fundadores del nuevo reino, recelosos de la monarquía que tan mala cuenta dió de sí en Guadalete, aspiraron á trocar en un género de república su gobierno donde nada fuese el rey, algo el pueblo, todo los grandes ó ricos-hombres. Ni se tendria por importuna la memoria de las dichas y desdichas á que dieron ocasion tales recelos en los vasallos, y el deseo natural en los príncipes, de vivir y obrar á su voluntad y albedrío. Mas de esto, y de las cosas de Cataluña, que tambien se mezclan en el relato, dirán sobradamente las pláticas y sucesos que narra el muzárabe, y si por mas anhelase alguno, gruesos volúmenes de historia han de instruirle, que no tan diminuta crónica como esta.

Baste decir que ella comienza, á lo que se deduce de los pergaminos del muzárabe, en el año 1134 de Cristo: cuarenta y tantos de la era de Mont-Aragon, pues lo último no puede claramente deletrearse: primero del glorioso reinado del buen rey D. Ramiro I y la honestísima reina Doña Inés de Poitiers.

CAPITULO I.

QUE TRATA DE LA MAS FAMOSA FIESTA Y CEREMONIA QUE HAYA TENIDO LUGAR EN LA GRANDE Y NOBILÍSIMA CIUDAD DE HUESCA.

> ..... Et que se levante rey en sedieylla de Roma ó de arzobispo ó de obispo; et que sea areido la noche en su vigilia; et oya su missa en la eglesia..... etc.
>
> *Fuero de Sobrarve.*

De no mentir desde las primeras letras el buen muzárabe, el dia era de los mejores de Diciembre, y grande, grandísimo el júbilo con que los honrados burgueses de Huesca inundaban calles y plazas, á la hora en que él cortó su pluma, y comenzó á escribir esta crónica.

Quemaba el sol como en lo rigoroso de estío, dejando entender que no andaban lejos las nubes; y en tanto su luz vivísima embellecia el mas maravilloso de los espectáculos.

Que fuera todo júbilo en Huesca, es cosa en que bien pudo equivocarse el muzárabe, porque no siempre dan de él clara muestra las galas en las personas y la algazara en los labios: el correr de los unos y el gritar de los otros: los ecos de una muchedumbre que anda y siente y clama á su albedrío.

Mas veces son estas señales de curiosidad que no de júbilo; y lo propio se notan el dia de la coronacion de un rey, que aquel en que se ejecuta una sentencia de muerte, si es famoso el reo por la enormidad de sus crímenes.

Pero en cuanto á lo maravilloso del espectáculo, no es posible que errára el cronista, como que cuenta lo que vió, aunque viejo, por sus propios ojos, y tocó con sus trémulas manos.

Y, no hay dudar, que aquel dia todas las casas de Huesca estaban engalanadas con cortinas de colores vários y ramos de flores recien cortadas, y alfombradas las calles con juncias y siemprevivas, y con arcos á mucha altura levantados, compuestos con ramas de álamo y ciprés, arrancadas en los sotos de la Isuela.

Los villanos de la famosa hoya de Huesca acudian á las puertas de la muralla de tierra, que á la sazon cercaba los arrabales; y, reuniéndose en ella con los cultos oscenses, que al propio tiempo desocupaban sus casas, agolpábanse todos en tumulto á los robustos arcos, flanqueados por altas y fortísimas torres que daban entrada á lo interior de la ciudad.

Mirábanse revueltos y confundidos en aquella gran multitud muy diversos hombres y trajes. Allí los caballeros con labrados arnéses y broqueles, montados en hermosos caballos. Allí los ciudadanos y gente comun con sus abigarrados colores y caprichosos adornos. Allí los muzárabes, vestidos todavía como sus abuelos romanos y godos. Allí los moros recien conquistados, con sus resplandecientes albornoces y turbantes. Allí los cristianos de las mesnadas cargados de hierro. Allí el almogábar, que por primera vez bajaba acaso de la montaña con su ancho capuchon de malla, que caia desde la cabeza hasta las rodillas, y su piel de toro ó de lobo, amarrada con una soga á la cintura, desnudo el pecho y los brazos y piernas; armado con su corta y ancha espada, sujeta entre la piel y la soga, y dos dardos enganchados en esta, de menos que mediana labor, pues consistian en palos de encina ó roble sin descortezar, y puntas de hierro de cuatro lados, agudísimas y limpias, como si sus dueños se ejercitasen contínuamente en afilarlas contra las piedras. Gente esta última de mal ver y de poco cristiana catadura, que andaba con singular desembarazo, mirando, con mas desprecio que asombro, las

pintadas telas y el limpio metal que ostentaban otros del concurso.

—¿Adónde vamos, Fortuñon?

Así dijo uno de tales almogábares á otro, de harta mas edad, con quien venía.

—A la *Misleida*, respondió este.

—*¡Misleida!* No he oido nunca mentar eso, Fortuñon.

—Ni es de extrañar, hijo Aznar, que tanto ignores. Tú no debias de ser nacido cuando tu padre y yo peleamos uno contra veinte en aquella llanura que al frente miras, la llanura del Alcoraz. Pues sábete que de resultas de tal jornada, la mas sangrienta que hayan visto los pecadores, se rindió esta ciudad, tan fuerte como la ves, con sus noventa y nueve torres, que son casi tan altas como nuestros cerros de Jaca.

—Pero ¿y la *Misleida*, Fortuñon?

Repuso el otro almogábar, que no debia ser hombre de espera.

—Paso, hijo mio, paso, contestó Fortuñon. A vosotros, los que sois mozos, debe de daros envidia que los viejos sepamos de tales hazañas. La *Misleida* era la iglesia principal de aquellos perros infieles que ocupaban esta ciudad hermosa. Mírala, Aznar, mira esta ciudad y considera cuánto dolor no sería que estuviese aun en poder de aquel perro de Ebn-Hud y de sus malditos vasallos.

—Eres prolijo, Fortuñon. Dime si te place por qué hemos de ir á esa condenada mezquita de moros, y no á la iglesia de los cristianos donde hoy se celebra la jura y coronacion del buen rey D. Ramiro; que eso y no otra cosa te pregunto.

—¿Qué sabes tú de buenos reyes? dijo Fortuñon con acento un tanto dolorido. ¡Buenos reyes! Desde que una mala flecha quitó la vida á nuestro invicto rey y señor Sancho Ramirez, temiéndome he estado yo que no los viésemos tan buenos. Y aunque D. Pedro y D. Alonso lo fueron y...

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la *Misleida*? Por la espada

de San Miguel y la lanza de San Jorge, que, á no ser quien eres, no pudiera ya refrenar la cólera que me causan tus digresiones. Responde á lo que te pregunto ó no respondas; pero no me atormentes con cosas que sé tan bien como tú á fuerza de oirlas á todas horas.

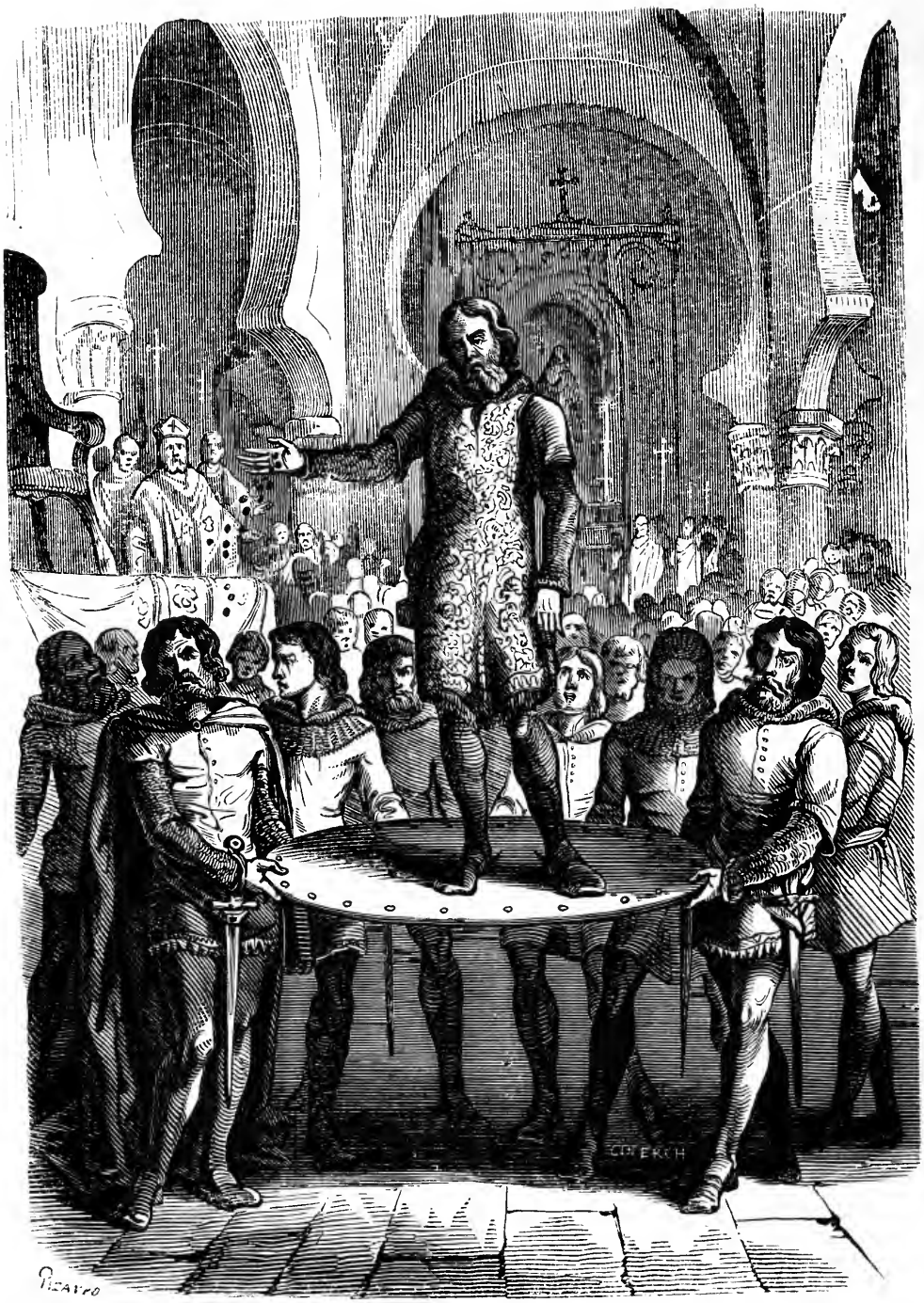
—Paso, paso, te digo, Aznar, repuso con calma su compañero. No envidies mi pericia y conocimiento en esto de buenos reyes. Cabalmente vamos allá á la *Misleida*, á ver la jura y coronacion de D. Ramiro, porque has de saber que el rey D. Pedro (aquel si que era buen rey, Aznar) convirtió la mezquita de los moros en santa catedral de cristianos.

Y á tiempo dijo esto Fortuñon, que llegaban entrambos á la estrecha plaza en donde se levantaba la rica *Misleida*, templo querido y venerado de los moros á la par de las grandes mezquitas de Córdoba y de la Meca, y, á la sazon tenido de los cristianos, por uno de los mejores donde se adorase al Dios verdadero.

En la plaza era innumerable el gentío, y las puertas del templo estaban ocupadas de tal suerte, que no parecia posible hallar entrada.

Fortuñon y Aznar lograron sin embargo abrirse camino por en medio del gentío y las numerosas columnas árabes del templo que no parecia con ellas, sino que era un bosque simétricamente plantado. Lo extraño de su continente y lo espantoso de sus armas y apostura, al propio tiempo que la fama de ásperos y violentos que alcanzaban los almogábares, eran parte á que los pacíficos burgueses abriesen á aquellos ancha calle, no bien intentaban el paso. De esta suerte lograron cosa, que á tales horas no era posible que otros lograsen.

La ceremonia andaba ya bien comenzada. El nuevo rey Don Ramiro, despues de haber velado las armas toda la noche, segun ordenaba la ley del Fuero, habia oido misa y comulgado, ofreciendo luego ante el altar púrpura y oro en monedas, las primeras batidas en su reinado.



En el momento de entrar los almogábares, la comitiva, compuesta de muchos prelados y caballeros, estaba plantada delante del altar mayor.

Ocho ricos-hombres de los mejores del reino alzaron sobre un largo pavés á D. Ramiro, gritando al propio tiempo muy esforzadamente:

—*Real*, *Real*, *Real*.

Y los circustantes repitieron todas tres veces el grito. Entonces el rey, desde lo alto del pavés, arrojó á la muchedumbre copia de monedas nuevas, que podrian valer hasta cien sueldos.

Luego pusieron el pavés en tierra los ricos-hombres; y acercándose el rey al altar donde estaban la espada y la corona, se ciñó una y otra por sí mismo, como en señal de que nadie del mundo tenía derecho sobre él para ponerle ó quitarle los atributos de la magestad y soberanía.

Y aquí advierte el cronista que D. Ramiro anduvo un tanto torpe en el ceñir de la espada, como si no estuviese acostumbrado á ello: bien es que, á darle crédito, en toda la ceremonia se mostró el rey embarazado y con menos magestad que convenia.

Pero, bien ó mal, ello se puso la espada y corona, y luego se encaminó á un tablado dispuesto á la mano derecha del altar, y ricamente forrado de tela de seda con las armas de Aragon aquí y allá bordadas. Encima del tablado habia una silla de ébano, con primorosas labores de nácar y marfil y aun tal cual de oro y piedras, donde el rey se sentó, aguardando que llegase el reino á tomarle juramento.

Subió primero el arzobispo de Zaragoza acompañado de otros dos prelados, y poniéndole delante la cruz y los santos Evangelios, dijo:

—¿Jurais ser fiel á la santa Iglesia católica y obediente á sus príncipes y prelados?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais respetar las decisiones de la Iglesia en sus concilios

y las sentencias de los santos padres en todo lo que atañe al dogma y á la interna y externa disciplina?

—Sí juro, volvió á responder el rey.

—Pues si tal haceis, concluyó el prelado, Dios os lo premie, y si no os lo demande; que sí os lo demandará así en esta vida como en la otra.

Bajó el arzobispo del tablado y subieron tres ricos-hombres, que fueron Roldan, Gil de Atrosillo y García de Vidaura; y el primero de ellos, presentándole tambien la cruz y los santos Evangelios, habló al rey de esta suerte:

—¿Jurais respetar los fueros y privilegios que nosotros los ricos-hombres del reino disfrutamos desde *ab initio*, por la gracia de Dios y nuestro propio merecimiento en paz y en guerra?

—Sí juro, respondió el rey.

—¿Jurais devolver á todos y cada uno de los ricos-hombres del reino los castillos y lugares de que injustamente los han desposeido vuestros predecesores?

—Sí juro, dijo de nuevo el rey.

—Pues si todo ello lo cumplís, repuso Roldan, conservaréis el reino hasta la muerte, y si no lo perderéis en justo castigo del perjurio.

Cuenta el cronista que, al sonar estas últimas palabras, se sintió gran rumor entre el pueblo, que por lo confuso no parecia claramente si era de aprobacion ó de extrañeza; y aunque mas indicaba esta que no aquella, no pudo asentarlo de seguro, porque, como muzárabe que era, no andaba muy ducho en los fueros y usanzas de los conquistadores aragonéses.

No bien acabó el juramento del rey á los vasallos, comenzó el de los vasallos al rey, que fué de esta manera: subiendo al tablado unos tras otros todos los arzobispos, y obispos, y abades, y todos los barones y ricos-hombres, y allí jurando de guardarle el cuerpo y de ayudarle á mantener la tierra, el pueblo y los fueros. Y jurándolo, iban besando todos su mano en señal de obediencia y vasallaje.

Tal ceremonia se halla difusamente descrita en el manuscrito que vamos siguiendo, con los nombres de todos los prelados, caballeros y diputados que se hallaron en ella, las riquezas y pompa que cada uno traia, los colores y divisas de estos y aquellos, y otras tales menudencias que ni son para libro tan corto como este, ni mucho podrian importar á los lectores.

No es de olvidar, sin embargo, que en el punto de jurar los brazos del reino, cayeron del techo de la iglesia multitud de papelicos, de colores vários, con leyendas y trovas escritas en el mal latin y peor romance que por entonces andaba en uso. Costumbre está de echar papelicos á la muchedumbre en fiestas de reyes no tan abandonada como debiera estarlo en nuestros dias.

CAPITULO II.

COMIENZA Á AGUARSE LA FIESTA.

Por lo que no le respetan,
Por lo que le desacatan.
Romancero.

Así como acabó la coronacion y jura, el Rey y su comitiva, dejando el tablado y el altar, se encaminaron á la puerta principal del templo.

Allí fué cosa de ver los empujones, amenazas y carreras que hubo, y los gemidos y maldiciones en que los piadosos burgueses de Huesca prorumpian al sentirse magullados estos, pisoteados aquellos, traidos todos de acá para allá en las oleadas de su propia muchedumbre, anhelosa por ver á luz del dia al nuevo rey.

Pero ¿á qué reparar en ello? En verdad que los bullicios y tumultos no son de este ni de aquel tiempo, y si el buen muzárabe resucitára, habia de verlos tales en nuestros dias, que olvidase aquellos antiquísimos en que él se encontró y puso piés y manos.

Lo que no ha de olvidarse es que aquellos dos almogábares, Fortuñon el uno, Aznar el otro, así como lograron entrar en la catedral y ponerse en buen lugar para verlo todo, cuando ya estaba la iglesia llena de gente, no bien echó á andar ahora la

comitiva real, salieron y se colocaron, muy á su sabor, en sitio donde podian estar presentes á cuanto aconteciera.

En el atrio de la catedral, plantado de álamos blancos muy altos, paró la procesion: montaron á caballo el rey y sus caballeros, y luego tomaron todos juntos el camino del alcázar.

Iban primero diversos bailes y danzas de los oficios de la ciudad.

Detrás iban los bordonadores y tablajeros y justadores que habian de tomar parte en las fiestas de por la tarde, montados en soberbios caballos, con paramentos de oro y sedería.

A estos seguia el pendon real, que traia en las manos don Miguel de Azlor, señor de Monzon, de los principales del reino; y en pos de él asistian muchos caballeros y gentiles-hombres de su casa.

Luego venia un gran castillo de madera con cinco cirios, ardiendo, el uno mayor que todos en medio, y los otros cuatro en las esquinas.

Seguíanse doce gentiles-hombres á pié, con sendos blandones de cera encendidos, en los cuales se miraban pintadas las armas del rey.

Traia la espada del rey el almirante de Aragon, D. Sancho de Fontova, á quien acompañaban, éste á un lado, aquel al otro, dos ricos-hombres de los mejores, como en custodia de su persona.

Y por fin, llegó el propio D. Ramiro, vestido con la dalmática y el chapelete real, montado en un fogosísimo caballo blanco, con paramentos de oro y terciopelo negro.

Cerraban la comitiva muchedumbre de barones y nobles, caballeros y escuderos, los síndicos y jurados de las ciudades, y otra mas gente principal é hidalga, con los arzobispos, obispos y abades del reino.

Y cuenta la minuciosa crónica que seguimos, que, así como vió llegar la procesion Aznar el almogábar, comenzó á hablar con su compañero Fortuñon, el cual conocia como buen viejo á

todos los señores de la córte, demandándole el nombre, condicion y empleo de cada uno de ellos.

—¿Quién es aquel viejo que va junto al que lleva la espada del rey?

Tal fué una de las preguntas.

—Aquel es, respondió Fortuñon, el buen Férriz de Lizana. ¡Qué decaido está! ¡Oh si tú le hubieses conocido en sus buenos tiempos, allá cuando peleamos uno contra ciento en la llanura aquella, que ahora está á nuestra espalda, en la llanura del Alcoraz!

—Mas es su cara de mal vasallo, que de buen soldado, Fortuñon. Lleva mas soberbia que el rey. Mira con qué gesto clava sus ojos en los leales burgueses que se agolpan al paso: no puede reprimir la ira cuando oye las aclamaciones de la muchedumbre: quisiera que esas aclamaciones fueran para él.

—Siempre ha sido así Férriz de Lizana; siempre se las ha disputado con los reyes. Es mucha arrogancia la de D. Férriz.

—Quitárasela yo si rey fuera, dijo Aznar, con mal ceño.

—Ténte, Aznar, hijo mio, ténte; repuso Fortuñon. Eres lijero de cabeza, y eso ha de traerte alguna malaventura en esta vida.

—¡Malaventura! replicó Aznar. En tanto que yo tenga tales dardos en el cinto, y tal espada ande en mis manos, y haya montañas por donde correr, y yerbas con que comer, y arroyos donde refrescar las fauces, daráseme una higa de todos los Lizanas y ricos-hombres de la tierra.

Y al decir esto el almogábar, dió una patada en el suelo. Chocaron sus armas unas con otras, y dejaron oir un son siniestro, el cual espantó á los pacíficos ciudadanos que cerca estaban, de suerte que muchos se apartaron buen trecho.

—¡Miserables! dijo Aznar sonriéndose.

Fortuñon, fijos los ojos en la espléndida comitiva, no reparó en esto, y hubo algunos momentos de silencio. Al cabo de ellos tornó á preguntar Aznar:

—¿Y cómo llaman á aquel otro infanzon que con tan poca reverencia viene al lado del rey hablando y riendo con los que le acompañan? Tiene el rostro mofador é insolente.

—¿No le conoces, Aznar? respondió Fortuñon. Pues no le hay mas conocido en todo Aragon. Tú mismo le acabas de ver y oir en la catedral, que él fué quien tomó juramento al rey en nombre de los ricos-hombres. Ese no es otro que Roldan, ricamente heredado en la sierra de Guara: hijo de un noble y gentil caballero, que murió peleando valientemente, al lado del buen rey D. Ramiro, en la jornada de Graus: descendiente de aquel otro Roldan tan famoso, de quien hay cantares en la montaña, por ser de los grandes capitanes y soldados de un rey que dicen que se llamó Carlo-Magno. Témese que sea el último de los de su casa, pues no tiene sucesion hasta ahora.

—En buen hora lo sea, que tambien parece soberbio y mal vasallo, y por último pudiera contársele ya si yo fuera el rey, ó el rey se guiára de mis consejos, que en verdad fué insolente el juramento que le tomó, y mejor que prestarlo me pareciera á mí que hiciera volar su cabeza y las de todos sus iguales.

—No quieras mal á los nobles, Aznar, que ellos son la flor y amparo del reino, y los amigos del rey.

—¿Ellos dices? ¡Voto vá! No hay otros amigos para el rey de Aragon sino sus fieles almogábares. Los ricos-hombres no pelean sino por ganar oro y estados, y vivir en soberbios castillos y alimentarse con buen venado y jabalí, mientras que nosotros damos de balde nuestra sangre; y dormimos á la intemperie sobre las peñas, en la frontera de moros; y no tenemos que comer sino alguna pieza escapada de sus malditos cotos, y las insípidas yerbas que arrancamos debajo de la escarcha y de la nieve. Y aun ellos son los que asesinan á nuestros hermanos indefensos con sus malditos perros y escuderos. Mas, vive Dios, que en llegando á averiguar quién fué el matador del mio, no ha de valerle ni.....

Iba á proseguir Aznar en sus amenazas é improperios contra

los ricos-hombres, cuando se sintió una gritería inmensa, y gran movimiento en la muchedumbre.

—¿Qué será? ¿Qué no será?

Así se preguntaban unos á otros los circunstantes, y sin aguardar la respuesta, corrian estos por acá, por allá aquellos, y todo era confusion y algazara.

—¡Que se mata! ¡Que se mata!

Gritaban unos con dolorido acento.

—¡El Cogulla! ¡El Cogulla!

Decian otros con risa.

Y á cada instante se acrecentaba el tumulto.

Fortuñon y Aznar miraban con mas curiosidad que susto aquella escena, que no acertaban á explicarse. Al llegar cerca de ellos las oleadas de la muchedumbre, Aznar, como de menor aguante que su camarada, las repelia violentamente con sus robustos brazos, al paso que este le exhortaba un tanto á la paciencia. Pero en el interin la procesion se miraba desbandada. Caballeros y prelados, abandonaban sus puestos y corrian de acá para allá, antes aumentando que no calmando la ansiedad y el tumulto.

El rey no estaba en su lugar, ni podia atinarse al lejos qué habia sido de su persona.

Y el eco de aquel extraordinario suceso, pasando de calle en calle, y de lugar en lugar, haciéndose mayor y mas temeroso al paso que se alejaba del punto de su partida, traia ya puesto á todo Huesca en asombro y miedo.

Un clamor mas intenso y pavoroso que cuantos hubieran sonado hasta entonces, se oyó de repente en la plaza del alcázar.

Aznar y Fortuñon, movidos de la curiosidad, habian llegado hasta allí, sin saber dónde iban, vagando al azar por entre el gentío, preguntando á todos, Fortuñon cortesmente, con razones ásperas Aznar, la ocasion del estrépito. Mas ni de uno ni de otro modo alcanzaban respuesta.

Al oir aquel último clamor, repetido por todas partes, alzaron

entrambos los ojos, y vieron que un soberbio caballo blanco corria desbocado hácia el muro, que por aquel lado, caia encima del cáuce de la Isuela, angosto, y profundo siempre, crecidísimo ahora, con las primeras lluvias del invierno. Pálido, descompuestos los cabellos, caido el chapelete, abierto y flotando al viento la dalmática real, apretaba en sus brazos D. Ramiro el cuello del bruto indócil, que corria y corria, regando el suelo con la blanca espuma de sus quijadas.

A cada instante crecia, con el ardor de la carrera, la furia del caballo; y ora se levantaba sobre las manos, ora se ponia sobre los piés, ya se paraba temeroso, ya recobrado seguia de nuevo adelante. Y el rey, tendido en tanto sobre la silla, pegado al cuello del caballo, pedia angustiosamente socorro, aunque no parecia que pudiera venirle sino del cielo.

Ya el animal, ciego de rabia, distaba pocos pasos del borde del muro. A todo escape venian detrás algunos caballeros; pero lejos de darle alcance, le estimulaban mas á la carrera. Apartábanse los villanos á uno y otro lado, sin osar detenerlo, y no faltaba sino un instante para que se despeñase con su ginete en las turbias aguas del rio.

—Fortuñon, dijo en esto Aznar. ¿No ves qué cobardes ó qué torpes son todos estos ricos-hombres?

—¡Dios le ampare! exclamó Fortuñon santiguándose.

—No mereces ser de los almogábares, repuso Aznar con mayor aplomo que hasta entonces.

Y descolgando rápidamente de su cintura uno de los dardos de punta cuadrangular que traia, lo disparó contra el animal con tal acierto y fuerza tan poderosa, que, atravesado el vientre de parte á parte, cayó en el suelo al borde mismo del muro, derramando borbotones de sangre.

Y así como esto hizo el almogábar, cruzóse tranquilamente de brazos.

Al ver á D. Ramiro tendido cuan largo era sobre el agonizante caballo y abrazado aun á su cuello, el temor y la sorpre-

sa de muchos y el escarnio de los demás, se reunieron en uno, estallando á la par en carcajadas é insultos. Los propios cortesanos, al ayudarle á levantar, dejaban escapar de sus labios la risa, y aun tal cual de ellos se atrevió á dirigir al asendereado monarca preguntas burlonas, ó irónicas excusas de su desdicha.

—¡Que este hombre nos traigan por rey! dijo en esto el buen caballero García de Vidaura á Roldan.

—Y por qué no, Vidaura amigo, repuso el de Roldan. ¿Porque es mal ginete? Diestrísimos que lo fueron D. Pedro y D. Alonso, sus hermanos; y aun por serlo, nos quitaron cuanto habiamos ganado con nuestra buena maña, y se gobernaron solos el reino sin ayuda ni consejo nuestro.

—Ahora digo yo, buen Roldan, que lo acertais, y tened por no hablado ni pensado lo que oisteis. Mas ¿no me dejaréis reir á mi sabor de la caida del desventurado ginete? ¿Quién puso tan soberbio potro á su cuenta? ¡No sabe tener la brida en las manos!

—Reios cuanto bien os plazca, Vidaura; que en eso no haceis mas que contentar el ánimo, y en nada estorbais que vayan las cosas como es razon, sirviéndonos de estas y otras tales ignorancias del rey para lograr nuestros propósitos.

Y á la par que así discurrian los ricos-hombres, no faltaban pecheros y villanos que aquí, allí y acullí exclamasen en coro:

—¡Es un cogulla! ¡Es un carnicol! No, pues atended y vereis cómo él defiende la frontera de moros y nos libra de las usurpaciones de navarros y castellanos. Bien se está Zaragoza en feudo de Castilla, que nadie irá á recobrarla.

Poco á poco como era natural se fué calmando el tumulto, y fijándose la atencion de nuevo en lo que sucedia.

Ya el rey estaba de pié y rodeado de todos sus ricos-hombres; mas, no corto rato, estuvo sin decir palabra, persignándose y rezando para sí sus oraciones.

—¿A quién debo la vida? preguntó al cabo.

Y el cronista asegura, aunque no sabemos cómo cosas tan íntimas pudo averiguarlas, que muchos del concurso, dejada la

burla aparte, sintieron en el alma no poder señalarse por tales. No respondiendo nadie á la primera pregunta, volvió á preguntar el rey:

—¿Quién disparó ese dardo tan en mi servicio?

—El dardo es de un almogábar, dijo á la sazon uno de los presentes. Conócesele á la legua por lo rudamente labrado que está: un tronco y un hierro afilado.

Entonces todos los ojos se fijaron en dos almogábares que á poco trecho se mostraban, descollando entre la gente de alrededor por lo alto y membrudo de sus personas.

D. Ramiro mandó que los trajesen á su presencia. Y los almogábares se acercaron á paso lento, bajos los ojos Fortuñon, Aznar sereno y frio, como si aquello le fuese indiferente.

—Almogábares, dijo el rey, ¿cuál de vosotros dos me ha salvado la vida? ¿Tan poco estimais mi gratitud, que no la reclamais mereciéndola?

—Ha sido mi camarada, señor, este mancebo que está conmigo, dijo Fortuñon, viendo que Aznar no respondia.

—Y ¿cómo te llamas? repuso el rey dirigiéndose al jóven almogábar.

—Se llama Aznar Garcés, volvió á decir Fortuñon, y es hijo de García Aznar, que fué gran servidor del padre y hermanos de vuestra alteza, el cual se halló entre los que trajeron á cuestas los peñascos para labrar esa fortaleza de Mont-Aragon y entre los que ganaron esta gran ciudad de Huesca, y estuvo tambien en la infausta jornada de Fraga, que Dios maldiga, y allí murió no lejos del glorioso D. Alonso. Fué García Aznar de los mejores almogábares que hubo en nuestras montañas, y ya no nos queda de él sino este hijo, que no le es desigual en prendas, al cual yo y otros almogábares vamos endoctrinando y adiestrando en el ejercicio de las armas.

—Paréceme, dijo el rey, que mas necesita de tu buen hablar que no de tus lecciones en armas; y que él es tal, que pudiera darlas al mas arriscado campeon de estos reinos. ¿Qué dices á esto, Aznar Garcés?

—Digo, señor, que no he hecho por vos, sino lo que hiciera por cualquier otro ginete, puesto en tanto peligro.

—¡Cómo! replicó el rey sorprendido. ¡Menosprecias con efecto mi gratitud! ¿No quieres que tenga en nada el servicio que me has hecho?

—No quiero, repuso el almogábar, sino que en adelante me ponga vuestra alteza en mayores ocasiones.

—Leal pareces, dijo D. Ramiro; y ojalá, añadió suspirando, que tuvieses en Aragon muchos iguales.

Un pensamiento confuso cruzó entonces por sus ojos y su frente; aparecieron á un tiempo mismo en su rostro recelo, amargura y acaso remordimiento. Pero recobrado antes de mucho, continuó:

—Mira, Aznar, acude al alcázar cuando bien te plazca: dí tu nombre, y no te faltarán santas reliquias, oro y aun armas, si las quieres; porque en verdad te digo que has hecho por mí lo que yo no esperaba de nadie.

—Con perdon vuestro, señor, dijo el almogábar, iré cuando pueda serviros, no antes, que no gusto de pecar en importuno.

Y haciendo una reverencia, se apartó con su camarada largo trecho.

—Siempre pecarás de ello miserable, murmuró Lizana. No parece sino que este menguado de rey gusta de conversaciones con los villanos. He mandado ahorcar mas de ciento como ese, y juro á Dios que...

No pudo acabar. El rey, seguido de toda su córte, entró luego en el alcázar que allí frontero levantaba sus macizos torreones redondos y ochavados, con altas almenas y matacanes que escondian entre peñascos verdinegros los lindos ajimeces y las caladas claraboyas de los moros. Y Lizana fué de los primeros que entraron.

El gentío se fué luego disipando, hasta que la gran plaza del Alcázar quedó completamente desocupada, y todo Huesca tranquilo. Y debe ser cierto, como afirma el muzárabe, que el

suceso del rey y la hazaña del almogábar sirvieron de tema por todo aquel dia y no pocos de los siguientes á las conversaciones de los cultos oscenses y de los villanos de la comarca sin que pudieran ponerlos en olvido los lances del torneo y justas, con que se ocupó la tarde.

CAPITULO III.

QUE POR SER TODO ESPERANZAS Y TEMORES, ENTRETIENE Y NO SATISFACE AL CURIOSO LECTOR.

Suena empero la música, y sonando
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento.
Quintana.

En una de las torrecillas del Alcázar se hallaban á la noche departiendo dos mujeres, de diferente calidad á lo que se veia, porque la una estaba sirviendo á la otra en su tocado.

—Asegúrote Castana, decia la de mas calidad, que aun no he vuelto del grande asombro y pena que me causó el suceso del rey.

—Loado sea Dios, señora mia, que sano y salvo le sacó de tal peligro, respondió la otra.

—¿Hallástete presente, Castana?

—Hallábame á la sazon en la torre del Oriente, y desde allí alcancé á ver muy bien lo que aconteció.

—Dicen que fué un buen caballero que salió al paso al caballo y supo detenerlo: así Dios le ayude á él y todos los de su casa.

—Pues os engañaron, señora, replicó con notable calor Castana; no fué sino un pechero, un villano, uno de esos que nombran almogábares.

—Gente fiera es, Castana; mas dígote por mi ánima que cuanto horror hube de ellos hasta ahora, he de convertirlo en amor para en adelante.

—¡Si á este hubierais visto, señora! Mozo es que no ha de contar por mi cuenta los veinte y cinco años; alto, membrudo y ágil á maravilla, ojizarzo, pelinegro, trigueño en la color, mas en labios y mejillas matizado, con purísimos carmines. ¡Si le hubierais visto, señora! El con su tosco traje oscurecia á los mas apuestos galanes de la córte; y cierto que, á calzar espuela de oro, no se le hubiera aventajado uno solo de los justadores que esta tarde han entrado en la liza.

—Muy bien le miraste, Castana; que hartas señas das para visto de paso.

Castana se sonrojó, al oir estas palabras, y por breve rato guardó silencio. Mas luego, variando con intento de conversacion, habló de esta manera:

—¿Quereis, señora, que mas os estreche el justillo?

—No. Bien está, bien está.

—Hermosa gola, prosiguió Castana. Que puesto que el rizarla costára muy buenos sueldos jaqueses, merécelo bien lo esmerado de la obra. Prenda es de reina. ¿Pondréisos ahora el collar de ricas perlas bendecido por el padre santo, que os dió en arras mi señor el rey el dia de las bodas? Grande es el broche y todo de oro. ¿Es cierto, señora, que hay dentro de él madera de aquella en que enclavaron á N. S. Jesucristo?

—Sin duda alguna, Castana; mas trae pronto el collar que el tiempo pasa y es hora de acudir al sarao.

—Aquí está, señora. Y ¿quereis el luengo manto de fina lana, con vueltas y forros de armiños?

—Qué pregunta, Castana: ¿no sabes que á presentarme sin él en el sarao no me conocerian por quien soy?

—¡Hermosa estais!

Exclamó Castana al ver ya de pié á su señora; que puesto el manto echó á andar hácia la puerta de la sala.

—¡Lisongera eres! respondió al paso la reina. Dímelo, sin engaño, ¿es cierto que estoy bien tocada y bien vestida?

Tiempos amargos para las hermosas aquellos pobres y desnudos en que vivian, sin el confidente de sus deseos, el cómplice de sus faltas, el poderoso amigo de sus encantos, el espejo.— Por no tenerlo aquella mujer tan ansiosa por brillar y agradar, como francesa que era; tan ilustre por su nacimiento, puesto que nació en la noble casa de los condes de Poitiers; tan orgullosa con ser reina, que reina la nombraban de Aragon; aquella doña Inés, en fin, de todos admirada y servida de todos, se avenia á demandar una frase halagüeña, de una de las doncellas de su servidumbre.

¿Qué sería de la mas modesta de nuestras damas si no tuviera un espejo, un solo espejo y hubiera de ignorar los íntimos secretos de su belleza, y no pudiera medir y contrastar el poder misterioso de sus atractivos? Dolor da de pensarlo. Pues todo cambia menos el deseo de parecer bellas en las mujeres: todo era en ellas hace siete siglos como es hoy: no hay mas sino perdonarle su flaqueza á doña Inés. Junta salió esta del retrete con Castana; pero no entró con ella en el soberbio salon donde tenia lugar el sarao á que, en final honra y solemnidad del dia, asistia la córte.

Castana, fiando el cuidado y compañía de doña Inés á sus altivas damas y cortesanas, harto mas aduladoras y menos fieles que ella, corrió á su aposento, situado no lejos de la cámara régia. Allí la aguardaba ya un pagecillo vivo y alegre y retozon como sus años, que apenas le dejaban llegar á la adolescencia.

—Buenas noches, señora Castana, dijo al verla, buenas noches. A fé que me hais hecho correr mas que un ciervo, de los que levantan los lebreles del rey, en la sierra de Guara. ¿Ni qué ciervo ó lebrel pudiera compararse con ese endiablado de almogábar? No le perdone Dios lo que me ha hecho andar tras él todo el dia vagando de acá para allá y sin descansar en ninguna parte. Él no come ni bebe á lo que parece ni á mi me ha dado tiem-

po para hacerlo. Y á Dios gracias que he tropezado con ciertas golosinas escondidas en vuestras alhacenas; y que Mosen Blas, el sacristan de S. Pedro, me ofreció al pasar por su puerta un buen trago de agua, que de otro modo me habria faltado saliba en la lengua para daros noticia de mi encargo. Oh perro y bergante y bárbaro de almogábar.....

Llevaba trazas de ir adelante, cuando Castana, tomándole la diestra oreja en una mano, comenzó á hacerle á modo de caricias, que á él no debieron de parecerle tales, segun el grito que se escapó de sus labios, impidiéndole acabar la oracion. Mientras se llevaba las manos á la oreja maltratada, poniéndoselas á guisa de escudo, dió tiempo á Castana para decirle:

—Silencio, Ruderico, no hables mal de los que sirven al rey, como tú no sabrás servirlo en la vida. Si corriste tanto tras él, culpa fué tuya, que para decirle que una doncella de la reina queria hablarle, y dónde y cómo, maldito el tiempo que se necesitaba. ¿Por qué no le paraste de buenas á primeras, y le dijiste mi encargo, sin mas andanzas ni requilorios?

—¡Qué es decir! exclamó el pajecillo sin apartar las manos de la dolorida oreja; pero con el mismo buen humor y soltura que al principio... ¡qué es decir! El bárbaro... digo, señora Castana, ese honrado almogábar, no es para tomado de buenas á primeras, ni para hablado de burlas como pretendeis. He ido todo el dia detrás de él á ver si se sonreia, para embestirle y zás, echarle encima todo vuestro recado, y no he podido lograrlo hasta poco há, entre dos luces. Cojí la ocasion por los cabellos, y adelantándome á él valerosamente, sin reparar en su feo gesto y apostura... le dije:...

Un nuevo grito del rapaz, y el ver que rápidamente se tapaba con la mano izquierda la oreja sana, puso, tan claro como la luz, que acababa de recibir en ella caricias, no menos amargas que las que habia disfrutado poco antes su compañera.

—Cuenta, cuenta, exclamó ya entre veras y burlas; cuenta con impacientarme que nada tengo de cobarde, y tal como veis,

sé medirme con cualquiera de mi edad y mas grande. Queden en dos los tirones, que no soy perro para andar desorejado, ni son para tanto las golosinas y los sueldos con que acudís á contentarme. Y en verdad que si ahora me dieseis diez sueldos, no vendrian de mas para la carrera que he tomado, y el miedo que he vencido, y estos tirones recibidos, que mas que de mano de doncella, pudieran ser de mano de..... de almogábar.

—Eso te perdono yo, Ruderico, de buen grado, replicó Castana. Y los sueldos no serán diez, sino quince, con tal que del almogábar no hables mal, que ha servido muy bien al rey.

—Al rey, al rey, dijo el muchacho. No soy tonto, señora Castana, y apostaria los quince sueldos que me debeis, á que no es el servicio del rey lo que os mueve á darle una cita.....

—¡Rapaz! exclamó Castana, poniéndose como un ascua. Dí la respuesta, y calla, y serán cinco mas los sueldos prometidos.

—Que me place, dijo éste alegremente. Antes os ha de cansar á vos el dar, que á mí el tomar, que todo lo necesito para mi honrado apetito y comodidades. Pues la respuesta fué como suya: no ví hombre tan extraño en la vida, con ser tan extraños los de su laya, y andar poblado de ellos medio reino.

—Acaba, acaba, dijo confusa la doncella.

—Acabaré, continuó el pajecillo, diciéndoos que con mal talante y peor sonido de voz, me respondió, no sin vacilar un momento: Díle á esa doncella de que me hablas, que no conozco á ninguna de su linaje y alcurnia, ni me fio de ellas, ni de ellas quiero saber cosa ninguna. Pero que si para algo necesita de mi brazo, bien sé yo lo que se debe á las mujeres, y que no es de valerosos ánimos desatender sus ruegos; de modo que no faltaré, aunque me pesa, al sitio y hora que me dices.

Castana, entre avergonzada y alegre, no acertó á responder palabra. Sacó del pecho algunas monedas de cobre, y dijo:

—Toma, rapaz, toma los sueldos ofrecidos, y véte, que aun he de asistir á mi señora hasta la hora de la cita.

Y diciendo esto se alejó presurosamente.

Lleno estaba en tanto el anchuroso salon del sarao de cuantas damas de alcurnia y galanes caballeros habia en Aragon y los vecinos condados de Francia.

Hablábase aquí y allá de los juegos y justas en que los caballeros habian empleado la tarde, y celebrábase tal golpe, tal suerte, tal hecho de destreza, loando á los unos, por rebajar á los otros, que es lo menos que dicta la humana malignidad en semejantes ocasiones. Ni faltaba quien olvidando los respetos del lugar, hablase y riese del suceso del rey; pero solo en puridad y voz baja. Cuando entró la reina en el salon, ya no se pensó en otra cosa que en la danza.

Y es de ver cómo el cronista muzárabe, puesto que viejo y devoto habla de las hermosas damas que allí se hallaron, y lo vistoso de sus tocados y prendidos, lo rico de sus trajes, lo amable de sus conversaciones, lo ardiente y provocativo de sus ademanes, ora al hablar, ora al danzar, ya cuando inclinaban la cabeza hácia los labios de algun doncel, por traer mejor al oido los dulces requiebros, ya cuando ceñian con sus blancos y flexibles brazos de *leche* y *sangre* (que el cronista, aunque tan anterior á *Góngora*, sabia usar tales conceptos), cuando ceñian, digo, la cintura del galan amante, dejándose ir en pos de las fantasías que forjan los sentidos, al son de los músicos instrumentos, al reflejo de las antorchas, al contacto del pecho palpitante, al aliento de la boca enamorada.

Mas el interés de esta historia verídica llama nuestra atencion á otro objeto, y es fuerza que descarguemos aquí de tales incidentes el minucioso relato del cronista, por mas que nuestro corazon, no tan viejo como el suyo, se deleite con tales descripciones.

Ello es, que habia entre tantos corazones como allí gozaban, uno que en silencio gemia; uno, el que por mas feliz contaban todos sin duda, el de la reina Doña Inés.

Y ¿qué tiene de extraño que tal se hallase la reina? Era mujer y sensible, y estaba recien casada, y amaba mucho á su es-

poso. Y no le vió al entrar en el sarao, y pasaban horas y horas, y no venia, y por mas que le buscaban por el alcázar y por todo Huesca, nadie daba razon de su persona, con ser tan conocida de todos. Y los fieles servidores, aquí y allá enviados, iban volviendo, uno por uno, y diciendo, á la par, á su señora:

—¡No está! ¡No está el rey! ¡No se sabe qué ha sido de él!

Largas horas trascurrieron sin que la córte notase aquel extraño caso: los unos explicaban tal ausencia por lo estravagante del carácter de D. Ramiro; los otros ni siquiera reparaban en ella, que tan poca cuenta tenían con su persona. Y aun por eso la falta del rey no disminuyó en lo mas pequeño el general regocijo.

Mientras dentro del alcázar todo era música, y danza y galanteo; tañian á vuelo todas sus campanas, así la nobilísima iglesia de San Pedro el viejo (que á fuer de muzárabe y de los antiguos que en tiempo de moros allí asistian á los santos oficios, no acertó el cronista á contarla en otro lugar que la primera de todas), como la catedral y los demás templos y ermitas que en el recinto de la ciudad y en las vecinas campiñas habian levantado, en los breves años trascurridos desde la conquista, los piadosos aragonéses.

Y si de dia los mal disfrazados ajimeces, ó las nuevas rejas de los cristianos se miraban adornadas con telas y flores, de noche resplandecian con millares de luces puestas en vasos de muy diversos colores que, ora formaban anillos de enroscadas serpientes, ora semejaban frondosos árboles de fuego y mágicas flores, ora encantados castillos como aquellos que el vulgo de la época fabricaba en su fantasía, poblándolos de afligidas damas y de alados dragones y vestiglos. Regocijo con que los honrados oscenses gustosísimamente se prestaron á celebrar la coronacion y jura de D. Ramiro, no bien oyeron el bando de los jurados de la ciudad, donde eran amenazados con graves penas los que, se mostrasen tristes, en ocasion tan para risa y contento.

Pero unas tras otras las horas de aquella noche alegre fueron

pasando, aun mas de prisa que pasan ordinariamente, que eso quiere Dios para que no haya completos placeres. Comenzaron á apagarse las luminarias, quedaron desiertas las calles, y dentro del alcázar la concurrencia fué disminuyendo insensiblemente, y callando la música, y muriendo las danzas.

En aquel punto fué cuando cundió la inopinada ausencia de D. Ramiro, y comenzaron á formarse sobre ella extraños comentarios, abriéndose fácil camino las mas absurdas versiones.

Importunada de todos, unos porque la preguntaban y otros porque no, trémula y casi llorosa, retiróse del salon Doña Inés: marchitas ya sus galas, demudado el dulce color de sus mejillas.

Y la concurrencia, no sin vagar algun tiempo todavía por los anchos corredores y salas del alcázar, hablando y murmurando, desapareció para entregarse tranquilamente.

No fué antes sin embargo que el viejo Férriz de Lizana y el valeroso Roldan pudieran consultar, uno con otro, sus pensamientos.

Encaminábanse á paso lento á la puerta principal del salon medio vacío ya de gente, y lleno de calor, de aromas, de flores perdidas en la agitacion de las danzas. Lizana venía por un lado, Roldan por otro; y, al punto de cruzar la puerta, los dos se miraron, y, reconociéndose, á un tiempo llegaron á hablarse. Roldan fué quien comenzó el diálogo, diciendo en voz baja:

—Loado sea Dios, mi docto amigo, que hallo quien pueda explicarme este suceso. ¿Dónde está? ¿A qué ha ido? ¿Qué pretende hacer el buen Cogulla? No calleis nada de cuanto se os alcance, que hombre teneis en mí de quien se puede fiar cualquier secreto.

—El caso es que nada se me alcanza en eso, contestó gravemente Lizana.

—Pues juro á Dios, Lizana, que si vos no sabeis de ello, dudo ya que algo sepa el mismo rey D. Ramiro.

—Dígoos que yo no sé nada; y él... el sabe demasiado á lo que pienso.

—Por las barbas de mi abuelo y las de los doce pares y todas las barbas de este mundo y el otro, ¿nos habremos dejado sorprender de un frailuco mentecato? ¿Sabeis que, segun lo que os oigo de oscuro y siniestro, estoy por creer que es hora de poner á salvo nuestras cabezas, antes que de pensar en el gobierno del reino que teniamos en las manos? Voto al santo del Alcoraz, Lizana, que...

—No hay juramentos que valgan, Roldan amigo. Sospecho de enemigos harto mas temibles que el rey, y aun mas que todos los buenos caballeros por quien jurais, sin exceptuar el mismo Carlomagno. La clerecía y gente de iglesia comienza á ponerse de malas, y los hay en ella mas agudos que vuestra buena lanza; mas invulnerables que la arena dura de vuestro abuelo; mas diestros que los flecheros de Fez y los honderos mallorquines, que tantas veces os han abollado el almete.

—Estaba en que teníamos de nuestra parte al buen abad de Mont-Aragon, y al de...

—Pues no hay que precipitar los juicios, Roldan. Tambien creiamos tener con nosotros á aquel condenado abad de San Pons, ya difunto, y aun por eso, vos y yo y otros caballeros, hicimos cuantiosos dones á su iglesia. Mas no le estorbaron los dones que procurase nuestra perdicion muy santamente.

—¿Eso hizo, Lizana?

—Eso, y no hay mas sino que yo he visto con mis propios ojos el documento que lo reza.

—Pero ¿qué tenia que ver con nosotros el viejo cogulla de Tomeras? Ni esta era su tierra, ni nosotros éramos sus feligreses, ni él desde Francia y nosotros desde Aragon podiamos hacer mas que querernos ó aborrecernos, sin fruto malo ó bueno, sabroso ú amargo.

—Os engañais, Roldan. Cuando aconsejé á los ricos-hombres

del reino, que procurasen tener contento al abad, dando de por mi el ejemplo de regalarle una hermosa lámpara de acero...

—De plata era la mia, dijo á esto Roldan.

—Siempre fuisteis pródigo, repuso Lizana, y os tengo predicho que habeis de morir sin hacienda.

Iba á replicar Roldan, cuando Lizana, sin dejarle pronunciar palabra, continuó de este modo:

—Poco importa eso, valeroso amigo mio, y ojalá que mayores cosas no hubieran de ocuparnos. El caso es, digo, que cuando yo queria ganar con dádivas y sumisiones al abad de San Pons, sabía bien que desde Tomeras y todo, podia hacernos alguna mala partida.

—Decís que habeis visto documentos.

—He visto un pergamino, que, muy bien sellado, envió, pocos dias antes de su muerte, al rey. Así como supe que habia llegado un lego con él, me apresuré á derramar en las palmas de las manos de cierto pajecillo hábil, suficiente número de monedas de plata, para que no tuviera inconveniente en robárselo á su señor por un momento, y traerlo á que yo viese y estudiase sus letras.

—Bienaventurado vos, Lizana, que sabeis leer; y doblemente bienaventurados nosotros que tenemos en vos tal y tan sagaz adalid. Ya veo que no es posible que el cogulla nos haya sorprendido.

—Amen, respondió Lizana, no sin menear la cabeza y los labios, como hombre que tiene mas confianza en sí propio que en los sucesos pasados.

—Bien recordaréis lo que decia el pergamino...

—Decia que era preciso cortar nuestras cabezas, como los tallos viciosos del huerto se cortan, para que no impidan la fecundidad y lozanía de las ramas.

—¡Diablo! exclamó Roldan. ¿Cómo pudisteis leer todo eso con paciencia? A ser yo, habria deshecho con mi daga el pergamino y el consejo.

—Pues yo, que no gusto de obras inútiles, leí y callé; mas

desde entonces, á pesar de la oportuna muerte del abad, no he perdido al rey de vista un momento. Y hé aquí por qué hoy temo; temo, Roldan amigo, una cosa grave, por mas que no acierte á dar con ella.

—Ahora veo yo que es mas arduo el caso de lo que pensaba. Pero en verdad, ¿creeis que el rey encuentre algun apoyo para ejecutar el consejo del difunto? ¿Pensais que él ya lo recuerde siquiera? ¿Habrá en Aragon alguna lanza que ose cruzarse con la vuestra, Lizana? ¿Osaria el rey averiguarlo si por acaso la hubiese?

—No discurrais así, Roldan; pensemos antes que en fieros, en el modo de vencer á nuestros enemigos, porque no hay dudar que los tenemos. Es preciso poner de nuestra parte á los clérigos: atraernos, cueste lo que cueste, al abad de Mont-Aragon, que es hoy el que mas y mas funesto influjo puede ejercer en el rey.

Y acabando de decir estas palabras, salieron ambos caballeros del alcázar, no sin haber cruzado los pasadizos y bajado las escaleras tan lentamente como se necesitaba para que llegasen hasta allí, con este diálogo.

CAPITULO V.

LLEGAN LAS LÁSTIMAS.

De Francia vine á Castilla,
Nunca dejára yo á Francia...
Caséme en un dia aciago,
Martes fué por la mañana
Y al miércoles enviudaron
El tálamo y la esperanza.
Romancero general.

La Reina, acompañada en tanto de damas y servidumbre, se retiró á sus aposentos. No tardó en despedir á todos, deseando hallarse á solas con su fiel doncella Castana, á fin de compartir con ella sus temores y sus lágrimas; que tanto era el amor de aquella muchacha humilde á su poderosa señora. Pero aunque doña Inés la llamó dos, tres veces, Castana no dió de sí alguna muestra: parecia cosa de encantamento.

Ya habia notado doña Inés la ausencia de Castana en las últimas horas del baile; pero ocupada en la de su esposo, no era posible que esta le infundiese extrañeza. No tardó ahora en juntarlas y relacionarlas dentro de su espíritu. Pensamientos de horrible absurdo, multiformes, contradictorios, ardientes, cruzaron por su fantasía. La supersticion de la época era harto á propósito para ello.

No sabiendo apenas qué hacia, echóse á andar por un corredor angosto y oscuro, cuyo extremo daba entrada á cierta torrecilla donde solia habitar Castana. Su pié breve no levantaba

ruido en el pavimento y así pudo llegar hasta la puerta de la torrecilla, sin ser sentida de dos personas que, claramente hablaban dentro, con poco recato á la verdad una de ellas, la cual debia ser de robustos órganos, segun lo que retumbaba su acento en las toscas piedras del muro.

La reina se detuvo primero asustada. Luego oyendo la voz de Castana, se tranquilizó un poco, pero puso atencion á lo que hablaban. Tal vez la movió á ello la esperanza de que tratasen de sus desdichas, y de averiguar por tan extraña manera, lo que no acertaban á explicar su razon ni sus recuerdos. Tal vez la curiosidad, pero... ¡oh pecado que perdiste á Eva, y has afligido á casi todas sus descendientes! ¿Será posible que quepas en corazones reales y que aun en aquellos momentos de duelo te albergases en el de doña Inés?

No por cierto. Pero el cronista, como viejo y marrullero no dejó de sospecharlo, diciendo que la curiosidad es el alma de las mujeres, y que, en próspera ó adversa fortuna, impera en ellas del mismo modo, prefiriendo sus satisfacciones á todas las de la tierra.

Y el caso es que Doña Inés se puso de modo que oyó claramente estas palabras:

—¿No te irás Aznar? No puedo mas estar aquí sin que la reina note mi ausencia; y en verdad que si supiera lo que he hecho contigo, quitaria de mí su cariño, y yo me moriria de dolor.

—Castana, respondió su interlocutor: cabalmente lo que has hecho es lo que mas me enamora de tí. Yo no podria querer á esas remilgadas doncellas que luchan de mentirillas para rendirse de verdad cada momento. Por eso no he querido á ninguna mujer hasta ahora. A mí me place la franqueza, y que quien quiera á uno se lo diga, lo mismo que quien á uno aborrece. Así soy yo, Castana, así me crió mi padre.

—Y así te imaginaba yo, Aznar; y por eso te he tomado amor tan grande.

—El que yo te tengo ya es tal, que, por nada lo cambiaria en este mundo, si no es por el cumplimiento de la venganza que tengo jurada á los matadores de mi hermano.

—De verdad me quieres Aznar?

—Ni sabía de tí, ni habia visto nunca tus negros ojuelos, y los hoyos alegrísimos de tu cara; y sin embargo, al oir al pajecillo ruin que me enviaste, me dió en el corazon que algo bueno me esperaba. Y eso que nada bueno esperaba de las mujeres, y mas de vosotras las cortesanas, á quienes tenia muy aborrecidas en mi ánimo.

—De todas suertes, he hecho por tí una cosa que no debia, Aznar. Por acá soleis ser vosotros los que hablais primero de amor.

—Vive Dios, ¿qué importa, Castana? Quien llega primero á tiro de dardo del moro, ese comienza la pelea: el que espera á que el enemigo lo ataque, bellaco es y cobarde á luz y á sombra: yo no sé mas que esto, que es lo único de que hablamos en la montaña. Por los huesos de mi padre, que, en cuanto encuentre al matador de mi hermano, y le mate yo en venganza, he de casarme contigo.

—Me asustan tus propósitos, Aznar..... Pero, véte, véte ahora, que tu dilacion puede traerme alguna pena.

—No ha de ser, hermosa Castana, sin que sellemos este amor con un beso de tus labios.

—¡Oh! nunca, nunca, exclamó Castana, poniéndose como una grana de encendida.

—¿Nunca? Voto vá, muchacha, que.....

—Si no es Dios servido que nos casemos, añadió dulcemente Castana.

—Como soy Aznar Garcés, repuso el desairado amante, que no entiendo de ningunos escrúpulos. Me quieres, te quiero; ¿qué mas esperas, ni qué mas necesitamos para besarnos á nuestro sabor, como buenos muchachos?

—No, no, Aznar. No puedo darte gusto sin cometer un pecado, y mas quisiera morir que cometerlo á sabiendas.

—Dáme el beso, ó reñimos, exclamó con poco amable acento el impetuoso almogábar, que por tal le habrán ya conocido nuestros lectores. Dámelo, ó no volverás á verme.

A estas palabras los ojos de Castana debieron inundarse de lágrimas, porque Aznar añadió al punto:

—¡Qué diablos! ¿Ya lloras? No eres tú para los de mi laya y linaje, Castana. Mi madre no lloró en cuarenta años que estuvo casada con mi padre; y eso que el viejo la traia de acá por allá como cabra montés, y no la respetaba mas en su cólera que á cualquier moro ó judío.

—Lloro, respondió Castana, porque quieres un imposible, y has de reñir conmigo si no lo hago. Si ahora te besára, Aznar, ¿cómo entraria mañana en la misa de San Pedro á pedirle á Dios por mi alma y la tuya? Dios no me oiría. Ni ¿cómo podria confesar este sábado que viene con Mosen Blas, que pone tan mala cara al menor de mis pecados, llevando sobre mí un pecado tan grande? Y luego, añadió llorando, que vendrán á verme las doncellas de mi edad, y me dará mucha envidia de ellas, porque yo era de las mas buenas de todas, y ahora serán todas mas buenas que yo.

—¡Qué es esto! Murmuró Aznar, de modo que bien pudo oirse. Las cosas de esta muchacha me enternecen. No lo habria sospechado... Vaya, Castana, queda con Dios, y no te aflijas: ya mudarás de opinion con el tiempo.

—No mudaré, Aznar. ¿Qué diría si tal supiera, mi señora...?

Estas palabras sacaron á Doña Inés de un género de letargo en que estaba su espíritu; oyendo como si no oyese, y tal vez comparando confusamente lo que oia con lo que sentia; aquellas palabras de amor, con los dolorosos latidos de su pecho.

—¡Pobres muchachos! dijo solo.

Y á paso lento se encaminó á su estancia.

Eran ya las altas horas de la noche; esas horas terribles para las mujeres y para los niños, y para todas las fantasías, ó vírgenes ó acaloradas.

La reina fué á reclinarse en la gran alcoba de los reyes, sobre el fastuoso lecho nupcial.

Casi sin esperanzas de ver ya á su esposo, incierta, temerosa, despechada, sin saber siquiera qué esperar, ni qué temer de funesto, hallábase en un de aquellos instantes en que el espíritu no se siente dentro del cuerpo, y los ojos preñados de llanto, no lloran, y el corazon, lleno de suspiros, recoje apenas el aliento necesario para la vida.

¡Pobre reina, tan infeliz entonces como el mas infeliz de sus vasallos! ¡Pobre esposa, que tan pronto miraba desierto el tálamo donde juzgó hallar eterna ventura! ¡Pobre mujer!

Y en verdad que nunca habia parecido mas bella. Su crencha destocada dejaba ondular mil y mil hebras de oro, que, esparcidas de una en una, se confundian por leves con el ambiente, y juntas semejaban rayos de sol.

¡Qué blanca era la tez! ¡Qué palidez tan dulce habia en ella! Era la propia palidez del alba, que deja entrever apenas la púrpura del dia.

De los ojos no hay que hablar; porque turbios como el dolor los traia, habia en ellos cierta luz íntima, cierta expresion tan tierna como orgullosa, que á par infundia amor que respeto.

Era en fin hermosa, muy hermosa, de alta estatura, delgada sin ser cenceña, alta y flexible, y lo bien concertado del talle, el contorno aéreo de las manos, y del pié lo breve, acababan el conjunto perfectísimo de su persona.

Aun su apostura triste y meditabunda, aquella mano clavada en la mejilla, aquella mirada fija en el suelo, aquel desmayo de sus miembros la prestaba mayor encanto, y la noche misma silenciosa y grave, y el opaco resplandor de una sola lámpara que iluminaba la estancia, venian á favorecer su belleza.

¡Raro hechizo! ¡Atractivo incomparable el de aquella reina dolorida! exclama al llegar aquí el cronista muzárabe que, aunque viejo, no debia ser de roca segun el calor que acude á su mente, siempre que trata de la hermosura.

Pasada sería ya la media noche, hora adelantadísima para aquellos tiempos en que era costumbre destinar al descanso las sombras, y al placer y al trabajo la claridad del dia, cuando se sintió crujir una portezuela escondida en la pared de la alcoba.

Cedió el resorte, abrióse de par en par, y apareció al dintel don Ramiro. Un ¡ay! de placer y de sorpresa se escapó de los labios de doña Inés al verlo; levantóse precipitada, y al ponerse en pié tendiéronse los cabellos en sus espaldas, repusiéronse las caidas gasas de su gola y vestidos, y así como instintivamente sus galas se ordenaron, y apareció con ellas, no solo mas hermosa, sino en mas explendor que nunca.

Pero si la pluma del cronista emplea algunos instantes en describir tales efectos, la reina doña Inés no tardó uno solo en ver á D. Ramiro, y alzarse, y venir á él y estrecharlo en sus brazos.

—¿Cómo tan tarde, bien mio? ¿Dónde hais estado, mi señor, que en tanta inquietud pusisteis á vuestra esposa y sierva? ¿No me hablais? ¿No me amais ya como el dia de nuestras bodas?

Todo esto dijo doña Inés en un punto; pero D. Ramiro no le contestó, sino que desasiéndose de sus brazos fué á sentarse con faz serena y cogitabunda en uno de los cogines orientales, que prestaban voluptuosa comodidad á la estancia. Doña Inés, mas sorprendida que nunca, se mantuvo inmóvil por algun espacio, de hito en hito contemplando, la extraña expresion que en el semblante del esposo se advertia.

—¡Estais quejoso de mí! ¿Os he ofendido sin querer en algo? dijo al fin con tierno acento.

Levantó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho D. Ramiro, y murmuró entre dientes:

—¡Desventurada!

No habló tan por lo bajo que no lo oyese la reina, y acercándose mas al esposo le dijo:

—¡Desventurada yo, D. Ramiro! ¡Desventurada yo cuando soy vuestra esposa!

—¿Mi esposa?... No, no sois mi esposa, exclamó el rey; y

levantándose al propio tiempo, asió fuertemente con una de sus manos el brazo derecho de doña Inés. No sois mi esposa... ¿lo oís?... Nuestro matrimonio es nulo, nulo ante Dios y ante los hombres; y vos y yo hace diez meses, los mismos meses de nuestro matrimonio, que estamos poseidos del infierno.

Temblaba ya doña Inés á punto que tenerse en pié no podia; saltaban á raudales las lágrimas de sus ojos sin acertar á decir palabra, y D. Ramiro, arrastrado por una especie de preocupacion inconcebible, repetia:

—¡Oh, no! ¡No digais ya mas que sois mi esposa! ¡No lo sois! ¡Y pluguiera al cielo que nunca tal os apellidáran los hombres!

Doña Inés pensó por un instante que estaba loca; D. Ramiro continuó:

—Mirad: desde este dia no podemos mas vivir juntos: mañana mismo pienso divorciarme de vos, y renunciar el cetro en D. García de Navarra, en D. Alonso de Castilla, en cualquiera de mis competidores. Yo no he debido empuñar nunca el cetro, ni jamás he debido ser casado: ahora sé ya de cierto que la cólera de Dios está sobre mí, sobre vos, sobre toda nuestra casa.

—¿Hablais de veras, D. Ramiro? dijo al fin doña Inés. ¡Apartaros de mí que os amo tanto! ¡Privar, privar del trono á nuestro hijo! ¿Qué decís, esposo mio?

—¡Mi hijo! ¿Qué hablais de hijo? ¿Quién es mi hijo? ¿Que decís vos, doña Inés? preguntó el rey asombrado.

—Digo que, hace tres meses, que llevo el fruto de nuestro amor en mis entrañas. Esta noche misma tenia determinado decíroslo para que el júbilo del dia fuera completo; y no pensé en verdad que tanto os entristecierais con saberlo. Pero ¿estais en vos, D. Ramiro? ¿Qué propósitos son esos tan extraños? ¿Qué palabras son esas que ahora os oigo, y que ni fueron oidas ni fueron jamás esperadas de mí?

La sorpresa de D. Ramiro no hay cómo encarecerla: confuso, aturdido, dió tres ó cuatro vueltas al rededor de la sala, lanzóse á la puerta, y salió precipitadamente gritando:

—¿Eso mas, Dios mio? ¿Eso mas enviais sobre vuestro descarriado siervo?

Justo será, puesto que el rey se fué, que aquí cerremos el capítulo, y volvamos atrás un tanto por ver si hallamos las causas del extraño propósito y de las incomprensibles palabras de Don Ramiro.

A bien que adonde fuera este cuando salió de la alcoba de doña Inés, ni se sabe ahora ni importa saberlo; y cómo quedaria doña Inés despues de la singular entrevista que tuvo con su marido, cada cual puede por sí adivinarlo.

Que puesto que el cronista muzárabe se pare aquí mas tiempo, refiriendo por menor las exclamaciones y llantos de doña Inés, copiarlo en esto, sería ofender la gran penetracion que por lo comun alcanzan los lectores de tales crónicas como la presente.

Solo hay que añadir que al punto mismo en que salió el rey de la estancia, Castana se asomó en ella tímidamente, como quien sabe que ha llegado tarde, y desea que la casualidad haya encubierto su tardanza.

CAPITULO VI.

DONDE SE DÁ CUENTA DE CIERTA EXPEDICION QUE HIZO UN MONGE BENITO Á UN MONASTERIO PARA ACALLAR ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA.

Cae; los campos gimen
Con los rotos escombros.
Quintana.

¡Qué otro estás, Mont-Aragon, de como fuiste un tiempo!

¿Quién conociera en tí aquel recinto que fué asiento de prelados y ciudadela de guerreros, y córte de magníficos reyes? ¿Quién diria al verte que en tí anduvo cifrazada la esperanza y la fortuna de aquella gente heróica que conquistó luego á Sicilia y Atenas, y dió pavor con sus armas á los mas altos príncipes de la tierra?

Hubo en tí abad que contase ciento y cuatro iglesias debajo de su jurisdiccion espiritual, y veinte y ocho villas y aldeas debajo de su jurisdiccion temporal, y mero y mixto imperio. No te igualaba cabeza alguna de obispado, puesto que, con el territorio que tú sola regías, hubo para formar dos de ellos, los años adelante. Ni se hallaba córte de rey mas rica y poderosa que tú, cuando tú armabas hueste y ganabas pueblos de moros, y alzabas por tu cuenta fortalezas. Reyes y príncipes envidiaron la mitra de tus prelados, y la pusieron por honra en sus sienes. Poseiste rios donde solo á tus señores era permitido pescar, y montañas donde, solo de ellos era, el perseguir y matar las fieras. Contóse en el mundo por Era el año de tu fundacion.

¡Ah! ¡Muy otro estás, Mont-Aragon, de cómo te vieron los pasados siglos!

Ya no hay en tí ni córte, ni templo, ni fortaleza. Levantávanse tus torres ciento y sesenta palmos sobre el alta montaña, y hoy, rebajadas y carcomidas, no son sino pregoneros de tu mengua. En tus muros, de doce palmos de espesor, no quedan almenas ni matacanes, ni se ven mas que portillos y escombros. Del adarve donde Sancho Ramirez plantó sus pendones por reto y afrenta de Ebn-Hud el de Huesca, cuelga viciosa y lozana la *higuera del Diablo*. Y las enormes piedras que en hombros subieron los cristianos á lo alto, rodando de la cima, acrecentaron la fragosidad de la montaña.

Solo abrigan tus bóvedas altares deshechos y tumbas abiertas, y cenizas mezcladas con el polvo de las ruinas; cenizas de conquistadores y de santos. Y quien busca en tí á D. Alonso el *Batallador*, halla únicamente el hundido pavimento donde yació por largos siglos, y viles fragmentos de la urna donde guardaron sus restos nuestros padres.

Santos y héroes, tumbas y altares, todo te lo arrancó la ciudad vecina. Porque hubo un dia en que se dijo: *es preciso destruir aquel nido* (1), que nido eras de fé y de recuerdos de gloria, y la codiciosa mano del mercader cayó sobre tí. Y se vendieron á precio vil tus tejas; y tus maderas, cortadas ocho siglos antes en el Pirineo, y conducidas en hombros de mártires.

Verdad es que cuando el despojo infame estaba reunido, y la mezquina ganancia, mas halagaba el corazon de los especuladores, cayó ignorada llama, fuego quizás del cielo, que todo lo redujo á pavesas. Y fué noche de horror para Huesca aquella en que miró coronada tu frente magestuosa de rojos cabellos, hogueras inmensas del incendio; tanto, que acaso no lo sintiera igual desde el dia en que por primera vez vió alzada la cruz sobre la mas alta de tus torres, anunciando la perdicion de su

(1) Frase histórica.

gente mora. Pero tú en tanto quedaste en ruina, y no volverás á ser lo que fuiste.

¡Ay, al recordarte, los ojos que te han visto se llenan de llanto, y el corazon que ha respirado el aire misterioso de tus ruinas, se avergüenza de esta edad tan celebrada y tan triste en que vivimos! ¡Quién retrocediera á los tiempos en que tú eras rey de los Pirineos y de la llanura! ¡Quién peleára cual tú peleaste por aquella raza de monarcas que habian costumbre de morir en lides contra moros, y en defensa y prez de sus vasallos! ¡Quién como tú los conociera y oyera sus altas voces de fe y de valor y de gloria!

Los que vivimos en esta edad de cristiana indiferencia, teníamos mucho que aprender en aquellas piedras, levantadas por hombres que sabían hacer guerras de ocho siglos, y edificar catedrales y descubrir mundos.

Ahora que apenas queda piedra sobre piedra, ¿quién traerá la resignacion á los menesterosos y la fe á los desvalidos? ¿Quién enseñará la lealtad antigua? ¿Quién resucitará el antiguo amor de la patria? Todo eso lo aprendian nuestros padres en las piedras que heredaron de lo pasado; y todos los discursos humanos no lograrán lo que lograba una sola de las tradiciones, uno solo de los monumentos, uno solo de los *nidos* que hemos arrancado de la montaña.

Tales exclamaciones se me vinieron, sin querer, á las mientes, y de las mientes á los labios, viendo que en el viejo manuscrito cuyo relato seguimos, al márgen de uno de los capítulos, se ostentaba en primorosas letras de colores, con figuras y ringorrangos, el nombre de Mont-Aragon. Mas siguiendo adelante, se notaba que al cronista no le satisfacia de todo punto la grandeza que, ahora se echa de menos, en Mont-Aragon. Lejos de eso, al principio del capítulo muy amargamente lamentaba, que para entrar en aquella casa fuese preciso emplear tantas formalidades como solian emplearse al entrar en las mas almenadas fortalezas, y que los abades se diesen trato de príncipes y decoro de re-

yes, entendiendo mas que convenia en las cosas temporales, y mostrándose mas entre soldados que entre monges, y mas en córtes y campamentos que no en coros y altares.

Grandemente llamó mi atencion el comienzo, y sin pararme á contemplar cuán diversamente juzgan las cosas aquellos que las ven y las tocan, de los que las aprenden ó examinan al trasluz de los siglos, pasé adelante con el relato del buen muzárabe, seguro de encontrar en él cosas de provecho, para el conocimiento de esta verídica historia.

Ello fué, decia el cronista, que al caer una tarde de Diciembre, que podria ser la misma de la jura y coronacion del rey don Ramiro, se presentó, á la puerta única que hubiese en el monasterio de Mont-Aragon, un humilde fraile benito, en demanda del santo abad de la casa.

Eralo entonces Fortuño, hombre de calidad en el mundo, y que dentro de la regla, si no santo, era de los prelados mas reputados que tuviese Aragon, tanto por su ciencia como por sus virtudes. Y bien debia serlo cuando de toda la tierra de Aragon y Navarra, y aun de la parte de Castilla y de la parte de Francia, solian acudir á consultar con él los monges y legos, guiándose por sus consejos y pidiéndole absolucion de sus culpas.

Así fué que la aparicion de aquel fraile benito en tal ocasion, no pareció á nadie extraña, ni otros obstáculos se pusieron á su entrada que aquellos que eran de costumbre y regla general, y á que no se faltaba en caso alguno.

Dos hombres de armas salieron al divisar al monge por el postigo de la barbacana, y cuidadosamente le reconocieron. Cerciorados de que no traia consigo armas y de que venía solo, le introdujeron en la ancha barbacana que corria por enderredor del muro principal; y desde allí, cruzando un estrecho puente levadizo, entraron todos tres por el fortísimo arco donde estaba asentada la puerta, que podria contar todo lo mas seis piés de altura. Despues de dar unas cuantas vueltas por bóvedas y pasillos oscurísimos, sintió el monge que el frio de la noche le azotaba el

rostro, y á pocos momentos se halló en uno de los claustros del monasterio. Dejáronle allí solo los dos hombres de armas, y, trascurridos algunos instantes, apareció en el claustro un portero tonsurado; aunque él, á decir verdad, antes tenía semejanza con Nemrod que con ningun padre de la Iglesia, y mas propia parecia su membruda persona para empleada en armas, que no para consumida en vigilias y penitencias.

—¿Quién sois? preguntó el portero al monge con acento duro y desdeñoso.

—Soy, señor, un monge benito del convento de San-Pons de Tomeras.

—¿San-Pons de Tomeras? respondió el portero: mal viento viene de allá, hermano. ¿Sabeis que os pudiera traer desdicha por acá, el venir de tales partes?

—Soy un monge, no mas que un triste monge, señor, y no entiendo un punto de estas cosas que hablais.

—Abriéraos yo los sentidos, si en mí estuviera, buen fraile: ¿qué es decir que no sabeis del viento que viene de Tomeras?

—De allí no ha venido, que yo se sepa, sino el rey D. Ramiro, á quien Dios ayude, dijo el monge suspirando.

—¿Rogais por él, hermano? Haceis bien, que lobos sois de la misma camada. Mas entended que, mala la ha de haber, antes de mucho como no se remedie. ¿No sabeis que tiene ofrecidos á esta santa casa mas de tres molinos y mas de seis iglesias, y mas de veinte yuntas con otras muchas riquezas, y que ahora nos viene dilatando el pago? Mala la ha de haber el de Tomeras, hermano, si es avaro de bienes con la casa de Dios.

—Razon teneis, hermano; y D. Ramiro pagará segun yo creo; ó de no, debereis castigarle. Mas os advierto que traigo un caso de conciencia que consultar con el abad. ¿Podré verlo ahora mismo?

—Dificil sería si yo le dijese que erais de Tomeras; porque con los malos hechos de ese monge rey, y el decir que son aconsejados por vuestro prelado, no quiere oir hablar siquiera de tal

monasterio. Repítoos, triste monge, que son muchas las cosas que nos tiene ofrecidas el D. Ramiro, y hasta ahora no nos ha dado mas que una sola viña y un mal molino, y aun eso con obligacion de encender una lámpara á su hermano D. Alonso, y de mantener á un pobre, que ya se llevan en aceite la lámpara y en comida el pobre, mas que producen viña y molino.

—Vuelvo á decir que teneis razon que os sobra, replicó el monge; ¿pero no podré ver ahora mismo al abad de esta casa? No le digais, si os parece, que soy de Tomeras; mas despachaos por amor de Dios, hermano. Mirad que verlo me urge.

—Este monge trae irregularidades consigo, y ¿quién sabe aun si andará concuso en anatemas? dijo entre dientes el portero.

—Conque vamos, hermano, tornó á decir el fraile benito.

—¿Con prisas andais? No, pues contad que no vais á entrar en vísperas, sino que vais á comparecer ante el santo abad, que es implacable con los pecadores.

Y al decir esto, el portero echó á andar delante del monge.

—¿Es muy severo el abad? dijo este al montar la última grada de la escalera que subia al palacio abacial.

—Eslo tanto, que mas de cuatro que entraron á hablarle muy erguidos y valerosos, salieron de su presencia temblando.

—Dios le dé piedad para mí, murmuró el monge.

Mas sin dejarle tiempo para pensar otra cosa, alzó el portero una espesa cortina, y empujándole con bien poco miramiento, le dijo:

—Entrad en ese aposento, que no tardará en salir el reverendo abad.

—Obedeció el monge, y entrando se halló en un salon, ni bien largo, ni bien corto, ricamente decorado con muebles de pino y de roble, y con telas de lana. En la cabecera del salon se miraba una mesa de ancho tablero con labores incrustadas de hueso y de ébano, y encima alzábase un gran crucifijo de plata, al cual daban luz y compañía dos velas de cera amarilla. Detrás de la mesa se mostraba un sillon de ancho buque, como si el artífice hu-

biera sospechado que todos los abades fueran de obesa persona; y al lado del sillon se levantaba un atril que, mantenia abierto un libro, muy primorosamente pintado.

Nuestro fraile benito reparó poco en estas galas, ó por serle harto familiares, ó porque tales fuesen de grandes sus pensamientos, que no pudiera apartarse de ellos.

Pasado un largo cuarto de hora, crujió una puerta escondida en el muro, y, por ella, el reverendo abad Fortuño salió á la estancia.

Tendria este á la sazon como unos sesenta años, los ojos frios, rugosa la frente, ralo el cabello, antes sobrada que escasa la estatura, y era, mas bien severo que benigno, su semblante.

Entró con grave paso, sentóse silenciosamente en el sillon, é hizo seña al monge de que se acercase.

Pero contra nuestro intento se ha dilatado tanto este capítulo, que es fuerza dejar para otro la conversacion de los dos personajes, abad y monge, que tenemos ya frente por frente. Culpas son tales dilaciones del cronista muzárabe, el cual intercala tantos pormenores y minuciosidades en el texto, que la pluma no basta á borrarlos, ni es, parte nuestro buen deseo, á excusarlos en todas ocasiones.

CAPITULO VII.

QUE NO HACE MAS SINO PROSEGUIR LA MATERIA DEL ANTERIOR.

Tú viniste á derramar,
Angel puro en el altar
Las lágrimas del pecado.
García Gutierrez.

—Hablad, hermano, dijo el abad despues de contemplar por breve espacio al monge. Hablad, y decidme en qué puedo favoreceros ó ayudaros: no hayais temor, que delante estais de quien es pecador como vos.

—¡Padre mio! dijo con voz contrita el monge. Yo siento sobre mí la ira de Dios.

—Pecador: Dios es misericordioso, como tremendo, en su ira.

—Es que su ira comienza á cumplirse en mí.

—Haced penitencia, cuanta baste á desarmarla.

—Sí haré, sí haré, continuó el monge. Sabré cumplir cuantas penitencias me impongais; y no habrá una que me espante, ni dar la boca al polvo, ni exponer los miembros al cilicio y al fuego. Mas absolvedme, padre mio, absolvedme, y que no vea yo tan sobre mí la celeste cólera.

—Decid, hermano, decid qué habeis hecho antes de todo, y yo os diré lo que importe, replicó el abad con la pausa y la indiferencia de quien se ve forzado á repetir una misma fórmula muchas veces al dia.

—Yo profesé, como veis, en la regla de San Benito.

—Santa regla, formada en el propio espíritu de los sagrados cánones; no hay otra que, tanto como esta, recomiende la Iglesia; dijo el abad.

—Santa regla, padre mio; santa regla. Mas yo soy dentro de ella la *oveja perdida* de que hablaba el glorioso San Benito. ¿No es cierto que puede contagiar á las otras, y que por eso debe ser echada del redil? ¿No es cierto que Dios, para arrojarla de él, la aniquila?

—Dios es misericordioso, os digo.

—¿Aun con pecados tan grandes como los mios?

—Con todos, hermano; mas decid, decid los vuestros.

—Mis padres, reverendo abad, me ofrecieron de niño á Dios en la oblacion de la misa, y cierto que no contaron con mi voluntad; mas harto sé que, los ofrecimientos de los padres valen, como si uno propio los hiciera. ¿No es verdad que eso no pudo nunca excusarme de cumplir la regla?

—Así es, como decís, pecador: esa doctrina, aunque dudosa en la Iglesia, quedó claramente resuelta por el cánon cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve del cuarto concilio de Toledo. No me acuerdo bien del número del cánon, pero estoy cierto de que bien lo declara.

—Pues segun eso, padre, hice los votos de mi regla; primero de obediencia, despues de pobreza, y de castidad luego.

—Votos perfectísimos todos ellos, y agradabilísimos á Dios, y al glorioso San Benito que los instituyó. Mas despachemos, que aun he de hacer mis oraciones. ¿A cuál de ellos faltásteis?

—A todos, padre mio, á todos.

—¿A todos? Largo pecar fué.

—Falté, prosiguió el monge, al de obediencia, dejando el cláustro por el mundo, y tomando sobre mis hombros grave autoridad temporal; falté al de pobreza con adquirir riquezas sinnúmero y vasallos sin cuento; y por último, falté al de castidad contrayendo...

—¿Qué decís, hermano monge? exclamó el abad sorprendido.

—Digo, padre, aunque horror me cueste decirlo, que contraje matrimonio.

—¡Cuántos pecados juntos! exclamó el abad. No oveja perdida, sino muerta, debiérais llamaros, á no ser tanta la misericordia de Dios.

El monge, que involuntariamente se habia ido acercando á la mesa, conforme declaraba sus pecados, se arrodilló en aquel punto; y penitenciario y penitente guardaron silencio por algunos instantes.

El abad fué el primero que lo rompió, y dirigiéndose al monge, le habló de esta suerte:

—Ya te he dicho, pecador, que la misericordia de Dios es infinita. ¿No dices que estás muy arrepentido de todo lo hecho?

—Mucho lo estoy, padre.

—¿Habráste preparado sin duda para la penitencia que yo te imponga?

—No, padre; aun no me he preparado como debiera; aun subsiste en mí la materia del pecado.

—¿Conque es decir que, no has abandonado aun esos bienes terrenos, que recibiste en tanto menosprecio de tus votos y daño de tu alma?

—No los he dejado, padre.

—¿Ni te has separado del lecho nupcial, donde entraste con tanta ofensa de Dios y del glorioso San Benito?

—Tampoco.

—¿En qué piensas, pues? prorumpió el abad con voz de trueno. ¿En qué piensas que, sintiendo la carga del pecado, no la arrojas de tí; que, reconociendo el yerro, no comienzas por enmendarlo? ¿Cómo has de volver de esa suerte á la obediencia de tus votos y á la gracia de Dios?

El abad se habia puesto de pié; sus ojos ardian en indignacion y celo cristiano; con las manos golpeaba fuertemente el tablero de la mesa por dar mas expresion á sus palabras. El monge parecia aterrado.

—Yo haré, padre, cuanto me ordeneis, dijo al fin con acento compungido.

—Haberlo hecho fuera mejor; que entretanto, no has de hallar en mí ni absolucion ni gracia alguna.

Y al decir esto, hizo seña al monge, de que se retirára.

—No es por excusar mi culpa, reverendo abad, exclamó este; mas dignaos de oirme aun algunas palabras. Yo dejé el cláustro, y tomé bienes y contraje nupcias, porque era el último de mi raza, y sin eso se perdia.

—Perdiérase tu raza cien veces con tal que se evitára un solo pecado.

—Hubo tambien prelados que me lo aconsejáran, y aun en nombre de Dios me lo ordenasen.

—Malos prelados fueron ellos, monge; en verdad os digo que no hay poder en la tierra que pueda desatar los lazos que, con Dios, teneis vos contraidos. Mas abreviemos aun, que el tiempo pasa en vano, y no deja de ser ofensa de Dios el desperdiciarlo. Dígoos que no volvais mas á mi presencia, sin haber dejado mujer y bienes, y vuelto á la obediencia de vuestros votos.

—Así lo haré, padre, así lo haré, replicó el monge sollozando: y dió algunos pasos como para marcharse; pero antes de llegar á la puerta, volvióse de pronto, y dijo:

¿Sabeis, padre, que temo que mientras me absolveis ó no, venga sobre mí el castigo del cielo?

—Dios es justo, y sabe lo que merecen sus hijos inobedientes.

—Es, padre, continuó el monge temblando, que yo he visto claras señales de mi muerte y de mi castigo; y temo que muriendo ahora sea condenado al infierno.

—Rogad á Dios que se apiade de vuestras culpas.

—¡Oh! ¡Piedad, piedad! ¡Yo estoy arrepentido de mis culpas; yo quiero hacer penitencia! Mas decidme; ¿qué podria yo ahora hacer para librarme de la cólera del Eterno?

—Dejad á esa mujer con quien tan malamente os unísteis, y renunciad á esos bienes que adquirísteis con tan gran pecado.

Cada instante que aquí pasais, lo perdeis en vuestra salvacion; si el rayo del cielo os hiriese en este instante, no la habria para vos.

Y diciendo esto el abad, señaló al monge con el dedo la puerta de la estancia.

—Los dejaré, los dejaré, respondió el monge, y en seguida salió precipitadamente, bajó las escaleras de un salto, como quien se juzgaba perseguido por la celeste cólera; y entró en el cláustro donde, á la venida le habian dejado solo, los hombres de armas.

Allí oyó de lejos el precipitado andar de dos personas, alguna de las cuales debia de ser soldado, segun el son de armas que se sentia.

Y, al revolver una de las esquinas del estrecho pasadizo y abovedado que conducia á la puerta, se halló frente por frente con el bueno del portero, á quien ya conocen nuestros lectores, que venía acompañando á un caballero vestido de todas armas, la visera calada y con pomposo penacho en la cimera.

El monge hizo un movimiento para taparse mas el rostro, como recelando de ser conocido; pero el desalmado del portero no le dió tiempo, antes lanzándose á él, le quitó la capucha de un tiron, y le plantó un despiadado pescozon en la coronilla, que resonó en largo espacio.

Al ver al monge con la cabeza descubierta, notóse en el caballero una exclamacion mal reprimida. El monge por su parte no pudo contener un grito de dolor y rabia.

—Villano, le dijo al portero, ¿quién te manda tratar de tal suerte á los huéspedes de la casa de Dios? ¿Es así, mal portero y follon impío, como respetas mis sagrados hábitos?

El portero prorumpió en recias carcajadas al oir estos improperios.

—Dé gracias, don mongencillo, le dijo, que de aquí se va sin los azotes que suelen darse á los malos huéspedes; y mire la palma que para hombres como él, y aun mejores, tenemos col-

gada en esa pared, que, bien conocerá al mirarla, cuánta haya sido su fortuna en no trabar conocimiento con ella.

El monge ahogó dificultosamente en su pecho algunas palabras; pero no replicó mas, y, precipitando el paso, volvió á salir del muro del monasterio con no menores dificultades que habia entrado.

Subian entretanto las escaleras del palacio abacial el caballero de que hemos hablado y el portero, y aquel dijo á este con mal disimulado acento de sorpresa:

—Sin duda no has conocido á ese monge.

—No, buen señor, que, puesto que para eso le haya descubierto la cabeza, no lo he logrado; y bien sé que no le he visto en mi vida sino es ahora.

—¿Pues cómo te atreviste á tanto?

—Es, señor, que viene del monasterio de Tomeras, del cual ha recibido tantos daños todo el reino, y mas esta santa casa. Y así Dios me ayude, que, no juzgué que nuestro abad le soltára, sin una mano de azotes; dadas por estas mias, que se pintan solas para mullir carne de pícaros.

—¿Le conocerias si otra vez le vieses?

—Precisamente para eso le descubrí tambien la cabeza; porque, si otra vez le encuentro fuera del convento, no ha de írseme sin mayor racion de cordelazos y puñadas.

El caballero se sonrió.

—Mira, Gaufrido, le dijo al portero, no pienses tal; antes olvida, si puedes, que lo has visto en tu vida.

—¿Y por qué eso, señor?

El caballero no le contestó, sino que alzándose la visera, entró derechamente en el aposento donde dejamos al abad.

—¡Roldan! exclamó el abad al verle: ¿qué os trae por acá á estas horas? ¿Por ventura viene con vos la escritura de cesion de las haciendas que debe el rey á esta santa casa? Ha tocado al fin el cielo el corazon del señor rey, para que nos haga justicia? ¿Qué nuevas traeis de la córte?

—Esas iba yo á pediros ahora, respondió Roldan. ¿Quién mas enterado que vos de lo que piense el rey?

—¡Yo! exclamó el abad; ¿pues si no he asistido á la coronacion siquiera, por causa de mis achaques, ni he visto al rey sino de paso cuando desde Monzon, donde le aclamasteis por tal, vino á Huesca en vuestra compañía?

—¿Que eso digais, abad? ¿No fuisteis vos por vuestras letras de los que opinaron que se eligiese á D. Ramiro en lugar de elegir á D. Pedro de Atares, á D. Alonso ó D. García? ¿Y no obrasteis de tal suerte con el propio intento que nosotros, á saber; que hubiese rey que no nos oprimiera, ni cercenára nuestros privilegios, antes bien nos devolviera los castillos y lugares que ganamos por nuestras personas ó por nuestras gentes, malamente guardados para sí, por los otros reyes?

—Sí opiné, y sí obré, Roldan; mas ¿qué tiene que ver nada de lo que decís con lo que yo pregunto?

—¿Que nada tiene que ver? ¿Pues cómo me venís ahora con fingimientos, negándome que, en este propio aposento, habeis estado platicando con D. Ramiro, no ha un instante?

—¿Qué decís, Roldan? ¿Yo hablar con D. Ramiro?

—¿Pensais que no le haya yo conocido debajo de sus viejos hábitos de fraile benito?

—¿Conque era ese el rey? prorumpió el abad espantado. ¿Conque ha sido al rey á quien he tenido á mis piés en penitencia?

—Comienzo á creer qne no le habeis conocido, abad.

—Podeis creerlo, Roldan, y ¡oh! ¿si supierais lo que ha pasado entre nosotros?

—¿Qué?

—Básteos saber que le he mandado, en nombre de Dios, que deje el reino, que olvide á su mujer y vuelva al cláustro.

—¿Y creeis que lo haga?

—Lo hará de seguro. No podeis figuraros lo contrito que está: daba consuelo de oir sus últimas palabras.

—¡Consuelo! ¡Consuelo! ¿Estais loco? ¿Cuándo ha de poner en práctica vuestros disparatados consejos?

—Al momento; no le he concedido dilacion alguna.

Roldan no pudo contener su ira; dió una patada en el suelo, y exclamó:

—Habeis perdido el fruto de nuestros afanes y peligros; nos habeis hecho un daño inmenso, abad.

—Lo he hecho, sí; pero he salvado su alma, y no me arrepiento de lo que he hecho, dijo el abad gravemente.

—¿Eso mas? prorumpió ciego de cólera Roldan. ¡Oh, y con cuánta razon desconfiaba de vos el viejo Lizana! Toma tus armas, me dijo, toma tus armas y corre la hoya en busca del rey, mientras yo hago dentro de la ciudad mis averiguaciones; y no te olvides de llegar á Mont-Aragon, porque desconfio de que el abad esté ya con nosotros. ¡Oh, y cuánta razon tenía el viejo Lizana!

—Roldan, dijo el abad, ¿osariais acusarme de traicion?

—No lo permita Dios, padre; pero cuando yo venia á consultar con vos los medios de conservar nuestra obra y me encuentro con que de vos ha sido destruida toda ella, ¿hareis gala aun de vuestro hecho? Si ese hombre amára la corona como nosotros pensamos que la amára, y como debiera amarla, podrian con él nuestras amenazas, valdria con él la intimidacion para que nos entregára cuantas tierras y castillos le pidiéramos, y aun para que nos concediera cuantos privilegios nos estuvieran bien. Pero si vos habeis hecho nacer en su alma el remordimiento; si desprecia el poder, la corona; si renuncia á uno y otra, ¿con qué le haremos fuerza en adelante? Mas cuenta nos traeria que hubiera pretendido poner en ejecucion el consejo del abad de Tomeras, que no el vuestro. Aquello no habria podido llevarlo á término, y esto sí; porque como, no dé con él, el sabio Lizana, no hay modo de evitarlo. No tengo mas esperanzas sino es que se le olviden vuestras amonestaciones. ¡Es tan seductora la corona!

—Inútil esperanza, Roldan; está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa,

y haré cuanto sea lícito en vuestro bien; mas no he de faltar por eso á las obligaciones de mi espiritual ministerio. Si otra vez acude á mí, le diré hasta qué punto las circunstancias pueden excusar el pecado; pero no le negaré que hay pecados y grandes en su conducta. Recordad que, no aprobé yo, lo del matrimonio.

—Malhaya vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que, á conocer quien era, no le hablárais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salíos de la liga, y abandonad vuestras pretensiones. De mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis nobles amigos, y á remediar en algo el mal que habeis hecho: que, si este se obstina en ser monge, será preciso elegir otro rey que bien nos cumpla, en lugar suyo.

Y de como esto dijo Roldan, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No hagais de modo que se pierda su alma; mirad que es gran pecador; mirad que es forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oia.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y, en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca; salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados de la Isuela, que con sus aguas le cerraba el camino.

CAPITULO VIII.

QUE NO MERECE LEERSE POR OTRA COSA SINO PORQUE DESATA Y EXCLARECE ALGUNOS NUDOS Y OSCURIDADES QUE DEJAN DE SÍ LOS PRECEDENTES.

> Por fuerza cuasi le sacaron del monasterio, que salir él no queria, ni desabrigarse de su hábito.—FRAY GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD.—*Crónica de Reyes aragoneses.*

Pasó la noche de aquel dia, en que hubo lugar la coronacion del rey D. Ramiro, con notable sosiego y silencio en la gran ciudad de Huesca.

Los honrados burguéses descansaron del placer del dia, que mas que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del Alcázar, y otros se prepararon con el reposo de la noche, á hacer larga jornada el dia siguiente.

Amaneció Huesca, en él, como una belleza de treinta años, que deja sus galas, y se entrega al sueño despues de largas horas de celos y de amor y de danza y estruendo.

No hay cosa mas triste que el lugar en donde se disfruta un placer cuando, pasado este, se le mira de nuevo.

Tales y tan tristes parecian las calles y plazas de Huesca, que, al asomar la cabeza los vecinos por sus estrechas ventanas, exclamaban de consuno: ha caido sombra sobre la ciudad. Y

nunca, en verdad, habia lucido el sol con mas ricos reflejos y con explendor mas grande.

Este dia era completamente contrario al anterior.

Mal dia para el comun de los ciudadanos. Gran dia para aquellos tristes en quienes el otro hubiese enjendrado penas; que, de todo se vé en los grandes regocijos, y es ley eterna del mundo que no haya risa, á la cual no responda un llanto.

Así es como, en el alcázar de los poderosos reyes de Aragon, saludan al nuevo dia por lo mismo que es triste, por lo mismo que trae sombra, las dos personas de quien menos pudiera imaginarse. El rey recien coronado y la reina recien casada: don Ramiro y doña Inés.

Pintar los tormentos que padeció durante aquella noche la noble hija de los Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se pintan, como no puede pintarse el espíritu impalpable, y á la par invisible, donde nacen y se sustentan.

Doña Inés amaba á D. Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentia en sus entrañas, porque es privilegio de las madres amar sin ver ni oir, y sin saber si llegará ó no á existir el ser que aman. Amaba tambien la grandeza que la rodeaba, y ¿por qué no habia de amarla? ¿Por ventura no son dignos de tentar á cualquier alma humana, la dorada silla donde se sientan los reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y conseguir como acierta á desear el ánimo?

Y amando doña Inés á su esposo y al hijo por nacer, y amando la grandeza y el trono, ¿qué no sentiria viendo perdidos esposo y trono para sí, trono y padre para su hijo?

Pero de todo, lo que mas debia llegarle al alma, era ignorar la causa de mal tamaño; y no hallar ni de cerca ni de lejos algun remedio.

La causa muy bien la sabía D. Ramiro; pero con el remedio no acertaba mas que su doliente esposa.

Los lectores deben saber, no por el relato del cronista, que anda en ello harto olvidadizo, sino porque así lo rezan todas las historias de España, que el rey D. Ramiro II era monge en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragon, congregados y reunidos en las córtes de Monzon, determinaron alzarle por rey.

Su padre, Sancho Ramirez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un don, el mayor que pudiera al cielo, para que se le mostrase propicio en aquella empresa; y el don no fué otro que este hijo, á quien metió de monge de San Benito en el monasterio del Saint-Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos, los gloriosos reyes D. Pedro y D. Alonso el *Batallador*, á alguna mitra ó prelacía de importancia, donde diese honor á lo ilustre de su nacimiento; y, en diversas ocasiones, le nombraron para la abadía de Sahagun y los obispados de Burgos, Pamplona y Roda. Pero el monge, bien hallado con la vida ascética que traia, no llegó á tomar posesion de tales beneficios; y permaneció en el convento de Tomeras, hasta que, como arriba decimos, le alzaron por rey los señores aragonéses, buscándole tambien esposa jóven y bella, y de calidad correspondiente á la suya, que fué doña Inés de Poitiers. Sobraron obispos que diesen por bueno y lejítimo el matrimonio, y el Pontífice mismo, lo autorizó cuando menos, con su silencio.

Gran mella debieron de hacer los encantos del poder, gran mella tambien las caricias de aquella mujer jóven, hermosa, y cortesana en el corazon del monge, que desde sus primeros años no habia pensado en otra cosa que en el cláustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

¿Qué tiene de extraño que prestase fácil oido á los que le predicaban que la salud pública demandaba su apostasía, y que, antes serviria á Dios en el tálamo y el trono, que en los altares? ¿Qué tiene de extraño que el amor por una parte, por otra el poderío, las caricias de aquí, de allá las lisonjas, apartasen de su memoria por algunos meses los cilicios y el convento? ¡Era

doña Inés tan bella! ¡Es tan encantadora la lisonja! ¡Es tan deslumbrador el brillo del trono!

Mas si hubo un tiempo en que estuviesen tibios sus recuerdos, nunca á la verdad se vieron muertos.

Tal vez doña Inés recogió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo; tal vez sorprendió en él un movimiento instintivo de retraimiento y así como de repugnancia. Y es cierto que al ver la osadía de los ricos-hombres, y al notar las pretensiones de D. Alonso de Castilla y la rebeldía del de Navarra, y al oir hablar de alardes y arreos de guerra, de los peligros y empresas que para defender su trono eran indispensables, solia echar de menos D. Ramiro la tranquilidad, que durante cuarenta años, le habia proporcionado la vida monástica.

Fió su secreto del abad de Tomeras, á quien miraba aun como superior y padre; comunicóle sus primeros temores y remordimientos; pidióle consejos con que atender á los males que preveia, y remediar el desasosiego de su espíritu. Pero el de Tomeras creyó que el desasosiego provenia del temor que le infundian los ricos-hombres; y así se contentó con enviarle aquel sagaz aviso que sorprendió Lizana, y que puso á este en tanto cuidado. Con reprimir á los ricos-hombres pensaba el abad que el rey se entregaria tranquilo á las dulzuras del poder y del matrimonio.

Y no hay que extrañar en aquel abad que no se acordára para nada del remordimiento religioso del rey, ni de los graves motivos en que se fundaba. Si antes de aceptar el trono y de contraer matrimonio le hubiese consultado, acaso se habria opuesto á uno y otro, porque era sincero y firme en su piedad; y no era seguro entonces, que los votos monásticos pudiera desatarlos nadie, ni el Papa mismo. Pero despues de hecho el mal, comprendia que la *salus populi* podia excusarlo en cierto modo; y que no era ya cuerdo desear que con el arrepentimiento y abdicacion del rey se renováran los peligros del reino, acre-

centándose aun los pasados, con las pasiones que los últimos sucesos traian encendidos.

Cabalmente el moro acechaba la ocasion de arrojar de nuevo á los cristianos á las cumbres fragosísimas del Pirineo. Y los reyes de Castilla y de Navarra, no esperaban mas sino que faltase D. Ramiro, para recordar sus pretensiones á la corona aragonesa, y llenar de armas el reino; con lo cual hallarian mas facilidad los infieles para traer á ejecucion sus propósitos.

Nada de esto pudo ocurrírsele al abad de Mont-Aragon, que, le habló á D. Ramiro, como hubiera podido hablarle á un monge cualquiera: nada de esto podia tampoco justificar su apostasía á los ojos acalorados y escrupulosos del rey. Lo que para otros venía á ser dudoso, para él no lo era: tenía por cierto que ni el Papa, ni los obispos, ni nadie podia dispensarle de cumplir sus votos.

Con todo, mientras vivió el abad de Tomeras, D. Ramiro, tranquilo con sus consejos, supo refrenar los remordimientos; de suerte que apenas se traslucian en sus obras y palabras. Y, á vivir en la época á que se refiere la crónica, no hubiera él ido á consultar con el de Mont-Aragon sus cuitas.

Pero muerto aquel prelado, se halló el rey á solas con su corazon y su fantasía. Y á medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentia en el alma: inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Quién habia de decir que el dia de la coronacion y jura hubiese de dar tan horrenda forma y color tan siniestro á aquellas vacilaciones de su espíritu?

No tenemos ya que narrar como concluyó la fiesta: el rey estuvo á punto de perecer, y solo se salvó por un género de milagro. Y en el punto de inquietud en que se hallaba su alma, aquello fué una tea, que, tocando en hacinados combustibles, produjo un horrible incendio.

Los remordimientos, mal escondidos, asomaron de repente en el alma del monge: parecióle ver el semblante de Dios, irri-

tado de su apostasía, tremendo como cuando maldijo á Sodoma, negado á toda misericordia para con él. La tarde de aquel dia la pasó en hondo afan y recelo: no miró, siquiera una vez, á sus caballeros, que por celebrar su coronacion rompian lanzas y exponian sus cuerpos al hierro: no hubo medio de que, en una sola ocasion, viniera la risa á sus labios.

Acabáronse las justas, y el rey se retiró á su alcázar, y se encerró solo en un aposento. ¡Loca idea buscar la soledad en tal punto! Son pocos los hombres que pueden consultar sus penas con el silencio de la noche y la soledad; pocos, como pocas son en ellos las conciencias justas y los ánimos justos.

Ni uno ni otro tenía, á la verdad, D. Ramiro.

Estaba aquel aposento en una torre altísima, obra misteriosa de los moros, y desde las ventanas se descubrian muy bien la corriente del rio y la campiña. Pues cada vez que algun lucero se reflejaba en las paredes de la torre, miraba el monge sin querer los letreros árabes, allí esculpidos, y parecíale ver en ellos el *mane thezel phares* de la Escritura: no recordaba entonces que aquellas extrañas letras las hubiese visto nunca. Movia el viento levemente los álamos de la Isuela, y parecíale al monge que eran fantasmas que salian del lecho del rio, y caminaban hácia las ventanas de su aposento para prenderle y conducirle á la mansion de los réprobos. Dos ó tres veces puso el oido junto al muro, por ver si era la voz de Dios lo que sentia, y no era sino el agua del rio que allí enfrente de la torre se quebraba en unas piedras.

Rendido de tanto luchar consigo mismo, levántase al fin, y, casi instintivamente, saca los hábitos de su órden que conservaba en su cámara; vísteselos y sale del aposento y luego del alcázar.

El aire de la noche no alcanzó á templar en lo mas mínimo el ardor de su frente.

Hubo instantes en que pensó ponerse en camino para Tomeras, y arrodillarse en la tumba de aquel abad, que habia sido su maestro, pensando que ella le inspirase algun alivio; pero al ver brillar al lejos, sobre la cima de un monte, las luces de

Mont-Aragon, recordó que el de esta casa era tenido por de los mas santos de la comarca, y allá caminó sin demora.

Tampoco tenemos que narrar lo que le ocurrió en el monasterio, ni cómo, vuelto al alcázar, entró en el aposento de su mujer, y participóla como tenía resuelto separarse de ella.

Y hé aquí cómo por tan largo rodeo hemos venido á dar en que D. Ramiro bien sabía la causa de su extraña determinacion, ya que el remedio no se le alcanzase mas que á su infortunada esposa.

Porque á la verdad, las palabras de doña Inés habian acabado de poner en desórden las ideas de D. Ramiro.

Ser padre y huir del hijo; tener una corona y dársela á otro que no á él, y sellar su frente al nacer con una marca de baldon; y depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que, espantan al corazon mas animoso, y capaces de contrarestar los mas decididos propósitos en el hombre que siente y que piensa.

D. Ramiro, cuando vino de Mont-Aragon, queria renunciar, aquel mismo dia, la corona en cualquiera de sus competidores; y abandonando á la reina, volver a los piés del abad para obtener la absolucion y pasar el resto de su vida en el cláustro, con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oir de doña Inés que estaba embarazada, sintió vacilar su espíritu; dudó, tembló, y el alba del dia en que debia ejecutar sus intentos pareció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer rayo de luz que penetró en su estancia lució para él, no menos siniestro, que, luce para el reo que está en capilla, aquel que le anuncia el dia postrero.

Tanto luchar le fatigaba, le rendia; y sin embargo, mas amaba la lucha que la resolucion, cualquiera que fuese, porque, de dos que miraba como posibles, tanto temia á la una como á la otra.

Lucha del espíritu con el espíritu, del sentimiento divino con el sentimiento humano, del precepto sobrenatural con el natural;

lucha que Dios envió á Abrahan para probar su fidelidad, y que apenas cabe dentro de un alma por grande que sea; lucha que solo comprenderán los padres y las madres, que por azar recorran estas páginas, y que apenas acertarán á concebir los que no lo sean.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo. Pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida eterna? ¿Ha de preferir su flaqueza mundana al soberano mandato de Dios?

CAPITULO XI.

DE UNA PLÁTICA SENTIMENTAL QUE PASÓ ENTRE EL REY DON RAMIRO, DE BUENA MEMORIA, Y LA HERMOSA DOÑA INÉS DE POITIERS.

> El destino juntó á José y á Zulaika en este mundo; mas ¿cómo habia de permitir que gozasen de perpétua felicidad los dos esposos?—No puede ver que nadie esté en sosiego: no vive sino fabricando desdichas.
>
> *Poema indio de José y Zulaika.*—Por Amin.

En tales angustias estaba D. Ramiro cuando, de repente, se le puso ante los ojos su esposa doña Inés, pálida, descompuesta, sin otras galas que el dolor, sin mas compañía que el llanto.

No podia haber llegado mas á propósito. D. Ramiro comenzaba á sentir que no bastaba su ánimo para soportar, ni bastaba su pensamiento para resolver, tan grandes contrariedades como albergaba en el espíritu.

Al ver á doña Inés, que era tan infeliz ó mas que él, y sin culpa alguna; al contemplar doloridos sus ojos donde tantas veces habia encontrado ventura, y pálidas sus megillas y contristadas todas sus facciones, notó que la piedad embargaba su voluntad, y sintió arder por un momento en su alma el amor antiguo.

Dió algunos pasos hácia ella y, ya iba á hablarla, cuando doña Inés se antepuso, diciendo:

—¿Quereis oirme, D. Ramiro?

—Hablad, hablad, respondió el rey.

—No vengo, continuó diciendo doña Inés, á reclamar el amor que habeis quitado de mí.

—¡Ojalá, señora, que pudiera devolvéroslo!

—No vengo á preguntaros siquiera la causa de mi desdicha, que bien sé que en nada os he faltado; y harto se me alcanza que, para dejarme, os han de sobrar pretextos que exponer y razones con que escudaros.

—Así es la verdad, doña Inés, que no me habeis faltado en nada; y es cierto tambien que me sobran razones para apartarme de con vos.

Doña Inés parecia indignada de la fria seguridad con que el rey asentia á su discurso.

—Sé, pues, que debo resignarme á vuestra injusticia, prosiguió con algun mas calor que en los principios; y que, en adelante, nada puedo esperar de vos para mí.

—¿Injusticia decís, doña Inés? replicó ya don Ramiro sin mas estar en su mano el guardar reparo. ¡Injusticia! Si la hubo fué en tomaros por esposa, fué en unir mi suerte con la vuestra, en compartir con vos el regio tálamo.

—Soy noble, rey D. Ramiro, repuso altivamente doña Inés, que con aquellas palabras de su esposo creyó afrentada su alcurnia; soy noble, y los de mi casa no es esta la primera vez que se sientan en tronos. Y de todas suertes, mirad si os conviene, D. Ramiro, afrentar á la mujer que es todavía vuestra esposa, porque ya no la ameis.

—No me hais entendido, doña Inés, dijo el rey; y es que ignorais todavía la causa de nuestra desdicha. Jamás ha habido mujer mas digna que vos de ocupar un trono, ni mas capaz de hacer feliz á un esposo que no tuviese, cual yo tengo sobre mí, el anatema del cielo. El mal estuvo precisamente en que yo os amase tanto como os he amado; en que vos me correspondiérais tan fielmente como me habeis correspondido; en que hayamos sido tan dichosos como hemos sido.

—Ahora sí que no os entiendo, exclamó doña Inés asombrada.

—Bien me entendereis á poco que os diga. Yo era monje profeso, monje benito: no habia poder en el mundo bastante á romper mis votos, y los he roto sin embargo. Nuestro matrimonio es nulo, ya os lo dije; nulo ante Dios y los hombres. Ni penseis que de ahora solo lo sepa; porque há ya mucho tiempo que lo sospechaba, sino que no queria decíroslo, por temor de que os aquejase el llanto. Ya, ya no puedo negároslo..... ¿No habeis visto cuanto peligro ha corrido mi vida esta tarde? Pues ese fué aviso del cielo que manda que nos separemos: estamos en pecado, doña Inés, estamos en pecado, y no hay poder humano que pueda reunirnos mas en este mundo.

Doña Inés, que era crédula por demás, como todas las mujeres de su tiempo, y que habia oido hablar contínuamente en su infancia de avisos del cielo, tuvo por verdadero lo que su esposo decia: calló y lloró en silencio algunos instantes.

—¿Sabeis, exclamó luego, que se me ha quitado un gran peso del alma?

—¿Por qué, doña Inés?

—Porque ya sé que vos no me aborreceis; ya sé que no soy indigna de vos; ya sé que ninguna otra mujer me ha usurpado vuestro corazon. Ahora, si el cielo os ha avisado de que no debeis hacer vida de esposo conmigo, separémonos y amémonos como hermanos.

—Sois una santa, doña Inés, dijo el rey con dulzura. A mí si que, con oiros, se me ha quitado muy gran peso del alma.

—Resignémonos con la voluntad de Dios.

—Resignémonos, doña Inés, que él es quien sabe todas las cosas; y así como nos juntó, nos separa ahora para probar nuestra fidelidad.

D. Ramiro no estaba ya desesperado, sino enternecido: doña Inés parecia mas tranquila, pero, de sus ojos, corrjan aun abundantes lágrimas.

—¿Sabeis qué pienso, D. Ramiro? dijo doña Inés. Eso solo me traia, y con la conversacion se me habia ido olvidando. Veníaá

deciros que, ya que me dejáseis á mí, cuidáseis al menos de nuestro hijo. ¿Qué hemos de hacer con él ahora? ¿Cuál de los dos habrá de guardarle y enseñarle el nombre del otro?

Aquellas palabras hirieron á D. Ramiro como hiere los ojos la luz inesperada de un relámpago.

—Es verdad, doña Inés. ¿Y nuestro hijo? ¿Qué hemos de hacer con él?

—Sus abuelos y su padre fueron reyes, y él no lo será.

—Triste suerte la suya, doña Inés.

—Acaso sea vuestra propia imágen, y sin embargo, reducido á la condicion particular, miraráse menospreciado de los otros reyes y tratado como igual por nuestros vasallos.

—Es verdad; ¡será menospreciado de los reyes! ¡Será de otros reyes vasallo!

—¿Y quién sabe si D. Alonso de Castilla ó D. García de Navarra, ó el mismo D. Pedro de Atares, ó cualquiera, en fin, á quien pongan ahora por rey los aragonéses, se desharán de nuestro hijo por cualquier modo? Nuestro hijo les daria harta sombra en el reino, y de esas cosas se ven muchas por el mundo.

—¡Oh! teneis razon, doña Inés, prorumpió el rey; es imposible que nosotros abandonemos y desheredemos á nuestro hijo.

—Y ¿cómo no si le declarais bastardo, declarando nulo nuestro matrimonio.....?

—Es que no lo declararé tal; antes sostendré á la faz del mundo entero, que fué habido en legítimo consorcio, y que mi hijo debe llevar esta corona que á mí tanto me pesa.

—¿Y el mandato de Dios, D. Ramiro? Mas en verdad que el inocente infante no puede estar comprendido en su ira: si él no ha podido ofenderle, ¿cómo ha de llevar tan gran castigo? ¿Qué parte tiene él en las culpas de sus padres?

—No, no le desheredaremos, Doña Inés, repitió el rey: suceda lo que suceda, la corona de Aragon será para nuestro hijo.

—No direis que es nulo nuestro matrimonio.

—No, no lo diré jamás.

—Pero si ahora dejais el trono, ¿cómo he de saber yo sola conservárselo? ¿Cómo podré resistir á los ricos-hombres y á los príncipes extranjeros? ¿Por ventura querrán ellos jurarla ó reconocerla por reina?

—Es cierto: tengo que dejarla jurada y reconocida por reina. Es cierto que tampoco puedo ahora dejar el trono, respondió D. Ramiro suspirando.

—¿Conque es decir que seguirémos juntos hasta que nazca nuestro hijo y aun uno, que digo uno, dos años mas que es la edad que al menos necesita para ser coronada?

—Uno, dos años. Dios se apiade de mí, Doña Inés. Es demasiado sacrificio.

—Pero vos lo hareis así, porque, de no, todo lo demás sería inútil. ¿Lo hareis, lo hareis? no es verdad?

—¿Decis que dos años?

—Dos.

—Repito que Dios se apiade de mí.

—El cuidará sin duda de vuestra alma.

—El caso es que cuide ahora de mi cuerpo. Porque si alguna calentura lo mata en estos dos años, mas de dos años todavía que he de llevar sobre él mi pecado, se irán juntos al otro mundo mi pecado y mi alma; y sin penitencia y sin absolucion, no sé si Dios querrá dejarme entrar en la gloria.

—Dios favorece siempre á los buenos padres y á los que se sacrifican por el inocente; y vos lo sereis, y, no puede darse en todo, mayor inocencia que la de nuestro hijo.

—Cueste lo que cueste estoy resuelto á aguardar los dos años, y ojalá que sea como vos decís, Doña Inés, ojalá que Dios me deje vivir ese tiempo. Ojalá que no me mate sin penitencia.

—¡Oh! Gracias, gracias, señor; exclamó Doña Inés, arrodillándose delante del rey. Mirad, no me atrevo ya á abrazaros; pero nunca me habeis parecido tan grande como ahora, nunca os he amado tanto como en este momento. Perezcamos nosotros,

si es preciso, padezcamos tormentos eternos; pero salvemos á nuestro hijo de la afrenta y aun de la muerte que le espera.

—Me haceis temblar, Doña Inés. ¿Preferiríais vos la condenacion eterna á arrebatar el trono á nuestro hijo?

—Yo no sé lo que me digo, señor. Mas Dios que á vos os hizo padre, y á mí madre, perdonará este natural amor, y él nos dará tiempo de hacer penitencia, despues que hayamos logrado nuestro intento.

—Amen, doña Inés, amen. No habrá cilicio que yo no me imponga desde este momento, y el tiempo que medie desde ahora hasta el dia en que veamos rey á nuestro hijo lo pasaré orando por él y por nosotros.

—Yo os imitaré en la penitencia y oraciones.

—Pero ¿sabeis, doña Inés, que ya no debemos hablarnos juntos si no es en público? ¿Sabeis que en adelante no hemos de ser otra cosa que hermanos como vos misma habeis dicho?

—¿Y qué importa, si lo principal está conseguido? ¿Veis estas lágrimas, D. Ramiro? Son de amor que os tengo, de amor que me abrasa las entrañas y que acabará por quitarme la vida. Pero aun soy capaz de este sacrificio y del otro no lo era; aun soy capaz de separarme de vos y no lo era de abandonar á nuestro hijo.

—Y yo tambien, doña Inés, os amo con toda mi alma. Como que no he conocido otra mujer que vos, ni en otra he puesto jamás el pensamiento. Pero ¡ay! advertid que tales palabras no nos son ya permitidas: habladme como á un hermano.

—Está bien, señor; no sé si podré acostumbrarme, mas bien he de ensayarme en ello.

—Id con Dios, dijo D. Ramiro tristemente.

Doña Inés dió algunos pasos y volvió luego la cabeza; sus ojos eran un mar de llanto, y los ojos de D. Ramiro denotaban el dolor mas intenso.

—¿Con qué me amais? dijo.

—¡Qué si os amo! ¿No os he dicho que con toda mi alma?

—Es que yo no me canso de oirlo; porque es ya mi único consuelo.

—No sé, sin embargo, si puedo repetirlo muchas veces.

—¿Aun eso me negaríais?

—Aun eso creo yo, que quiere Dios que os niegue.

—Sois cruel. Mas no os quejaréis de mis importunaciones.

Dió otros pasos mas y, cerca ya de la puerta, volvió aun el rostro diciendo:

—¿Me negaréis el ósculo postrero?

—¡Ah! exclamó D. Ramiro, y se cubrió el rostro con entrambas manos.

Doña Inés no insistió, y haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, salió de la estancia.

—Es que yo no me canso de oirlo; porque es ya mi único consuelo.

—No sé, sin embargo, si puedo repetirlo muchas veces.

—¿Aun eso me negaríais?

—Aun eso creo yo, que quiere Dios que os niegue.

—Sois cruel. Mas no os quejaréis de mis importunaciones.

Dió otros pasos más y, cerca ya de la puerta, volvió aun el rostro diciendo:

—¿Me negaréis el [illegible] postrero?

—¡Ah! exclamó D. Ramiro, y se cubrió el rostro con entrambas manos.

Doña Inés no insistió, y haciendo un poderoso esfuerzo [illegible] sí misma, salió de la [illegible].

CAPITULO X.

SIRVE PARA DAR TIEMPO AL TIEMPO Y OCASION Á QUE VENGAN OTROS INAUDITOS SUCESOS.

Quien espera desespera.
Dicho vulgar.

Pasaron seis meses tranquilamente, ó, al menos, sin alteracion alguna en las cosas del reino.

El rumor de la renuncia del rey, que, como suele suceder en estas cosas, habia ya comenzado á correr entre la muchedumbre, fuese lentamente apagando.

Los ricos-hombres y prelados, alarmados en los principios con los recelos de Lizana y la revelacion de Roldan, llegaron á creer que no se realizarian ya ninguno de los intentos del rey, y que todo seguiria como hasta entonces. Dábales mayor motivo á esta creencia el ver que D. Ramiro no replicaba á ninguna de sus pretensiones, antes bien dejaba en sus manos cuantos castillos y haciendas le pedian, y no disponia nada sin su consejo. Aun parecia que se afanase mas que al principio por hacerse amar de ellos y tenerlos contentos y satisfechos.

Unicamente la reina doña Inés, en soledad de contínuo, y de contínuo llorosa, era sabedora del secreto y vivia con zozobra; y sentia que el pesar se le aumentaba á medida que mas cerca llegaban los sucesos.

La bella hija de los condes de Poitiers habia salvado los de-

rechos de su hijo; pero no habia sido sino á costa de los suyos propios.

En adelante solo la ternura filial podia ocupar sus horas, porque, de esposa, no le quedaba mas que el nombre, y, de reina, solo le quedaba escaso tiempo y azarosa vida.

Y en tanto pesar la desventurada doña Inés no contaba siquiera con el consuelo de depositar sus confianzas en un pecho amigo. Porque ni á su esposo le veia sino en público, ni en su córte habia otra persona que le inspirase cariño sino aquella Castana su doncella, en la cual era mayor el buen deseo que no la cordura; de suerte que no parecia prudente poner en sus manos secreto de tanta monta.

Sin embargo, con esta Castana era solo con quien hallaba algun alivio la reina, recordando á su lado cosas pasadas, como las fiestas del dia de su boda, y las aclamaciones con que fué recibida por la córte de Aragon al llegar á la frontera, y el llanto de sus padres, al dejar tal hija en tierra extraña. Hablaron tambien en diversas ocasiones del azar del dia de la coronacion, del peligro del rey, de la destreza del almogábar, y, tan pequeño, como debia serlo á los ojos de una reina cuanto se refiriese al hijo de las montañas, ello era que nunca dejaba de detener en él las pláticas, poniendo mas de una vez colorada á Castana.

La sencillez de esta en el responder, y el poco arte con que ocultaba sus sentimientos, hubieran hecho que adivinase la reina antes de mucho, que ella adoraba en el almogábar. Pero con el diálogo que acertó á oir la noche infeliz del baile, no tenía ya que adivinarlo, sabiendo que, no era otro que este, el amante con quien la habia sorprendido.

Pero imaginó que parte del cariño que Castana le profesaba, era debido al favor que habia hecho al rey; y amando mas que nunca á Castana, y estimando tanto como estimaba al almogábar, propúsose hacerlos felices, siendo ella misma su protectora y madrina en el matrimonio.

Es ley de las almas generosas gozar con las agenas venturas;

y no ha de extrañarse por lo mismo que la poderosa reina de Aragon olvidase por algunos instantes sus cuitas pensando en que sería buena casada, y muy feliz con su marido la pobre Castana.

Con todo, no consentia su dignidad que se diese por entendida de tal propósito; y aun llegó á excusar mas veces la conversacion del almogábar que, al amor de Castana, viniese en cuento. El dia que mas explícitamente hablaron, no pasaron sus confianzas de las que denota el siguiente diálogo:

—¿No has vuelto á saber del almogábar? decia doña Inés.

—No, señora; no se ha vuelto á saber de él, respondia Castana, en lo cual claramente mentia.

—Habrá perecido en alguna de esas guerras que los de su gente mueven en la frontera.

Decia esto la reina para probar el amor de Castana.

—No lo permita Dios, señora, respondió esta; no creo yo que haya fenecido, porque no creo que nadie sea capaz de matarle en lid, y en la montaña no se hallan traidores que fuera de ella maten al contrario.

—¿Sabes que quisiera volverle á ver para hacerle alguna merced?

—Y mucho que lo creo, señora mia, y no lo deseo yo menos que vos.

—¿Castana, estás prendada del almogábar?

—No, señora, no: esto que siento desde que le ví debe de ser agradecimiento de mi lealtad, por el servicio que prestó al rey.

Sonreíase la reina al escuchar tales palabras, que estaban tan de acuerdo con sus benévolas sospechas, y pasaba á otra cosa. Y en estos y otros entretenimientos pasaron los dias, hasta cumplirse los seis meses que hemos señalado al comenzar este capítulo.

D. Ramiro por su parte invirtió este tiempo de un modo que á muchos pareció extraño, puesto que, no llegaron á comprender hasta mas tarde, su verdadero significado.

Ya hemos hablado de la predileccion que suele mostrar el cronista muzárabe, de quien tomamos este relato por cierta iglesia de San Pedro, donde él y sus padres y abuelos, desde el tiempo de los godos, asistian diariamente á los oficios divinos, sin empescerles que estuviera la ciudad en poder de los muslimes.

Pues esta iglesia, á la cual llamaban ya en la era de la conquista, que es muy cerca de ochocientos años antes de nosotros, San Pedro el Viejo, á causa de su antigüedad remota, comenzó á aumentar y engrandecer D. Ramiro.

Habia en ella convento de Benitos, los cuales hacian muy penitente vida; y oraban de contínuo, ora al pié de aquellos altares levantados quizá de órden de los procónsules cristianos de Constantino, ora junto á las cruces del estrecho cementerio, cuyas piedras aquí y allí plantadas sobre las sepulturas, conservaban esculpidos todavía nombres romanos y godos.

Emprendió el rey la construccion de un cláustro anejo á aquella antiquísima iglesia, y diariamente se le veia asistir á los trabajos y dirigirlos; y aun enmendar con sus propias manos los toscos dibujos de los escultores de la época, y ayudar con ellas á levantar las columnas y chapiteles que habian de cerrar el cláustro.

Nunca, obra mas sombría, reflejó mas sombríos pensamientos.

Nadie entrará, de seguro, en aquel cláustro, intacto todavía, que no sienta en su corazon algo de pavor, de misterio, de tristeza.

Aun pregonan aquellos muros, que son obra de un monge sin otros deseos que el silencio de la soledad y el reposo de la muerte; de un penitente que, puesto en Dios el espíritu, no deja para los sentidos ni luz, ni aire, ni agua, sino solamente tierra; de un hombre á quien la vida mortificaba, y á quien, el pensamiento de morir, se le aparecia de contínuo.

El cláustro de San Pedro el viejo es una tumba.

Allí fué donde, al cabo de los seis meses, recibió nuevas el rey de que la reina estaba de parto. Y por primera vez, desde el

dia de la coronacion, animóse su rostro un tanto; y una idea humana, terrena, cruzó por su mente.

Poco despues vinieron á decirle, que la reina habia dado á luz una criatura. Alzó los ojos al cielo, murmuró algunos rezos y ordenó que se apresurasen los trabajos.

A la tarde de aquel dia, cuando la luz faltaba ya completamente del monasterio, y no era posible seguir en ellos, volvió como de ordinario al alcázar, y entró á ver á su esposa.

—Mirad, señor, á vuestra hija, le dijo doña Inés con los ojos arrasados en lágrimas.

—Es hermosa como vos, respondió D. Ramiro.

—¡Hermosa como yo! Y la pobre mujer, no osando siquiera darle el nombre de esposo, gracias, señor, dijo, gracias.

D. Ramiro se inclinó hácia la frente de la tierna princesa y puso en ella los labios.

Luego, recobrando al parecer su ordinaria frialdad, dijo:

—Aragon os saludará, desde este dia feliz, por madre de su reina.

—Dia feliz! repuso doña Inés. Sin duda que lo es, señor; sin duda que debe serlo.

Don Ramiro comprendió que habia cometido una indiscrecion, pero no estaba para remediarla. A pesar de la frialdad que mostraba tener, lo cierto es que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. La naturaleza, siempre poderosa, vencia por un momento á la preocupacion extraordinaria de su espíritu.

—Ponedla, doña Inés, vuestro nombre, dijo por fin con mal encubierta ternura.

Las mujeres saben apreciar, muy esquisitamente, todos los sentimientos tiernos, todas las ideas delicadas.

Y al oir aquellas palabras que la mostraban tan claramente las de su esposo, no pudo la reina resistir más y prorumpió en copioso llanto.

—No, mi nombre no quiero que lo tenga: no quiero que sea, cual yo, desdichada.

—Sosegaos, señora, dijo D. Ramiro. Contad que esa agitacion y sentimiento pueden seros funestos á vos y á vuestra hija.

Y, como esto dijo, se salió de la estancia.

La princesa fué bautizada con gran pompa al dia siguiente, y con efecto no se la puso el nombre de doña Inés. San Pedro el viejo era la tumba elegida por el rey, y, en triste memoria de aquel lugar, la pusieron Petronila. En cuanto á D. Ramiro, reservado como siempre en sus pensamientos, y, como siempre misterioso, continuó yendo todos los dias á San Pedro el viejo, para estar á la mira de las obras del cláustro.

Solo se notó que, desde el nacimiento de su hija, cada vez aceleraba mas los trabajos, y se mostraba mas deseoso de que se concluyesen.

Todavía se ven en el cláustro las parduzcas columnas, ora aisladas, ora agrupadas de dos en dos y de cuatro en cuatro, que hizo levantar en aquellos dias D. Ramiro.

Todavía duran los chapiteles donde labraron á su vista, los mejores artífices de su tiempo, flores desconocidas y hojas de familia indescifrable; guerreros que parecen monges y monges que tienen trazas de soldados; reyes, obispos, escuderos, monaguillos en concursos y procesiones que, por tal ó cual atributo se conocen, no por la expresion de los rostros, ó la propiedad de los vestidos.

Allí se ven aun brazos que parecen cuerpos, y cuerpos que parecen brazos; allí caras mayores que los cuerpos que las sustentan, ó cuerpos gigantes para rostros de niños.

¡Absurdos respetables! ¡Errores que el entendimiento saluda con entusiasmo, porque en ellos se engendró el arte moderno!

¿Quién diria hoy cuáles fueron las indicaciones, cuáles las mejoras que el monge-rey introdujo en aquellas obras? ¿Quién puede saber los nombres de los artífices que se emplearon, debajo de su direccion, en trazar aquellos cuerpos y flores, y en asentar aquellas tosquísimas columnas? Pequeños incidentes son

y detalles, á los cuales da valor y aun preciosidad el largo trascurso de los años.

Dos muy cumplidos gastó D. Ramiro en la fábrica, y cuando la vió terminada no pudo contener una exclamacion de alegría.

—¡Ya nada me queda por hacer! dijo.

Y de vuelta al alcázar, saludó á su esposa mas afectuosamente que solia, y besó con mas amor que nunca la frente de la infanta doña Petronila, que ya habia aprendido á seguirle con los ojos y á nombrarle padre.

Mas cierto que se engañaba el buen rey, porque mucho le quedaba por hacer todavía para lograr sus intentos. Y es fortuna para nosotros; que de otra suerte, pronto habria de dar punto por fuerza, la crónica curiosísima del muzárabe.

CAPITULO XI.

DONDE SE VE QUE LOS RICOS-HOMBRES DE AQUELLA EDAD NO ERAN TAN SUFRIDOS COMO ESTOS QUE ANDAN AHORA.

Que no quieren tomar rey
Sino al que lo merecia.
Romance viejo.

En un gran salon del alcázar de Huesca, adornado con primorosos artesones de madera y voluptuosos cogines orientales, mirábanse reunidos cierto dia como hasta quince ricos-hombres, los mejores del reino.

Pedro de Luesia el arzobispo, era uno, y otro aquel Roldan tan determinado, y Gil de Atrosillo, y Miguel de Azlor, y Sancho de Fontova, y el viejo Férriz de Lizana, y un cierto García de Peña, y otro nombrado Ramon de Foces, y otro aun, á quien apellidaban Pedro Cornel, y García de Vidaura y Pedro de Vergues, y cinco mas cuyos nombres calla la crónica.

Caballeros todos ellos, no hay que decirlo; valerosos en armas, ricos en hacienda, osados y ambiciosos á porfía, basta saber que lo eran, para que se suponga.

Largo rato pasaron en sabroso entretenimiento, ora repartidos en grupos, ora en general conversacion; al cabo se abrió la puerta principal del salon, y dos heraldos anunciaron en alta voz al rey.

Los ricos-hombres nombrados dejaron entonces su plática, y se adelantaron á recibirle.

D. Ramiro parecia mas contento que de ordinario, y saludó mas afectuosamente que nunca, á los magnates del reino.

Sentóse luego en la silla que le estaba preparada, y habló de esta manera:

—Bien sabeis, mis nobles caballeros y ricos-hombres, cuan á disgusto mio fué el salir del convento y tomar mujer, y entender en el gobierno del reino. La salud del estado fué lo único que pudo moverme á dejar la vida tranquila que traia, y faltar á los votos de monge que tenía hechos. Pues mientras ha sido necesaria mi persona, he atendido á gobernaros como mejor he sabido, si no siempre con acierto, con buena voluntad en todas ocasiones. Mas ahora siento, que ya no hago falta por acá, y es hora de que vuelva á la vida penitente, para la cual me juzgo harto mas á propósito, que para esta que traigo hace tres años. Déjoos una hija que debe sucederme en el trono segun es razon, y con ella, los años adelante, seréis mas felices que conmigo lo habeis sido. Solo falta que vosotros la jureis como leales, reconociéndola por legítima señora del reino. Así os lo premie Dios, amen.

Calló el rey, y los ricos-hombres se miraron unos á otros, sin poder ocultar la sorpresa, que este singular discurso les causaba.

—¿No os decia yo que no os fiárais de su aparente calma? dijo Lizana el primero.

—¡Ah! Mal abad de Mont-Aragon, añadió Roldan, tú tienes la culpa de todo esto.

—Sosegaos, Roldan, repuso García de Vidaura. ¿No oisteis decir que, del dicho al hecho, ha gran trecho? Todavía ha de verse esto muy despacio.

—Lo que yo pienso es, dijo el arzobispo menos impetuoso que sus compañeros, que, lejos de ofendernos con eso, nos hace un bien muy grande. ¿Qué mas podemos desear sino tener por reina á una niña de dos años? Así haremos mejor lo que convenga.

—Verdad es, padre, dijo Atrosillo; por cogulla que sea este,

no deja de mostrar sus rarezas, y mas indigno es de nosotros tener por monarca á un monge, que tener á una niña de pecho.

—Lo de monge no le estorba, repuso acaloradamente el arzobispo. Monges hay..... Pero sin darle tiempo para continuar, dijo gravemente Lizana.

—¿Así os ocupais en miserables propósitos y disputas cuando teneis al ciervo á tiro de jabalina? Por San Jorge y Santiago, patronos de los caballeros, que no he visto mayor desatinar en mis dias. Primero que nuestro interés propio, primero que nuestro gusto están la conservacion y defensa de los fueros y leyes, con que nos heredaron nuestros padres. Aunque supiese que el moro habia de quemar todos mis castillos, y llevarse prisioneros á todos mis vasallos, no dejaria de oponerme á un contrafuero; y primero consentiria en que me cortasen el puño derecho, con que suelo esgrimir la espada, que no en ceder un ápice de nuestros privilegios y leyes y derechos.

—Bien dice, exclamaron á un tiempo cuatro ó seis de los concurrentes.

El arzobispo se encogió de hombros, pero calló; y algunos caballeros, ó mas dóciles ó mas rudos que los primeros, se contentaron con herir el suelo con las puntas de los aceros envainados, como en señal de asentimiento.

El rey, con quien tan poca cuenta tenían los preopinantes, no oyó unas cosas, otras no entendió lo que querian decir, y, advirtiendo solo que nadie le respondia, dijo despues de algunos minutos de silencio:

—¿Nada se os ocurre, buenos caballeros? ¿No es verdad que os causa contento mi resolucion? Yo no sirvo para gobernaros.

Férriz de Lizana, como mas autorizado que los otros por sus canas y largos servicios y conocimiento de reyes, tomó al fin la palabra y habló de esta manera:

—Grande espanto es, señor, lo que nos causa vuestra resolucion, no solo porque en sí ha de ser dañosa para el estado, sino mas todavía porque tal hayais determinado sin contar con nuestro

consejo. Los reyes en Aragon no tienen, señor, autoridad para tanto; que, así como así, no tienen mas sino aquella que nuestros antepasados delegaron en ellos en el monte Pano; y vos mismo la debeis á nuestra eleccion, que no á otra cosa. Dejar vos el trono, será gran daño para Aragon en las presentes circunstancias; pero ¿cuánto mas no ha de serlo que lo dejeis sin el arrimo y defensa de aquellas leyes, que tan glorioso lo hicieron en el mundo? De mí sé decir que no he de consentirlo.

—¡Ni yo! ¡Ni yo! gritaron todos al propio tiempo.

D. Ramiro se extremeció al oir aquella reprobacion unánime y no esperada.

—Nobles caballeros, dijo con voz menos firme que la magestad pedia en tal ocasion: ¿Quereis obligarme á llevar la corona en la cabeza contra mi voluntad? ¿Quereis forzarme á que me falte á mí propio y falte á lo que debo á Dios y á mis votos? ¿No os basta con haberme privado por tanto tiempo de la paz de mi monasterio? ¿No os dejo ya lo que necesitabais, que era sucesion á la corona?

—¡Pobre monge! No le aflijais, dijo uno de los caballeros á los que mas cerca tenía.

—¡Miserable cogulla! exclamaron otros.

Férriz de Lizana volvió á tomar la palabra.

—Nosotros, dijo, no queremos forzaros á vivir en el mundo, dado que tanto os molesta; lo que deseamos es que no se deroguen las costumbres antiguas del reino, y que las córtes aragonesas sean llamadas á juzgar en los casos graves, conforme al fuero. Y en verdad os digo, señor, que tengo por la cosa mas grave y nueva y desaforada, el que mujer suceda en estos reinos. Las córtes son, señor, y no vos, á quien toca decidir si hemos de jurar ó no á doña Petronila, que no será nunca por mi voto.

—Ni por el mio, ni por el mio, dijeron los mas jóvenes de la concurrencia, para los cuales, era voz de oráculo, la del viejo Lizana.

Los demás, subyugados tambien por la autoridad que daban

sus experiencias y servicios á Lizana, ora opinasen como él, ora de otro modo, el hecho es que apoyaron con su silencio la negativa propuesta.

—Pero ¿quién, si no es mi hija, ha de gobernaros, cuando yo me entre en mi monasterio? preguntó cándidamente el rey.

—Eso es cabalmente lo que ha de decidir el reino reunido en córtes, dijo Lizana; y reyes no faltarán, señor, que los que ya hallaron uno en un cláustro, traza se darán para hallar otro en cualquiera parte. Si es que no mudais de resolucion, que sí pienso que mudaréis, y, aun tengo para mí, que el cielo ha de recompensar vuestro sacrificio, dándoos un varon, á quien legítimamente podamos admitir por rey.

—¡Un varon! ¡Otro hijo! Exclamó horrorizado D. Ramiro. Te perdono, Lizana, porque tú ignoras lo que á mí me pasa, porque no comprendes mis votos; mis pecados... Dios haya piedad de tí, Lizana, que, debes ser gran pecador, cuando tan poca cuenta tienes con que yo lo sea.

—Dígoos que no aflijais al pobre cogulla; que harto trabajo tiene con ser quien es, repitió uno de los caballeros.

Lizana le hizo, con un imperioso gesto, que callára, y dirigiéndose al rey con afectado respeto le dijo:

—Señor: ni á vos ni al reino conviene que os retireis de nuevo al cláustro. Tal vez sugestiones de malvados os hayan traido á este punto; volved en vos y pensad en los males que va á ocasionar vuestra conducta, que, con eso comprendereis, cuánto mas ajustado sea á la doctrina de Cristo el quedaros que no el iros, y el gobernar en paz y justicia estos reinos, que no el orar al pié de los altares; pues, hombres para orar hay muchos, y para ser reyes, y reyes como vos, siempre son pocos en el mundo. Vuestra hija será reina casándose con uno de los poderosos reyes vecinos; y para Aragon, os dará Dios un varon como conviene.

Todos los circunstantes aprobaron con una sonrisa el discurso del artificioso viejo. Mas el rey frunció el ceño y gritó desesperado.

—¡Un hijo! ¡Un hijo! Jamás. No eres tú quien hablas, Liza-

na: es el demonio mismo, el demonio que ve que se le escapa mi alma... *Vade retro,* espíritu de las tinieblas: *vade retro,* que ya te conozco y no te aprovecharán tus artificios: así, ni mas ni menos, me decias hace tres años, los tres años ¡ay! de contínuo suplicio en que me has tenido sujeto al trono.

Los caballeros opinaron unánimemente que el rey estaba loco. La contradiccion le encendia el alma, dándole una expresion mucho mas exaltada y extraña que cuando comunicó su resolucion á doña Inés; y esta tenía para él harto mas benevolencia que los ricos-hombres presentes. Y sin embargo, doña Inés le tuvo ya por loco, ¿qué tenía, pues, de particular que por tal le tuviesen los ricos-hombres?

—Pero señor, fué á replicar Lizana.

—No, no escucho nada; jurad por reina á mi hija, juradla al momento, dijo el rey brotando llamas por los ojos.

—Démosle gusto, Lizana, dijo tímidamente el arzobispo, como temeroso de nueva repulsa: su hija de dos años será un rey á pedir de boca, y, poco importan las costumbres del reino, si con tan general provecho las alteramos.

Hablais reverendo arzobispo, dijo Lizana, como quien no tiene hijos, que hereden su grandeza y sus derechos. Para vos todo está encerrado en vuestra persona; mas nosotros tenemos que mirar por nuestros descendientes. Y si, hoy porque nos aprovecha, alteramos el derecho de suceder que, sábiamente adoptaron nuestros padres, para estorbar que por manera de rebaño, fuésemos dados, en dote de una princesa heredera, á cualquier rey extranjero, perdiendo patria, poder y gloria en un punto, ¿cómo podremos restablecerlo en lo sucesivo? ¿Ni cómo podrémos exigir que se guarden los fueros del reino en otras cosas si en esta conspiramos á que se quebranten?

Dijo esto último Lizana, en voz alta, de modo que bien lo oyera el rey.

—¿Conque es decir, dijo este, que desobedecereis claramente mis mandatos?

—Es decir, contestó Lizana, que en obediencia de los fueros y costumbres antiguas, no podemos admitir como reina á doña Petronila; y que hareis muy bien en conformaros con permanecer en el trono hasta que Dios os conceda un hijo.

La sangre de su abuelo Ramiro I, el que libró á su madrastra de la hoguera, y murió como tan bueno en Graus; la de su padre Sancho Ramirez que pereció tambien, atravesado por saeta mora; la de su hermano D. Pedro que conquistó á Huesca, y la de aquel otro valentísimo hermano que acababa de morir en Fraga, bullia al cabo en sus venas. Y poderosamente excitado por sus ideas religiosas que los ricos-hombres contrariaban, y por el cariño de padre que desconocian, la cólera y el esfuerzo que habian dormido en él por tanto tiempo, se despertaron en un punto.

—Necios sois y traidores, les dijo, que no prudentes y caballeros. Me habeis traido á la perdicion; ¿y ahora os burlais de mis penas? No será por mucho tiempo: idos que voy á disponer las cosas de modo que os arrepintais de vuestra insolencia. No, no tendreis en mí, en adelante, al príncipe complaciente que habeis tenido hasta ahora: tigre he de ser para vosotros, supuesto que quereis que lo sea. Idos al punto de mi presencia.

Al decir estas palabras, sus ojos, por lo comun apagados, brotaban fuego; su fisonomía decaida cobró una expresion y una fuerza espantables.

Los grandes, mas bien maravillados que no acobardados por aquel arranque de ira, se dirigieron hácia la puerta sin responder palabra.

Dos hombres de armas la guardaban.

—Oid los de la mesnada, dijo Férriz de Lizana. ¿De qué casa es vuestro pendon?

—Somos, señor, respondieron los hombres de armas, de la casa de Azlor.

—Ea, pues, Miguel de Azlor, repuso Lizana dirigiéndose al rico-hombre de tal apellido, que venía detrás de todos; mandad

á los vuestros que no dejen entrar ni salir á nadie por esta puerta sin nuestra órden. A nadie, ¿entendeis? No haya excepcion en ello. Y vosotros, Roldan, Gil de Atrosillo, Vidaura, corred á vuestras mesnadas, aquí y allá puestas de guardia en el alcázar, y que no dejen salir ni entrar á nadie tampoco, so pena de la vida.

—Vasallos, ¿os atrevereis á prender á vuestro rey? Gritó don Ramiro al oir aquellos extraños mandatos.

—No nos atrevemos, replicó Lizana, sino á defender nuestros fueros.

—Temed mi cólera cuando logre desasirme de vuestros lazos.

—Es que acaso no lo logreis, respondió bruscamente Roldan.

Y, volviéndole la espalda, se alejaron los ricos-hombres hablando ó riendo siniestramente, sin curarse de sus gritos y amenazas.

Oyóse claramente la voz de Lizana que decia:

—No os burleis de sus amenazas que ya las cumplirá él si le dejamos cumplirlas. A fé que consejo no le falta, pues ya sabeis el que le dió el mal abad de Tomeras; y, bien pudiera juntar este, con el que le ha dado el de Mont-Aragon, de dejar el trono. Que dejára el trono pase; pero dejarnos á nosotros sin cabezas eso no, pues la mia al menos se halla muy á gusto sobre mis hombros.

Una carcajada general de los ricos-hombres respondió á estas palabras.

El rey quiso salir detras de ellos, pero por mas que hizo no pudo ya: los hombres de armas, caladas las viseras y bien empuñadas las partesanas, le cerraron el paso como si no le conociesen.

D. Ramiro se desesperó y con razon que le sobraba.

No contar con esta resistencia de los ricos-hombres, habia sido imprevision notable; mas el monge no lo atribuyó á eso, sino mas bien á enemistad del cielo que queria quitarle los medios de hacer penitencia y de morir en gracia.

Su cerebro enflaquecido con la contínua meditacion religiosa

y la contínua oracion, y lleno de preocupaciones y de misteriosas historias, no podia conllevar ya el menor peso que, echase sobre él, la fortuna.

Dos ó tres veces rogó á sus guardias que enviasen por el abad de Mont-Aragon, á fin de que al punto le absolviese, aunque hubiera de dejar abandonada la empresa de coronar á su hija; pero los fieros adalides no hicieron caso de sus ruegos.

Su imaginacion comenzó entonces á representarle como posible que los ricos-hombres quisieran asesinarle; y, antes que no la muerte, espantábale el perder la vida sin haber hecho penitencia. Y al propio tiempo el gran impulso de ira que excitaron en él las palabras descomedidas de los grandes, se iba convirtiendo en abatimiento: la reaccion fué horrible.

Así pasó el resto del dia encerrado, y preso en su propio alcázar el rey de Aragon, y, en el entranto, todo Huesca era rumor, todo armas, todo apellidos de guerra.

De una parte los ricos-hombres atendian á llevar adelante sus empeños, y, aunque vacilando aun sobre lo que les conviniese hacer, disponíanse ya para resistir á los amigos del rey, si los tenía; y á los reyes extranjeros que por piedad ó por ambicion pudieran tomar parte en la contienda.

De otra, el pueblo á quien rápidamente habian llegado, como suele suceder, las nuevas del suceso, y no poco alteradas como siempre, mas asombrado que resuelto, vagaba por acá y por allá llenando en copiosa muchedumbre calles y plazas; pero sin expresar ningun sentimiento de aprobacion ni de cólera.

Y los servidores de la casa del rey, amedrentados huian ó se escondian, que es la costumbre de tales gentes en ocasiones como ella.

En tanto la reina doña Inés, harto acostumbrada ya á no ver á su esposo, ignoró por muchas horas lo que ocurria.

Hallábase asomada en un ajimez del alcázar, desde donde miraba correr las aguas de la Isuela, formando cien revueltas por entre los sotos frondosos de sus orillas.

Allí procuraba divertir sus ojos con las hermosas vistas que descubrian; mas ¿cómo apartar de su mente tan negros pensamientos como la acosaban?

A su lado estaba Castana con la tierna princesa en los brazos. De cuando en cuando, volvia el rostro la madre, y aplicaba sus labios con indecible deleite en el rostro de la hija; y aun á veces la bañaba en llanto, que luego cuidadosamente secaba con un finísimo lienzo de aquel que, ya por entonces, venía de Flandes.

Sonaron dos golpes ligeros á la puerta de la estancia, y Castana fué á abrirla, llevando en brazos á la princesa.

Nunca lo hubiera hecho; porque en el propio tiempo que abria, saltaron sobre ella dos guerreros, y arrancándole el uno á la princesa de los brazos, se la dió al otro, diciendo:

—Ponedla en seguro. Y este desapareció como un relámpago.

Castana prorumpió en un grito lastimero y cayó contra el muro desvanecida.

Doña Inés volvió el rostro al oir aquel grito. Mirar y ver que no estaba allí su hija, fué obra de un instante; y dirigiéndose á aquel de los guerreros que habia permanecido en la estancia, le asió del brazo con fuerza y le dijo con voz temblorosa:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Quién sois? ¿Dónde va mi hija?

El guerrero se alzó la visera, y la reina reconoció en él á Roldan.

—¿Adónde se han llevado á mi hija, Roldan? ¿Esto os ha mandado el rey?

—Confiad, señora, en quien la tiene en sus manos, respondió el caballero.

—No, no confio en nadie. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hija? exclamó la reina.

Y seguida de Castana, que, habia ya vuelto en sí del momentáneo desvanecimiento que le causára aquel acontecimiento inesperado, se precipitó por la puerta sin saber adonde iba.

—¡Pobre mujer! dijo para sí Roldan, que aunque ambicioso y fiero, no carecia de la sensibilidad caballeresca de su tiempo. Ya

se lo decia yo á Lizana; pero él discurre á fuer de prudente. ¿Cómo hemos de dejar escapar tan importante presa y rehenes? Acaso la prision del rey no sería nada sin esta. Tristes tiempos y ocasiones vamos alcanzando: no puede uno siquiera ser galante con las mujeres, que es lo primero que le enseñaron sus padres.

En estos pensamientos embebido, se alejó por opuesto camino del que habia traido la reina.

CAPITULO XII.

DE CÓMO AZNAR GARCÉS ERA HOMBRE QUE SOLIA HALLAR TODAS LAS PUERTAS ABIERTAS.

¡Ay Dios que buen caballero
El maestre de Calatrava!
Romance viejo.

La reina y Castana recorrieron diversas salas y aposentos, bajaron y subieron escaleras, cruzaron anchos corredores, sin sentir otro ruido que el que producian sus pisadas.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! gritaba la reina de vez en cuando; pero en vano.

Y el caso era, que no sabia, si por mandado de su esposo se la habian quitado, ó no; si estaba ó no segura su vida.

Al cabo de mucho andar y revolver llegaron á una puerta, donde, se hallaban de guardadores, dos hombres de armas. La reina, sin verlos siquiera, se lanzó á la puerta; pero los hombres de armas cruzaron delante de ella los hierros de sus partesanas, y la impidieron que entrase.

¿Qué haceis? dijo doña Inés. ¿Sabeis que os oponeis al paso de la reina?

Los hombres de armas no respondieron, y tranquilamente se apoyaron sobre sus partesanas, como antes estaban.

Doña Inés comprendió, que aquello podia muy bien tener relacion con el rapto de la princesa.

—¿Sois vosotros, tornó á decirles, los que guardais á la princesa? Dejadme que entre y la dé siquiera un beso: mirad, guerreros, que soy su madre.

—No respondieron ellos tampoco; pero, en aquel momento, salió de lo interior de la sala un hondo gemido.

Doña Inés se extremeció: la voz era muy conocida de ella y penetró en sus entrañas.

—¿Quién está ahí? exclamó llena de horror.

Otro gemido mas doloroso que el anterior volvió á escucharse.

Doña Inés, sin mas poderse contener, se arrojó á la puerta; mas los soldados volvieron á cruzar las armas, y uno de los hierros hirió levemente su mano derecha.

Al ver correr la sangre de su señora, Castana se abrazó con ella, gritando:

—Estais herida, señora, herida. ¡Favor! ¡Favor! ¡Que han herido á la reina!

Oyéronse entonces unos pasos, un tanto presurosos, en lo interior de la estancia, y uno de los hombres de armas dijo al otro:

—Oye, Corberan: paréceme que nuestro prisionero se levanta y que viene hácia acá: bueno será que entres adentro, mientras yo guardo la puerta.

Y en esto las sombras de la noche habian inundado completamente el espacio: los aposentos del alcázar se miraban todos en la mayor oscuridad: no se hallaban por ninguna parte escuderos, ni servidumbre: las únicas personas que ocupaban el lugar de la escena, eran aquel hombre de armas que habia quedado plantado en mitad de la puerta, inmóvil y silencioso, y á poco trecho dos mujeres llorosas y aterrorizadas, que eran la reina doña Inés y Castana.

De pronto se alzó junto á ellas una figura negra y corpulenta, con ojos de fuego que, brillaban aun, entre lo espeso de las sombras.

Doña Inés no pudo reprimir un ay de espanto: Castana, por el contrario, lanzó un grito de alegría.

—¿No ves, Castana? ¿No tiemblas? dijo la reina.

—Lejos de temblar, señora mia, no quepo en mí de gozo: es el almogábar, aquel almogábar que salvó la vida á mi señor el rey, el dia de las fiestas.

—¿De veras? exclamó llena de jubilo la reina.

—¡Oh! pues que corra al punto, porque dentro de ese aposento he oido gemir á mi esposo: era él, era él, y Dios sabe si lo habrán muerto, los asesinos que me han robado á mi hija.

—Confiad, señora, en su valor; que él es capaz, segun yo creo, de acabar solo con todos los asesinos del mundo.

A la sazon el almogábar caminaba por el corredor adelante, como hombre que bien conocia los pasos, y que solia transitar por allí. Pero, como acababa de entrar en la oscuridad, no le era dado distinguir á las dos mujeres que allí estaban, dado que á él, claramente le distinguiesen ellas.

Castana se le acercó silenciosamente, y tocándole en el brazo con dulzura, le dijo:

—Aznar, Aznar, ¿quieres servir de nuevo al rey en cosa en que acaso le vaya la vida?

—¿Quién eres? respondió el almogábar. ¿Eres por ventura alguna dama encantada, de esas que dicen, que suelen habitar en los palacios y castillos? ¿De qué rey me hablas? Si fuera del de Aragon, mi señor, no tienes mas que disponer de toda mi sangre en su servicio; mas si es de algun rey moro, de aquellos que levantaron este alcázar, no digas mas, que soy cristiano aunque pecador, y mis abuelos fueron godos por todos cuatro costados, y, antes que no á servir, aprendí á matar reyes de esa laya. Y aun si quieres que te desencante y está en poder humano, yo lo haré de muy buena voluntad, que, puesto que seas mora, todavía ha de valerte la dulzura de tu voz y la hermosura que en tí imagino.

—Menos imaginaciones, seor almogábar, y vamos á las obras. Yo no soy mora, ni estoy encantada, ni soy otra que la honrada Castana, doncella de la reina doña Inés, á quien sirvo; la cual

está aquí á nuestro lado, toda llorosa, porque, en aquel aposento frontero, ha oido gemir muy tristemente á su esposo el rey D. Ramiro, y recela que le haya acontecido alguna desdicha.

—¿Conque eres tú Castana? replicó el almogábar. Pecador de mí que no te haya conocido. Y es que tu voz está alterada: ¿será posible que le haya acontecido al rey alguna desdicha? ¿Quién osará ofenderle que no muera al punto á mis manos?

—Sálvale, almogábar, sálvale, dijo entonces la reina doña Inés, señalándole la puerta.

—Ten, ten, repuso Castana. Hay dos hombres de armas en el aposento: cuenta con que te negarán la entrada.

—¿Qué es negar? repuso con terrible acento el almogábar y echó mano á sus dardos.

Lo distante del lugar donde esta conversacion pasaba, y lo oscuro de las habitaciones, impidieron que el atalaya se apercibiese al pronto de cuántas eran las personas que hablaban; que puesto que divisase al lejos los bultos, creyó por algun tiempo que eran los que hacian las mujeres que habia despedido, sin reparar en la figura del almogábar. Las últimas palabras dichas por este con fuerte acento, le dieron á conocer que habia allí un hombre; y á tiempo que Aznar Garcés, pues tal era, como sabemos, el nombre entero del almogábar, ponia mano á sus dardos, preguntó con voz de trueno:

—¿Quién va?

—Un escudero del rey, respondió Aznar; que os manda que dejeis libre esa entrada para él, y estas damas que con él vienen.

—Pues volveos por vuestro camino, escudero, repuso el otro, que no hay por aquí paso esta noche.

—Sí lo habrá, dijo Aznar, aunque haya de servir de escalon tu maldito cuerpo. Y asestando contra él uno de sus dardos, le partió el corazon, de suerte, que no acertó á dar un gemido.

—¡Que no lo mate! exclamó la reina.

—Rogad á Dios por su alma, respondió Aznar.

Y apartando el cadáver de la puerta, sin otra ceremonia que

un puntapié, entró adelante, seguido á alguna distancia por la reina y Castana.

Halláronse primero con una antesala estrecha, y de allí pasaron á un aposento principal, en el fondo del cual se descubria una puerta, por cuyas rendijas salian los reflejos de una luz opaca, y casi perdida, en aquel espacio tan ancho.

Al llegar como á la mitad de este aposento, la puerta se abrió, y apareció ante ellos el otro hombre de armas, que sin duda volvia á reunirse con su compañero, el que quedó de atalaya. Y no hay mas sino que lo logró, aunque no como él imaginaba. Porque á este ni aun le dejó preguntar quien va el almogábar, sino que desnudando la corta y ancha espada que llevaba al cinto, se fué para él gritándole al propio tiempo con salvage alarido:

—¡Vas á morir!

Sorprendido el contrario, apenas tuvo tiempo bastante para esperarle con la partesana.

Aznar de un solo golpe cortó el robusto mango de roble de aquel arma, y echó á tierra la cuchilla. Dando en seguida un salto y otro alarido horrible, le asió con la siniestra mano por el cuello y con la diestra le sepultó en el pecho la hoja de su espada.

Aquel hombre de armas cayó como el otro, sin darle tiempo la muerte para que articulase una queja.

Al sentirse el ruido de la caida apareció al dintel de la puerta el rey D. Ramiro, trayendo en la mano una pequeña lámpara, de donde salia la escasa luz que, desde antes, se percibia.

No bien apareció, doña Inés se adelantó precipitadamente á encontrarle, y el almogábar, envainando la espada, se paró ante él en respetuosa apostura.

—¿Erais vos, D. Ramiro? dijo la reina.

—¿Erais vos, doña Inés? dijo el rey.

—¿No os han hecho nada, esposo mio? añadió aquella.

—Nada, sino es tenerme preso, contestó este. ¿Paréceos poco para vasallos? ¿Mas por qué gritábais hace poco? No sé cómo habeis podido llegar hasta aquí.

—¿Cómo? exclamó Castana. ¿No veis quién viene con la reina? Es Aznar, Aznar, aquel valiente almogábar que os salvó en otro tiempo la vida: él ha derribado á sus piés cuantos estorbaban el paso: no le hay mas valiente en el mundo.

—¿Has muerto tú solo á los dos guardas de esta puerta?

Dijo el rey, reparando entonces en los dos cadáveres sangrientos tendidos, á no muy larga distancia, en el suelo.

—Perdonad, señor, contestó Aznar; perdonadme, que en Dios y en mi ánima, creí serviros con ello.

—Al contrario, Aznar amigo: ¡cómo podré pagarte lo que te debo! ¡Te has perdido por hacerme favor! Las puertas están tomadas, te cojerán aquí dentro y te matarán.

—Ya abrí yo, señor, entrada, á pesar de los mesnaderos, que Dios confunda. Venid conmigo, si quereis, al postigo que da á la puerta *Desircata* y le hallaréis de par en par, porque, los dos hombres de armas que lo guardaban, cayeron muertos como estos.

—¿Tambien, Aznar?

—Tambien, señor; quisieron vedarme la entrada y... Paróse aquí un tanto confuso el almogábar, á pesar de su impavidez natural.

¿Podrémos huir por allí? continuó el rey sin reparar en ello.

—Sí podreis, respondió Castana al punto: que yendo con Aznar no ha de aconteceros desdicha alguna.

—Podreis, á lo que pienso, dijo Aznar modestamente.

—Apresurémonos, pues, repuso el rey.

—Tened, señor, dijo Aznar. Será bueno que os armeis: yo le quitaré el casco, y cota, y espada á este malsin que es muerto, y, servirán para vos, si bien os place.

—¡Armas! exclamó el rey. ¿Hallarémos por ventura quien nos cierre el paso?

—¡Quién sabe! respondió el almogábar meneando la cabeza.

—¡Oh! Pues entonces no os espongais, dijo doña Inés. Quedaos aquí: ¿qué mal han de haceros vuestros vasallos?

—No se prende á un rey por lealtad ni por cortesía, doña

Inés: digoos que no sé la suerte que podrian depararme. ¿Y aun creeis que esto vaya encaminado contra mí solo? ¿No adivinais que la causa de mi prision es el que quieren esos ricos-hombres arrebatar el trono á nuestra hija?

—Ay de mí! prorumpió entonces doña Inés dejando correr un mar de llanto. Yo inquieta, temerosa, horrorizada, por no daros mayor pena, os he estado ocultando lo que pasa. ¡Me han quitado á nuestra hija! ¡Me la han robado! ¡La he buscado por todo el alcázar y no he podido dar con ella! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Dónde la habrán llevado? ¿Qué es lo que van á hacer con mi hija?

—¡Eso me ocultábais, doña Inés! dijo D. Ramiro al punto. ¿Y cómo dejásteis que os la arrancáran de los brazos?

—De la propia suerte que vos dejásteis que os prendiesen, dijo doña Inés sollozando.

El rey notó que el rubor le quemaba las mejillas; y volvió á sentir en sus venas la excitacion poderosa de dignidad y de ira que, tanto maravilló á los ricos-hombres, en la mañana de aquel propio dia.

—Está bien, doña Inés, respondió. Yo vengaré la afrenta mia, y á la par rescataré á nuestra hija. Por su vida no temais, que harto les importa á los grandes el conservarla en rehenes. Quedaos en este alcázar hasta que yo venga, que á vos tampoco han de faltaros en cosa alguna; antes les convendrá que mostreis conformidad con vuestra suerte. Aznar, dame esas armas.

El almogábar le ayudó á que se las vistiese, no sin gran dificultad, porque al rey, á pesar de su buen ánimo, éranle harto molestos aquellos desusados atavíos.

No bien le vió armado, dijo el almogábar, si con gran respeto, con no menor firmeza:

—¿Vamos, señor?

—Vamos, respondió el rey. Doña Inés, ¿no dareis á vuestro caballero alguna presea ó divisa? Voy á hacer mis primeras y últimas armas; favorecedme con la proteccion de vuestro nombre.

Doña Inés no respondió por de pronto. Mas arrancando de su

cintura una cinta blanca muy ancha y bordada de oro, la ató en el brazo de su esposo, diciéndole al propio tiempo:

—Ahí van mi color y mi mote, D. Ramiro.

El rey miró las letras primorosamente bordadas en la cinta, y leyó de esta suerte: *Sin esperanza.*

—¿No la teneis de ver á nuestra hija?

—Cruel sois, señor, repuso la reina, y se cubrió el rostro con las manos.

D. Ramiro la saludó tiernamente, y salió de la sala seguido de Aznar.

Durante esta corta conversacion, el almogábar habia dado señaladas muestras de impaciencia; y al verla terminada, echó á andar deprisa como para estimular el paso del rey.

Castana, que habia recojido la lámpara de manos de D. Ramiro, fué á alumbrarles algun trecho, hasta que dieron con una estrecha escalera de caracol, que bajaba á uno de los patios del alcázar.

Al despedirse allí, se inclinó Castana al oido del almogábar, y le dijo:

—Si no llevas divisa ni mote, va contigo mi esperanza, Aznar: cuida que mucho confio en ella; cuida que no me la pierdas, y que te vea yo volver sano y salvo.

El almogábar fijó en ella los ojos con harta mayor ternura que solia. Y notando el dulce color con que la vergüenza bañaba sus mejillas, y la apasionada expresion de sus ojos, le contestó:

—Yo cuidaré de tu esperanza, muchacha; que puesto que hasta ahora no haya estimado la vida en valor de un ardite, al verte á tí interesada por ella, se me antoja que es cosa de algun precio.

No hubo tiempo para mas.

D. Ramiro y el almogábar desaparecieron en la primera revuelta de la escalera, y Castana volvió al aposento donde habia dejado á la reina, á la cual halló puesta de hinojos y orando.

La pobre muchacha, por mas que amase á los reyes y se

interesase por su buen servicio, no pudo menos de echar de menos la compañía de Aznar, de que, segun dijo entre dientes, solia disfrutar todas las noches á aquella hora misma. ¿Y quién sabe lo que para su coleto diria Aznar, si por acaso venía buscando á Castana sola, cuando tropezó con los hombres de armas y doña Inés y D. Ramiro; si, buscando amor, se encontró por azar con aquellos peligros, y, tuvo que derramar sangre, en vez de pronunciar palabras tiernas? Razon tendria el almogábar para quejarse de su fortuna, pero tal era él y tan apasionado á las armas, que no parece probable que lo hiciese.

CAPITULO XIII.

COMIENZAN LAS PLÁTICAS Y AVENTURAS DEL VALEROSO CABALLERO DON RAMIRO DE ARAGON, Y SU ESCUDERO AZNAR GARCÉS.

Muerta la lumbre solar
Iba la noche cerrando
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.....
Llevan, porque se presuma
Quién de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante con pluma.
Zorrilla.

Al pisar el patio del alcázar el fugitivo rey y su compañero, tropezaron con una mesnada que venía haciendo la ronda.

—¿Vamos á ellos, Aznar? dijo D. Ramiro.

—No por cierto, respondió el almogábar, si podemos engañarlos. Reservemos las fuerzas para mas adelante, que, si Dios no lo remedia, no han de estarnos de sobra las que tengamos.

—¿Quién va? preguntaron los de la ronda.

—Mesnada es de Férriz de Lizana, respondió Aznar.

Y sin mas pasaron unos y otros adelante.

—Mucho sabes, Aznar, dijo el rey. ¿Quién te ha enseñado que con ese nombre nos dejarian libres?

—¿Quiénes habian de ser, replicó el almogábar, los desleales que os pusieron prisionero, sino vuestros ricos-hombres? ¿Ni

qué otro habia de ser cabeza de tal rebelion, sino era Férriz de Lizana?

En esto llegaron al postigo que buscaban, y le hallaron abierto, sin otra guarda que los cadáveres de los dos hombres de armas que allí mató Aznar.

—¿Sabes, Aznar, dijo el rey, que tienes cosas muy extrañas? ¿Por qué se te ocurrió forzar este puesto, y entrar en el alcázar?

Aquí el almogábar se halló por segunda vez embarazado, sin acertar á dar respuesta. Al cabo, como si no hubiese atendido lo principal de la pregunta, respondió de esta manera: Llegué al postigo sin saber que esos pobres diablos lo guardaban, y, díjeles como tenía licencia y autoridad de vos para entrar en el alcázar cuando se me antojase. Oir esto y soltar la carcajada los muy perros, fué todo uno.—Váyase el mendigo, exclamaba éste.—No hay pieza que darle, decia el otro.—¿Quiéres una mala capa con que arroparte? preguntaba el primero, y el segundo me ofrecia burlescamente un jubon hecho girones que halló entre las inmundicias de la calle.—Sois nuevos en armas, les dije: sin duda que no habeis visto almogábares, ni hasta aquí supísteis de ellos; mas yo os daré leccion tal, que otra no necesiteis en la vida. Y diciendo y haciendo, puse mano á mis armas, y San Jorge me ayudó y dí con entrambos en tierra. Pero ya estamos fuera de la puerta, señor: apretemos el paso, porque temo que nos persigan. Aquella ronda que encontramos en el patio del alcázar, se encaminaba, por lo que ví, á los aposentos que acabamos de dejar; y no bien noten nuestra falta, enviarán caballos lijeros á que sigan nuestras huellas.

No dejó de ocurrírsele alguna observacion á D. Ramiro sobre este relato; pero las últimas palabras del almogábar le hicieron olvidarla, fijándose solo en lo que mas á la sazon le importaba. Y por largo rato ni D. Ramiro ni el almogábar hablaron palabra.

El rey fué quien primero rompió el silencio, diciendo:

—¿Adónde me guias, Aznar?

—A la montaña, señor; adonde hallemos seguro por lo pronto, que luego será tiempo de pensar otra cosa.

—Es que yo quisiera reunir vasallos y armas con que contrarestar á esos empedernidos ricos-hombres.

—Ni unos ni otros han de faltaros, que así esos montes como los vecinos de Cataluña, andan poblados de almogábares que es gente, entre la cual, no distinguiriais un hombre de otro, mas que uno de otro negro africano, de los que vienen con los moros. Por allí hay hartas fragosidades donde escondernos y amigos que nos ayuden; pero lo primero es salir de este llano maldecido donde los caballos pueden atropellarnos á mansalva y llegar á tierra de espinos y guijarros. Luego de monte en monte iremos hasta donde convenga.

—¿De qué gente hablas? dijo el rey. Mira, Aznar, que yo no me fio ya de nadie.

—Fiaros debeis de estos que os digo, que no son de los ricos-hombres y caballeros que os desacatan, sino de los leales montañeses que guardan la frontera.

—Paréceme, Aznar, que tú andas descontento de mis ricos-hombres, y que no es de ahora el rencor que les muestras.

—Confiésoos, señor, que no gusto de verlos hartos de oro y poseedores de ricos castillos y soberbios y lujosos, mientras yo duermo sobre las piedras, y me alimento con la carne de las fieras que mato y la yerba que cojo con mis propias manos.

—Eso es murmurar de Dios, Aznar: no todos han de ser grandes en la tierra.

—Ni todos reyes, señor: nosotros los hijos de la montaña no queremos sino que uno solo nos mande, ni mas que á uno solo respetamos como vasallos. Sea este rico, sea este honrado, sea este poseedor de joyas y castillos, y todos los demás obedezcan y repartan entre sí los bienes de este mundo, que eso es lo que quiso nuestro Redentor.

—No pensaba yo que tan buen discurso tuvieses, Aznar. Sabes demasiado para tus años y para la vida que traes.

—Paréceme al oirte que estoy oyendo á mi difunto padre, al abad, digo, de Saint Pons de Tomeras, que es á quien yo tenía por tal hasta que Dios se lo llevó para sí. Y en verdad, añadió suspirando, que si yo hubiera seguido sus consejos, no me veria en el trance que me veo.

—No sé qué consejos serian los del santo abad; pero de mí sé decir, que me habria parecido mas expléndida la *Misleida* el dia de vuestra coronacion y jura, á ver debajo de sus bóvedas algunas cabezas menos y algunas sepulturas mas, con sus mármoles y letreros de oro.

—Siempre sangre, sangre: yo no sé, yo no quiero derramarla jamás.

—Pues ya sabeis que dice el adagio que *la letra con sangre entra*; y.....

—¿Tambien sabes de adagios, Aznar?

—Los de esta especie, señor, se aprenden muy pronto en la montaña; y eso que no hay por allá mas letras que las de los misales de las ermitas y monasterios.

—¿Y aprendeis tambien por allá los nombres de los ricos-hombres rebeldes? Porque antes oí señalar como tal á Férriz de Lizana.

—Los nombres no, pero aprendemos á conocerlos; así es que no bien miré el rostro á ese viejo Lizana, se me vino en mientes que lo era.

En tales pláticas iban pasando el tiempo y andando leguas, el almogábar con la facilidad de quien eso hacía por costumbre; D. Ramiro con la dificultad de quien jamás ha caminado á pié por largo espacio, ni ha llevado á cuestas peso tan grave como el de una armadura de hierro.

Al cabo de tres horas de camino, el rey se sintió completamente rendido y se sentó sobre una piedra.

—La noche está oscura, dijo, y aun faltan muchas horas para el alba; bien podemos descansar un poco, Aznar.

—No lo permita Dios, señor; antes haced un esfuerzo y salvémonos en la cercana montaña.

—No, no puedo dar un paso; primero consentiré que me cojan los rebeldes.

—Ea; pues cargareos sobre mis espaldas. Subid, y os llevaré como pueda hasta allá.

—Eso, no, mi fiel Aznar: sería inútil huir de tal suerte. Nos alcanzarian al punto, y, tan rendidos, que ni siquiera podriamos defendernos.

—Es verdad, señor, ¿pero qué hemos de hacer? Pararnos aquí es imposible sin correr gravísimo riesgo.

En aquel momento se oyó no lejos de allí el ladrido de un perro y el canto de un gallo.

Aznar se dió una palmada en la frente, como si alguna idea feliz se le ocurriera, y dijo al rey:

—Esperadme aquí un instante, yo os traeré caballo donde podais ir á vuestro placer.

—Oh! no, Aznar, respondió el rey. Mira que yo no me atrevo ya á montar á caballo; no he montado desde el dia aquel en que nos conocimos. No pienso montar mas en mi vida.

—Voto va Dios.

—¡Aznar!...

—Perdonad que jure, señor; perdonadme, que, así me criaron en la montaña, y mi lengua no sabe contenerse como mi brazo no sabrá jamás abandonaros.

—Te perdono, te perdono; mas no hay que hablar de lo del caballo, Aznar. Tú no sabes tampoco lo que me sucede: tú no sabes tampoco lo que pesa sobre mí.

Y al decir esto, el semblante del rey parecia inmutado; miraba al cielo y á Aznar, y temblaba.

El almogábar anduvo suspenso por algunos instantes, sin saber qué partido tomar ni qué hacer en tan extraño caso.

—Señor, dijo luego al rey, ¿quereis que á vos os prendan de nuevo los ricos-hombres y á mí me maten sin defensa, en castigo de la fidelidad que os he guardado? Y no hablemos de mi vida, porque vos no debeis tenerla en mas que yo la tengo, que en

harto poco es; pero de vos, señor, de vuestra prision, ¿cómo hemos de hablar con paciencia? ¡Ah! Yo recuerdo bien que prometísteis á la reina mi señora vengar vuestras afrentas y aun rescatar á la princesa vuestra hija.

No obstante su fiereza, el almogábar se mostraba entonces un tanto vencido al dolor; y este sentimiento que se traslucia en sus palabras, hacíase mayor y mas elocuente, al contemplar la poderosa expresion de su semblante y la enérgica resolucion que brotaba en sus ojos.

—¡Aznar! exclamó el rey; tus palabras me penetran en el corazon, porque yo deseo rescatar á mi hija y deseo salvar tu vida. Mas no puede ser de esa suerte que me dices. Oye, añadió bajando la voz y acercándose al almogábar, como si otro que él pudiera oirlo, en medio del campo anchuroso donde se hallaban: oye, Aznar, sábete que fué permision del cielo que el caballo mio se desbocase aquel dia. Yo tengo pecados, muy grandes pecados que purgar en el otro mundo, y si ahora mismo vivo no es sino por misericordia sobrada de Dios. No me hagas tentar de nuevo esa misericordia; vete, vete tú de mi lado y sálvate y abandóname.

—Jamás, señor, respondió Aznar; ¡qué poco conoceis á los almogábares! Ni á sol ni á sombra, ni de noche ni de dia, ni en poblado ni en despoblado, habré de separarme de vos mientras esteis en desdicha. Yo moriré á vuestro lado, y vos volvereis á Huesca á ser en vuestro alcázar prisionero de los ricos-hombres, y vuestra hija quedará en sus manos, no hay ya otro remedio.

Por largo rato hubo en ambos silencio; y era que ambos padecian á un tiempo. D. Ramiro, porque luchaba con tan contrarios intentos; Aznar, porque miraba perdidos en un punto todos los afanes empleados en salvar á su señor.

—¡Cómo avanza la noche! dijo al cabo el almogábar mirando á las estrellas. Antes de mucho vendrán los rayos del sol á señalarnos á nuestros perseguidores: pocas horas le quedan al rey de ser libre.

Al oir esto, levantóse repentinamente D. Ramiro, y dijo con voz resuelta:

—¡Marchemos!

—¡Marchemos! contestó el almogábar con júbilo.

Y así caminaron por algun tiempo.

Aznar habia aliviado al rey de todo el peso de armas que podia: solo llevaba este aun, sobre sí, la cota y las grevas, que no eran para vestidas de prisa en cualquier ocasion que se ofreciese. Mas con todo eso, no pudo continuar andando mucho tiempo.

Al llegar á unos matorrales muy espesos que ya se extendian por la izquierda del camino hasta la montaña, D. Ramiro se arrojó al suelo gritando:

—He hecho cuanto en mí estaba, no daré un paso mas, no puedo darlo, me falta la respiracion en el pecho, y los piés se me han destrozado en las peñas.

—Todavía estamos en peligro, murmuró Aznar.

—Quiere decir, que el cielo tiene determinado, que no salgamos adelante con nuestros intentos, contestó el rey con evangélica resignacion.

—Pero, señor, replicó Aznar desesperado: ¿cómo habeis de conocer la voluntad de Dios, si vos no poneis toda la vuestra en conocerla? Dejad que yo os busque un caballo, montad en él y corramos, que yo sé que Dios ampara siempre las buenas causas, y es buena la vuestra.

—¿Y si se me desboca de nuevo, Aznar, y si perezco ahora? Considera, que estoy aun en pecado: que puedo morir impenitente.

—Si el caballo se desboca, para eso está aquí, el mismo dardo que otra vez lo paró en su carrera, y lo parará cien veces que sea necesario, respondió el almogábar con seguro acento; y en cuanto á lo de morir ahora, ¿de qué otra suerte lo habeis de temer mas, que cayendo en manos de los ricos-hombres? Ahora que han visto que sabeis escaparos, os guardarán con mas cuidado que nunca; y no es de pensar que ignoren que la mas segura prision es el hoyo, que abre el sepulturero en la tierra.

—¿Y crees tú, Aznar, que á tanto se atreverian mis vasallos? exclamó el rey, cruzando entrambas manos sobre el pecho, y alzando al cielo los ojos.

—Tengo buena memoria, señor, y recuerdo que no ha mucho le deciais á la reina: *no se prende á los reyes ni por lealtad ni por cortesía*. Y teniais razon por mi vida; que quien tal hace, dispuesto está á todo, y no habrá cosa que, por impía ó por extrema, le espante.

—¡Infames! dijo el rey con rabia.

—Infames son, señor; mas, si venís á sus manos, aun no han de faltarles medios para ocultar que lo sean tanto. Ya veis: cualquiera se mata de una caida, ó perece en las garras de una fiera, ó espira á manos de malhechores desconocidos. Y nada tendria de extraño, que á vos los ricos-hombres no os encontrasen sino muerto, y que, muerto os llevasen á Huesca, donde llorarian mucho vuestra desdicha, y os harian pomposas exequias, al propio tiempo que se proclamaban señores del reino.

—Oh, Aznar, razon tienes sobrada en lo que dices. Es fuerza huir, huir á toda costa de esos maldecidos ricos-hombres. ¡Que no fuera yo tan lijero y tan fuerte como tú!

—Por eso para vos traeré un caballo donde bien camineis: por todos estos contornos hay lugares muy poblados y muy ricos donde habrá sobra de ellos que traer á vuestro servicio. ¿Oís?... hácia allá se sienten otros ladridos y cantar de gallos: voy al punto á poner por obra mi intento.

—Pero, ¡Aznar! dijo el rey: ¿cómo has de poder traer contigo un caballo? Los que haya, bien guardados estarán de sus dueños.

—Mal ha de estar con su vida quien estorbe mi intento, respondió el almogábar; quedaos ahí escondido en ese matorral, que no tardareis en verme llegar sano y salvo, trayendo la presa conmigo.

Y sin decir mas, echó á andar á largo paso.

—¡Aznar! ¡Aznar! gritó aun el rey.

Pero el almogábar no le oia ya. Todo se le iba en caminar y decir para sí:

—¡Loado sea Dios que me ha dejado convencerle! ¡qué tímido que es este rey! Pero así nos le dió Dios, y así es preciso tomarlo. Cuanto y mas que lo que á él le falte de resolucion, tiénenlo de sobra algunos de sus vasallos; y de todas suertes siempre es mas digno de favor y ayuda el rey que no esos orgullosos ricos-hombres, que tanto mal nos hacen á todos, y tanto han hecho en particular á los mios.

CAPITULO XIV.

QUE ES SI NO DE LOS MAS LARGOS, DE LOS MAS SINGULARES QUE HAYA EN ESTA HISTORIA.

No temian la braveza del mar
Ni las dificultades de la tierra.
Mss. de Corbera.

Aznar, separándose del sendero que llevaban, echó por unas hazas recien sembradas que, hácia la parte de la derecha, se veian, y anduvo por ellas largo trecho.

De cuando en cuando sonaban voces indefinibles, unas veces mas lejos, otras mas cerca, segun soplaba el viento en derredor. Pasaron algunos momentos de incertidumbre, durante los cuales, el almogábar apuró, cuantos recursos podia ofrecerle su ejercitado instinto, y la sagacidad admirable de los de su laya, para conocer de qué parte venian tales voces y ruidos, que anunciaban poblacion cercana.

No bien lo hubo averiguado, echó á andar precipitadamente, y, al cabo de medio cuarto de hora, llegó delante de una pequeña aldea asentada sobre una colina, orillas de un arroyo de poco caudal.

Las bocas-calles estaban cerradas con toscas empalizadas y zanjas, y, detrás de tales defensas, oíanse pasos como de gente que las guardase; que en los tiempos que corrian, ni el mas miserable lugar estaba libre de algaradas y rebatos, dado que si

no los fraguaban moros, siempre habia rico-hombre codicioso ó pueblo rival que en ellos pusiese mano.

Aznar andaba tan calladamente, que no fué sentido de las atalayas del lugar.

Y notando que entrar por las calles no era posible, dió dos vueltas en derredor, á ver si parecia mas hacedero asaltar alguna casa principal.

Eran las tapias de enormes piedras del vecino arroyo, unidas con argamasa de tierra, y de la cresta colgaban espinosas bardas. Aznar no se arredró.

Llegóse á una casa de gran apariencia para aquel tiempo y lugar, y de las que mas lejos caian de las bocas-calles donde estaban los guardas; y se encaramó en las tapias sin gran dificultad.

Al llegar á la cresta desató de su cintura la ancha piel de toro, que traia por único abrigo: plantóla sobre las bardas, y, apoyando en ellas las manos, saltó al otro lado. La caida hubiera sido mortal para otro que el almogábar. Mas este se levantó sin el menor daño, y atentamente se puso á mirar por el patio plantado de arbustos y árboles frutales.

Al fijar los ojos en un punto, se exhaló de su pecho una exclamacion de alegría: era que, á la parte frontera de aquella por donde habia entrado, descubria una puerta lóbrega sobre todo encarecimiento, pero sin postigo ni otra cosa que la cerrase.

Entró entonces por ella y se halló en medio de un espacioso establo: los bueyes le miraron un momento con su ordinaria gravedad, y luego cerraron los ojos tranquilamente. El almogábar no deseó mas sino que en todos los habitantes de la casa hubiera igual reposo y mansedumbre.

Pero, antes de mucho, los descompuestos ladridos de un perro vinieron á mostrarle que, no era para cumplido, su deseo. El perro se acercaba, y Aznar temia lo largo de la lucha por el ruido, y porque daria lugar á que despertase la gente de la casa.

Recordando entonces una treta muy usada en sus montañas

contra los lobos hambrientos, salió al patio, y cortó una rama de fresno, y la afiló muy bien por los extremos.

No habia acabado de hacerlo todavía, cuando el perro, que era un mastin enorme y defendido con collar y puntas de hierro, se abalanzó á él. Aznar le aguardó puesto de rodillas, cogido por la mitad el palo de fresno con la mano izquierda, y con la derecha levantada la cuchilla. Al verle cerca, introdújole entre las quijadas el puño siniestro: quiso morderle el animal, y las dos puntas del fresno se le clavaron por arriba y por abajo, mas no pudo cerrar la boca.

Al punto el almogábar le descargó una cuchillada en la cabeza, tan sobre seguro, que el fiel can cayó muerto á sus plantas sin exhalar un gemido.

No habia tiempo que perder, porque de un momento á otro la gente de la casa podia despertarse.

Aznar no habia encontrado aun lo que buscaba; pero estaba seguro de que, en casa como aquella, no podian faltar caballos de guerra, puesto que ningun rico de la época dejaba de tenerlos.

Salió del establo, y vagó algunos momentos por grandes cuadras de ganado y habitaciones desamparadas, hasta que al fin topó con dos soberbios caballos, puestos á un pesebre muy bien abastecido.

Aznar, lleno de regocijo, desató el uno; mas entonces recordó que no tenía por donde salir con él.

A aquel hombre singular le bastaba saber, dónde estaba su objeto: el modo de lograrlo dejábalo siempre á la fortuna y á su propio esfuerzo y destreza.

Otro que él, no habria pensado en buscar caballo, solo y á tales horas, para D. Ramiro. Pero á pensarlo, hallándose en una poblacion grande y con las entradas fortalecidas, habria dejado su intento sin osar asaltar las tapias. Y si por acaso hubiese llegado á este punto, lo que es con el medio de rematar su obra, no habria acertado jamás.

Pero los almogábares no se parecian á los demás hombres, y Aznar era el mas determinado de todos.

Pocos momentos le bastaron para imaginar, cómo habia de salir de tal aprieto.

La cuadra se comunicaba con el interior de la casa por una gran puerta, cuyas maderas estaban harto quebrantadas del tiempo, y mal clavadas y unidas.

Aznar levantó con la espada uno de los tablones sin gran esfuerzo. Metió en seguida la mano, por la gran abertura que quedó, y descorrió la barra de hierro, que aseguraba por dentro la puerta.

Con esto no halló mas obstáculo para entrar en el ancho zaguan de la casa. No se sentia aun allí el menor ruido: solamente los canes de la vecindad multiplicaban de manera sus ladridos que, bien daban á entender, que algo inusitado pasaba por allí junto.

Aznar, seguro ya del logro de su empresa, se encaminó á la puerta que daba á la calle, y la abrió de par en par: volvió á la cuadra, ensilló el caballo en un santiamen, y montándose en él de un saltó, salió á escape á la calle.

No habia perdido de vista todavía la casa, cuando sintió por todos los contornos abrirse y cerrarse postigos, y preguntarse unos á otros los vecinos qué novedad era aquella, que en tales horas corriera tan desesperadamente un caballo por el lugar.

Poco despues sintió detrás de sí los gritos de ¡alarma! ¡al ladron! ¡al ladron! Los cuales partian sin duda de la casa, de donde habia sacado el caballo.

Aznar preparó sus dardos, y apretó mas los hijares al animal, que, en tan corta carrera, echaba ya blancos espumarajos por la boca.

De pronto, al revolver un esquinazo, hallóse en una plazoleta que caia ya fuera del lugar: solo que estaba cerrada con empalizada y zanjas como todas las otras salidas.

Tendió entonces la vista, y divisó á un hombre, que allí hacía la

atalaya, el cual se adelantaba hácia él como para reconocerle.

No habia otro medio de escapar que combatir, y el almogábar no supo dilatarlo. Luego que le halló á proporcionada distancia, disparó contra él uno de sus dardos; mas no acertó el golpe.

—Voto va, mal dardo, exclamó Aznar; que es la primera vez que me faltais, y que en peor ocasion no pudísteis hacerlo.

Sacó el otro dardo, lo disparó, y aquella vez tuvo mas fortuna: el atalaya cayó muerto á sus piés.

Entonces salvó zanjas y empalizadas de un salto, y, así como se contó por libre, guió las riendas hácia el punto donde le esperaba D. Ramiro.

Mas tuvo que pasar por delante de las tapias del pueblo; y los vecinos ya dispuestos, y aquí y allá apostados, dispararon contra él un diluvio de flechas y piedras.

Aznar temió que le matasen el caballo y que fuesen perdidos sus esfuerzos; pero no podia por menos de pasar al lado de las tapias, porque al frente de ellas estaba casi tajada la colina, y mas allá muy quebrado el terreno, de suerte que el salto podia estropear al bruto, que parecia generoso y lijero. Alguna vez al ver venir la piedra, poderosamente disparada de honda enemiga, miró al caballo y exhaló un grito de ira; y al sentir por junto á su cabeza los silbidos de las flechas y ballestas, agradeció mas á Dios, que su propia salvacion, la salvacion de aquel bruto, que era la única esperanza del rey.

Mas ello fué obra de un momento. El caballo corria desesperadamente, el ginete lo aguijaba mas y mas, y antes de mucho pudieron, lejos de las tapias del lugar, y fuera del alcance de los irritados burgueses, correr libremente por el llano.

Y ahora advertimos que por seguir al almogábar en su audaz intento y aventura, nos hemos olvidado del rey, que, como primero en autoridad, merece sin alguna duda prioridad y preferencia sobre todos.

Pero aunque se tache de importuno esto de citar y citar al

cronista de la historia, fuerza es decir que á él, antes que á otro, corresponde la falta, puesto que así dejó colocadas las cosas en su manuscrito. Y es que al buen muzárabe, aunque leal, le divertian mas el ánimo los hechos de Aznar, que los hechos de D. Ramiro, con ser este rey y aquel vasallo: achaque de algunos otros que han tenido ocasion de saber los vários sucesos de esta historia.

CAPITULO XV.

DE UN MIEDO MUY GRANDE CON QUE PROBÓ DIOS Á CIERTO BUEN CABALLERO; Y CÓMO ESTE SE DISPUSO Á RECOBRAR SU HONRA CON GRANDES HAZAÑAS.

...Et Deus recessit á me
Et exaudire me noluit.
Saul.

Las riendas tomad, señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo,
Y ferid en la morisma.—
El rey como sabe poco
Luego allí les respondia:
—Con esa tengo el escudo
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca
Que sin embarazo iba.
Romance viejo.

D. Ramiro quedó solo, al desaparecer Aznar: solo en el ancho y silencioso campo.

La noche no era oscura; pero los matorrales, que vestian uno de los lados del camino, hacian que lo pareciese, dando de sí una sombra densa y fatídica.

Por algunos momentos se mantuvo aun D. Ramiro en medio del camino. Luego se dirigió pausadamente hácia el matorral, y se sentó en lo mas espeso de él, al pié de unos enebros de ágrias y verdes hojas, en sitio desde donde bien podia distinguir la vuelta del almogábar.

Las sombras lo envolvian allí de suerte, que no veia nada en derredor suyo. Solo al lejos alcanzaba su vista, allí donde el

matorral no extendia ya sus apretados troncos y enmarañado ramaje, donde la luna, que andaba en su nacimiento, y las lejanas estrellas podian derramar libremente su luz pálida.

Cualquier hombre tranquilo, despreocupado, se habria conmovido en aquel lugar: cualquiera habria dado entrada en su ánimo á pensamientos melancólicos. D. Ramiro no tuvo que darles entrada, porque ya los tenía dentro de sí: no hizo mas que fijarse en ellos.

¡Oh! ¡La muerte, la muerte! Este fué el primer pensamiento que ocupó su atencion: aquel hombre no se ocupaba tanto en ninguna otra cosa. Quien quiera convencerle de algo, ha de conminarle con la muerte de no hacerlo: quien quiera mantenerle en un propósito, solo con la idea de no morir, lo mantendrá; quien quiera enternecerle, háblele de la muerte: quien quiera darle contento haga, si es posible, porque no recuerde la muerte jamás.

Y sin embargo, aquel hombre corria acaso á levantar la guerra y á provocar mortíferos combates. Aquel hombre habia alzado el cláustro de San Pedro el viejo, donde existe como en su propio lugar y aposento la idea de morir, donde se desvanece sin querer la idea de la vida: habia edificado tranquilamente su sepulcro.

No ha de decirse por eso que D. Ramiro fuese un hombre extraordinario en el bien ó en el mal, en esta ó aquella calidad de espíritu. Lejos de eso, lo que principalmente lo distinguió en la vida, fué su vulgaridad misma, fué el parecerse al comun de los hombres.

Tales contradicciones y luchas viven siempre en el alma humana refrenadas por la voluntad poderosa, ó libres y sueltas á su albedrío.

La duda en la voluntad trae al punto la contradiccion en las obras. Y que D. Ramiro dudaba, ¿quién ha de ignorarlo que haya seguido los pasos de la presente historia? Queria salvar su alma y salvar á su hija; atormentábalo el haber pecado tanto

contra sus votos y tambien el no haber hecho ya penitencia; y en el punto mismo en que habria dado la vida por rescatar á su hija y vengarse de los ricos-hombres, consideraba que no podia darla, porque miraba en ello la perdicion de su alma.

En este estado del espíritu, son los sentidos absolutos señores del hombre. Porque como á la voluntad la falta norte y enmudece y se para, queda á ellos abandonado el pensamiento; y segun las impresiones externas que le comunican, se inclina él de acá ó de allá, ora al recelo, ora á la esperanza, ya á la desesperacion, ya á la alegría.

Así es que, al verse en aquel matorral D. Ramiro, ¿quién habia de señorear sus pensamientos, si no la sombra espesa que cegaba sus ojos, y los vagos murmullos que quebrantaban sus oidos? ¿Quién sino las inocentes matas, que, viciosas crecieron en aquel paraje, sin sospechar que rey fugitivo, ni monge en pecado, ni padre amoroso, ni esposo ausente viniera á buscar albergue debajo de ellas? ¿Quién sino la turba de reptiles desconocidos que nacen para vivir un dia arrastrándose por los troncos de los árboles, ó removiendo, al correr por el suelo, las hojas secas?

En la duda que pesaba sobre D. Ramiro, tocante á sus deberes: en aquella contradiccion perpétua que le hacia amar y despreciar la vida, temer y buscar la muerte, su pensamiento quedó entregado á las tinieblas y á los ruidos de la noche, á las matas y á los reptiles, los cuales dieron la victoria al horror; y, fuerza es decirlo, el buen campeon se sintió aquejado del miedo.

Que cuesta pena el creerlo cuando todos sabemos quiénes fueron sus padres, hombres de hierro que así morian como vivian, mordiendo polvo y apellidando guerra. Pero á bien que de ninguno de ellos se cuenta que llevára sobre sí la duda y el remordimiento que D. Ramiro; y á bien que ninguno de ellos fué criado, como éste, entre salmodias y cilicios, en un monasterio de Benitos.

¡Cuántos latidos le costó al corazon de D. Ramiro cada meci-

da de las ramas que aquí y allá empujaba el viento: cada silbo, cada paso, cada voz de los insectos que bullian en la espesura!

Dos ó tres veces se levantó para huir; pero ¿adónde iba? Tuvo que desistir de su propósito. Temió que lo hubiese abandonado Aznar y que ya no volviera: temió que todo lo pasado fuese trama de los ricos-hombres para traerle allí y matarle mas á su sabor; temió aun, que el rayo del cielo viniera á herirle entre la maleza, ó que pudieran devorarle los insectos, ministros viles de la cólera de Dios.

Hubo vez en que sintió claramente el galopar de muchos caballos; luego los vió cruzar por el camino con sus propios ojos, y rezó y tembló, y en su ánimo experimentó ya todo el arrepentimiento de la última hora y todos los tormentos del suplicio.

Pero los caballos pasaron adelante, y D. Ramiro volvió á quedarse á solas con su miedo.

Y así pasó muy cerca de una hora: hora, durante la cual, vió D. Ramiro la imágen de la muerte debajo de todas las formas posibles, y agotó todas las oraciones y toda la contricion de su espíritu.

Al cabo oyó el ruido de un solo caballo que á la carrera se acercaba, y, un momento despues, apareció Aznar en el camino; echó pié á tierra y miró por todas partes por ver si hallaba á don Ramiro.

Mas este apenas acertaba á dar crédito á sus ojos, y permanecia en el suelo tendido, debajo del tronco añejo, que mudo habia presenciado sus penas.

—Señor, señor, gritó Aznar.

D. Ramiro no contestó.

Señor, señor, volvió á gritar el almogábar, no poco inquieto ya.

Hubo el mismo silencio.

Pero el almogábar tenía vista de lince é instinto de perro sabueso, y no tardó en hallarlo aun en medio de tanta oscuridad.

—¿Qué es eso, señor? le dijo, ¿qué? ¿no quereis responder á

vuestro fiel Aznar? Si he tardado algo, ved que no fué mia la culpa, sino de esos perros lugareños que tienen harto guardada su hacienda.

D. Ramiro rompió al fin el silencio.

¿Eres tú, Aznar? preguntó con voz tímida.

—El mismo soy, señor: levantaos y dejad el enojo que en Dios y en mi ánima que no pude remediarlo.

Alzóse penosamente el rey, y al verse junto al almogábar se halló otro hombre: desaparecieron de repente los fantasmas que lo acosaban, y se sintió fuerte, audaz.

—¡Ah! dijo al ver el caballo: ¿cómo has podido traerlo contigo?

—Montad en él, señor, contestó Aznar; y no perdamos mas tiempo.

—Vamos, Aznar, porque has de saber que he sentido pasar cerca de mí un escuadron de ginetes; y ahora sospecho que sean de los despachados en Huesca á perseguirme.

—Sí serán, señor, repuso el almogábar, que, á la verdad, hemos perdido mucho tiempo. Subid os digo, y partamos.

—Ayúdame, Aznar, ya sabes que no soy muy gran ginete; como que no habia montado nunca en otras caballerías que las sesudas mulas del convento, cuando á tales desdichas y pecados me trajeron.

Y diciendo esto, puso las manos D. Ramiro en las espaldas del almogábar, y, con tal apoyo y el de las crines del bruto, logró encaramarse en la silla. Pero al retirar los dedos de las espaldas del almogábar, hallóselos bañados en sangre.

—¿Qué es esto, Aznar? prorumpió el rey. ¿Estás herido? No pasemos de aquí sin que yo te cure; porque has de saber que, allá en Tomeras donde yo me hallaba, aprendí un tanto el arte de curar heridos y enfermos.

—No pensemos en ello, señor: cojed las bridas y vamos.

—Pero ¿no te molesta la herida?

—Es una flecha harto aguda que ha logrado penetrar un poco por el tejido de la malla; mas no hayais temor, que eso así

se lo curan los almogábares, y diciendo y haciendo, se arrancó de un tiron la flecha y la arrojó de sí largo trecho.

—Pero tienes sangre tambien en la cabeza y en los brazos, Aznar: no, no partirémos de aquí sin que te cure. Y el buen rey fué á arrojarse del caballo.

—Por Dios, que no hagais tal, exclamó el almogábar. Lo de la cabeza no pasa de una descalabradura: piedra de mal villano que, si yo no trajera tanta prisa, hubiéramelo pagado aunque, por pacto con el demonio, se escondiera en el infierno. Y esto de los brazos son garras de un can, que, ya estará en el otro mundo, si para los canes lo hay.

—No digas esas cosas, Aznar, replicó el escrupuloso monge.

—Y vos no os detengais, señor. Guiad acá á la izquierda, que, si nos persiguen, ya solo por ahí podrémos escaparnos.

Aguijó D. Ramiro y partió el caballo á la carrera: el almogábar, liada en la mano derecha la cola del bruto, corria á la par del rey.

—¿Sabes, decia D. Ramiro, que cada vez temo mas que se me desboque tambien este caballo?

—No hayais miedo alguno, mientras vaya yo aqui asido, respondió el almogábar.

Y caballero y escudero corrieron de esta manera mas de dos horas.

Una antes de romper el dia dijo Aznar al rey:

—Regocijaos, señor, porque ya estamos libres de los ricos-hombres.

—¿Qué? ¿No temes que nos alcancen aun con caballos mas lijeros que este? Mira que yo sé, que, aquellos que pasaron por cerca de mí durante tu ausencia, eran caballeros de Huesca, que iban en nuestra demanda. Bien lo recuerdo ahora. Salvóme el matorral que allí habia de que me viesen.

—Ojalá que ya los encontrásemos, y que fuese en estos sitios, respondió el almogábar.

—¿Qué dices, Aznar? ¿Por qué has de querer que los encontremos?

—Porque estoy seguro de acabar con ellos. ¿Veis estas rocas y precipicios? ¿Veis aquellas cuevas que parecen de fieras? Pues no son sino moradas de vasallos vuestros, y harto mas fieles que los que atrás dejais.

—No es la primera vez que paso por estos sitios, Aznar. Ahora que la luz del dia nos alumbra, veo claramente que aquí mismo fuí testigo, tiempo há, de un suceso, que tambien me ha traido sus remordimientos, con no ser yo en él culpado. Y es que imagino que pude, aunque no pude, á la verdad, evitarlo. Entonces apenas conocia yo ese nombre enrevesado de almogábares que llevais; ni sabía que fuese tanta su fidelidad.

Aznar se inmutó un momento, y dijo con mal reprimido despecho:

—Yo tambien recuerdo un suceso, señor; un suceso de aquí mismo y tal, que no puede haberle mas doloroso en el mundo. Pero no es con lamentos, como yo me acuerdo de eso: es con propósitos de venganza, que, juro á Dios he de cumplir, aunque tuviera que escalar el cielo. La ofensa pide ofensa, y sangre la sangre: así dicen los mios en la montaña.

—Mira, Aznar, que Dios manda perdonar las injurias: mira que es gran pecado el ser vengativo, replicó el rey. Si yo venzo al fin á mis enemigos, no he de vengarme de ellos, sino obligándoles á disfrutar de mi perdon segun ordena la ley de Cristo. Haz tú lo mismo, Aznar: hazlo por amor de Dios y de mí.

—¿Qué es perdon? repuso Aznar. No lo tendrian ellos para vos á ser los mas fuertes, como no lo tuvieron para el hijo de mi padre.

—¿Era hermano tuyo el de la desdicha, qué dices?

—Mi hermano era.

—¿Sería robusto y valeroso como tú?

—Era mozo, muy mozo; pero á bien que hermano mayor queda, que sabrá salir por él cuando bien sea.

—Tambien era mozo, y mucho, el que hizo destrozar aquí mismo á los piés de su caballo Férriz de Lizana. ¿No te he dicho que

es horrible el suceso que yo recuerdo en estos lugares? Dígote que, sin ser yo culpado, no pude alejar de mí el remordimiento en muchos dias, y aun ahora me parece que le tengo: pobre mozo, bien he rezado por su alma, pero todavía le debo algunas oraciones.

—Ferriz... Ferriz de Lizana... el viejo Ferriz, decia entretanto el almogábar. No... no hay duda, es él. Mi cólera me lo decia: le aborrezco desde que oí su nombre. ¿Qué apostamos, señor, añadió ya en voz alta, á que nos referimos á un mismo suceso entrambos?

El rey estaba ya rezando y le hizo seña de que no le interrumpiera. Al cabo de algunos momentos, dijo:

—Ten cuenta, Aznar, ten cuenta con no hablarme mientras rezo, que es pecado apartar á uno de sus devociones, y aun temo que estas de ahora no le hayan aprovechado al difunto.

—Decia, repitió Aznar, sin hacer caso de la exhortacion, decia que quizás sea uno mismo el suceso de que hablamos ambos, y que el hombre que vísteis matar, fuera mi hermano.

—Y es verdad, respondió el rey como quien despierta de un sueño: su traje era igual al tuyo, y ahora recuerdo que tenía tus mismas facciones, ásperas y tostadas del sol y tu propio atrevimiento. ¡Pobre mozo! Tu hermano sería sin duda, y yo te ofrezco rezar ahora doble por él de lo que antes rezaba: puédese creer que está en el cielo, segun fué horrible la muerte que le dieron, y mas no mereciéndola, porque á Dios nada se le queda por pagar en el universo. Y siendo así, bien puedes agradecérselo á sus matadores; y harta venganza será para él, que habiendo querido hacerle daño, le hayan proporcionado la gloria eterna. Y si ellos se condenan, lo que Dios no permita... Pero Aznar ¿qué gritas? ¿No me escuchas?

—Sí, sí os escucho, contestó Aznar con amarga sonrisa. Y en tanto repetia para sí: ¿Conque erais vos, don Lizana, el hombre que yo buscaba con tanto anhelo por todas partes? Ah, mal caballero; habéismela de pagar aunque os escondais en el seno de

la tierra, como las raices de los robles. Si yo, como vos, calzára espuela de oro, bien os mostrára en campo vuestra vileza; mas puesto que nos tomais por alimañas del monte, eso seré yo para vos, y serán estos dardos mis uñas, que mas os valiera haber topado con las de un lobo rabioso.

D. Ramiro, juzgando que Aznar le oia de nuevo, iba á la par diciendo:

—Recuerdo una por una todas las circunstancias. Ya iba para diez horas que corriamos estos montes sin hallar una pieza de caza. Lizana y los caballeros que habian querido celebrar mi llegada á Huesca con una nunca vista partida, se mostraban afrentados y desesperados. Los perros ladraban alrededor de sus amos no hallando huella de gamo ó cabra que seguir por los riscos; los caracoles de caza sonaban en vano, y los ojeadores desmayados daban por frustrados sus mas diestras estratagemas. Y solo yo me regocijaba, porque ni la sangre de las fieras queria que se derramase por mi causa. Ferriz de Lizana..... Pero no te aires contra él, Aznar: á saber que era tu hermano, quizás no hubiera osado ofenderle. Ya siento haber pronunciado su nombre. Júrame que no tomarás de él venganza alguna.

—Imposible, imposible, respondió Aznar con una voz que hacia buena aquella comparacion de sí, con un lobo rabioso, que él mismo habia hecho antes. Imposible, señor; y por Dios os pido que acabeis el relato, que harto me importa oirlo entero.

—Aznar; creí que eras temeroso de Dios y bueno, y que por eso consagrabas tu brazo á mí y á mi hija. Creí que preferias el servicio de Dios y del rey á los impulsos de tu cólera.

—Esa idea no os aflija, señor; que yo sé que con emplear mis armas en Lizana hoy ó mañana, he de prestar muy gran servicio á Dios, y á vos y á vuestra hija.

—No, no: júrame que solo alzarás contra él tus armas por fuerza y por servir á Dios y á tus reyes; y no por ira ó venganza. Júralo, hijo mio, que ya te tengo amor y me interesa sobremanera la salvacion de tu alma; que si tal no hicieses no conseguí-

rias de modo alguno; pues Dios dijo que perdonásemos á nuestros enemigos como él perdonó á los suyos en este mundo. Bien sé todo este precepto y doctrina, porque aunque ahora voy en traza de guerrero, he sido, y aun soy, sacerdote y padre de almas.

—¡Que me place! respondió el almogábar con siniestra sonrisa. Yo sé que cumpliré con mi deber siempre que mate á Lizana; y sé que habrán de ganar con ello Dios y el rey. Dad por jurado cuanto pedís.

—No lo daré por tal sin que te vea yo hacer la señal de la cruz y jurarlo de veras.

—Pues júrolo por todas estas cruces, dijo Aznar cruzando las manos. Mas ya que en esto os he complacido, ¿me negaréis, señor, el fin del relato? Era mi hermano, mi hermano: ya veis si me interesarán los pormenores de su muerte.

—Dígote, continuó entonces el rey, que iban todos desesperados de no encontrar caza, cuando tropezamos con un mozo, ya te he dicho, de tu mismo traje y estatura, aunque de edad algo menor que la tuya.

—Sí: era dos años mas mozo. Proseguid, proseguid por vida vuestra. El almogábar, con su natural franqueza y el interés que la conversacion le inspiraba, se habia olvidado de todo punto de que hablaba con el rey. Este sin reparar en ello, continuó:

—Pues así como vió á tu hermano el de Lizana, exclamó irritado: «Estos perros matan todas las reses del monte para saborear con ellas sus viles cuerpos, de modo que cuando el poderoso rey de Aragon viene á caza con sus ricos-hombres y caballeros, no halla una miserable cabra silvestre. ¡Estamos en terreno acotado! ¿Qué haces tú aquí, villano infiel, qué haces aquí con esas armas?» Decir esto, y dirigirse á él con la espada desenvainada, fué todo uno; pero el mozo no se arredró y echó mano á sus dardos. Entonces Lizana, como si tuviera que habérselas con un jabalí, le azuzó los perros, que en un momento lo destrozaron á pesar de mis clamores.

—Así fué como le encontré al dia siguiente de vuelta de una algarada; y antes de darle sepultura, propuse en mi ánimo tomar venganza. Lo cual no se me ha logrado hasta aquí; pero se me logrará, Dios mediante, sin faltar al juramento que os he prestado.

Pronunció estas palabras Aznar, con mas lastimoso acento que hubiera empleado hasta entonces; y hubo entre los dos silencio por algun tiempo. Rompiólo el rey al cabo diciendo:

—¿Sabes Aznar, que es hora de atender á nosotros mismos? En gran peligro estamos si no mienten las señas.

—Ojalá que en mayor no se hubiese visto mi hermano, señor. Aquel dia no quedaban almogábares en la montaña; pero hoy, si yo diera un silbido, viérais acudir aquí gente capaz de dar cuenta en un abrir y cerrar de ojos de todos los infanzones de Huesca.

—Dalo, Aznar, que quiero yo conocer á esa gente: habiánmelos pintado como feroces y bárbaros; pero ya sabes, desde que te conozco á tí, me siento inclinado á estimarlos.

—No ha de llamárseles sino en la ocasion; mas haceis bien en quererlos, que ellos son la flor de vuestros vasallos. Ellos son los que os darán la victoria cuantas veces se la pidais, y extenderán el nombre de vuestra raza por todo el mundo. Diera un ojo de la cara porque los vieseis pelear.

—Pues mira, Aznar, dijo el rey, pienso que sin eso han de cumplirse tus deseos. Tú no puedes distinguirlos desde ahí abajo, pero yo desde aquí veo muy bien un escuadron de caballeros, que sube hácia este alto por donde nosotros vamos.

—¿Eso hay? respondió el almogábar. Pues dejad, que yo iré á reconocerlos y veré si son con efecto los que pensamos. Mas, ¡voto va! que he perdido mis dardos. Erré el uno, y dejé el otro en el cuerpo de un mezquino burgués que maté allá abajo, y ahora voy á desperdiciar la ocasion de derribar de sus caballos á dos gentiles ginetes.

—¿Otro mataste allá? Eres sanguinario, Aznar.

—Así me criaron en la montaña, señor, y así he de ser toda

mi vida. Los almogábares somos ovejas con nuestros amigos y tigres con nuestros contrarios, quien quiera que sean.

—Malhadado oficio el de las armas, Aznar. Pero ¿querrás creer que ahora que te veo á tí animoso y que me acuerdo de las afrentas que esos ricos-hombres me han hecho pasar, y de la cautividad de mi hija, siento así como deseos de derramar sangre tambien? Dios me perdone, Aznar; es la primera vez que esto se me ocurre en la vida.

—Eso es que recordais de quien venís, señor. He oido contar muchas veces á la lumbre cómo vuestro abuelo murió en la jornada de Graus, y vuestro padre delante de Huesca, y vuestro hermano D. Alonso en Fraga. Por eso los almogábares amamos tanto á los de vuestra casa, porque todos saben pelear como leones y morir como reyes. Y para mí tengo, señor, que no habeis de ser el menor de ellos, si bien nunca os ejercitásteis en armas como los otros.

En esto, distinguíase ya á la escasa claridad de la aurora, el escuadron de caballeros que venía marchando hácia ellos; veíanse flotar al viento las banderolas de las lanzas, y casi podian leerse los motes de los escudos. Aznar se adelantó algunos pasos á reconocerlos, y notó que de los primeros, y como gobernando el escuadron, venía el esforzado Roldan. Entonces, viendo que no habia dudar de que fuesen adversarios, dió un silbido prolongado, y que resonó por todos aquellos contornos, y luego otro y otro, hasta tres veces. Y vuelto al lado de D. Ramiro, le dijo:

—¡Oh, si viniera ese viejo desleal de Lizana! Viérais como con su sangre pagaba ahora mismo la mala muerte que ordenó dar á mi hermano. Mas ya que ese no sea, no faltará, á Dios gracias, con quien combatir. Tomad, señor, el escudo y las riendas con aquella mano, y con estotra desnudad la espada.

—No ha de ser así, dijo el rey, que no sé yo cómo he de poder tener las riendas con la mano izquierda, y valerme de ella al propio tiempo para manejar el escudo. Tomaré las riendas con la boca, y así iré bien desembarazado.

—Señor, seguid mi consejo: tomad las riendas y el escudo con una propia mano.

—Ahora te digo yo, Aznar, que no hay que hablar mas en ello, porque la ocasion es de pelear como buenos, y no de aprender galanas aposturas. Júrote que me siento otro; no sé qué ardor singular siento por mis venas: paréceme que bastaria yo solo para todos esos.

Y con efecto, sus ojos lanzaban rayos de fuego; su rostro estaba encendido, su corazon firme; no parecia el mismo hombre que horas antes habia tenido miedo, y que tanto habia pensado en la muerte. El almogábar habia logrado imprimir en aquel espíritu incierto y vacilante su valor mismo. Aquella impresion externa imperaba tanto en D. Ramiro, como antes habian imperado en él las sombras espesas y los desconocidos murmullos del matorral donde estuvo á solas.

CAPITULO XVI.

EN EL CUAL SE NARRA UNA GRANDE Y DESCOMUNAL BATALLA QUE NO FUERA PARA CREIDA SI POR TAN AUTORIZADO CONDUCTO NO VINIERA, COMO ES EL CRONISTA DE ESTA HISTORIA.

> ¿E quina gent es aquesta qui van nuus, e despullats, qui no vesten mas sol un casot e no porten darga, ne escut?... E los almugavers que oyren azo entrebunir dixeren: vuy sera queus mostrarem qui som.
>
> *Muntaner Chronica.*

El cronista de esta verídica historia, debia de ser grande enemigo de los almogábares, porque al comenzar el presente capítulo, se desata contra ellos en invectivas, y los maldice sin cuento.

«Oh gente cruel, exclama, que no perdonaste nunca al de espuela de oro ni al de humilde cayado, que así hieres en las carnes tiernísimas del infante como en el acerado peto del soldado, y lo propio te cebas que en sangre de hombres, en sangre de hermosas mujeres! Todavía recuerda Huesca con espanto el dia en que traspasásteis sus puertas, porque todo lo dísteis al saco y á la violencia. Ni sirvió á mis hermanos muzárabes su fidelidad á la santa fé de nuestro Dios, ni les aprovechó el recibiros como libertadores. Vosotros nos motejásteis de cobardes, porque permanecimos en la ciudad, en lugar de escapar á los

montes altos y vivir en vuestra compañía en cavernas y peñascales, y á la par nos tratásteis que á los mismos moros. Y aun osábais decir al ultrajarnos que, menos criminales eran ellos en defender su ley con las armas, que no nosotros en practicarla entre infieles, fiando á la oracion y no á las manos la redencion de nuestra esclavitud.

»Mas ¿qué mucho que así obreis, almogábares, si sois en la persona horribles, en el vestir fieras, en el nacer de raza vária y diversa prosapia, de suerte que apenas hay en vosotros quien sepa de su ascendencia ó pueda decir algo de sus hijos? ¿No se alistan todo género de malhechores en vuestras bandas? ¿No vivís perpétuamente en la montaña sin bajar nunca al llano, sino para traer el robo y la matanza?

»Bien es que os alimenteis con carne de fieras y yerbas del campo, y que mas moreis en soledades y desiertos que en los pueblos. Bien es que durmais en el suelo y padezcais tan grandes miserias; puesto que sois tan semejantes á los salvajes brutos en crueldad, y en dureza á las rocas de la montaña. Ay, malhaya de vos, almogábares, malhaya de vos, y así os depare el cielo, como teneis negros y espantosos los rostros, espantoso y negro castigo en la otra vida.»

Y por este estilo prosigue el bueno del cronista en sus imprecaciones.

Mas si prescindiendo de estas sentencias dictadas por lengua enemiga, llegamos á examinar los hechos de aquella gente, parece que no faltaban en ella buenas partes que oscurecian las malas, con serlo tanto y ser tantas, como asegura el cronista.

Sin ir mas lejos, este Aznar Garcés, á quien de escudero hemos traido en pos del rey D. Ramiro hasta las sierras que corren entre Aragon y Cataluña, si era hombre cruel, no parecia horrible por su persona, á no mentir la honrada Castana. Y mostrábase, á la par que valiente y astuto y gallardo, fidelísimo, que es prenda, no de malvados, sino de las mas escasas entre los honrados hombres.

Buena prueba de ello fué el encuentro con el escuadron de Roldan, que comenzamos á relatar en el capítulo antecedente.

Aparte ociosas palabras, sin otra voz que el grito de *San Jorge y á ellos*, Aznar desnudó la espada corta que llevaba al cinto, y se adelantó hácia el escuadron de los caballos.

—Para, para, hijo mio, le gritó el rey. Pídele á Dios mentalmente, que te perdone la sangre tuya y agena que vas á derramar en defensa de tu rey. No he de consentir sin eso, que peleemos.

—Que me place, dijo el almogábar. Y la oracion no sabemos si la hizo; pero claramente se vió, que no apartaba ojo de los contrarios, como si observase sus movimientos, y estudiase el modo de contrarestarlos.

El camino iba cortando por allí la falda de una montaña frontera de otra, no menos alta que ella, y si de una parte apenas los ojos acertaban á descubrir las contrapuestas cimas, de otra podia causar vahidos de cabeza lo profundo del abismo que se abria entre ellas. Todo lo ancho del camino no parecia de tres varas, formando vueltas y revueltas en esa figura que ahora llamamos de *zig*, *zag*; y como por aquellos tiempos no habia escuelas especiales que enseñáran á construir caminos, notábase en este la singular circunstancia, de que en los puntos donde revolvia, se estrechase mas y mas, de manera que apenas podian pasar dos caballos de frente.

En una de estas revueltas, se apostó Aznar con la espada desnuda, y el rey á caballo y desnuda tambien la suya, cogidas las riendas con la boca y cubierto con el escudo, se colocó detrás, haciendo como una segunda línea de combate.

Roldan, no bien los vió, puesto que dudase que dos hombres solos osáran contraponerse á su escuadron, donde bien se contarían cincuenta ginetes, envió á dos caballeros que los reconociesen y alejasen del puesto. Pero lejos de ceder D. Ramiro y su escudero, lanzaron á la par el grito de *¡mueran los traidores!* y con denuestos é injurias, provocaron al combate á los caballeros

que venían de descubierta. Maravillóles á estos la determinacion, y mas viendo la apostura burlesca del ginete, y las pocas armas y defensas que el peon traia consigo; y creyendo fácil castigar, aquello que imaginaban locura, pasaron adelante lanza en ristre y á la carrera.

Aznar aguardó inmóvil, y al verlos á diez pasos, calculó diestramente el espacio que dejaban los caballos, y se plantó en él, antes que los caballeros apercibiéndolo, pudiesen variar la direccion de sus lanzas. Luego, al emparejar los caballeros con él, hundió la espada en el pecho del caballo que venía de la parte del abismo: el caballo, vaciló un instante y cayó rodando por las peñas con su desventurado ginete. El otro caballero erró el golpe de lanza en D. Ramiro, porque como el camino se ensanchaba de la parte en que este se hallaba, no pudo venir contra él rectamente, y pasó por su lado sin herirle. Entonces D. Ramiro, se lanzó á él, como quien ignora en sí propio el efecto de las armas y por acaso ha llegado á perderlas el miedo, que es decir, con furia ciega.

Recibióle su contrario con firmeza, y en un momento se cubrieron de sendos golpes y se abollaron bien las viseras, sin que á D. Ramiro empesciera el tener asidas las riendas con la boca, ni al otro contuviera un punto el pelear con el rey, dado que no pudo conocerlo en aquella traza, hasta que Aznar puso término á la contienda, derribando mal herido al caballo de una tremenda estocada en el vientre, y rematando al caballero de una cuchillada terrible, con que le partió en dos trozos el casco y la cabeza.

En esto, acudia á todo correr al sitio del combate, el buen caballero Roldan, seguido de todos los de su escuadron.

Aznar cogió de las bridas el caballo muerto y lo arrastró hasel sitio en que se angostaba el camino; allí acabó con él de un solo golpe en la cabeza, y colocándose detrás, para que su cuerpo le sirviese de muro, aguardó á los contrarios.

Caballero y escudero, no se dirigieron en todo este tiempo sino una sola vez la palabra.

—Bravamente peleais, señor, dijo Aznar.

—Tú sí; que no hay alimaña del monte que te iguale, le respondió el rey, maravillado de la serenidad con que tales hazañas ejecutaba.

Al llegar los primeros caballos del escuadron al sitio del combate, retrocedieron espantados; habian visto muerto al compañero, y por mas que hacian los ginetes, no era posible hacerlos pasar adelante.

Roldan fué el único que de un salto, logró ponerse de la otra parte, y fué con tanta rapidez que no pudo el almogábar herirle.

Acometióle entonces D. Ramiro: Roldan, que vió sin lanza á su contrario, tiró la suya al precipicio, y desnudando la espada le recibió con el mayor esfuerzo.

Largo rato estuvieron dándose golpes sin consecuencia; Roldan era mas diestro, D. Ramiro tenia mas corage, mas resolucion entonces de morir ó vencer.

Aznar en tanto, ardia en deseos de socorrer á su señor, pero no se atrevia á desamparar el puesto, por temor de que los del escuadron quitasen de enmedio el cuerpo del caballo, que era el único estorbo que los detenia, y pasando adelante hiciesen imposible la resistencia.

Sonaban redoblados los golpes entre Roldan y D. Ramiro; impacientábanse los caballeros de su escuadron, viendo que pasar adonde él estaba no les era posible, y pensaban en poner pié á tierra para lograrlo; rugia de cólera el almogábar y miraba á la cima del monte como si algo esperase que no venia.

—¿Quién eres, le dijo Roldan á D. Ramiro, que de tan extraño modo coges la rienda y tan rabiosamente peleas?

—Soy uno á quien debes largos agravios y que hoy piensa vengarlos por sí mismo, ya que pudiendo vengarlos por otros medios, ha dejado escapar las ocasiones.

—Pues esfuérzate, replicó Roldan; porque no te las has con hombre que deje hacer en sí venganzas.

Las últimas palabras de Roldan no pudo oirlas el rey, por-

que en aquel momento se oyó un son espantable en lo alto de la montaña; eran alaridos salvajes, choque rudo del hierro contra las peñas, y confusamente entre el gran ruido, se escuchaban estas voces muchas veces repetidas:

—Desperta ferres, desperta ferres.

—*¡Hierro! ¡Hierro, despiértate!*

Aznar lanzó un grito de júbilo; y cogiendo la espada con entrambas manos, comenzó á golpear con toda su fuerza en las peñas del suelo gritando tambien al propio tiempo.

—Desperta ferres, desperta ferres.

¡Hierro! ¡Hierro, despiértate!

D. Ramiro y Roldan suspendieron á un tiempo el combate, y alzando la vista hácia la cima donde se oian aquellas voces, la vieron coronada por hasta una docena de hombres, cuya feroz apostura, podia poner espanto en el mas fuerte ánimo.

A D. Ramiro le pareció que comparado con aquella gente, podia pasar Aznar por culto y gentil caballero; así venian de rotos y mal vestidos, negra la tez, sangrientos los ojos; si unos con capellinas de malla, otros sin ellas; si este con pieles de lobo, ó de toro, aquel con pieles de oso ó de gato montés, atadas á la cintura; y todos ellos con calzas y antiparas de cuero viejo y rudas abarcas de monte.

Traian chuzos en las manos y espada corta como la de Aznar, y los mismos dardos de afiladísimas puntas cuadrangulares que este solia traer consigo; sin mas diferencia, sino que los de algunos, á falta de hierro sin duda, eran de duros pedernales.

—Son los almogábares, señor, gritó Aznar; ahora verán esos soberbios y traidores de ricos-hombres con quien han de habérselas.

Y bajaban los recien venidos por la pendiente escarpadísima de la montaña tan fácilmente como pudieran por el llano.

Tres ó cuatro de ellos, se plantaron de un salto al lado de Aznar, y los otros, repartidos por diversos puntos de la pendiente, comenzaron á arrojar dardos y piedras contra los caballeros del escuadron.

Apenas hubo lugar á la defensa: ni uno solo de los dardos de los almogábares se perdió en hombre ó caballo, y los peñascos enormes que hacian rodar desde lo alto, acabaron de maltratar á los pocos que quedaron sanos de la primera acometida.

Aznar, viendo en tanta destruccion á los contrarios, corrió al punto á ayudar á su señor contra Roldan.

¡Detente! exclamó D. Ramiro. Este hombre será mi prisionero; date, date, Roldan, y conservarás la vida.

—¿Dónde oistes, prorumpió Roldan, que se diesen los que llevan mi nombre y son de mi casa?

—Permitid, señor, que le baje esa altivez, y ponga en lo que es razon la reputacion de su casa y nombre, dijo Aznar.

—Roldan, repuso el rey: yo te mando que te des, y ya es hora que obedezcas con armas al que sin ellas escarneciste. ¿Te acuerdas de aquel juramento inusitado é injurioso que me tomastes en Huesca? ¿Te acuerdas de la vanagloria que mostraste el dia en que prendiste á tu rey, en compañía de otros traidores? Ahora venias sin duda persiguiéndome para prenderme de nuevo ó para quitarme la vida: mas hé aquí que eres mi prisionero cuando menos lo pensabas.

Y al decir estas palabras se levantó la visera.

Roldan quedó asombrado.

—¡El rey con armas! dijo entre dientes: ¿qué diablos es esto? Cosa es que veo y no creo; parece encantamento.

Miró en derredor suyo y halló tomadas por almogábares el frente y las espaldas; tendió la vista hácia donde habia dejado á sus compañeros, y se encontró sin ellos.

A la verdad, habíanse defendido muy bien, aunque desmontados, alguno que otro veterano de los mas diestros y esforzados, y este y el otro jóven, que haciendo la primera campaña, querian sacar airosas las divisas de sus damas.

Tremendos eran los botes de lanza, y los mandobles que enderezaban á sus desnudos contrarios, y grande la defensa que

les prestaban á ellos los bruñidos petos de reluciente acero y los anchos escudos y ferradas grevas.

¿Pero qué servia todo ello?

Los almogábares alcanzaban en el combate el empuje poderoso del toro, y la lijereza y cautela del tigre, y la bravura del leon, y el rencor de la hiena.

Tan pronto avanzando como cejando, esquivando el golpe ageno, y no dando el propio sino sobre seguro, rendian primero á los adalides y luego los mataban sin piedad.

Así fueron cayendo unos tras otros aquellos valientes, gloria los unos, grande esperanza los otros, de Aragon.

Y á tiempo fijó Roldan sus ojos en ellos, que vió caer á su ayo Per Villanova, anciano orgulloso y valiente, á quien debia mucha parte de sus altos intentos y condicion dura; y morir á su deudo Galceran de Foch, jóven que hacía sus primeras armas, y en quien él tenía puesto muy gran cariño.

Extremecido apartó de allí la vista, mas no halló donde fijarla, porque hácia todos lados se miraba igual espectáculo.

La pendiente que desde el camino, bajaba al abismo que corria entre las dos montañas fronteras, mostrábase salpicada de hombres y caballos muertos ó moribundos aquí y allá, suspendidos en las matas ó recogidos por las salientes peñas.

En un momento habia acontecido todo aquel estrago, y la confusion y desbarate de los caballeros, al sentir el inesperado ataque de los almogábares y sus piedras y dardos, debió ser grande, porque no habia dos cadáveres juntos, y pocos hierros de lanza aparecian ensangrentados.

Aumentaba el espanto del suceso el ver rodar de cuando en cuando los cadáveres, un instante detenidos en la mitad de la pendiente, hasta lo profundo del abismo.

Roldan no se acobardó; antes bramaba de rabia como una fiera acorralada en el ojeo, que ve llegar ya los perros de la trailla, y siente el trote de los caballos de los cazadores.

Veíase sin medios de escapar por uno y por otro lado del ca-

mino, y ni esperaba que el rey le perdonase la vida, ni queria debérsela tampoco segun era de soberbia su condicion.

—Muramos, Roldan, dijo para sí: muramos con honra y sin caer en manos de estos perros.

Y luego, dirigiéndose al rey con arrogante voz, le habló de esta manera:

—Rey D. Ramiro, no creas que has de vengarte en mi persona de la enemiga que me tienes; ni piénses que he de pedirte perdon de mis hechos, porque te vea poderoso, y yo me sienta flaco y solo entre tu gente. Valor hay en mí para morir cien veces antes que soportar afrenta alguna, que empañe la gloria de mi casa..... El último soy de los Roldanes, y si muero, quiero hacer de suerte, que no parezca menor en las historias el último que el primero.

—Prendedle, gritó Aznar á los almogábares, que estaban puestos á espaldas del caballero, y al propio tiempo dió él algunos pasos adelante.

—No le hagais daño, dijo el rey, notando que algunos de los almogábares ponian mano á sus dardos.

Pero Roldan cortó la disputa como nadie imaginára, que fué apretando los hijares de su caballo, y dirigiéndolo de tal suerte, que lo obligó á saltar al abismo.

Todos los presentes creyeron por un momento que se habia despeñado; pero al cabo le vieron con su generoso troton trepar por los fronteros riscos, aunque dificultosamente, y luego correr á toda brida por la cima de la opuesta montaña, y trasponer en breve, por entre los matorrales que la vestian.

El rey, Aznar, y los almogábares, lanzaron, todos á un tiempo, una exclamacion de asombro.

De la cima de una montaña á la cima de la otra, habia muy buen trecho, y por en medio corria un arroyo profundo que era el abismo donde habian ido á parar los hombres de armas de Roldan; de suerte que nunca ginete del mundo dió tan arriesgado salto, ni antes ni despues, como este.

Por eso desde entonces es conocido aquel sitio con el nombre de *salto de Roldan*; y, al través de tantos siglos, se ha perpetuado hasta nosotros el hecho memorable.

Hoy, que el tiempo ha desmoronado una y otra montaña hasta poner entre ellas mas de doscientos pasos de distancia, haciendo tambien desaparecer la antigua senda que fué teatro del combate, el suceso se da por increible.

Vuelto de aquel primer asombro el rey, dijo á Aznar:

—¿Cómo podré yo pagar, mi buen Aznar, los favores que debo á esos tus compañeros?

—Pagadlos con saber y reconocer que son leales. Y ahora encaminémonos á donde bien os plazca.

—A las tierras de Poniente ó de Levante, donde halle en propios ó extraños, soldados que me ayuden á rescatar mi trono.

—Bastáraos con los propios si bien quisiéreis, repuso Aznar.

Y cogiendo de las riendas el caballo de D. Ramiro, porque no tropezase en aquel riscoso camino, echó andar adelante, seguido de los otros almogábares.

CAPITULO XVII.

PROSIGUEN LAS PLÁTICAS Y AVENTURAS.

Oigo el son bronco de tus cien campanas.
J. de Iza.

El dia era de los últimos de primavera.

El combate fué tan breve, que con haber comenzado á la luz clara del alba, cuando acabó, no habia bajado el sol todavía de los picachos de la sierra. Saltaba de los valles un viento húmedo y blando que recogia con ánsia el pecho; levantábanse de cuando en cuando algunas liebres tendidas en el césped de los barrancos, y corrian á ocultarse, por estrechos agujeros, debajo de las grandes peñas; y al sentar el pié los caminantes, doblábase para siempre la yerba cargada de rocío. Y todavía las tórtolas no habian vuelto á sus nidos, y sus huevos abandonados blanqueaban en los verdes chaparrales: todavía las palomas torcaces no habian apagado la sed de la noche en los arroyos, y á bandadas volaban hácia ellos.

Al amor de los arroyos solian hallarse alegres, aunque pobres lugarcillos: todos con su iglesia á medio hacer y su torre de piedra: los unos, desparramados por las ágrias cuestas, los otros, asentados en los valles, con sus rústicas puertas de madera de encina, y sus casillas de barro y piedra, y sus huertas cargadas de árboles frutales donde silbaba lúgubre la oropéndola.

Pasados estos lugares y alguno que otro chaparral, la sierra no ofrecia mas que montes despojados por el hacha de los conquistadores, cuevas profundas, asilo ordinario de los vencidos,

magestuosos precipicios por donde se despeñaban algunos de los arroyos, formando sonoras cascadas. Y por en medio de los precipicios y los montes se abria perezosamente la senda, que cruzaban el buen caballero D. Ramiro y sus valerosos almogábares, poco atentos por cierto, á los espectáculos bellos ó sublimes que la naturaleza les ofrecia.

Aznar, que iba de guia, desde el sitio del combate torció á la derecha, encaminándose por las montañas que rodean, de la parte de Oriente, la hoya de Huesca. Caminaban de prisa y con recelo, porque no era difícil que los alcanzasen todavía con mayores fuerzas, dado que ellos tenian que recorrer una circunferencia muy ancha, á la cual se podia tocar desde Huesca, por cualquier punto, con un corto rádio.

Durante muchas horas alcanzaron á ver á lo lejos los muros y blancas casas de la ciudad, y los minaretes morunos heridos del sol expléndido de la primavera. Por mas tiempo todavía tuvieron delante de los ojos las oscuras y altísimas torres de Mont-Aragon, y los corpulentos álamos que señalaban la confluencia del Flumen y de la Isuela; no lejos del lugar donde la vírgen de la Huerta, morena y de cabos negros, vino luego á juntarse con la vírgen de Salas, blanca y rubia, á fin de que se honrase en un mismo santuario, bajo los dos tipos principales de la humana belleza, á la madre de Dios. Muchas veces el viento trajo á los oidos de los caminantes revuelto son de campanas, que tocaban al parecer á rebato, y el viento soplaba de la parte de la ciudad. Una, oyeron claramente el tañido de la campana principal de Mont-Aragon, que llamaba á los fieles á la oracion de mediodia.

Y era mediodia en verdad.

Y el sol heria ya los rostros, haciendo brotar copioso sudor en ellos; y habria sido penoso el caminar á tales horas para otros que los almogábares. Pero estos, sueltos y ágiles, echaban siempre por lo mas áspero á modo de cabras montesas: disparaban sus dardos á los árboles que crecian en lo hondo de

los precipicios, sin mas objeto que bajar á recojerlos con manifiesto peligro: cruzaban cien veces, que no una, el camino; ora llevados de la curiosidad, ora de la sola impaciencia del ánimo.

No era D. Ramiro tan ágil ni robusto, y, con ir á caballo, hubiera dado alguna muestra de cansancio á no ser por la exaltacion en que el peligro y la ira habian puesto su pacífica naturaleza.

Las lejanas vistas de Huesca y de su alcázar moruno, las cercanas torres de Mont-Aragon, el sonido de las campanas de la ciudad y del monasterio, mantenian viva su exaltacion, agolpando á su frente las ideas y los sentimientos antiguos, al propio tiempo que los nuevos. Parecíanle sueños el combate, la victoria, la fuga misma, el andar por donde andaba y con quien andaba, todo lo que era realidad, en fin; y tomaba por realidad, los sueños y preocupaciones de su espíritu. Pero poco á poco fué la exaltacion cediendo al tiempo y al cansancio; y, cuando desaparecieron de la vista la ciudad y el llano de Huesca, y dejaron de oirse las campanas, se halló ya á punto D. Ramiro de poder comprender la situacion en que se hallaba.

Oyó detras de sí una voz áspera, y un si es no es vinosa, que decia:

—Aznar, Aznarote, no nos niegues tus pecados, que con pecadores te las has y no de los menores. Cuando tú haces tantas ausencias de la sierra, y te estás en la ciudad meses enteros, buen vino bebes en ella, y buenas mozas te recrean. Ni pienses que he echado en saco roto, el que hayas traido la cabeza vuelta al llano durante todo el camino. No parece sino que has dejado algun pellejo tuyo en compañía de cuatro buenos bebedores, y temes que, mientras andas por estos cerros, no te dejen gota de él conque echar un mal trago. No nos hemos criado así, Aznar, ni yo ni tu padre. Treinta años tenía yo, y, no sabía aun, lo que era el buen vino, ni lo que era una buena moza: verdad es, que ahora no estoy cierto de saberlo tampoco.

D. Ramiro, recordando entonces á aquel á quien tanto debia, volvió el rostro diciendo:

—Aznar, Aznar, adelántate, que quiero departir contigo algun rato. Aznar se adelantó con efecto.

—No me has dicho por fin, añadió el rey, hácia que parte me llevas.

—Vamos hácia Barbastro, que de allí no está muy lejana la frontera de Cataluña, y será fácil reunir un golpe de almogábares de aquí y de allá, que espante á los mas osados rebeldes.

D. Ramiro calló, y tornó á preguntar despues de un largo rato.

—¿Y está muy lejos esa ciudad de Barbastro donde me llevas?

—No os quiero llevar precisamente á Barbastro, sino á un buen lugar de los contornos, que tiempo tenemos de entrar en la ciudad. Y en cuanto á la distancia, no es ya mucha, y yo sé que llegareis sano y salvo.

Hubo otro rato de silencio, y al cabo de él volvió á decir D. Ramiro:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que advierto que esta tu gente y camaradas, si son valerosos en el pelear, no son muy escrupulosos en la fe? Enséñales, enséñales, hijo mio, cuánto les conviene ajustar sus obras á los mandatos de Dios. Muéstrales, cuán tristes cosas sean el pecado y la condenacion eterna. Aquí me tienes á mí, que estoy condenado y...

—¿Condenado? exclamó el almogábar, interrumpiéndole á pesar suyo. ¿Condenado?... Y con ser quien era sintió cierto extremecimiento en el cuerpo.

—Sí, condenado, hijo mio. ¿No te lo habia dicho todavía? Habránmelo impedido mis pesares y turbaciones. Condenado estoy, hijo mio, tanto como hombre haya podido estarlo en esta vida.

—Mas bajo, señor, mas bajo. Mirad que si os oyen, no habrá muchos de estos valientes que os sigan, porque da la casualidad de que todos son cristianos viejos y almogábares tan temerosos de Dios como cualquiera. Y aun yo mismo me precio de buen cristiano, que, puesto que yerre mucho en esta vida, todavía espero que, arrepintiéndome á la última hora, Dios me perdo-

ne; porque siempre he oido decir, que es misericordioso.

—Hablas como un lego de convento bien endoctrinado, dijo el rey. Así es como tú dices; y en arrepintiéndote á la última hora de todo corazon, no tengas miedo, de que el diablo emplee en tí sus uñas.

—Pues ¿y cómo no os arrepentís vos para salvaros? Verdad es que no ha llegado vuestra última hora, y que, segun decís, estais ya condenado; pero á fe mia, que no he oido decir hasta ahora, que nadie se condene en vida.

—Es que mis pecados son mas grandes que ningunos, y hay quien no me deja hacer penitencia. ¿No te tengo declarado que fué aviso y permision del cielo aquel peligro tan grande que corrí á la orilla de la Isuela? ¡Oh, si me dejáran hacer penitencia! ¡Oh, si no me impidieran que la hiciese!

—¿Quién os lo impide, señor? ¿Por ventura se entrometen tambien en eso los ricos-hombres? dijo sencillamente el almogábar.

—Sí, Aznar.

—¿Conque no os dejan hacer penitencia? ¿Pues qué tienen que ver ellos con vuestros pecados?

—Es que yo peco siendo rey, cuando no debia serlo, y ellos quieren á la fuerza que lo sea.

—No os entiendo, dijo Aznar. En Huesca corrian no sé qué murmullos ayer tarde; pero no pude comprender nada cierto, segun eran de contradictorias las voces. Al veros preso y fugitivo, y oir que queriais rescatar vuestro trono, pensé que los ricos-hombres trataban de quitároslo y quitaros á la par á vuestra hija. Juzgad de mi sorpresa ahora que me decís, ser vos quien quiere dejarlo, y ellos quienes lo impiden y estorban. Y aun no entiendo tampoco cómo pueda haber pecado en ser rey, cuando he oido decir que hay en el cielo mas de un santo, que fué rey en este mundo, y de los mas poderosos y esforzados.

—Bien veo que eres discreto, Aznar; pero no es posible que se te alcancen estas cosas tan hondas. Otra cosa sería si hubieses

oursado como yo letras sagradas; siquiera fuesen pocas como son las mias.

—Así es la verdad, que no lo entiendo, ni sé por qué os prendieron los ricos-hombres, ni por qué se apoderaron de vuestra hija, ni siquiera para qué es esto de reunir armas y gente y levantar pendon de guerra.

—¡Cómo ha de ser! dijo D. Ramiro. Tu oficio es pelear, y no te está bien el mezclarte en tales intrigas y sucesos de córtes y de reyes. Tu buen discurso no basta para ello.

Calló D. Ramiro y calló Aznar, entregándose uno y otro á largas meditaciones: las de aquel no hay que decir á qué se referian: las de este es de notar, que, siendo tan rudo como era, se referian á los mas graves asuntos de la política de su época, sin que le empesciesen para ello las últimas palabras de D. Ramiro.

Y andando, andando el rey monge, y el politicon escudero, pasaron horas tras horas, y el sol comenzó á declinar; y antes de mucho no iluminó mas que las cimas de los montes, y poco despues se hundió de golpe detrás del pico mas alto de la sierra. La luz del crepúsculo cayó misteriosa y lúgubre sobre las cuestas y los valles.

Era lo mas inculto y deshabitado de la sierra: ni un castillo roquero, ni una ermita milagrosa, ni siquiera un chozo humilde de pastores, nada se hallaba al paso que indicase labor humana.

De trecho en trecho manaban de las rocas copiosos hilos de agua que, despues de encharcar el camino, iban á perderse en lo hondo de los barrancos, ó á bañar estériles malezas. Con ser los fines de la primavera, apenas matizaba una flor la parda sombra de los montes; y si la habia, era tan espinosa, que desgarraba la mano infeliz, que osaba tocarla. Algunas encinas olvidadas se señoreaban aun de las altas rocas, ó extendia sus raices por los barrancos, inclinando las hojosas copas á lo hondo. Las habia tan mal sujetas á la tierra ó tan quebrantadas por los aguaceros y huracanes, que al menor soplo de viento se agitaban: hubiera podido moverlas el aliento de un hombre.

Los innumerables rumores del crepúsculo bajaban ya rodando por las cuestas, ó subian en ecos de los hondos valles: hijos del agua, del viento, de los reptiles, quizás de espíritus encerrados en las piedras y las hojas, que soberbio niega el hombre, porque no han tenido á bien visitar sus ojos todavía. No podia decirse que fuera de noche, pero no era ya de dia. Todos los contornos se iban borrando, todos los colores desapareciendo, y, al cabo de algunos instantes, solo se distinguian el color del cielo, y los contornos de las estrellas.

En este punto D. Ramiro interrumpió sus meditaciones, gritando:

—Aznar, Aznar, ¿sabes que no puedo sostenerme en el caballo? Mis pensamientos me han sostenido hasta aquí; pero ya me faltan enteramente las fuerzas. Tengo aturdida la cabeza, la vista se me va, los brazos se me doblan al peso de las bridas: muero, muero, si no hallamos por aquí descanso y alimento.

Y tenía razon el monge, porque mas de veinte y cuatro horan eran pasadas sin que probase bocado ni bebida alguna, y, poco menos de veinte, hacía, que no dejaba la silla del caballo. Cualquiera habria hecho alto, cual D. Ramiro lo hizo en este punto, denotando en gestos y acciones que le era imposible pasar adelante; cuanto y mas un hombre, criado en el método y reposo de abadías y palacios, como él era. Aun no podria explicarse su extraordinaria fortaleza sin el calenturiento afan que embargaba su ánimo.

Verdad es que en los almogábares no se notaban así el ayuno, ni la sed, ni la fatiga, pero ¿qué habia en ellos que pudiesen igualar los demás hombres? Ellos sabian pegar los labios á las húmedas rocas, y recojer el agua pura que manaba, y buscar yerbas con que entretener el paladar y los dientes; y caminar con hambre, y reir cuando la sed devoraba sus labios. Así es, que nadie hubiera dicho, que tan larga jornada tragesen hecha sufriendo tamañas penalidades. El crepúsculo de la tarde los hallaba dispuestos á pelear, ni mas ni menos que los halló la primera luz de la mañana.

Ninguno de estos almogábares excedia á nuestro Aznar en fortaleza: él no habia probado ni la yerba, ni el agua de las peñas, como sus camaradas. Y, fuerza es decirlo, no sintiendo en sí necesidad alguna, se habia olvidado de las del rey. Pero como le tenía tan conocido, al oirle decir que no podia pasar adelante, se encendieron sus ojos en ira: aquel era un nuevo obstáculo, y no el menor que hubiera ofrecido hasta entonces la fuga.

—El caso es, señor, dijo con el acento mas blando que supo, que estamos tres horas de Barbastro todavía, y estos montes no pecan de solitarios y tranquilos á la media noche; ni andan muy sobrados de comodidades. Volviendo atrás, ó yendo adelante podrémos hallar sitios y lugares harto mas cómodos y seguros, que este. Pero aquí precisamente no es posible que hagamos alto. Desde aquellos picachos cercanos podriais distinguir la frontera de los moros, y aunque hubieran de acudir algunos mas almogábares en nuestra ayuda, llegado el trance, si se les ocurriese á los perros hacer esta noche una algarada, tendriamos mucho en qué entender con ellos.

—¿Moros dices? respondió el rey turbado. Ya veo, ya veo que Dios me trae á poder de infieles para que sea mas cruel mi muerte y mi castigo: hé aquí evidente su providencia, Aznar: hé aquí lo que logra el hombre con querer sustraerse á la cólera de Dios.

Y comenzó á persignarse de seguida.

—Aznar, dijo en esto uno de los almogábares de mas edad; ó me falta el conocimiento, ó gente ha llegado aquí, y no ha pasado adelante; de modo que debe de andar escondida por estos matorrales. Há rato que vengo siguiendo las huellas de los caballos. Ahora acabo de perderlas, y no quedan mas que las de los hombres que aquí sin duda se desmontaron. El número no podré decírtelo, pero...

Cuatro son no mas, buen Carmeson, dijo interrumpiéndole otro de los almogábares; y cierto que la edad te va quitando el conocimiento, cuando no has sabido contarlos.

El rey, que escuchaba afanosamente aquellas contestaciones, metió entonces espuelas á su caballo; pero, vacilaba ya en la silla, y claramente se veia, que le era imposible acabar la jornada.

Aznar, que habia visto hasta entonces sin temor aquellas huellas, comenzó á desesperar de la salvacion del rey. Estos caballos, decia para sí, deben ser de moros que nos han descubierto, y han venido á dar noticia de nuestra llegada á otros moros, que nos esperan sin duda emboscados. Por aquí suelen andar algunos almogábares, y, llamándolos con mi silbo, harto sería que, entre unos y otros, no pudiéramos asegurarle al rey la fuga, aunque fuera dejando nuestros cuerpos, por despojo, á esos perros maldecidos. Pero si son muchos y nos matan, y el rey no puede tenerse á caballo y no sabe huir, ¿qué va á ser de su persona? Pobre rey, debe de ser cierto que está condenado en vida, como dice.

Intenciones tuvo de santiguarse el almogábar; pero venciendo en él lo áspero de la condicion, á las debilidades de la conciencia, acabó por jurar y decir una blasfemia.

En esto hirió sus oidos el sonido de un laud, y al punto mismo una voz mas ágria que dulce, entonó en toscas melodías un romance, cuyo significado no se pudo comprender bien, porque, no dejaba que llegasen enteras las palabras, un lijero vientecillo que iba á la sazon levantándose. Solo sonaron claramente estos versos, con que concluia, los cuales repitieron en coro los almogábares:

«Como por Dios lidiaba,
Le ha dado ayuda Dios.»

—Amigo es este, dijo Aznar, oyéndolos, y aun de los buenos por cierto; y con cantarme ese romance, seguiríale yo al cabo del mundo. Oye, Carmeson, en trance estás de reparar tu falta de conocimiento en lo de los caballos: corre y averigua quiénes son los que tan sabrosamente entretienen la noche en la maleza. Apuesto á que ellos nos proporcionan cuanto necesita-

mos, que es hogar seguro y cena ajustada á la calidad de este caballero, con quien venimos.

No fué menester que el Carmeson se adelantase mucho, porque los del cantar, no menos sagaces que los almogábares, ya habian notado que cerca de ellos habia gente, y antes de que aquel llegase al punto de donde salian los sonidos para observarlos, se encontró con otro hombre, que lo observaba á él cautelosamente.

El desconocido rompió el primero el silencio, diciendo:

—Vuelve tus dardos al cinto, almogábar, que entre tú y yo no puede haber mas que paz y buena compañía. ¿Qué gente es esa que viene contigo? ¿Sois todos almogábares?

—Todos menos uno, respondió Carmeson. Pero ¿y tú quién eres, que te metes á hacer preguntas, á los que vienen á hacértelas á tí mismo?

—Torpe andas, Carmeson. Torpe te tienen los años.

—Lo sé, porque no es la primera vez que lo oigo esta noche. Pero torpe y todo, ten por cierto que no he de errar el tiro en tu cuerpo, si no me dices pronto quién eres.

—¿Qué es eso? ¿Qué tardas y qué hablas? grito Aznar, que ya se acercaba impaciente.

El desconocido se puso á silbar en voz baja del modo mismo que Aznar habia silbado para llamar á los almogábares.

—Nuestro silbido es, dijo Carmeson; no hay duda. Pero... malhaya de mí que no le he conocido antes! Razon teneis para llamarme torpe, torpísimo. Sosiégate, Aznar; no es otro que Mano-de-hierro, el buen Mano-de-hierro, que há meses echábamos de menos por estas sierras. Maldita oscuridad la de la noche, y malditos años los mios que me van tapando los ojos.

Al oir el nombre de Mano-de-hierro, todos los almogábares prorumpieron en estrepitosos vivas. Y aun algunos de ellos, desnudando los hierros, comenzaron á golpearlos contra las piedras, pronunciando aquel terrible grito:

—*Hierro, hierro, despiértate.*

CAPITULO XVIII.

DESCRÍBESE UN FESTIN.

... Como sátiros desnudos y hambrientos,
saltando de peña en peña.....
Feliu de la Peña y Farell.—ANALES.

Al oir tal grito y tales vivas Mano-de-hierro, acabó de salir de unas matas, con que hasta entonces ocultaba parte de su persona, diciendo:

—Fivallé, Yussuf, Assaleh, seguidme, que estamos entre camaradas y gente buena; seguidme pronto, porque he de azotar al último que suba con la brida de mi caballo. Arriba, arriba, y dejad esa cueva á los lobos, sus naturales señores, que gente hay aquí de la cual no tenemos por qué ocultarnos.

—Mal modo de estar ocultos es el cantar romances y pulsar laudes en tales desiertos. Aunque esos perros muslimes de Lérida fueran todos tan torpes como nuestro buen Carmeson.....

—¿Va de burla? dijo á esto Carmeson, un poco amostazado.

—No por cierto, respondió Aznar, que era quien á la sazon hablaba. Quiero decir, que aunque todos los de Lérida tuviesen tus años y tu cortísima vista, á haberles venido en mientes el pasear estas breñas, no habrian tardado mucho en dar con el señor Mano-de-hierro.

—¿De cuándo acá eres prudente, Aznar? dijo el desconocido jovialmente. Por la Vírgen de la Gleba que el pelear yo solo con veinte de esos perros lo hubiera tenido por bien, á trueco de

verte aquí esta noche, porque á tí especialmente há muchos meses que no te veo, y no quiero que se me olvide tu manera de pelear, y la buena gracia con que sabes sembrar las hazas de turbantes. Pero á decir verdad, no era fácil que ahora se me ofreciese tan extremada ocasion y trance; que no soy temerario como sospechas y aun me tengo por mas prudente que tú, sin vanidad alguna. Sábete que tengo bastante gente apostada á las orillas del Segre para que, no pueda salir una cimitarra de Lérida, esta noche. Y lo que es de moros me tengo aquí por tan seguro como en las torres de Barcelona. Si me ocultaba, no era sino por miedo de los curiosos, que nunca falta caballero andante ó monge mendicante que recorra los caminos; y aunque este es asperísimo, no es de los menos frecuentados con estar tan cerca de la gran ciudad de Barbastro. Ni ignoras que gusto poco de su conocido, y que solo delante de vosotros suelo levantarme la visera del yelmo.

D. Ramiro no echó en saco roto estas nuevas, y se alegró harto de oirlas, porque, ya que no fiase de Mano-de-hierro, al menos parecia cristiano, y no era para él tan temible como los infieles.

Aznar tambien se alegró por D. Ramiro.

Y entre tanto algunos de los almogábares no cesaban de victorear á Mano-de-hierro, y otros repetian desesperadamente su temeroso grito de guerra, sin dejar de azotar los dardos contra las peñas.

—Tened, tened, camaradas, dijo Mano-de-hierro. No es hora aun de que despierten las espadas: dejadlas dormir, que harto breve será su sueño, viniendo en mi compañía. Cabalmente esas orillas del Segre y del Cinca están pidiendo á gritos un buen San Martin, porque los marranos ni hoja ni grano dejan á salvo. Pero ya os he dicho que tengo hueste hácia Lérida. Ofrézcoos para mañana gran danza de espadas.

—Los pícaros, dijo Carmeson, no os han visto nunca sino al punto de batallar, y es ya usanza suya esto de saludaros desde

lejos con el grito de guerra, á fin de que encontreis al llegar viva la sangre y ardiente ya el hierro. No quieren perder tiempo ninguno cuando se hallan con una buena ocasion de pelear; y vos mismo habeis celebrado esta prisa otras veces.

—Razon tienes, dijo Mano-de-hierro; pero advierte que hoy no os he llamado yo, ni he venido á buscaros, sino que vosotros me habeis sorprendido, como quien dice, en mi hogar. Hasta mañana por la mañana no tenía dispuesta la danza.

—Sea mañana, respondieron los almogábares, envainando perezosamente las espadas.

—Pero advertid, dijo Aznar, que vuestro deber no es solo pelear contra los moros, sino servir como buenos vasallos á nuestro rey y señor D. Ramiro, si á servirle os llama.

—¿Y quién te ha dicho, repuso Mano-de-hierro, que D. Ramiro pretenda semejante cosa? Vosotros no sabeis servir sino con el hierro, y él es poco amigo de este metal.

—Vos, señor caballero, dijo Aznar, no sois aragonés, sino catalan, y vasallo del conde de Barcelona. Y por lo mismo no estáis obligado á acudir al servicio del rey de Aragon, como nosotros lo estamos.

—Poco importaria eso, con tal que quisiera servirse de gente honrada.

—Pues de que lo quiera no dudeis, y aquí está un buen caballero que podrá confirmarlo.

Dijo esto señalando á D. Ramiro, que no habia perdido una sílaba de aquel diálogo extraño.

—Que me place, respondió Mano-de-hierro, reparando entonces en D. Ramiro. Ofrézcome á dar de cenar á este buen caballero, que harto molido y hambriento se conoce que viene, si como merecen sus prendas no, mejor que de vosotros y de estas soledades pudiera esperar sin duda. Al olor de las viandas y al retintin del jarro él contará lo que sabe, y yo os diré lo que convenga. Hola, Yusuff, Assaleh, añadió gritando; perros infieles, ¿no teneis tendidos los manteles todavía? Al suelo, camaradas,

y partamos nuestro pan y nuestro vino, segun ordena la ley de Cristo que, aunque pecadores, seguimos.

—Aznar, Aznar, dijo en esto el rey. Lo de la cena lo acepto, porque, dicho te tengo, que no puedo resistir mas la abstinencia; y eso que he practicado tan largos ayunos en la regla. Pero ¿no te parece que será imprudencia fiar el secreto de mi nombre y calidad á ese extranjero?

—Sí que lo sería, dijo Aznar. Aunque estamos ya seguros de infieles, á lo que parece, no lo estarémos de traiciones hasta mañana, que vendrán á juntársenos cuantos almogábares anden por estas sierras, segun tengo avisado. A fin de que vengan, he enviado ya algunos que digan por todas partes, que vos sois un mensajero del rey, un caballero de su casa. No hay mas que continuar con el engaño.

—¿Engaño? No en mis dias, dijo el rey. Primero querré que me maten, Aznar. ¡Engaño! ¡Pecado! ¿Te parece que no son bastantes los que traigo conmigo?

—Pues dirémos que sois el rey.

—No, no, tampoco. Tú no conoces á ese extranjero, Aznar; no sabes si es ó no capaz de alevosía.

—Solo sé, dijo Aznar, que es esforzado, porque, meses há, se apareció en estas montañas con otros almogábares de tierra de Cataluña, y yo y otros fuimos con él y ellos á dar en los moros de Lérida; y á fe que mejores tajos y mandobles que repartió el buen caballero, no los he visto descargar en mi vida. Desde entonces le apellidamos por acá Mano-de-hierro.

—Bien pudiera ser de hierro todo su cuerpo, y ser traidor sin embargo.

—Es muy cierto; pero ¿cómo hacer si vos no quereis pasar por otro que sois?

—Un remedio se me ocurre, Aznar; pero no sin algunos escrúpulos, aunque le he visto practicado en ocasiones, por muy devotos monges de mi monasterio.

—Decidlo, que yo haré cuanto querais.

—Has de saber, Aznar, dijo el rey, que una cosa es mentir, y otra muy diferente es ocultar la verdad: lo primero no es lícito nunca: lo segundo puede serlo algunas veces: al menos ya te he dicho que así lo hacian ciertos monges de Tomeras, uno de los cuales andaba en olor de santidad.

—No comprendo, dijo Aznar cándidamente. Si este buen caballero Mano-de-hierro os pregunta quién sois, ¿teneis mas que decirle quien sois, ó de no, decirle que sois otro cualquiera? No hallo medio en esto.

—Fuerza es hallarlo, dijo el rey, porque en ese medio está el remedio del daño: no lo habria de otro modo.

—Perdonad, señor, dijo Aznar, si no se me alcanza mucho en estas cosas. Para eso me crió tan soldado mi padre, para que no tuviera necesidad de saber tales delgadeces y sutilezas. Decidme claro, qué le contestareis, si él os pregunta, quién sois.

—No le diré nada: haré como si no hubiese entendido la pregunta.

—Malo es Mano-de-hierro para eso. Cien veces seguidas repetirá la pregunta, y acabará por fiarla á la espada, que dicho os tengo que es buena, como yo no sé de ninguna otra de caballero. Y en tal caso, tendríais que descubriros, ó resignaros, á que peleásemos vos, y yo solos, contra él y los suyos. Porque de seguro los almogábares no osarian ponerle un dedo encima de la armadura, tan grande amor le tienen, á no oir vuestro nombre.

—Y sabiendo ellos mi nombre...

—Sabríalo él por fuerza; y si es traidor y rebelde, como los caballeros y ricos-hombres de Huesca, podria muy bien tendernos una celada antes que fuese de dia, y apoderarse de por armas de vuestra persona y de la mia, aunque quisiesen pelear estos almogábares contra su hueste. Que no es seguro, pues si tengo por difícil que peleen contra ese buen caballero Mano-de-hierro, á no sonar vuestro nombre, sonando y todo, tengo por punto menos que imposible que se las hayan brazo á brazo con la hueste, que él dice que tiene en las cercanas huertas de Lé-

rida, la cual se compondrá sin duda de almogábares catalanes, que son unos mismos con los aragonéses, hermanos en el nacimiento, en la fatiga, en la gloria, y no pocos de ellos, ignorantes de que en estos montes unas piedras se llamen Aragon y otras se llamen Cataluña.

D. Ramiro, aturdido con estas observaciones, no contestó palabra. Y en aquel instante se oyó la voz de Mano de Hierro, que gritaba:

—¡Ah del buen caballero! La cena está pronta, las hogueras arden de modo que no echarémos de ver la oscuridad de la noche, hay asientos en la yerba que pudieran ser tronos de reyes, y sobra humo en el aire, para que sintamos la humedad de la noche. Juro á Dios que no se ha visto en alcázar alguno mas alegre banquete que este que yo os ofrezco al raso. Yussuff, Assaleh, si advierto la menor falta en la cena, de cena hais de servir vosotros á mis lebreles. Y tú, Fivallé, menea ese laud: diablo de escudero, ¿qué tardas en tocar alguna cosa? Disponte á decir de nuevo el romance del caballero del Dragon, que tengo para mí que no ha de desagradar á nuestro huésped.

Todo esto lo decia el caballero con acento tan jovial, que no cólera ó susto, sino risa y gozo, infundian sus amenazas.

D. Ramiro fué el único que las tomó al pié de la letra.

—Tiene mal corazon este hombre, le dijo á Aznar. Oye, Aznar amigo, ¿será posible que no me defiendan esos villanos, si quiere asesinarme? Por Dios, hijo mio, no te se escape decirle quién soy.

Aznar no respondió; pero dejó caer la mano sobre el pomo de su espada. Y caballero y escudero se fijaron luego en el espectáculo extraño que á sus ojos se ofrecia.

Habian desembocado de un angosto paso labrado por las aguas de invierno entre dos montes, y se hallaban á la sazon en una meseta, de pocas varas de ancho, abierta en uno de sus lados por un profundo barranco. Las aguas, al salir de entre los montes, se precipitaban sin duda por el barranco, haciendo en la asperí-

sima cuesta una zanja angosta, que podia servir de senda para llegar á lo hondo. El barranco y la zanja, se distinguian muy bien á la luz de tres grandes hogueras encendidas, al borde mismo del precipicio, donde se consumian luciendo y chisporroteando altas piras de enebro recien cortado. Descubríanse tambien en la cuesta, anchas cuevas formadas por los salientes peñascos, en alguna de las cuales, debian de estar recogidos Mano-de-hierro y sus compañeros cuando llegó la comitiva, porque si él no se supo de donde vino, á estos claramente se les vió subir por la angosta zanja al llano, donde hizo alto la comitiva.

Hacer alto, tirar al suelo los chuzos, arrojarse por el barranco unos, trepar otros por el monte vecino, cortar troncos y ramas, acarrearlas, y con ellas encender las tres hogueras, habia sido para los almogábares obra de un instante, como solian ser todas las de aquella gente agilísima y resuelta. Luego, sacaron de los zurrones sendos manojos de yerba, y sin otra preparacion los pusieron á la lumbre. Algunos, mas afortunados, descolgaron de los cintos y pusieron al fuego hasta tres liebres, un cabrito montés y algunas palomas, muertas al acaso por el camino. Y mientras se aderezaba la escasa y rústica cena, juraban y reian los almogábares al amor de las hogueras, tan contentos, como pudieran estarlo en su propio hogar.

No tardaron mas en ser cumplidos los mandatos que dió Mano-de-hierro á sus compañeros.

Eran estos tres hombres de singular aspecto y catadura. Frisaba el uno de ellos en la madurez de su edad: tenia el rostro ancho y lleno, la mirada fria, y su traje y atavíos, si no ya por hombre principal, dábanlo, al menos, por persona de honroso empleo y ejercicio. Traia este ligera cota y espada ceñida. Una gorra cubierta de malla le defendia la cabeza, dejando ondear sobre ella dos plumas de cisne, y pendia de su espalda un laud, indicio de ser él quien antes hubiese cantado.

Los otros dos parecian mucho mas mozos, aunque no pudiera afirmarse que lo fuesen. Porque no era la noche mas oscura

que su tez, así como el marfil no era mas blanco que sus dientes, que relucian como estrellas, entre las sombras de los rostros; y los menudos y ásperos rizos de los cabellos, y la expresion extraña de las facciones, dábanlos, sin mas dudar, por etiópes y esclavos. Vestian los dos un traje, mitad morisco, mitad cristiano. Cubríales la cabeza un gorro de lana color de púrpura, defendido por gruesas barras de hierro, que partiendo de una de ellas que ceñia la frente, subian á encontrarse á cosa de una cuarta del pelo, en una punta de lanza. Abrigábanlos jubones de malla y toneletes, con escamas de hierro; y de las espaldas traian colgados redondos escudos de piel de leon, con aros de hierro. Un ancho alfanje, un puñal y un arco y flechas, eran sus armas ofensivas.

El del laud se sentó en una piedra, no lejos de cierta encina corroida y vieja, en cuyas ramas comenzaban á prender fuego las chispas escapadas de una de las hogueras, suavemente azotada del vientecillo de la noche. Allí se estuvo algun tiempo tranquilo y silencioso, templando las cuerdas de su instrumento y preludiando algunas melodías moriscas.

Los dos negros, lejos de imitarle, desembanastaron prontamente unos blanquísimos manteles, y los tendieron sobre la yerba al pié de la encina incendiada, que de esta manera vino á ser lámpara y antorcha del banquete. Luego, pusieron sobre ellos hasta media docena de platos de oloroso cedro, guarnecidos de oro, cosa de gran lujo y riqueza para aquellos tiempos; tenedores, ni los traian, ni eran conocidos entonces; cuchillos, contaban sin duda con los que solian asistir á los hombres de armas, porque tambien se echaban de menos. Lo que no faltaba era que comer y beber; pues habia diversos fiambres, un buen jamon de jabalí, vino del Priorato en un jarro de plata, y pan hecho sin duda con los mejores trigos de Suera ó de Urgel. Poderosos incentivos ellos para despertar el apetito de cualquiera hombre honrado, cuanto y mas de aquel D. Ramiro que, tras de llevar largas horas de abstinencia, habia sido abad y rey sobra-

do tiempo, para que penitente y todo como era, fuese insensible al amor de los buenos bocados.

No de otra suerte podria haber sucedido que, al distinguir los manteles blanquísimos y sus sabrosos huéspedes, huyesen todos los pensamientos tristes y siniestros de la imaginacion de don Ramiro, y que, sin esperar otra invitacion, fuera á ponerse delante de uno de aquellos olorosos platos de cedro, donde no tardó en depositar un dorado pichon el generoso Mano-de-hierro. Cosa harto censurada por el cronista, que tomaba muy á pechos las sublimidades del espíritu, creyendo erradamente que no se ajustan con ellas los mas groseros apetitos de la carne y de la materia, inocente y naturalísima á nuestros ojos.

En el banquete no se oyó palabra durante algunos momentos. Traslucíase que uno y otro comensal aplazaban las pláticas para cuando estuviesen ociosos los dientes, y á sus solas imperase el jarro en los manteles, aprovechando las treguas para contemplarse á su sabor, y ver cada cual con qué género de hombre se las habia.

Ni uno ni otro quedó muy pagado de sus observaciones.

Los ojos de D. Ramiro, ya tibios y mortecinos, ya vívidos y fulminantes; su tez morena y pálida; sus cabellos lacios y descompuestos; sus armas menos ricas que convenia á un caballero, y la mala gracia con que las llevaba, todo esto llenaba de confusiones al desconocido. Y como de las confusiones nace el error casi siempre, túvole por viejo, cuando era hombre D. Ramiro que no habia pasado de la edad madura; túvole por de baja prosapia, cuando no la habia mas ilustre que la suya; túvole por socarron y malicioso, cuando era el mismo candor y la benevolencia misma. Tan distinto de la verdad fué su juicio.

Mas acertado anduvo D. Ramiro; pero no porque fuese sagaz, sino porque la fisonomía de Mano-de-hierro, denotaba con harta claridad la condicion de su dueño. Era mozo de veinte á veinte y cuatro años, alto, fornido, de oscuro y rizado cabello, de ojos negros firmes y penetrantes, rápido en el hablar, imperioso en

los gestos, brusco en los ademanes, como quien no está acostumbrado á tolerar contradiciones. Hombre como este, no podia menos de haber expuesto muchas veces su persona y de haber llevado á cabo arduas empresas: leíase en su rostro aquella aspiracion á lo grande, á lo imposible, que es patrimonio de los que llaman héroes en la tierra. Si parecia jovial, obra era, sin duda, de sus pocos años y de su natural franqueza; porque allá en los pliegues de su frente, se escondian negros nublados de ira, que no dejaban de asomar amenazadores á cada momento, cuando alguna cosa, por pequeña que fuese, le disgustaba. Y en verdad, que tales observaciones, no eran á propósito para disipar del espíritu de D. Ramiro los recelos y temores, no obstante que el apetito le tuviese cerradas, por de pronto, las puertas y ventanas del sentimiento.

Pero ni el falso juicio de Mano-de-hierro, ni el verdadero y cierto de D. Ramiro, perturbaron la prudente tregua que, por tácito consentimiento, se habia ajustado entre ellos. Y en el ínterin, Fivallé preludiaba en su laud melancólicas armonías; y ya subiendo, ya bajando; ora imitando la caida estrepitosa de los manantiales; ora el tardo paso de los arroyos; ya mintiendo gorjeos de ruiseñores, ya murmullos de fuentes, tal vez remedando á los céfiros que mansamente agitan las hojas, tal vez á las tórtolas que se anidan en los troncos de las arboledas, daba muestras de larga práctica y extremada ejecucion en su oficio. Al amor de tales y tan diversos sonidos, parecian mas sabrosos los manjares y mas acertadas á cada comensal sus observaciones.

Mano-de-hierro rompió el primero el silencio, diciendo:

—Muy puesto en razon sería, señor caballero, que ya que hemos de beber en un mismo jarro, y hemos de pasar juntos una noche al raso, vos me dijérais vuestro nombre, y yo os dijera el mio; y aun quizás no sería perdido este conocimiento para entendernos en cualquier trance y plática que ocurriese. Pero bien mirado, no puedo yo exigir que me deis vuestro nombre, ni si-

quiera desearlo, supuesto que el mio tengo hecho propósito de mantenerlo tan secreto ahora.

A este punto respiró con poderoso esfuerzo D. Ramiro, como si por algunos momentos hubiese tenido el pecho oprimido.

—Sea como vos querais, buen caballero, le contestó. Y de mí sé decir, que os tengo por tan noble y famoso desde ahora, que no me ha de hacer falta jamás, oir ni saber vuestro nombre.

—Pues á mí no me sucede lo mismo, repuso el desconocido; antes tendria singular placer en saber el vuestro diciéndoos el mio, por mas que vuestro buen talante acredite la antigua nobleza que hay, sin duda, en vuestra persona.

Dijo esto Mano-de-hierro, con tal acento de voz, que oidos sagaces, lo habrian denunciado al punto por de hombre socarron y dado á burlas; pero D. Ramiro no se dió un punto por ofendido.

—Hablásteis, dijo, de un propósito ó acaso voto: dignaos decirme si él os trae atado por mucho ó poco tiempo, y os impide por mucho ó poco tiempo tambien contentar la curiosidad que estais sintiendo.

—No puedo decir quien soy en otra parte que allí, donde tremola su pendon el conde de Barcelona; y es propósito firme que tengo hecho, aunque voto formal no sea.

—Singular misterio es, dijo D. Ramiro, y gran fortuna la vuestra que tal secreto os permite guardar, cuando traeis con vos tantos testigos.

—No los traigo sin su cuenta y razon, señor caballero. ¿Creeis que á saber mi secreto mas de uno solo, podria conservarse por un solo momento? Estos buenos almogábares, no saben de mí otra cosa que lo que yo les digo, ni á decir verdad, se muestran ellos deseosos de saber mas que esto. Y tocante á mis servidores, dos de ellos, Assaleh y Yussuf, vinieron ya á mi poder harto discretos, supuesto que en sus tierras de Africa, les cortaron las lenguas para que no divulgasen los secretos de sus malditos y paganos señores. El otro, que es ese Fivallé, así sabe tañer y cantar, como entender en cualquier trama de guerra ó de política;

pero tambien sabe que él es el único depositario de mi secreto, y que, divulgándose, no tardaria mas en rodar su cabeza, que en llegar la noticia á mis oidos... Pero, ahora que recuerdo, Fivallé... diablo de Fivallé... canta, canta el romance que te tengo dicho; que es de hombres bien nacidos contentar á sus huéspedes.

Fivallé entonces cantó, acompañándose con su laud, el siguiente

ROMANCE.

Trotando va el buen conde,
Blandiendo va el lanzon,
Con ira en las miradas,
Con fé en el corazon.
Y dueñas y escuderos
Le dicen á una voz:
Por Dios lidias, el conde,
Su ayuda te dé Dios.
Al borde de una fuente
Durmiendo está el dragon,
De hierro son sus garras,
Sus ojos, ascuas son.
«Despierta, el conde dice,
»Porque te pueda yo
»Vencer á esfuerzo mio,
»Que á buena suerte no.»
Ya ruje, y se levanta,
Ya al conde va feroz:
La lanza quiebra el conde,
Vacila en el arzon.
Y al agua de la fuente
Le muda la color,
La sangre del vestiglo,
Que el conde lo mató.
Y dueñas y escuderos
Dijeron á una voz:
Como por Dios lidiaba,
Le ha dado ayuda Dios.

El romance era tosquísimo y duro, pero no de otra suerte habria logrado cautivar á tales oyentes como aquellos, y en tal ocasion y hora. Volvieron á repetir los últimos versos algunos de los almogábares, y el mismo D. Ramiro declaró el placer que le habia causado oirlo, con estas palabras:

Devoto es el cantar sin duda: podria cantarse en un monasterio.

—Monge fué el buen conde, dijo Mano-de-hierro; pero de los valerosos monges Templarios que no se entretenian en cilicios y en oraciones, sino en pelear desde el Jordan hasta el Ebro con los infieles enemigos del nombre de Dios. Monge de los buenos.

D. Ramiro buscó con los ojos á Aznar, y se alegró de verle á pocos pasos, recostado como los demás almogábares, junto á la lumbre.

—Sí, continuó el caballero: monge fué y conde, y señor de Barcelona; pero no penseis que, por serlo, dejó que los extranjeros le robasen sus ciudades y castillos, ó que los propios escarneciesen su autoridad y nombre, como hace este rey D. Ramiro, que tan pobre cuenta está dando de su corona. Brindo, señor caballero, por la buena memoria del conde D. Ramon Berenguer III, el que mató al dragon, que azotaba estos condados, y venció en campo abierto á los indignos campeones que osaron infamar de adúltera á la Emperatriz de Alemania. Y porque Aragon tenga pronto un príncipe semejante, en lugar del que hoy deshonra su escudo.

Empinó el jarro al decir esto, y bebió un razonable trago de vino. Luego se lo puso en las manos á D. Ramiro para que respondiese al brindis; pero este, mirando de nuevo á Aznar, soltó el jarro sin arrimárselo á los labios.

—¿Qué es estó, señor caballero? dijo Mano-de-hierro, ¿rehusais el brindis que os he propuesto? ¿Es esa vuestra cortesía? Por nuestra Señora de Monserrat.....

—No os enojeis, respondió D. Ramiro turbado, y no sin volver á Aznar la vista. Despues de lo que habeis dicho de mí, quiero

decir, del rey D. Ramiro, yo..... yo no puedo aceptar el brindis que me proponeis.

—Razon tiene, dijo á esto Aznar, en voz ronca.

Negras nubes de ira pasaron rápidamente por la frente de Mano-de-hierro; y como lo notase Aznar, puso la mano en el pomo de la espada. Pero, fué inútil, por fortuna. Aquellas nubes volvieron á recojerse en los pliegues que surcaban la frente de Mano-de-hierro, y recobrando este al punto su jovial franqueza, contestó:

—Leales sois por mi vida; y júroos que no me queda rencor alguno de la buena leccion que me habeis dado. Rey es, y como rey, antes debemos callar sus faltas, que no descubrirlas. Demás, que, si mal no recuerdo, me habeis dicho que D. Ramiro requiere ahora nuestros servicios. ¿Es esto cierto, señor caballero? ¿Por ventura quiere sacar á Zaragoza del feudo castellano, y echar á los navarros á sus fronteras? El nació bajo el escudo de su padre, y es justo que quiera morir bajo su propio escudo, que así nacen y mueren los hombres de honor. Y á ser lo que imagino, no hay mas sino que he de tomar su demanda, y he de pelear á pié y á caballo con todos los castellanos y navarros, que calcen como yo espuela de oro, en defensa y pro de sus derechos.

—Amen, dijo Aznar.

—Amen, repitieron los mas cercanos de los almogábares.

—Gracias, gracias, señor caballero, dijo D. Ramiro. Y alentado con aquellos ofrecimientos, que hacian mas de estimar el noble continente del caballero, y la generosidad y franqueza que dejaban entender sus palabras, añadió con voz entera:

—No es ahora contra navarros y castellanos la ayuda que quiere el rey de Aragon: es contra sus propios vasallos.

—¿Contra sus vasallos, decís? ¿Y cómo puede un príncipe necesitar de ayuda alguna contra sus vasallos? El buen campeon del Temple de D. Ramon Berenguer III y su hijo D. Ramon Berenguer IV, que hoy es, por merced divina, conde y señor

de Barcelona, no han necesitado jamás de otros brazos que los suyos para tener en razon á sus vasallos.

—No serian de osados como estos de Aragon, señor caballero.

—Eranlo mucho; y si os place, hablar, y referirme lo que le ha sucedido á D. Ramiro con sus vasallos, que yo os diré lo que hubieran hecho en todos trances los condes de Barcelona.

En esto, el banquete podia darse por terminado: Mano-de-hierro y D. Ramiro habian saciado completamente su apetito, los almogábares habian devorado ya sus escasas provisiones. Era mas de media noche, y el viento de la sierra venía ya bastante frio, para que no pareciese dulce el amor de la lumbre. Sentados junto á ella D. Ramiro y Mano-de-hierro, y tendidos alrededor los almogábares, se entabló la siguiente plática, no indigna de ser conservada para dar luz á los sucesos que quedan por referir en esta crónica.

CAPITULO XIX.

QUÉ COSA ERA SER BUEN REY EN EL SIGLO XIII, Y CÓMO PUEDE CONVENIRLE Á UN REY SABER LATINES.

Llevad vos la caja al coro
Yo el pendon á la frontera.
Romancero del Cid.

—Figuraos, comenzó por decir D. Ramiro, figuraos, señor caballero, que no bien fué proclamado el rey de Aragon, cuando apenas habia calentado la desdichada corona en la cabeza, se halló con que los ricos-hombres de su reino querian disponer de todo, menospreciándole, por ser él nuevo y ellos viejos en armas y gobierno.

—Y qué hizo el rey de Aragon al sentir tales injurias?

—Nada hizo sino empezar á arrepentirse de habér traido semejante corona á su cabeza.

—Pues tócame ahora á mí, dijo Mano-de-hierro, referiros puntualmente lo que hizo el conde de Barcelona en tal caso como ese. No tenía bien cumplidos diez y ocho años cuando murió su santo padre en el hospital de Santa Eulalia, y le dejó por heredero de este buen condado de Barcelona que ahora tiene. Viéndole tan mozo, imaginaron los barones y señores que podrian disponer de sus estados, menospreciando su valor y resistencia. Todo como vos decís de D. Ramiro. Pues hubo uno, que tal imaginacion la quiso poner por obra, el cual se llamaba Berenguer de Castellet, y

era ferocísimo soldado y veguer á la sazon de Barcelona. Si le hubieran disputado cosa suya al conde, quizás habria cedido en la demanda; pero no era cosa suya, sino de su pueblo; que lo que pretendia el Castellet era imponer en provecho suyo cierto tributo sobre el pan y otras exacciones no debidas. ¿Y sabeis lo que hizo el conde?

—Sin duda defendió á su pueblo, mandando que al mal caballero le cortasen la cabeza, dijo Aznar.

—No fué tanto de menester, continuó Mano-de-hierro. El Castellet traia bien fraguadas sus mentiras, y mostraba pergaminos y escrituras, muy primorosamente contrahechas, donde claro se leia, que tales exacciones le tocaban, por merced de los condes antiguos.

—Maldito arte el de la escritura, dijo Aznar. Paréceme á mí que mas veces ha de venir en apoyo de la mentira, que no en sostenimiento y defensa de la verdad.

—De uno y otro sirve, repuso Mano-de-hierro. Aquellos pergaminos eran privilegios de verdad, con la firma y sello de los condes de Barcelona; pero el menguado Castellet habia sabido quitar las cosas que ellos rezaban, poniendo otras, favorables para sí, que jamás habian estado ni podian estar, so pena de destruir á los pobres vasallos.

—Vil falsario, dijeron dos ó tres de los almogábares, uno de los cuales fué Aznar.

Mano-de-hierro prosiguió:

—De poco le sirvió ahora serlo, porque no era hombre el conde, que se dejase vencer ni de astucias ni de fieros. Viendo que no podia convencer de sus falsedades al mal vasallo, y que este osaba hablar de sus hazañas, así como para intimidarle, acudió á la prueba del juramento; y para probar la eficacia de este juramento, se prestó á sostener por su persona el combate y el juicio de Dios.

—¡Viva el conde Barcelona! gritaron entusiasmados los almogábares.

—Dios, nuestro Señor, daria la victoria al conde, dijo devotamente D. Ramiro.

—Tampoco fué de menester, respondió Mano-de-hierro. El viejo adalid no osó entrar en liza con el inexperto mozo. Acaso su sinrazon le quitó el esfuerzo, ó quizás le tocó Dios en el corazon para que la conociese; y de uno ú otro modo, ello es que sin riesgo ni fatiga quedó el conde con la victoria y libres del tributo los vasallos.

—Que fué muy justo por cierto, dijo D. Ramiro. Mas advertid que entre los ricos-hombres de Aragon, hay algunos á quienes su rey quiere bien desde la infancia, por haber sido contínuos y amigos de su victorioso padre D. Sancho y de sus hermanos D. Alonso y D. Pedro; y tales y tan rebeldes como son, los quiere todavía; de modo que, no osaria levantar la espada contra ellos, sino en el último estrecho y desdicha. ¿Cuán mal no pareceria que retase D. Ramiro á hombre como Ferriz de Lizana? Y eso dando que en su ánimo, hubiera esfuerzo para medirse con él.

—De esfuerzo no se diga, porque claro está, que sin él, no se puede ni se debe llevar corona en la cabeza. Pero en lo del querer bien, he de deciros cómo lo entiende el conde Barcelona, de modo que no ceda en mengua de su honor ó detrimento de sus vasallos. Esto si no os parece que peque en inoportuno.

—Antes lo tendré por favor singular, dijo cortesmente D. Ramiro.

—Pues atended, contestó Mano-de-hierro. ¿Habeis oido hablar del valeroso caballero D. Guillen Ramon Dapifer, dicho de Moncada?

—Y ¿cómo si he oido hablar? dijo D. Ramiro. Le he visto y le he hablado yo mismo hartas veces, en la gran ciudad de Huesca; y cierto que es muy noble y valeroso caballero.

—Y yo le ví pelear en Fraga, dijo el viejo Carmeson, y nunca hallé jabalí que con tal furia se metiese entre las armas. No sé como escapó de allí con vida.

—Pues ese buen caballero, fué á modo de padre y maestro del conde de Barcelona, dado que él le endoctrinó, y ejercitó en el

oficio de las armas. Como Dapifer no era viejo, y era valiente, y gentil, y discreto, fué grande el amor que le cobró el conde. Pero él no tardó en abusar de tal amor, oprimiendo á los vasallos del conde, y aun llegó á cortar las aguas del rio Besós á los molinos de Barcelona, á fin de oprimir á los ciudadanos. Entonces el conde, prefiriendo á este amor el de sus vasallos, desterró de Cataluña al D. Guillen, y le confiscó además sus estados, de suerte, que ahí en Aragon está mísero y pobre, y ahí se estará mientras no dé señaladas muestras de arrepentimiento.

—Pero ese Castellet y ese Dapifer, dijo D. Ramiro, no tendrian fuertes castillos ni numerosos vasallos con que defenderse del conde.

—Los tenían, y todavía mas tenia el conde de Tolosa, que osó negar el debido feudo al de Barcelona. Pero al solo amago del castigo, cedió tambien el de Tolosa: que cuando los príncipes son esforzados y resueltos, no necesitan, ni la ayuda de nadie, ni mover su propio brazo siquiera, para aterrar á los rebeldes. Por eso dige, que no acierto á comprender el menosprecio, con que los de vuestras tierras, tratan á D. Ramiro.

—Pintando estais un héroe en D. Berenguer, dijo D. Ramiro, y no todos los príncipes pueden serlo.

—Héroe, no, repuso Mano-de-hierro: es demasiado mozo para haber ejecutado hazañas que basten á ganarle tal nombre. Pero, á lo que se ve, no quiere ser indigno de sus padres.

—D. Ramiro se ruborizó al oir estas palabras, y mas oyendo en derredor suyo este diálogo, que no pudo impedir Aznar.

—Por Dios, decia uno, que le sobra razon al señor Mano-de-hierro, y que yo daria toda mi sangre por ser vasallo de ese buen conde de Barcelona.

—Mi sangre y la de mi mujer, dijo otro.

—Mas es de estimar aquella que no esta, añadió un tercero; porque tú no eres de los mejores casados. Pero no hay duda en lo que decís: un rey como ese buen conde, vale mas mil veces que el honrado fraile que ahora tenemos en el trono. No va á quedar un palmo de Aragon, si vive mucho tiempo.

—Y ¿qué te se da á tí de ello? dijo á esto Carmeson. De mí sé decir, que no tengo por Aragon sino estas montañas donde hemos nacido, y por las cuales corre verdaderamente el rio Aragon, en cuyas aguas hemos apagado de niños la sed, y nos hemos bañado de mayores. Malhayan las tierras llanas, donde los caballos y los ginetes nos atropellan á su sabor en la pelea, y no nos dejan en la retirada descanso. Mira de qué nos sirvió llegar con el buen rey D. Alonso á la orilla del Cinca, y ver las vegas floridas de Fraga.

—Ni en monte ni en llano, hay caballo ni ginete que resista mis dardos, Carmeson. Tú eres viejo, y el miedo se va apoderando de tu persona. Lo que te afirmo es, que mucho nos convendria cambiar al rey que tenemos por ese conde de Barcelona.

Callad, dijo Aznar, á quien D. Ramiro no cesaba de dirigir miradas tristes y suplicantes. Callad, que no nos dejais oir la gustosa conversacion que traen estos nobles caballeros.

—No será, dijo Carmeson levantándose, sin que mate antes á este perillan, que ha osado decir que en mí haya miedo.

—Sí será, repuso Aznar, sin mas que yo te lo diga.

Y asiendo de un brazo de Carmeson, tiró de él tan fuertemente, que el viejo vino nuevamente á tierra, no sin magullarse contra los peñascos el cuerpo.

Causó el golpe gran risa entre aquella gente ruda, y Carmeson no tuvo por prudente exponerse á otro semejante, y calló: callaron, como él, todos los almogábares y prestaron de nuevo atencion á la conversacion de los caballeros.

Fué esto á tiempo que D. Ramiro decia con voz turbada:

—Ya os he dicho en breves términos lo que pasa: juzgad ahora si son á estos iguales, los sucesos que habeis contado. Al rey no le permite Dios que continúe mas en el trono, y los ricos-hombres no quieren que lo deje; desea, como es justo, que lo herede su hija, y tampoco lo consienten los ricos-hombres.

—Extraño es eso, dijo Mano-de-hierro.

—Tan extraño, que no sé yo que pueda haber semejanza ni remedio conocido. Y aun os falta saber una cosa, que es, que

los ricos-hombres osaron poner preso al rey, y han osado apoderarse de la persona de su hija.

—Por Jesucristo vivo, que mayor desacato no oí en mis dias, ni se oyó en los dias de mi padre; y que no he de comer pan á manteles, mientras no queden en libertad como yo mismo D. Ramiro y su hija. Malos lobos me coman, si no cumplo este buen propósito.

—Bien veo, que sois esforzado y generoso, y que de buena voluntad querreis cumplirlo; pero ¿cómo habeis de ejecutarlo? No es fácil, no es fácil, señor caballero.

—Nada hallan difícil las armas, respondió con terrible voz Mano-de-hierro: es preciso ir á buscar á los ricos-hombres en sus castillos y colgarlos de las almenas: apellidar guerra por Aragon, y alzar pendones por el rey.

—Eso digo yo, exclamó Aznar con júbilo.

—Es verdad, eso habrá que hacer, dijo tristemente D. Ramiro.

—Y para eso sí, añadió Mano-de-hierro, que el rey necesita de ayuda. Yo no habria dejado que me prendiesen, pero una vez preso, osaria llamar en mi ayuda al mismo rey de Fez, si no bastasen los mios, que sí bastarémos nosotros, á lo que pienso... No lejos de aquí tengo una hueste de almogábares catalanes, que son no menos valerosos que estos aragonéses. Con esta gente y algunos de los ginetes de campo, que en Cataluña apellidamos ginetes de *perage*, y los ginetes y caballeros de Aragon que quieran reunírsenos, harto será que no demos cuenta de los ricos-hombres y sus mesnadas. Vos, señor caballero, nos guiareis á donde está prisionero D. Ramiro.

—Es que no está prisionero.....

—Pues ¿no decís....?

—Logró escaparse de la prision, contestó D. Ramiro turbado.

—¿Sabeis dónde está?

—Yo no dije..... Y no sabía qué añadir, D. Ramiro.

—Basta, repuso por fortuna el caballero, vuelto ya de su arrebato de ira. Sois prudente, y no quereis decirlo en alto, ó

confiarlo á un desconocido : no importa. No por eso nos guiareis menos á donde esté, y lo harémos vencedor de los ricos-hombres, con el favor de nuestra Señora de Monserrat y el buen temple de nuestras espadas.

—¿Pero y qué adelantará con ser vencedor el rey? dijo don Ramiro. El caso es que la princesa quedará á merced de los ricos-hombres.

—Ya pondrémos á su padre en ocasion de libertarla.

—Pero ¿y cuando su padre se vuelva al cláustro? ¿Quién tomará su demanda?

—¿Quién? Yo : dijo sin detenerse Mano-de-hierro.

—¿Vos?... Vos, no bastais para eso; por mucho que sea vuestro esfuerzo y por grande que vuestra voluntad sea.

—Es verdad. La princesa necesita persona de autoridad que la defienda: un padre, un hermano, un tio, un marido.

—Sin duda que un marido sería bastante. Y ojalá fuera posible casarla con algun príncipe que tomára á su cargo el reprimir á los ricos-hombres; que entonces no padeceria el rey de Aragon, las amarguras que al presente.

—¿Pues hay mas que casarla con el conde de Barcelona? No le hay mas á propósito para ello.

—¿Y cómo ha de casarse con el de Barcelona ni con nadie, si no ha pasado aun de los dos años de edad?

—Teneis razon: me habia olvidado de ese otro obstáculo. Ya veo que no hay mas, sino que renuncie el padre á volver al monasterio.

—No, no: eso es menos posible que el matrimonio todavía.

—Pues entonces, abandonemos hija y padre á su suerte, dijo impaciente Mano-de-hierro.

—¡Abandonarla á ella...! ¿Sabeis lo que es abandonar un padre á su hija?

—Lo que sé es que habeis de volverme loco, señor caballero, si proseguis en esos revueltos pensamientos y contradictorias proposiciones. Decidme de una vez: ¿puede su padre continuar

en el trono hasta que ella llegue á mayor de edad, amparándola y defendiéndola?

—No puede.

—¿Puede ella casarse en edad tan tierna?

—Claro es que no..... pero.....

—¿Qué pero es ese, señor caballero? Por la Vírgen de Mongari que no os entiendo. ¿Puede dudarse de que no sea posible tal casamiento? ¿No decís que no cuenta la infanta sino dos años de edad?

—Tened, tened..... dijo D. Ramiro. Dios comienza á iluminarme..... Hé aquí que van á servirme las letras que aprendí en el convento. Malhaya de mi memoria..... Aquí, aquí está en la punta de la lengua toda una regla que podria servirnos para salir del apuro en que nos vemos..... Ya, ya recuerdo..... Mucho, muchísimo trabajo me costó aprenderlo; pero no hay como los latines para quedarse en la memoria. Veinte años ha que estos aprendí con otros novicios en la comunidad, y no se me han olvidado como veis, antes los recuerdo perfectamente.

Mano-de-Hierro, Aznar, y todos los almogábares estaban aturdidos. D. Ramiro estaba en esto de pié, y daba vueltas de uno á otro lado, pegándose golpes con la mano en la frente, y murmurando palabras latinas que ninguno comprendia.

—*Sponsalia*, decia, *sponsalia... sunt mentio et repromissio... repromissio... nuptiarum futurárum... ¡Oh futurarum...* No hay duda pueden contraer exponsales.

Y vuelta á repetir los latines y á darse golpes en la frente y á pasearse de uno en otro lado.

Al fin Mano-de-hierro le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—¿Acabareis? ¿Qué endiablada cosa es esa que se os ha ocurrido?

—No es cosa de diablos, señor caballero: sino cosa muy bien admitida y sancionada por la santa madre Iglesia. Verdad es que no sé dónde ni cuándo, y esto es lo que.....

—No os importe eso, y decid de una vez lo que sea.

—Es, dijo entonces D. Ramiro inclinando los labios al oido de Mano-de-hierro, es que hay exponsales de futuro, unos exponsales que se pueden contraer muy bien en edad como la de la princesa. ¿Si hubiera quien quisiera contraer con la princesa exponsales de futuro?

—¡Que si hubiera! ¿Pues no ha de haber? Ahí está, os repito, el conde de Barcelona, que no dejará de aceptar el partido.

—¿Estais seguro de ello?

—Y tanto como lo estoy. El conde de Barcelona, ha pensado mas de una vez que estas montañas eran unas mismas, y unos mismos los almogábares de estas montañas, y que el Ebro y el Llobregat y el Cinca, deben correr debajo de una mano propia de rey.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! gritaron algunos almogábares que oyeron las últimas palabras.

Y señaladamente Aznar, que como mas cercano, habia oido la conversacion casi entera, no cabia en sí de júbilo.

—Ya lo veis, señor caballero, dijo Mano-de-hierro. Ya veis cómo los valerosos almogábares de Aragon, celebran su union y hermandad con los de Cataluña: yo, en nombre de Cataluña, acepto tambien y aplaudo tal hermandad y union, y juro que he de procurarla y defenderla hasta verter la última gota de mi sangre, si fuese necesario.

—Pero ¿quién sois vos? dijo D. Ramiro. ¿Quién sois vos para aceptar la union y para afirmar que el conde de Barcelona quiera contraer exponsales con la princesa?

—Soy quien puede y sabe hacer cuanto dice, contestó Mano-de-hierro: en mí teneis la voluntad y el pensamiento del conde de Barcelona. ¿Podre saber si á vos os asisten iguales títulos? ¿Podré ya saber quíen vos sois?

—Yo..... yo soy lo mismo. Dijo titubeando D. Ramiro.

—¿Es decir, que vos conoceis los pensamientos é intenciones del rey de Aragon?

—Sí conozco.

—Que sois su contínuo y amigo.

—Sí soy.....

—¿Que él, quedando en lugar seguro, os ha enviado por acá, en busca de armas y soldados? ¿Que sois por consecuencia un caballero enviado del rey de Aragon, y aun acaso su condestable?

—Si..... si soy.....

—¿Que siendo dos como sois, no hareis en esto mas que uno, de suerte que lo que vos hagais quedará por hecho?

—¡Dos! ¡Dos! dijo D. Ramiro..... Sí, dos..... sin duda soy todo lo que decís. Pero no, atended.....

Estas últimas palabras no las dijo de modo que pudieran oirse.

Mano-de-hierro gritó:

—Pacto ajustado, pacto ajustado. La princesa será esposa del conde de Barcelona, y Aragon llegará hasta el mar, y Cataluña hasta las fuentes del Ebro.

Carmeson fué el único de los almogábares que no aplaudió estas palabras, diciendo para su coleto:

—Maldiga Dios al mar, y al Ebro y sus fuentes, y toda la tierra llana del mundo. Yo dicho tengo que no quiero salir de mis montañas; y para aguas bástanme las del Aragon, que en invierno son templadas, como que son aguas de lluvia, y en verano fresquísimas como aguas de nieve. Si me matan no he de salir de estas peñas.

Los demás almogábares decian á grito herido:

—¡Viva la union de Aragon y Cataluña! ¡Viva el rey de Aragon! ¡Viva el conde de Barcelona! ¡Viva la princesa! Hierro, Hierro, despiértate: Hierro, Hierro, despiértate.

Y de concierto con estos gritos, hacian sobremanera extraño y solemne el espectáculo, el chispear de los aceros al caer en las piedras; y los diversos sonidos que el choque de acero y piedra producia; y el rojizo resplandor de los montes de brasas, en que habian venido á parar las hogueras; y la tibia luz de las estrellas y de la luna menguante; y los ruidos misteriosos de la noche; y el

viento de la sierra; y el agua de los manantiales; y las sombras de los picachos; y la oscuridad profundísima del horizonte.

En tanto, D. Ramiro, con los ojos alzados al cielo, parecia que buscaba en el cielo el gérmen de la grande idea que acababa de nacer; y Mano-de-hierro, con el brazo izquierdo tendido hácia los vecinos montes de Cataluña, y el derecho aplicado al pomo de la espada, era la imágen de la resolucion y de la fuerza.

¡Dichoso espectáculo! ¡Dichosos latines! ¡Dichosa memoria la de D. Ramiro!

CAPITULO XX.

DE LOS ESCRÚPULOS QUE TUVO EL PIADOSO D. RAMIRO CON OCASION DE UNA MENTIRA; Y COMO HIZO PENITENCIA DE SU PECADO.

—Caballero, hablo con vos.
Si porque encubierto estoy.....
—Si decir algo teneis,
Descubrid.....
García Gutierrez.

Largo tiempo duraron los gritos y el entusiasmo, sin que volvieran á decir cosa que merezca repetirse, letra á letra, Mano-de-hierro ni D. Ramiro.

Mano-de-hierro volvió á hablar de la hueste que tenía dispuesta no lejos de allí, con la cual se podia contar para el castigo de los ricos-hombres aragonéses, y dijo que al dia siguiente sabria la buena alianza que se le preparaba el buen conde de Barcelona. A D. Ramiro le contentaron mucho estas noticias, y aseguró á medias palabras que el rey de Aragon sabria tambien, antes de mucho, el medio que se le ofrecia de dejar bien amparada á su hija cuando él se retirase al monasterio.

Luego el sueño, esa divinidad inexorable, que así apaga los gustos como los dolores del alma, comenzó á cerrar todos los ojos; y al amor de las calientes brasas todas las frentes se inclinaron, todos los cuerpos entraron momentáneamente en la inmovilidad esencial de la materia.

Sin embargo, no dejaba de oirse, de cuando en cuando, cier-

to ruido que señalaba la lucha del espíritu vivo con la materia amortecida; ruido lento, desagradable las mas veces, rápido y doliente algunas. Y á medida que avanzaban las horas, cesaban con el triunfo completo de la materia los sonidos desagradables; pero, cosa extraña, se aumentaban sobremanera los suspiros, los ayes de dolor, que ayes y suspiros era con efecto lo que se oia.

Muy solo debia estar en sus sentimientos quien así suspiraba y gemia; porque, si su dolor iba en aumento, aumentábase á la par en los otros el reposo del sueño. Y ni una voz respondia á su voz, ni un suspiro á sus suspiros, ni un ay á sus ayes.

Aquella gente era muy torpe, ó estaba muy segura de sí misma, de su prontitud en el despertar, y de su instinto, porque ello es, que no habia dejado guardia ni atalaya mientras dormia, como suele decirse, á pierna suelta.

Y sin embargo, una hora antes de amanecer, cuando mas cerrada parecia la noche, se vió surgir de las peñas un bulto negro, negrísimo, no quizás porque él lo fuese, sino porque así lo parecia con las tinieblas. Andaba perezosamente como quien teme hacer ruido; y poco á poco vino á colocarse al borde del barranco, pareciendo que se sentaba, segun lo que disminuyó de pronto su estatura.

¿Quién sería el que á tales horas dejaba el sueño para entregarse á la vigilia y á la meditacion?

Enemigo no era; porque solo ¿cómo habia de emprender cosa alguna contra aquel tropel de hombres feroces?

Traginante no era tampoco, porque los pocos que habia por entonces, ni solian caminar á tales horas, ni meterse en tan escabrosos y apartados lugares como aquel era.

¿Quién sería, pues? No hay que dudarlo: era el rey D. Ramiro. Ni Mano-de-hierro, ni Aznar, ni los demás almogábares parecian hombres de cambiar el sueño por la vigilia; el amor de las brasas, por la fria y escueta orilla del barranco. Era, como decimos, y no podia ser otro, que el rey D. Ramiro.

Y como desde entonces los ayes y suspiros se oyeron á la orilla del barranco, no hay dudar tampoco, en que él fuese quien suspiraba y gemia.

Ya lo habrian sospechado nuestros lectores.

Sentado unas veces, otras acaso arrodillado, ora alzando los ojos y los brazos al cielo, ora inclinándolos al precipicio, se estuvo algun espacio de tiempo hasta que, levantándose de nuevo, se llegó á uno de los almogábares dormidos, y tocándole suavemente en la cabeza, le dijo:

—Aznar, Aznar, despierta y vente aquí conmigo, que tengo necesidad de tu compañía. Despierta, despierta.

El almogábar se alzó como un relámpago, y siguió á D. Ramiro al lugar mismo, donde antes estaba este sentado.

—Siéntate, hijo mio, le dijo al llegar allí D. Ramiro.

Y el almogábar obedeció tambien sin decir palabra.

—¡Qué poco amor me tienes, hijo Aznar! continuó D. Ramiro. Ves que me condeno, que me ardo vivo, y me dejas, y me empujas en el camino de la perdicion. ¿No te está pesando en el alma lo que yo he hecho esta noche? ¿Tan poco amor me tienes que te echas á dormir tranquilo, despues de haber presenciado mi grandísimo yerro? Ay, yo no he podido pegar los ojos en toda la noche.

—Pero señor, dijo Aznar. ¿Yerro llamais lo que habeis hecho? Yerro esta hermosa union de Aragon y Cataluña? A mí me ha costado trabajo dormirme por la primera vez de mi vida, pero no ha sido sino en pensar, que serémos todos unos en adelante los hijos de la montaña. Hemos nacido lo mismo, unos que otros, en los agujeros de las peñas, comemos y bebemos de lo que las peñas dan, morimos tarde ó temprano sobre las peñas, al golpe del hierro enemigo. ¿Por qué ha de haber quien nos separe y quien nos dé distintos nombres, de catalanes á los unos, á los otros de aragoneses? ¿Por qué estos riscos han de ser enemigos unos de otros, flotando una bandera en aquellos y otra en estos? ¿No hay bastante tierra llana que tener por enemi-

ga, y mares por donde ir á buscar mas enemigos cuando se acaben estos que ahora tenemos en frente?

—Loco estás, hijo mio, dijo el rey. ¿Quién habla aquí de tal union ó alianza, ó como se llame; ni cómo podria ocupar su ánimo en eso un pobre pecador como yo, á quien no le deja un momento Satanás, ni le permite con sus tentaciones, que haga pura y salva su alma?

A decir verdad, el almogábar era quien sospechaba de su señor que estuviese loco; y eso que no habia visto locos jamás, ni sabía de ellos sino de oidas, porque no es la de la mente, enfermedad, que padezcan los hijos de la montaña y de la guerra. Pero era tan extraño lo que decia D. Ramiro, que Aznar, ignorantísimo, pero no rudo, comprendia que una perturbacion profunda, que un doloroso desarreglo, afligia aquel cerebro, combatido por las mas vivas y tenaces de las pasiones, la del amor y la de la religion: amor á su mujer, á su hija: espíritu religioso, que era ya escrúpulo, cavilacion, fanatismo.

No obstante, como no era la primera vez que le hablase de este extraño modo, Aznar sabía bien que para calmarle, no habia mas que llevarle hasta cierto punto la corriente, y eso hizo ahora.

—Señor, le dijo; ¿qué nueva pena es esta que os aqueja, qué nueva desdicha es esta que Dios ha enviado sobre vos?

—¡Que no hayas caido en ello! respondió D. Ramiro. ¿No oiste como poco á poco se fué deslizando la lengua de ese atrevido caballero, hasta ponerme en trance de tener que decir quien yo era, ó tener que declarar que era otro que soy? Largo tiempo estuve entre dos aguas; hablando de las desdichas de don Ramiro y del rey de Aragon; y cierto que hasta entonces no mentia, porque las desdichas verdaderas son, y no preguntándome nadie quien yo era, no tenía por qué decirlo, ni menos decir que era yo el mismo rey de quien hablaba. Pero ¡ay! que al fin de la conversacion, no fué ya posible mantener mi buena traza,

y el atrevido caballero me obligó á decir que éramos dos: uno el rey de quien hablaba: otro yo, que hablaba, cosas, como sabes, de manifiesta mentira. Y lo mas malo es, que aquí no cabe error de mi parte, ni del que llaman vencible, ni del que apellidan invencible, porque harto bien sé yo, que somos uno... uno, y no mas, yo y D. Ramiro.

—Señor, cuando de esto me hablásteis, ya os dije que no se me alcanzaban tales delgadeces como las que vos me proponiais: yo por mentira tenía y hubiera tenido lo uno y lo otro, y tanto me pareció que mentiais al principio como al fin de la plática.

—Pues te engañaste, Aznar: no permita Dios que yo mienta por tanto espacio de tiempo jamás: ha sido una sola mentira, una sola, y aun esa, no la puedo llevar sobre mí.

—No os aflijais, señor, dijo Aznar; pecado es la mentira que perdona el confesor fácilmente. Yo he echado mas de ciento, y todas me las han perdonado los canónigos de Jaca; y eso que son tan feos como cualesquiera otros, y no los habrá quizás, que tengan mas temerosa la cara.

—El confesor, dijo D. Ramiro, tiene ya hartas cosas que perdonarme, y no osaria yo llegar á él, con este nuevo pecado encima. ¿Quién sabe si se arrepentiria de haberme ofrecido la absolucion?

—Pero en suma, señor, ¿qué hemos de hacer? ¿Cómo habeis de remediar ahora este nuevo pecado?

Los lazos del respeto sujetaban ya apenas la impaciencia natural del almogábar: no podia apenas contenerse.

—Eres mas discreto de lo que ofrecen tus años y condicion, hijo mio. Ya veo que aciertas en mi propósito, que sabes que quiero remediarlo ahora mismo.

—Pero ¿y el cómo? Esto es lo que á mí no se me ocurre, dijo Aznar.

—Facilísimo es, Aznar: vete y despierta á ese buen caballero, y tráetelo por acá, donde yo le declare que lo he tenido malamente engañado, y que yo no soy otro que el desdichado D. Ramiro, rey de Aragon, tan á costa suya y de su alma.

—Y ¿no temeis ya poner en manos de un extranjero desconocido la vida vuestra?

—Sí, cierto lo temo.

—Y ¿cómo temiéndolo no aguardais á que nos hallemos en tanto número vuestros vasallos, que podais desafiar cualquier alevosía? Dentro de pocas horas será tiempo; porque no bien nos alumbre el dia, comenzarán á bajar almogábares de la montaña.

—Ni una hora mas puedo yo aguardar con este nuevo pecado.

—¿Quereis arriesgar vuestra vida?

—No, no quiero arriesgarla, pero no quiero tampoco permanecer con el peso de la mentira: no sé qué hacerme: me vuelves loco, Aznar.... Mira, corre y avísale á ese caballero, que aquí espero: suceda lo que suceda, he de decirle quién soy.

El almogábar obedeció.

Y entretanto, á mas andar, se venia la alborada. Las celebradas nubes de Rosicler, y los mil y mil veces cantados, que no cantadores pajarillos del monte, comenzaron á saltar de peña en peña. Los almogábares, dejando ya el sueño, se daban á sus ordinarias ocupaciones. Algunos de ellos, que traian arcos y flechas, se entretenian en tirar á las liebres y á las palomas que acertaban á cruzar por aquellos barrancos; otros muchos buscaban yerbas y caracoles entre las rocas; este afilaba sus armas, aquel repasaba un tanto el destrozo de sus vestidos; ninguno estaba ocioso en la paz. Y al modo que Aznar habia previsto, veíanse llegar ora por este, ora por el otro lado, turbas de almogábares no menos desarropados que los que allí habia, trayendo algunos sus mujeres, y estas sus pequeñuelos consigo. Mujeres haraposas y tostadas por el sol y la lluvia, que apenas habian dejado en ellas belleza alguna; hijos que en la robustez y dureza de sus formas, ya indicaban estar criados para el mismo ejercicio de sus padres.

Y á la verdad, gavilla de foragidos, aduar de gitanos, tropel de mendigos, todo parecia aquella gente menos ejército ó córte del poderoso rey de Aragon. Y sin embargo, Dios cifraba en tal córte mayores y mas gloriosos destinos que en la expléndida de

Huesca. En aquellos desnudos campeones descansaba, como sabemos, una grande idea y una gran causa.

Echábase de menos una cosa, y era que la idea comenzase á ser ejecutada, que viniese á ser cuando menos un hecho probable. Porque, á la verdad, ¿quién era Mano-de-hierro para ofrecer á la princesa de Aragon la mano y la espada del conde de Barcelona? ¿Qué esperanzas podia ofrecer un pacto donde ninguno de los contratantes habia mostrado autoridad ó poder para ajustarlo, y que al parecer no tenía otra consistencia sino la palabra de dos caballeros particulares por mas que fuesen ellos resueltos y valerosos á maravilla? ¿No se ha dicho en todos los siglos, que hay siempre menor distancia del principio al fin de una obra, que del propósito al principio?

Hartos eran los almogábares viejos que tal decian y pensaban; siendo cierto que la edad suple siempre á la malicia, ya que la malicia no supla á la edad siempre. Y corriendo el rumor de unos en otros, dudaban ya los mas que hubiese nada de verdad en lo acordado la noche anterior, cuando D. Ramiro, que breve rato habia que estaba departiendo con Mano-de-hierro y Aznar, dijo en voz alta:

—¿Recordais todo eso? Pues sabed que no soy lo que pensais, que os he engañado y he engañado á todos estos fieles almogábares contra lo que ordena la ley de Cristo. Bien podeis perdonarme, porque yo no soy un caballero particular como os he dicho, sino que soy D. Ramiro, D. Ramiro II, rey de Aragon.

—Y yo D. Berenguer IV, conde y señor de Barcelona, dijo Mano-de-hierro con jovial acento y continente. No nos debemos nada, supuesto que los dos nos estábamos engañando.

Al oir estas palabras, los almogábares prorumpieron en estrepitosos vivas, señalándose principalmente Aznar y el buen escudero Pedro de Fivallé, que, puesto á un lado el laud, gritaba, saltaba y ofrecia en toda su persona, grandísimas muestras de entusiasmo. En todos era igual la esperanza. Ninguno dudaba ya que fuese verdadero pacto el de la noche anterior, y que hicie-

sen una sola nacion en adelante los poderosos estados de Aragon y Cataluña.

En esto un rayo de sol vino á posarse en el pico mas alto de la sierra. Era completamente de dia.

Fivallé, Yussuf y Assaleh, enjaezaban el caballo de D. Berenguer y los suyos propios, que habian pasado la noche sueltos, á su placer, por el monte: Aznar enjaezó, en un momento, el de D. Ramiro. Todo indicaba que fuesen á partir en el instante.

CAPITULO XXI.

DONDE SE VE QUE EL CRONISTA MUZÁRABE NO ECHABA EN OLVIDO LAS COSAS DE LA GRANDE Y NOBILÍSIMA CIUDAD DE HUESCA.

Quantos la ir assi viren
Grand piadad'ende auian,
E muy mas polo mennino,
A que todos ben querian;
E yan con ela gentes.
Cherando miute changian.
Romance de S. Fernando.

Natural era, dice, que fuese ocasion de grandísimo alboroto y ruido, en el alcázar de los reyes de Aragon, la falta del prisionero D. Ramiro, y mas viendo cadáveres á los guardas y forzadas las puertas, sin hallar rastro alguno ni indicio que denotase, cómo y cuándo hubiera podido ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, y cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

No hubo rico-hombre de cuenta que no saliese con numeroso escuadron al campo en demanda de los fugitivos; quier por un camino, quier por otro, por acá y por acullá, con el aguijon cada uno de hacer suya la presa, y todos con el deseo de que no se fuera á tierra extranjera, porque, notorio era, que de ello podia seguírseles gran daño.

Vano empeño. Pasaron horas y horas, y fueron volviendo los ricos-hombres, cansados de caminar noche y dia sin hallar, á sol

ni sombra, al rey D. Ramiro. Todos decian y relataban lo mismo: que habian corrido la hoya y las montañas vecinas, sin tropezar siquiera con sus huellas: que no era difícil que se hubiera despeñado por los montes, ó que hubiera sido comido de lobos. Solo á Roldan se echaba de menos: Roldan, el mas activo y determinado de los ricos-hombres, andaba aun, por no se sabía dónde, cuando ya estaban en Huesca todos los otros.

Viendo que alcanzar al rey no parecia posible, los ricos-hombres comenzaron á proveer y determinar, acudiendo á las turbulencias que amanecian en el reino, y á gobernar las cosas; no sin atender al seguro de doña Petronila, á la cual guardaban, separada de su madre, en casa de la dueña del buen almirante Miguel de Azlor.

Y no descuidaron los ricos-hombres, ni era cosa de descuidar, el fortalecer la ciudad y buscar armas y levantar soldados, y prepararse para la guerra, si llegaba á ser necesaria, antes bien, en el propio dia que faltó el rey de Huesca, comenzaron á ocuparse en ello.

Oyó el pueblo con asombro la fuga del rey, sabiendo unos la prision despues de la fuga, ignorando otros aquella, y no dándose de esta cuenta por consiguiente. Y los ricos-hombres, sin curarse de lo que pensáran los ciudadanos, quitaban y ponian, hacian y deshacian, y ejercitaban todos los atributos de la corona. Comenzaron á murmurar los jurados de la ciudad, celosos de sus privilegios; quejáronse luego en altas voces los hidalgos y menestrales ricos que habia en ella, con los cuales no se contaba, y, antes de mucho, el justo orgullo de los unos, y la injusta envidia de los otros, proporcionaron á los ricos-hombres numerosos enemigos, convirtiéndose en otro campo de Agramante, la nobilísima y sosegadísima ciudad de Huesca. A punto llegaron las cosas, que casi nadie se acordaba ya del rey ni de su fuga: todo era en estos afanarse por retener el mando: en aquellos desvivirse, porque estos no recogieran la menor parte. Parece, segun son las cosas, que no pasa tiempo por el mundo.

No faltó, sin embargo, quien, en tanta confusion y hervidero de pasiones, se acordase de una persona, á quien hemos dejado capítulos antes, muy dolorida: no faltó, quien averiguase sus pasos, y tomase parte en sus duelos. El cronista muzárabe, que á este y no otro nos referimos, se portó en esta ocasion como bueno y leal; y cierto que, á no ser así, habria que interrumpir el hilo de esta historia, por falta de verídicas noticias.

Difícil era recogerlas, porque la reina doña Inés, retraida en su aposento, sin mas compañía que la de Castana, apenas se dejaba ver ni oir de nadie. El resto de la noche en que se escapó D. Ramiro del alcázar, la emplearon ambas en rezar ó gemir: la esposa no podia olvidar al esposo: Castana no sabía apartar de su memoria la perdida cita, y el rostro, y el amor del almogábar

No bien rayó el dia, doña Inés dijo á Castana:

—Es preciso que busquemos á mi hija.

—¿Creeis que los ricos-hombres os la darán? contestó Castana.

—Dénmela ó no, iré á buscarla ahora mismo, porque yo no sé vivir sin ella. Es un trasunto de su padre, Castana; ¿no has reparado en eso? Vamos á buscar á mi hija.

Las observaciones justas de Castana, lograron contenerla: era evidente que iba á exponerse á un desaire, que iba á comprometer su dignidad sin fruto alguno. Aguardó por aquel dia; pero al siguiente se levantó, diciendo de nuevo:

—Castana, vamos á buscar á mi hija.

No se atrevió ya Castana á replicarla; y salió doña Inés, como una simple dueña del lugar, seguida de su fiel doncella. En cuanto se mostró en público, á pesar de que cuidadosamente se cubria rostro y talle con un largo manto, las gentes se alborotaron y comenzaron á murmurar entre sí, no tan bajo quo no llegase á sus oidos:

—Es la reina doña Inés. ¡Qué afligida va! ¡Pobre madre! ¡Le han quitado á su hija! decian los mas indiferentes.

Otros, si no mas leales, mas descontentos, exclamaban:

—¿No es vergüenza que la reina de Aragon vaya de esa ma-

nera, sin escuderos que la sirvan, sin alabardas que la defiendan? ¿No sería mejor que nos pusiésemos de su parte, que no de parte de esos codiciosos y altivos ricos-hombres?

Pero todo quedó en estas murmuraciones; y aquel dia andaba Huesca tan llena de soldados y caballeros, que, aunque muchos hubieran compadecido á la reina, ninguno habria osado darla ayuda, ni ponerse verdaderamente de su parte.

Así, paso entre paso, llegó la reina doña Inés en casa de Ferriz de Lizana.

—Este, es el mas viejo y mas autorizado de los ricos-hombres: sin duda sabrá de mi hija, y aun acaso recuerde, al verme, su lealtad antigua, y me la devuelva, decia la reina.

—¡Que no conozcais aun á estos señores! respondia Castana. Habed por seguro que no os la devolverán.

Hallábase la plazoleta, donde se levantaba la casa de Azlor, obstruida de gente que hablaba entre sí acaloradamente, como si se tratase de una cosa extraordinaria; y, á duras penas, pudieron llegar al zaguan doña Inés y Castana.

El gentío se agrupaba principalmente en derredor de un hermoso caballo, ricamente enjaezado, que se miraba muerto, delante de la puerta.

—¡Pobre animal! decian unos.

—Así debió ser de larga la carrera, añadian otros.

La reina, sin parar mientes en aquella compasion popular, que, así se empleaba en su persona como en el muerto caballo, rogó, á un escudero de la casa, que avisase á su señor, de cómo habia allí una dueña que lo buscaba.

Un instante despues Ferriz de Lizana, tambien galante como todos los caballeros de su tiempo, salia á recibir á doña Inés, y la introducia en una estancia, que, por lo suntuosa, podia competir con las mejores del regio alcázar.

Allí estaba el valeroso Roldan cubierto de polvo, bañado en sudor, pálido el semblante, denotando, en todo su exterior, hondo cansancio.

—¿Quereis que hablemos en puridad vos y yo solos? dijo Lizana.

—Y si es así, permitidme, noble señora, que me retire á otro aposento, añadió Roldan con una profunda reverencia.

—No, no os retireis, Roldan. A los dos vengo á hablaros, y los dos habeis de poner remedio en mi cuita, respondió la reina descubriéndose el rostro.

—Ah ¡sois vos, señora! exclamó al reconocerla Ferriz de Lizana, no poco embarazado.

Roldan hizo tambien un movimiento de sorpresa.

—Vengo, Lizana, dijo doña Inés, á que me deis la hija mia. ¿Dónde estará mejor guardada que en mis manos? ¿Quién es mas digna de tenerla que yo?

—Nadie, señora; pero de nosotros y no de vos es el cuidar de la seguridad del reino. Esa niña augusta pertenece, mas que á vos, á sus vasallos. Los ricos-hombres del reino la custodian, ¿qué podeis temer?

—Temo no poder vivir sin ella, Lizana: es un retrato de su padre: es lo único que me queda ya en el mundo.

—Su padre, replicó entonces con ronca voz Lizana, anda mal aconsejado de algunos dias á esta parte. ¿Sabeis, señora, que ha levantado pendones contra Aragon? ¿Sabeis que ha empuñado las armas en la montaña, como si fuera un salteador? Aquí teneis al buen caballero Roldan, que os dará larga noticia de lo que ha hecho su padre. Cincuenta hombres de armas escogidos; cincuenta valientes de aquellos que conmigo pelearon contra moros; cincuenta guerreros, la flor de Aragon, han sido hechos pedazos por su hueste de bandoleros. El mismo Roldan no debe la vida sino á un milagro. Mirad el buen caballero, como vuelve solo, sin bandera ni escuderos, abolladas las armas, despues de haber errado un dia entero por los precipicios de la sierra, con peligro de su vida, gloriosamente empleada hasta aquí en defensa del reino. ¿No os parece que es digno de muchos respetos don Ramiro?

—¡Conque es vencedor! ¿Conque está á salvo y sus enemigos son los fugitivos? dijo la reina sin poder ocultar el júbilo.

—Vencedor es, señora, respondió friamente Lizana; pero con gente se las ha, que no se dejan vencer dos veces. El rey sabrá que está, sobre él, el reino.

Y al decir esto comenzó á dar paseos por la sala con una agilidad que hacia olvidar sus años.

—Lizana, repuso doña Inés; á mí no me toca hablar en esas cosas, ni sé mas sino que amo á mi esposo con toda mi alma, y que no puedo vivir sin mi hija. Pero ¿no os parece que si el rey ha levantado pendon contra vosotros, aun es mas criminal que vosotros lo levanteis contra él, siendo sus vasallos, y sobre todo que osárais ponerlo preso?

Ferriz de Lizana apenas pudo ya reprimir una exclamacion de cólera: las palabras no acertaban á modularse dentro de sus labios: su ceñudo gesto denotaba que hervia su sangre en ira como en los tiempos de la juventud.

—Bien decís, señora, respondió al cabo, que no pueden tratarse con vos estas cosas; y aun por eso os ruego que las dejemos aparte, y que me perdoneis si no os devuelvo á vuestra hija: hoy, con mas razon que nunca, deben custodiarla los ricos-hombres del reino.

—¿No habrá piedad para una madre, Lizana? Mirad que es mucho rogaros una reina.

—No puede haberla en esto, señora: disponed de mi sangre, mas no me mandeis que deje de atender al bien del reino.

—Está bien, Lizana, dijo la reina. Preferid á la lealtad el interés, que eso es lo que ahora nombrais bien del reino; preferidlo en buen hora, que Dios ayudará mas por eso á D. Ramiro para que castigue á los rebeldes, y á mí me acrecentará en fuerzas para rescatar á mi hija.

Y sin decir mas, se salió de la estancia: en la antesala la aguardaba Castana, y juntas tomaron de nuevo el camino del alcázar.

Roldan, al verla salir, se quedó un tanto pensativo: la compasion le hizo olvidar por un momento, los graves cuidados que traia en la mente.

—Pobre mujer, dijo al cabo de un rato. Las lágrimas la brotaban á pesar suyo; y, flaqueza será, pero, en verdad os digo, que no puedo ver llorar á las mujeres. Sus lágrimas me desarman, me confunden: de ser yo vos, le habria devuelto quizás su hija.

—¿Estais en vos? dijo Lizana. ¡Devolverle su hija! Hay hartos descontentos en el reino, para que no acudiese en rededor suyo gente dispuesta á sostener sus pretensiones al trono. El rey solo podrá verse abandonado, aunque todavía temo, que nos dé que hacer su temeridad; pero con la infanta, y la esperanza de una minoridad larga y provechosa, sería temible enemigo. ¿No oisteis al buen arzobispo de Zaragoza? Aun siendo tan nuestro, opinaba porque reconociésemos á la infanta como reina, con escándalo del mundo, que tal nacion veria gobernada por manos femeniles; con notorio menoscabo y perjuicio de los fueros y costumbres venerables que, á la par de la lanza y el caballo de batalla, nos dejáran por herencia nuestros padres. No falta quien opine de la misma manera, sin ser tan nuestro ni tan dócil, como el arzobispo. Vos mismo sois buen testigo.

—Por Dios, Lizana, dijo Roldan, que es mengua de vuestro grande valor y copiosa doctrina, exajerar así las cosas. Yo no soy testigo, sino de que unos cuantos foragidos, de esos que llaman almogábares, se han puesto de su parte. Y por San Jorge y Santiago y todos los buenos caballeros que han ido al cielo hasta ahora, que á venir á campo raso, en sitio donde hubiera podido manejar bien mi caballo, media docena de tales malsines fueran pocos para encontrarse conmigo.

—Valor teneis, dijo Lizana; y sobran los fieros, en cosa que tan bien acreditada está sin eso. Pero en cuanto al menosprecio que os inspiran los almogábares, júroos á fé de viejo que os engañais. Si yo aborrezco á esa gente miserable, tanto es por lo audaz como por lo desalmada: cualquiera de ellos es capaz de

medirse, de solo á solo, con un caballero y tan en vano esperariais que el temor ocupase sus pechos, como que refrenase el respeto sus lenguas. De vos para mí Roldan: esos almogábares son temible gente, aunque digna de aborrecimiento, y cuando Dios quiera que echemos á los agarenos de esta tierra, tendrémos que emprenderla con ellos, y no dejar el hierro hasta no exterminarlos. Yo no podré alcanzar tales tiempos; pero aquí donde me veis, le tengo enviados, á buena cuenta, mas de ciento á Satanás; el cual sobre haberles prestado su misma apariencia y figura, debe de andar emparentado con ellos, segun son de semejantes en gustos y en obras. Y á vos, que sois mozo, os aconsejo para que se lo enseñeis á vuestros hijos, si los teneis, que en pudiendo, no den paz ni tregua á estos tales almogábares...

Dijo esto Lizana, con voz tan solemne, que Roldan, que era dócil de suyo, y respetaba sobremanera, como todos los caballeros de su edad, los juicios de aquel esperto anciano, no pudo menos de prestar atencion profunda á sus palabras. Lizana, estimulado por ella, y por el calor mismo de la conversacion, continuó diciendo:

—Tengo en vos ciega confianza, porque sois discreto, aunque mozo, y no quiero ocultaros nada. Dos peligros corre y correrá en adelante el legítimo influjo que nosotros los bien nacidos, ejercemos en el gobierno del reino: dos peligros corre, os digo, nuestra autoridad, que hoy está sobre la del trono, segun determinaron nuestros padres que estuviese, entre las nieves del monte Pano. Uno es, que los clérigos se junten con el rey para quitarnos esta autoridad: otro es, no lo olvideis, que los villanos se junten para el mismo propósito con el rey. En cuanto á los clérigos, no es imposible mantenerlos á nuestra devocion, haciendo suyos nuestros intereses, por mas que alguna vez nos falten, como nos han faltado el de Tomeras y ese de Mont-Aragon, que Dios perdone. Pero con los villanos, sí lo es, porque no puede haber entre nosotros y ellos algunos intereses comunes, sino por el contrario, muy opuestos intereses.

—¿Opuestos? dijo Roldan. ¿Qué ventaja les habria de traer el que nosotros fuésemos esclavos, como lo son ellos?

—Mal conoceis á los humanos cuando eso decís, Roldan amigo. Pero la gravedad de las cosas es tal, que no puedo detenerme mucho en estos consejos y lecciones; sabed solo que son hijos de sesenta años de vida, que no hay libro ni misal que pueda enseñar tanto como enseñan ellos. Ahora es fuerza que nos reunamos en córtes de cualquier modo con los ricos-hombres y prelados que se hallen por azar en Huesca: no hay tiempo que perder, ni en ocasiones como esta, pueden llenarse todos los requisitos, ni satisfacerse todos los escrúpulos. Idos á descansar hoy, que harto necesitais de reposo; y contad con mi prudencia, como yo cuento con vuestro valor á todo trance.

Calló luego Lizana, y permaneció un rato inmóvil como hombre que lleva sobre sí alguna idea, que oprime su entendimiento. Roldan no se apartó de su lado.

—¿No os vais? dijo al fin Lizana.

—No me iré, respondió Roldan, sin que vuestra sabiduría acabe de iluminar mi ignorancia. He comenzado á comprender algo de lo que decís, y no es razon que así me dejeis en este crepúsculo de verdad.

—Los viejos, dijo Lizana, anteven algunos males; pero no es sino á costa de predecir mil males por uno, y de llorar mil fantásticas desdichas por una verdadera.

—Que ahora me digais, os ruego, lo que estais previendo; haya ó no de confirmarse en lo futuro.

—Preveo que pueden adelantarse los tiempos y las cosas de que antes hablamos; y que, una vez unido el rey con los villanos, nos pueden dar que entender sobrado desde ahora. En cosas como esta, todo es empezar, Roldan amigo.

—Pero si no se ha unido mas que con los de la montaña, con esos desalmados almogábares...

—Dicho os tengo, que esos son los temibles; y ahora he de añadiros, que no lo son tanto por sí solos, como por el mal ejem-

plo de desobediencia y desacato, que de ellos venir puede. A estos menestrales de Huesca que hablan y murmuran por calles y plazas, no los tengo ahora en un ardite; pero si aquellos salvajes de almogábares, que no hablan sino con las puntas de sus dardos, les enseñan el ejercicio y profesion de la desobediencia, todos serán unos, y con aquellos y con estos tendrémos que habérnoslas á un tiempo. A Dios pido, no sea en mis dias semejante desgracia, ni antes que con el exterminio de los almogábares, quede desterrada tan mala cizaña del reino; pero como Dios no ajusta su providencia á los deseos humanos, bien pudiera suceder que el combate, de donde habeis escapado tan milagrosamente, fuese el principio, el principio, que repito, es todo en estas cosas, de largos y sangrientos sucesos, fatales quizás para nosotros. Y esto que en duda os digo, diéralo por seguro desde ahora, si oyendo los consejos de vuestra compasion inconsiderada, entregásemos la infanta niña á la reina, al rey que es lo mismo; dando á nuestros enemigos, no solo bandera mas simpática que les da con su persona y derechos el imbécil D. Ramiro, sino tambien ayuda y favor en muchos que no son almogábares ni villanos, y opinan como el buen arzobispo Luesia: en muchos, eclesiásticos unos, legos otros, que gustarian de tener una reina niña, en cuyo nombre regir el reino, aunque les costase destruir nuestros fueros y costumbres, y mas gustarian aun, de ocupar el lugar que nosotros ocupamos, y tener el influjo que nosotros tenemos, por ser de mejor cuna y de mas merecimiento que ellos.

Si Roldan hubiese alcanzado á oir todas las conversaciones que á la sazon corrian por Huesca; si hubiera sabido todo lo que acababa de suceder la pasada noche en la montaña, habria concedido á Lizana cierto don de profecía. Y en verdad, que aquel hombre encanecido en la política, hecho campeon de una clase, de un partido, al cual si unas leyes históricas conservaban y sostenian, aun otras leyes históricas, socababan ya y combatian, hallaba en su experiencia bastante sagacidad para antever los sucesos posibles. Solo que entre diversos de ellos, no sabía acertar

con el que habia de ser real y verdadero; viéndose de ordinario que por mucho que acierte en punto á la sustancia de las cosas, la prevision humana, poco ó nada acierta en punto al modo, á la ocasion; á todo lo que es, tiempo y forma. Y solo que, con el conocimiento del mal, no juntaba el conocimiento de los remedios; cosa tambien ordinaria, sobre todo en las cosas políticas, porque las pasiones y las preocupaciones impiden unas veces hallar, otras comprender los verdaderos.

CAPITULO XXII.

CÓMO DIOS TRAE CONSUELO Y AYUDA Á LAS DUEÑAS MENESTEROSAS.

Manténgavos Dios, señor;
—Adalides bien vengades:
Pues ¿qué nuevas me traedes
Del campo de Palomares?
—Buenas las traemos, señor,
Pues que venimos acá.....
Que nos pesó ó que nos plugo
Hobimos de pelear:
Los cuatro de ellos matamos
Los tres traemos acá.

Romance viejo.

La crónica no dice, cómo ni cuándo se acabó la plática de Roldan con Ferriz de Lizana. Pero es natural que se acabase pronto, porque la fatiga de Roldan era grande, de modo que apenas podia tener sobre sí el peso de la armadura; y es tambien natural que, no se separasen los dos, sin quedar satisfecho y agradecido el mozo con las sábias lecciones del viejo, por mas que á él le costase algun trabajo participar de sus recelos y temores.

Como era galan, aunque viejo, y compasivo, aunque hijo de edad tan sangrienta, conócese que el cronista estaba impaciente por seguir á doña Inés, que quedaba en tan justo y amargo duelo; y aun por eso, hizo en este punto una cosa que no suele, que es dejar interrumpidas las conversaciones de los personages que ponen voz y mano en los sucesos, obligándonos á presumir ó

dar por probable, lo que debiéramos saber de seguro. Donde vuelve á su ordinaria minuciosidad, es al referir lo que hizo doña Inés, cuando de vuelta de ver á Lizana, entró en su alcázar.

No pudo traer alivio á su espíritu en todo el dia. Pronunciaba de contínuo un nombre, que era por lo comun el de su hija Petronila; pero, sin ser maliciosa Castana, le parecia oir de cuando en cuando sílabas, que mas que á Petronila, sonaban á Ramiro. Y vagaba de acá para allá, sin decir, ni pensar ella misma donde iba; ya asomándose al patio del alcázar, donde sonaba contínuo rumor de hombres y caballos; ya á las ajimeces, desde donde se descubrian los árboles de la hoya y las crestas, nevadas aun, de la vecina sierra.

A la noche, la honrada doncella, que dormia á pocos pasos de su señora, se desveló un tanto, recordando aquellas horas alegres que solia pasar con Aznar, y saboreando de antemano las que habia de disfrutar en lo futuro. Imaginábaselo ya á su lado, rico y glorioso, y en amante consorcio con ella; y la pobre muchacha temblaba de placer y contento. Todo lo tenía discurrido; los vestidos con que ella habia de engalanarse los dias de labor y los dias festivos para enamorar á su Aznar; las horas que habia de consagrar á verlo y acariciarlo; la cuna en que habia de mecer al primer fruto de sus amores. Solo dudaba y vacilaba en el ejercicio á que habia de dedicarse su esposo futuro, dado que los reyes se lo diesen á elegir, como tan deseosos de hacerle merced.

—¿Caballero? decia, no por cierto. No le quisiera yo, tan galan y tan llano como es ahora, metido en esos tabiques de hierro que llevan los caballeros, y tan tieso y tan falso, como ellos son de ordinario. ¿Paje? No en mis dias; que no son para hombres como mi Aznar, robusto y bizarro, las ropillas de colores, salpidas de orillo y seda, que llevan los de esta profesion. Y aun paje de lanza le estaria mal, que mas propio es él para blandir la propia, que no para llevar la agena. ¿Escudero? No lo consiente su altivez. ¿Qué será, qué no será Aznar? ¿Qué es lo que mas

podrá ajustarse con sus ímpetus valerosos, y darme orgullo y felicidad, á mí que seré su mujer y su amante?

Fatigada de ver que no acertaba con lo que debia ser en lo futuro, venía á parar en su estado presente, inclinándose á creer, que lo mejor de todo, sería dejarle de almogábar, como era, y como fueron sus padres.

—¡Oh! los almogábares, decia entonces, son lo mas noble y mas bizarro del mundo. ¿Qué caballeros tienen su valor? ¿Qué galanes su galanura? ¿Qué leales su lealtad?

De tales meditaciones la arrancó al fin la voz de su señora, que ora dejaba oir profundísimos suspiros, ora aquel nombre confuso que sonaba á Ramiro y Petronila. Y aun hubo momento en que sorprendió Castana claras, aunque inconexas palabras, como estas:

—¿Vence?.. ¿cae?.. ¡Dios de las batallas!... Ya triunfa, triunfa... Ay, ay de mí... ¿Por qué he nacido tan desdichada?

Entonces Castana, afligida, solia llamarla, para que aquellos sueños agitados no destruyesen su salud; y hablando doña Inés de D. Ramiro y de doña Petronila, y tal vez del almogábar, Castana, vieron ambas entrar los primeros rayos de luz, por las rendijas de los ajimeces moriscos del aposento, y sintieron el primer canto de las aves, que bajan de la montaña, á apagar la sed en la corriente de la Isuela, y á regocijarse entre las hojas de sus álamos.

La del alba sería aun, la hora que iba corriendo, cuando Castana oyó que la llamaban en voz baja de la parte afuera del aposento. Pronto conoció la voz de Ruderico, el pajecillo de la reina, con quien trabamos conocimiento, muy en los principios de esta crónica. Castana, harto escarmentada de las impertinencias del rapaz, no se apresuró por eso á levantarse, ni salió del aposento hasta ordenar sus trenzas y entretejer en ellas algunas hojas verdes de laurel, que eran su ordinario tocado.

—Buenos dias, señora Castana, la dijo el muchacho.

—Buenos dias te dé Dios, mal paje, respondió Castana, ¿qué

picardigüela te trae por aquí á estas horas? ¿Te viene persiguiendo el mayordomo del rey por hurtos en la dispensa ó en la cocina? ¿Has robado las frutas de algun huerto de monjas? Vamos, tú quieres que la reina te tome bajo su proteccion; y te la otorgará por mediacion mia, aunque cierto, no la mereces.

—No vengo, señora Castana, respondió pausadamente Ruderico, sino á que me deis cuarenta sueldos en buena moneda jaquesa, que me estais debiendo por mis mandados.

—¡Cuarenta sueldos! ¿Piensas tú, rapaz, que tenga yo para tí mi salario?

—¿Y piensa la señora Castana, que yo dé de balde, buenas noticias?

—¿Tienes buenas noticias, Ruderico? dijo entonces Castana, un tanto turbada. Por el alma de tu madre que no me engañes; dime si las tienes y si son buenas. ¿Se dice algo por Huesca de la vuelta del rey? Oye, óyeme, añadió, acercándose á su oido, se cuenta alguna hazaña de aquel... aquel almogabar á quien diste un recado de mi parte.

—No le diré una palabra antes de sentir en las palmas de mis manos los dichos cuarenta sueldos.

—Cincuenta te daré yo con tal que respondas á mis preguntas.

—Pues si es así, palabras no han de faltaros: hay mas de lo que pensais.

—Habla.

—Vengan, vengan antes los cincuenta sueldos, que nadie ha perdido nada por cobrar adelantado, hasta ahora.

Castana desesperada, sacó un puñado de monedas de cobre y se las tiró al rostro al muchacho.

—Bien, bien, dijo este: aquí hay mas de los cincuenta; no me pico porque me los tireis á la cara: lo mismo me han de servir en el mercado, que si me los hubiéseis dado en mano propia.

—Ruderico, exclamó Castana, ¿hablas ó te quito los sueldos y hago que el mayordomo te encierre en una mazmorra, que pecados tienes para ello?

—Todos los tenemos, señora Castana, repuso descaradamente el pajecillo; y no hay que andarse con amenazas, que yo soy hombre de palabra, y sin ellas, sabré cumplir lo ofrecido. Dígoos, para no hacer rodeos, puesto que los sueldos son colmados y no vale la pena de contarlos; dígoos que el mismo almogábar está aquí en cuerpo y alma, y que hace dos horas que le he visto rondar las ventanas que dan al rio.

Castana, que al oir las primeras palabras del paje se habia puesto en extremo colorada, se fué ahora pálida como la cera. La sorpresa y el regocijo la habian trastornado.

—Conque, Aznar... Aznar... ¿estás seguro de ello? ¿Dónde le has visto? Una moneda de plata es tuya, si le conduces aquí al instante.

Y diciendo esto Castana, abrió de par en par una ventana, y dirigió anhelosamente la vista hácia los álamos plantados al pié, que se extendian en una especie de bosquecillo hasta la corriente de agua. No tardó en distinguir á Aznar, que, apoyado en uno de los árboles, no quitaba ojo de las ventanas. Aznar la vió antes, de suerte que cuando se encontraron con él los ojos de ella, ya él tenia puesto un dedo en la boca, en señal de silencio. Luego sacó del pecho un pergamino, y clavándolo por la márgen en uno de sus dardos, sin advertir que se apartase á Castana, lo lanzó con su ordinario empuje y desembarazo. El dardo cortó silbando el aire, y fué á clavarse en la puerta de la ventana, oscilando algunos momentos la punta al peso del ástil, pero sin caer al suelo.

Castana, que no habia adivinado el propósito del almogábar, dió un grito de espanto al sentir el golpe del dardo á pocas pulgadas de su rostro; pero Aznar no tuvo tiempo de advertirlo. Ruderico, al olor de la moneda de plata volaba, que no corria, y fué obra de un momento recibir el recado, bajar las escaleras, cruzar el patio y la puerta, salir al campo, llegarse al almogábar y traerlo: un segundo de tiempo que se hubiese anticipado, habria excusado á Castana un buen susto.

La pobre muchacha no estaba, sin embargo, para recordarlo mucho tiempo. Al ver que Aznar se venia detrás de Ruderico, corrió á la galería, y, sin dar á sus sentimientos espera alguna, le gritó de lejos:

Aznar, Aznar, ¿eres tú? Cuántos deseos tenia de verte.

—No serían mayores, dijo Aznar, que los que yo tenía de ver tus ojuelos, que hieren como mis dardos, y son de sabrosos como la miel de las abejas; pero no es tiempo de pensar en nosotros, Castana. ¿Te has dejado el dardo en la ventana enclavado? Ve y tráemelo al punto, que el dardo falta me hace, pero mas falta le hace aun á tu señora aquel pergamino que en él vino...

—¡Ay qué espanto me diste, Aznar!...

—¡Espanto! Por la vírgen de la Huerta, Castana, que temo que no has de servir para mi esposa. ¿Espanto dices? ¿No tienes confianza en mi brazo? Jamás ha marrado el tiro á la luz del dia.

Castana calló, y no sin mirarle antes dulcemente, fué y trajo el dardo. No hubo tiempo para mas, porque al nombre y la voz de Aznar, la reina se levantó sobresaltada y se apareció á la puerta de su aposento.

El almogábar, inclinando una rodilla, la entregó con respetuoso desembarazo el pergamino. Desdoblóle doña Inés, y leyó para sí las siguientes palabras:

«A la muy poderosa y honrada dueña doña Inés, hija de los condes de Poitiers y.....» Aquí habia cerca de un renglon tachado, donde con alguna dificultad se leia: «reina y señora de Aragon.» Luego continuaba el pergamino de esta manera:

«Dios ha tenido piedad de nosotros, doña Inés. El conde de »Barcelona y yo, vamos con hueste bastante para poner en el »trono á nuestra hija, la cual quedará con el dicho conde despo»sada. Y dentro de poco hemos de regocijarnos los dos, yo con »estar en el convento, de donde no debí salir, segun sabeis, y »vos con estar libre de pecado mortal, porque á fuerza de »meditarlo, he venido á afirmarme en que lo estais, desde que »se consumó nuestro matrimonio. Y en verdad os digo, que el

»habérseme confirmado esta sospecha que siempre tuve, me »aflije mucho por lo sobradamente que os amo, así Dios me lo per»done. Y nunca he padecido tanto como ahora, ni hallaré algun ali»vio hasta que os proporcione el bien que debo, que será huir para »siempre de vuestra presencia, de modo que mas no me veais »ni me oigais en vuestra vida. Sírvaos esta promesa mia de con»suelo; ella os ayude á llevar con paciencia el tiempo que he»mos de estar juntos, y que aunque breve, yo sé que os pare»cerá largo, segun es piadoso vuestro ánimo. A mí tambien me »lo parecerá, no menos por vos que por mí, como ya os tengo »dicho. Pero no hallo medio de impedir estas vistas, aunque bien »lo pienso. Y lo mas que puedo hacer es rezar tambien por vos en »el convento, aunque sin nombraros, porque no hay para qué me »acuerde yo de vuestro nombre, ni vos del mio en adelante, y bas»tará con que diga, por la pecadora á quien he ayudado á pecar, »como vos debereis decir, por el pecador cuyo cómplice he sido »en el pecado, si tambien se os ocurre dedicarme algunos re»zos, que bien los necesita mi alma, harto mas pecadora siempre »que la vuestra. Dios nos ayude, amen.

—»De la hueste en buena salud, fray Ramiro de Aragon, ma»lamente llamado rey antes de ahora.» Luego debia venir el dia, mes y año, pero no se leia bien, merced al agujero que abria el dardo en el pergamino.

Si Castana y Aznar no hubieran estado mirándose muy tiernamente, y diciéndose con los ojos todo lo que callaban por fuerza los labios, habrian sido testigos de una extraña cosa, y es, que así como doña Inés acabó de leer esta carta placentera, donde tan buenas nuevas le enviaba su marido, se llenáran sus ojos de lágrimas. Y no eran lágrimas de sorpresa y alegría, que esas ya hubieran venido bien, en ocasion como aquella, sino lágrimas amargas, gruesas y lentas, que resbalaban por el rostro de la reina, vuelto pálido de repente, sin que las manos se levantasen á secarlas ó recogerlas. El amor impidió á los dos fieles servidores sorprender el extraño, pero solemne dolor, de la reina. Y esta

tuvo tiempo de volver en sí al cabo de algunos instantes, y de decir á Aznar con voz entera:

—¿Sabes, fiel Aznar, que Ferriz de Lizana y los ricos-hombres no han querido devolverme á mi hija, y que todos los dias vienen á insultarme en este alcázar, donde asisten á manera de reyes?

—Lizana, Lizana, donde quiera tropiezo con este hombre, dijo Aznar entre dientes. Luego, dirigiéndose á la reina, dijo en voz alta: Ya os devolverán á vuestra hija, ó por mejor decir, ya se la quitarémos con harta mengua suya; y de las salas de este alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron.

—Dios lo quiera, Aznar; pero son poderosos los rebeldes.

—¿Y qué importa que lo sean, señora? Como liebres huirán de la hueste del rey, ó de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el rey haya determinado conceder perdon á sus delitos, con tal que no hagan resistencia: resistiéranse ellos, en buen hora, y acabára de una vez en Aragon tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdon?

—No sino el honrado Pedro de Fivallé, que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—¿Y crees tú que lo admitirán los ricos-hombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—¿Y qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El rey y el conde llegarán de todas suertes á la ciudad, y si hallan abiertas las puertas, entrarán pacíficamente, y si no, las quebrantarán y harán portillo en el adarve. Y si al avistarlos desde los muros, tañimos cierta campana Fivallé y yo, será señal de que han solicitado el perdon los rebeldes, y no se dejará pasar á los montañeses adelante, porque son traviesa gente, y una vez dentro, no habria modo de quitarles de las manos ni las cabezas, ni las bolsas de los ricos-hombres. Si la campana no suena, entonces las armas harán su oficio, y San Jorge nos

ayudará, y sus casas serán entradas á sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos, en pena de encubrir tan traidores ánimos.

—¡Qué horror! Aznar; ¿ha mandado eso D. Ramiro?

—No; mas hálo por él dispuesto el conde de Barcelona, que parece hombre de esfuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza; de nuestro buen rey don Ramiro, fué solamente el mandar que primero se les brindára con el perdon.

En este momento sonó una trompeta en el patio del alcázar.

—¿Qué es eso, preguntó la reina?

—Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo, y tengo que ir á juntarme con él. Mañana, señora, tendreis aquí al rey vuestro esposo, y hallareis en vuestros brazos á la tierna princesa.

—¡Mi esposo, mi hija! repitió la reina con honda melancolía.

El almogábar hizo una reverencia sencilla, pero respetuosa, y salió. En la galería se halló de nuevo con Castana.

—¿Tan pronto te vas? le dijo esta.

—Tan pronto, respondió él; y á fe que lo siento en el alma, porque has de saber, hechicera muchacha, que lo que hasta que te ví no me habia sucedido, ahora mas que nunca me sucede, y es de desear tu habla de jilguero, y tus ojos de endrina, y tu andar de venado, y tu talle flexible como la mimbre, y ese tu pié, tan breve, que no parece tuyo, sino de una niña recien-nacida. Y en Dios y en mi ánima, que á no ofenderte, quisiera departir contigo alguna noche como las pasadas; que bien puedes fiar en mí, pues sabes que soy, aunque rudo montañés, fidelísimo en guardar promesas, y porque conmigo estés ó hables, no ha de pararte mal alguno.

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana; y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos, que por la puerta, no es ya posible que entres; y yo te arrojaré escala por donde subas, pues has de saber, que como esta torre cae detrás del muro, y está tan alta, y no hay aun ruido de enemigos, suele quedar sin atalayas.

—No sé si podré venir, Castana; mas haré por no faltar esta noche misma; y queda con Dios, que abajo me esperan.

—Pero ¿te vas así, Aznar? Ahora veo que me quieres menos que antes.

—Ah, perdona, Castana, perdona. Que aunque no me olvido de tu amor, con estos condenados sucesos, me olvido de mostrártelo como lo siento.

Y al decir esto Aznar con su ordinaria franqueza y desembarazo, depositó un beso en los encarnados labios de la muchacha.

En aquel momento la reina, no hallándose sin Castana, se acercó á la puerta del aposento y pudo notar la amorósa caricia de los dos jóvenes. Entonces recordó aquella otra escena que habia sorprendido entre los dos, en la cual se negó heróicamente Castana á imprimir sus labios en los de Aznar.

—Castana, le dijo al entrar; veo que adelantan mucho tus amistades con el almogábar. No siempre le has querido tanto.

Castana, que era fácil de color, segun sabemos, se puso como unas brasas.

—Es verdad, señora mia, que cada dia le tengo en mas: al principio me daba vergüenza de él, pero ya no, y todo lo olvido cuando estoy á su lado.

—Todo, hasta las reprimendas del confesor. ¿Es verdad, Castana?

—Perdon, perdon, señora, no lo he podido remediar, le amo ya tanto.....

Y la vergüenza ahogaba en su garganta los sonidos de su voz.

—Sosiégate, Castana, dijo suspirando doña Inés. Dios es benévolo con las muchachas enamoradas..... Es preciso tener mas firmeza en el corazon que tú tienes para desoir sus voces. Sé demasiado lo que cuesta sacrificar el amor al deber, para que me ofenda esa tu flaqueza inocente. No haré mas sino apresurar vuestro matrimonio.

Tras esto desdobló de nuevo el pergamino la reina, y volvió á leerlo. Entonces fué cuando advirtió aquello del desposorio de

su hija, en que no habia podido hacer alto á la primera lectura: tanta era la turbacion de su ánimo. Ahora tampoco se fijó mucho en ello, pensando solo en que habia de tener pronto en sus brazos á su hija, y cerca de sus brazos á su marido; hablando y alguna vez riendo tristemente con la enamorada Castana.

CAPITULO XXIII.

QUE NI LOS DE LA MONTAÑA, NI LOS DE LA CIUDAD ERAN HOMBRES QUE CEDIESEN DE SUS PROPÓSITOS.

Grandes guerras se publican
Entre España y Portugal.
Y al conde don Sol lo nombran
Por capitan general.
Romance popular.

Aun cuando nada se hubiera sabido por Aznar, fácil habria sido entender, que algo de extraordinario y solemne sucedia en el alcázar de Huesca, al tiempo mismo que tenían lugar las largas pláticas y sucesos, que contiene el capítulo antecedente.

En la propia estancia y lugar donde los ricos-hombres dejaron preso á su señor y rey D. Ramiro, se hallaban ahora recostados en los blandos cojines, ó paseándose en bulliciosos grupos, catorce de ellos, que es decir, todos menos uno, de cuantos tomaron parte en aquella determinacion peligrosa. El que faltaba de ellos, bien claro se veia que era Ferriz de Lizana, porque no era posible confundir con otras, ni por breve instante, su venerable faz y altiva apostura. Los demás, hablando y riendo, como la vez primera que aquí los vimos, pudieran hacer creer que todo estaba como entonces, que nada habia sucedido de singular ó siniestro.

No obstante, los ojos ejercitados de un político habrian adi-

vinado, que no todos los ánimos estaban tranquilos, que no era tan pura la alegría, tan verdadera la satisfaccion, tan expontánea y sincera la risa, como ellos, quizá de propósito, aparentaban. La zozobra, durante los peligros, es tan natural en los humanos, que no puede alejarse sin un artificio de la voluntad; y el artificio no es posible confundirlo, si bien se mira, con la naturaleza: la flor de trapo no se equivocará, por hábiles manos que la labren, con la hija frondosa de los huertos.

Estaban los ricos-hombres, oprimidos sin duda: sentian sobre sí, la pesadumbre de un gran cuidado, acaso de un peligro notorio. Y aunque todos eran valientes, ocultamente luchaban en sus ánimos la ira con el honor, la ambicion con el miedo; y aunque eran todos resueltos, dudaban y vacilaban en punto á sus propósitos y determinaciones.

Corrian, de uno en otro grupo, los curiosos, sedientos de palabras, de ficciones; revolvíanse, bullian, no paraban un punto en ninguna parte los noticieros, poco desemejantes en verdad á los noticieros de nuestros dias; gente de lengua larga y cortísima conciencia, que hace de las sílabas palabras enteras; de las palabras discursos; de los discursos sucesos; de los sucesos, mas que Dios podria hacer, que es hacerlos antilógicos, imposibles.

De pronto, un silencio profundo interrumpió todas las conversaciones. Los ricos-hombres tomaron asiento á uno y otro lado del salon. Ferriz de Lizana, que acababa de entrar, se sentó en un sillon colocado en un testero, delante del dosel, donde en las ceremonias, solian asistir los monarcas aragonéses. En un momento, aquella reunion tumultuosa cobró el aspecto de un tribunal, de un senado, de una corporacion venerable.

—Nobles y valerosos caballeros, dijo Lizana, ¿persistís todos en el buen propósito que teneis hecho de defender los fueros del reino?

—Sí persistimos, dijeron todos los ricos-hombres á un tiempo.

Y á la par oyóse un sonido espantable de armas: era que los ricos-hombres habian dejado caer sobre el pavimento las pe-

sadas vainas de hierro, que ocultaban los filos de sus espadas; señal de asentimiento, no por primera vez notada en la crónica.

—¿Y persistís, continuó Lizana, en no admitir ni jurar, de conformidad con lo que disponen nuestros fueros, por rey y señor de Aragon, á una mujer, sea la infanta doña Petronila, que ahora lo pretende, sea otra cualquiera?

—Sí persistimos, volvieron á decir los ricos-hombres, sonando de nuevo las espadas; y cierto que al arzobispo le vino bien no llevarla, porque de esa suerte no tuvo que mostrar, mas claro que lo mostró en la expresion del rostro, cuánto se apartaba su dictámen del de los demás presentes.

—Pues, siendo así, dijo Lizana, preparaos á contestar á un mensaje del rey, y sea tal la respuesta como merezca el mensaje; teniendo en cuenta lo que ordenan nuestros fueros, y lo que habeis prometido y jurado antes y ahora.

Dicho esto llamó á dos escuderos, que se hallaban apostados á uno y otro lado de la puerta, y les dijo:

—Id por los mensajeros, cuya venida me habeis anunciado, y no olvideis el recordarles, cuánto debe de ser su respeto y moderacion hablando con los ricos-hombres de Aragon, que, en representacion del rey y del reino, están aquí presentes.

Algunos de los noticieros que habian, hasta allí, acertado, pasearon sus ojos triunfantes por el concurso: otros, no tan felices, los clavaron en el suelo. Pocos momentos despues del mandato de Lizana, los dos escuderos volvieron, guiando al buen Fivallé, que, como Aznar habia anunciado, era quien traia el mensaje; y á los dos hombres, que por toda comitiva lo acompañaban, los cuales no eran otros sino Yussuf y Assaleh, aquellos dos esclavos mudos en cuya discrecion el conde D. Berenguer confiaba tanto.

El traje de Fivallé habia cambiado completamente: ya no colgaba de sus espaldas el laud: ya no vestia las modestas armas que en la montaña. Su corta túnica, con angostos galones de plata, su gorra de piel de conejo, con broches tambien de plata, y un

anillo de oro que traia en la mano izquierda, con un topacio vivísimo, aunque no muy grande por cierto, le daban, no ya solo por persona principal, sino por verdadero rey de armas, como Aznar habia dicho que era. Los dos esclavos no habian variado de traje, mas que de condicion, y se ofrecian á los ojos, tal como siempre, con su siniestro y sencillo atavío.

Que D. Berenguer hubiese elegido para tal mensaje á su rey de armas, que era al propio tiempo su compañero de aventuras, nada tiene de extraño; pero el haberle dado á este por compañeros dos mudos, no parece que debiera tener otro objeto sino evitar, que el dinero de los ricos-hombres aragonéses pudiera penetrar sus secretos y propósitos; siendo notorio, que no hay mayor sagacidad que la del dinero para enterarse de las cosas mas ocultas, y poner á luz del dia los mas profundos misterios. Y recordando que Lizana sabía muy bien emplear todas las gracias y habilidades del dinero, no parece descaminada esta prevision de D. Berenguer, si verdaderamente la tuvo, y no fué mera casualidad el que asistiesen con Fivallé los dos africanos.

Fivallé se adelantó con paso firme hácia el centro del salon, y allí, haciendo una profunda reverencia, aguardó á que Lizana, como persona que hacía cabeza en el concurso, le diese licencia de hablar.

Lizana, á fuer de viejo y prudente, le miró muy bien primero, para ver con qué género de hombre se las habia. Luego, con la ordinaria magestad de sus palabras, le dijo:

—Mensajero: hanme referido que te has presentado á las puertas de esta ciudad con caballo, lanza y escuderos, solicitando ver y hablar al que fuese alcaide de sus fortalezas, ó señor de sus armas, ó guardador de sus haciendas, ó dispensador de su justicia. No ignoro que tal es la fórmula, con que suelen acercarse los heraldos de los príncipes y reyes enemigos, á las plazas que amenazan con sus armas; pero como Aragon no tiene enemigos á la presente hora, si no son los perros mahometanos, y de esos no solemos ni queremos merecer cortesías, mándote que di-

gas, antes de todo, cuál es tu nombre y el de tu señor, y de qué hueste ó reino vienes, que por tu voz quiera declararnos la guerra.

—Vengo, contestó Fivallé, con firme acento, como quien ejercita un oficio ó deber ordinario, y no recela que el cumplirlo pueda traerle daño alguno: Vengo de parte del muy poderoso D. Ramiro, por la divina merced de Nuestro Señor Jesucristo, y la intercesion de su Santa Madre, rey de Aragon, á ordenaros á vos, D. Ferriz de Lizana, y á todos los ricos-hombres, prelados y caballeros aquí presentes, si sois en verdad los que señoreais estas fortalezas, y gobernais estas armas, y guardais estas haciendas, y dispensais aquí la justicia, que le entregueis las fortalezas, que no os pertenecen, y rindais las armas ante vuestro señor natural, y á él le dejeis el encargo de guardar las dichas haciendas, y dispensar la dicha justicia, por ser todos derechos y deberes suyos, no vuestros, supuesto que él es el rey, y vosotros sois no mas que sus vasallos.

Deslenguado malsin, vil escudero, dijo levantándose Lizana, ¿cómo te atreves á hablar en esos términos á los ricos-hombres del reino? ¿Quién eres tú para deslindar los derechos del rey y los nuestros? ¿Piensas, por ventura, que haya de ampararte y valerte el hábito que vistes? Por San Jorge que he de enseñarte, cuanto va de un verdadero rey de armas que viene de poder á poder, con el seguro que le dan las leyes de la caballería, á un villano que osa insultar en su propio alcázar al trono y á la nacion aragonesa, en nosotros representados. Hola, escuderos: no hay mas que oir; llevaos á este villano, y echadlo al foso desde una torre.

—Ahora conozco al valeroso Lizana, dijo Roldan por lo bajo. Parecíame á mí que la edad iba enfriando su sangre, y que tenía ya mas de sabio, que de ardido y determinado; pero hé aquí que echa tanto fuego por los ojos, como pudo el dia del Alcoraz.

—Ya verás, le contestó García de Vidaura, cómo sabe hermanar la ferocidad del leon con la prudencia del raposo: yo,

como le conozco de mas tiempo, entiendo sus cosas mejor que tú.

En esto Fivallé, confundido por el inopinado arranque del caballero, no acertaba á decir palabra. Pero al ver que los escuderos iban á apoderarse de su persona para cumplir la órden de Lizana, en alta, aunque poco segura voz, dijo estas palabras:

—Yo sé tan bien como vosotros, las leyes de las naciones y de la caballería, señores caballeros; y sé por lo mismo que no osareis cumplir tal amenaza. Quereis intimidarme; pero no lograreis, y, aunque hubiese de morir verdaderamente, no sería antes de cumplir con mi obligacion. Dígoos que el rey D. Ramiro os ordena dejar esta ciudad con todas sus fuerzas y gobierno, retirándoos al punto á vuestros castillos, y de lo contrario, os declara por mi voz aleves y traidores y reos de lesa magestad en lo divino y humano, condenándoos.....

—Infames escuderos, gritó ya fuera de sí Lizana, ¿qué haceis que aquí mismo no le arrancais la lengua al desalmado? Por Cristo que he de mandar que á vosotros tambien os desuellen vivos.

Todos los caballeros participaban de su indignacion y estaban puestos de pié, acariciando cada uno la empuñadura de su daga. Roldan la puso ya fuera de la vaina, y solo le detuvo el considerar, que aquel hombre podia ser muy bien un villano, indigno de morir á tan nobles manos como las suyas. El buen arzobispo de Zaragoza, allí presente, pensó interceder por él; pero no tuvo valor para tanto, despues que bien miró, y advirtió, la cólera en que hervian sus compañeros. Fivallé, segun la palidez de su rostro, y el temblor de sus rodillas, no daba ya por su vida un ardite; pero la voz del deber le mantenia firme la voluntad, y aun todavía tuvo aliento para decir:

—No me defenderé, escuderos, podeis matarme á mansalva; pero de este crímen que va á cometerse, no solo responderán vuestros señores, sino que vosotros tambien respondereis con vuestras cabezas á vuestro rey D. Ramiro, y á mi señor natural,

el muy valeroso y muy excelso D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona.

—¿Qué mienta al conde de Barcelona? dijo al oir esto Lizana. Habla, villano, y veamos con qué pretendes engañarnos y librarte del merecido castigo. ¿Eres vasallo del conde de Barcelona?

—Vasallo suyo soy. Contestó el mensajero mas recobrado.

—Tu nombre.

—Pedro de Fivallé.

—Tu profesion.

—Rey de armas del conde de Barcelona.

—¿Tienes algun documento ó testimonio que lo acredite?

—Sí tengo, contestó Fivallé: bien podeis ver como el topacio de este anillo traza sobre el oro las barras de sus armas: no han llevado tal anillo y barras nunca sino sus mensajeros, segun es sabido en todo el mundo.

—Cierto es, dijo Lizana; pero trae acá el anillo, que no te las has, con quien no sepa descifrar cualquier engaño.

El anillo corrió de mano en mano, y todos convinieron en que era y debia ser del conde de Barcelona, y no de otro. La sorpresa de todos fué tan grande, como habia sido antes la ira.

—Ahora bien, Pedro de Fivallé, dijo Lizana, ya puedes hablar cuanto te plazca en nombre del conde de Barcelona.

—El conde de Barcelona, mi señor, continuó entonces Fivallé, no tiene mas que deciros, sino lo que de parte del rey D. Ramiro os tengo dicho, supuesto que los dichos rey y conde son, de hoy mas, no solo aliados, sino deudos estrechos, con los exponsales y matrimonio concertados, entre el conde D. Berenguer, de una parte, y de otra la infanta doña Petronila, hija de D. Ramiro, y legítima heredera del reino. A la cual os exijo y ordeno tambien, que dejeis libre en el instante.

En este punto llegó al último extremo el asombro de los concurrentes. Solo el viejo Lizana, á gran maravilla de todos, conservó, en su apostura y acento de voz, serenidad completa. Paseó

los ojos alrededor, examinando qué efecto hubiesen hecho tales nuevas en sus compañeros, y luego dijo:

—¿Has acabado?

—Acabado hé, poderoso señor, contestó Fivallé.

—Pues vé y dile á tu amo, el conde de Barcelona, que aceptamos el reto y desafío que nos hace, y que de hoy mas Aragon le tendrá por enemigo, y nuestros guerreros buscarán á los suyos para pelear cuantas veces quiera él ponerlos en el campo. Y añádele, que aunque es injusta la guerra que nos declara, y odioso además que entre sí se destrocen las armas cristianas, de eso él, que no nosotros, habrá de dar á Dios cuenta en el otro mundo. Por lo que toca al rey D. Ramiro y su hija nosotros nos entenderémos con ellos como ordenan los fueros del reino, y como mejor nos cumpla y parezca, declarando traidores y rebeldes, á cuantos coadyuven á abanderizar el reino y privarlo de sus antiquísimas y bien adquiridas libertades. ¿Oiste bien lo que dije?

—Sí oí, respondió Fivallé; y en nombre de mi señor, el conde, dejo aquí este guante en señal del reto y desafío. Dijo esto quitándose uno de delgadas escamas de acero que llevaba.

—Tomadlo, y dadle el vuestro, valeroso Roldan, dijo Lizana. Y tú, Fivallé, sábete, que si á título de rey de armas del conde de Barcelona te he perdonado tus insolencias, como el dia de mañana te encuentre en Huesca, ó nombres en su recinto al rey D. Ramiro, te he de colgar, á título de rebelde, de una almena. Hoy vence en tí lo de mensagero del conde á lo de emisario de la rebeldía: mañana será al contrario, y repítote por el santo del Alcoraz, que ha de dar un buen dia tu cabeza á los cuervos del contorno. Vete al punto.

Fivallé no se hizo segundar la intimacion, y tomando el guante de Roldan, se salió de la estancia, seguido de sus negros compañeros, que aunque no habian comprendido bien las palabras, habian interpretado harto bien los hechos para dejar de requerir sus armas, á medida que veian, que las suyas acariciaban los ricos-hombres.

Cuando Lizana se vió á solas con los suyos, tomó la palabra, y dijo:

—Los tiempos que yo temia están aquí, Roldan amigo: no dareis ahora por sobrados mis temores. Extraña es esa alianza, extraños son esos exponsales, extraño es todo lo que está pasando; pero no importa, lo esencial es, que conozcamos el riesgo que nos amenaza. Quizás á estas horas tienen junta, entre el rey y el conde, bastante hueste para que no podamos mantener el campo: quizás osen sitiarnos dentro de estos muros, por mas que, segun son ellos de fuertes, sea empresa de muchos años rendirlos: quizás los salvajes montañeses acudan ya de todas las partes del reino en ayuda del rey, con el intento de humillar nuestro justo orgullo y despoblar nuestros cotos, y hacer leña de nuestros bosques, y anidarse en nuestros castillos: quizás el hierro de los almogábares está ya despierto: hora es de que despertemos nosotros, y nos preparemos á lidiar y vencer, á vencer ó morir en nuestra demanda.

—Sea así; dijeron levantándose los caballeros.

—Pero esto de los exponsales, dijo Roldan, no cesa de admirarme. ¿Cómo puede habérsele ocurrido á ese buen conde de Barcelona contraerlos con una niña de dos años?

—Legítima cosa es, dijo el arzobispo suspirando.

—Antes háis de decir, que pérfida y malvada, repuso Lizana. ¿Por ventura, no adivinais cuál sea el objeto? Pues no es otro sino sujetarnos á la potencia de los extranjeros. Cuando nosotros buscamos á D. Ramiro en el monasterio, y quisimos ser suyos, y le defendimos con tantos afanes, fué por no reconocer sino á rey muy natural. ¿Y ahora toleraríamos que nos viniese á gobernar un extranjero? ¿Qué sería del honor del reino? ¿Qué de nuestros nombres? ¿Qué de nuestros fueros? Bien sabeis que nuestros padres ordenaron para eso solo, que no sucediesen hembras en el reino: bien sabeis que por eso solo nos negamos á jurar por reina á la princesa, cuando lo pretendió el rey.

—Fuerza es que reunamos en córtes el reino; y les propongamos negocio tan grave, dijo uno de los caballeros.

—Ese era mi propósito, dijo Lizana; y aun despachada está la convocatoria á las ciudades que tienen voto en córtes, y á los nobles y prelados que ausentes están de Huesca. Ni penseis que desisto de él para en adelante; porque si bien no podrémos llenar todas las formalidades y requisitos, los tiempos nos excusan de ellas, y harto será que no reunamos bastantes votos en los diversos brazos, para sacar triunfante nuestra causa, puesto que en suma es la causa del reino, y todo él, está interesado como nosotros mismos, en el triunfo. Mas no hay que pensar en ello por lo pronto. Los sucesos se han adelantado mucho con esta desdichada alianza del rey y el conde de Barcelona. Mañana mismo podemos tenerlos delante de estos muros; y es preciso, ante todo, acudir á la defensa.

—¿Pero creeis, dijo Roldan, que todos los reyes y condes y villanos del mundo, deban darnos temor detrás de estos muros fortísimos, á nosotros y á nuestras fieles mesnadas?

—Siempre, contestó Lizana, es ciego vuestro valor, Roldan amigo. Recordad que no me he equivocado hasta ahora en ninguna de mis sospechas, mas de lo que humanamente es inevitable. Desde aquella ausencia que hizo D. Ramiro en una noche de festejos, véngoos diciendo de antemano cuanto ha sucedido. Y ya habeis visto hasta qué punto, con voluntad ó sin ella, pueden perjudicarnos los clérigos: ya habeis visto que el rey, tan manso como parecia, sabe derramar sangre, y es capaz de disponer de la nuestra como del sobrante de unas vinajeras, y separar de los cuerpos nuestras cabezas como él muda de hábito: ya advertireis, como no le faltan aliados y defensores á D. Ramiro contra vuestra lanza y la mia, a pesar de ser tan recia la vuestra, y haber ganado alguna prez la mia en el Alcoraz y en otras mil ocasiones: ya advertireis qué locura habria sido dejar libre á la princesa en poder de su madre, de donde habria pasado á las del conde de Barcelona, realizándose esos exponsales, que, en idea solo, os espantan ahora: déos todo esto prudencia y confianza en mí para atender y seguir mis consejos.

—Teneis razon, dijo Roldan convencido. Hablad, sabio Liza-

na, hablad, que ni estos caballeros ni yo harémos mas que lo que vos ordeneis. Hablad y decidnos lo que recelais ahora.

—Ahora recelo del pueblo, de los ciudadanos, de estos menestrales que vosotros despreciais, mientras yo los vigilo y sé, á precio de oro, sus mas íntimas conversaciones. Cuando supieron la prision del rey, manifestaron solo incredulidad ó extrañeza, porque vieron que todo lo podiamos; mas no bien se nos escapó el rey, adelantáronse ya á compadecerle y á murmurar muchos de que no compartiésemos con ellos el poder; si ahora ven que no podemos sostenernos, sino dentro de estos muros, y que nos asedian turbas de villanos almogábares, son capaces de fraguar alguna traicion que cara nos cueste.

—¿Eso mas, dijo Roldan?

—Eso mas, contestó Lizana, el cuando ni el cómo no sabré deciroslo; pero cualquier cosa debemos temer cuando la hueste enemiga se presente delante de estos muros.

—Vos sois nuestro natural caudillo, Lizana. Decidnos qué hemos de hacer para defendernos y ofender á nuestros enemigos.

—Decidlo, decidlo, repitieron los demás caballeros, puestos ya de pié, al rededor del sillon donde estaba sentado Lizana.

—Oid, dijo el viejo. Es preciso que por ahora tratemos moderadamente á los villanos, aun á esos perros de almogábares, si por ventura quedan algunos en Huesca. Hacer porque entiendan, si es tiempo todavía, la justicia de nuestra causa. Y al propio tiempo, es preciso tener muy bien guardados de nuestros mesnaderos las puertas y torres de la ciudad; y poner atalayas que nos anuncien la vecindad del enemigo. En cuanto á nosotros, ya lo sabeis; hoy, mañana, todos los dias nos reunirémos para deliberar en este alcázar, como hasta aquí, y ya irémos determinando conforme vayan viniendo las ocasiones.

CAPITULO XXIV.

DONDE SE PREPARAN Y ENTREVEN LOS SUCESOS, QUE ANDANDO CAPÍTULOS, HAN DE PONER FIN Á ESTA HISTORIA.

No os contenteis con pisar
La cola de la serpiente.
Máxima antigua.

Pocos momentos despues de llegar al patio del alcázar, se encontró, Pedro de Fivallé, con su buen compañero Aznar.

El rey de armas y sus dos extraños escuderos, estaban rodeados de soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué sucede? preguntó Aznar.

—Que los ricos-hombres de Aragon, reunidos por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer por reina á doña Petronila, y han dado á entender muy claramente que no dejarán entrar en Huesca, ni al rey de Aragon, ni al conde de Barcelona. Así contestó Fivallé.

—Pues si eso pasa, dijo Aznar, no hay mas sino que me salí con la mia, porque nunca pensé que el perdon del rey lo aceptasen los ricos-hombres.

—Vamos á nuestro alojamiento, y allí hablemos despacio, repuso Fivallé.

—Sea como decís, añadió Aznar.

Y entrambos echaron á andar para la calle nombrada del *Salvador*, á donde estaban aposentados.

No bien llegaron allá y despidieron á los de la comitiva, dijo Aznar á Pedro de Fivallé.

—¿Nada se os ocurre que hacer ahora?

—A mí nada, respondió el otro, si no es que nos vayamos cuanto antes, porque el viejo Lizana, sin oirme apenas, juró por el santo del Alcoraz, que si nos halla aquí el dia de mañana, han de servir de espanta-pájaros nuestras cabezas en lo alto del muro. No me atreví á hablarle del perdon, no fuera que adelantase el mal propósito que tiene.

—De eso, será lo que Dios quiera, Fivallé, continuó Aznar, pero oid: D. Ramiro y D. Berenguer nos enviaron acá para que allanásemos la entrada, de suerte que no tuvieran que poner cerco á la ciudad. Con tal objeto concedieron el perdon que con vos traeis. Y porque los ricos-hombres, empedernidos en su traicion, no lo acepten, ¿no hemos de allanar nosotros la entrada de la ciudad evitando el cerco?

—No se me ocurre cómo lo habriamos de hacer, respondió Fivallé, segun que yo los he visto de soberbios: ni me parece que podemos hacer mas que salir nosotros de aquí, y dar parte de todo á nuestros príncipes, para que los traten con todo el rigor de la guerra.

Ni por pienso, Fivallé, no es eso lo que conviene, replicó Aznar. Al abrigo de tales muros y tan recios, y de las noventa torres que circuyen la ciudad, los ricos-hombres podrán mantenerse en su rebelion por mucho tiempo, y aun no les sería imposible levantar el reino y desbaratar los intentos del buen rey don Ramiro y de su aliado D. Berenguer.

—Así es la verdad, Aznar, repuso el rey de armas; pero ¿cómo hemos de remediarlo?

—El cómo ya lo buscarémos, continuó Aznar. Lo que importa es que convengamos en nuestro deber. Ni D. Ramiro, ni D. Berenguer, nos mandaron que saliésemos de aquí: «id, dijeron, y anticipadles nuestro perdon mientras nosotros llegamos á la ciudad. Si al entrar en ella oimos que repica sola la campana de San

Pedro el viejo, entenderémos que sois vosotros quien la tocais, y que no debemos hacer daño á los ricos-hombres, porque ellos han reconocido su culpa sometiéndose á nuestros mandatos; mas si la campana no suena, ó suenan otras á modo de rebato, entenderémos lo contrario y harémos por sorprender el lugar y entrarlo á saco, ó de no, pondrémosle cerco, y lo combatirémos á hierro y fuego. Bien se ve, Fivallé, que no previeron el caso de que saliésemos de aquí.

—Eso fué, que no previeron tampoco el caso de que los ricos-hombres estuvieran tan determinados y fuesen capaces de plantarnos de espanta-pájaros en el muro.

—O acaso, contestó Aznar, que fiaban en que nosotros no dejariamos que cuajase el propósito de la resistencia, y cederiamos á otros el honor de espantar á los pájaros con sus cabezas.

—¡Imposible! replicó Fivallé asombrado; ¿quién habia de imaginar semejante cosa? ¿Qué fuerzas son las nuestras para resistir? ¿Cómo hemos de excusar el peligro si no es fuera de los muros, corriendo, á mas correr, segun es de prudentes en tales ocasiones como esta? Aznar, contad aun con lo que hablais; no dejemos por acá las cabezas antes que sospechamos.

—¿Eso os espanta? dijo Aznar.

—No me espanta, sino porque ha de ser inútilmente, contestó Fivallé.

—Inútilmente no, continuó Aznar; y una vez que eso solo os empesce y mortifica, aguardadme aquí, que yo vendré dentro de poco, y os diré un plan con que logremos nuestro intento. ¿Me aguardareis?

—Sí aguardaré, aunque fruto alguno no espere.

—Pues hasta luego, y confiad en que mayor servicio que este que hemos de hacer, nunca lo han hecho á reyes sus vasallos.

Salió Aznar diciendo esto, y, por entre las revueltas callejuelas del contorno, llegó al Coso, ancha calle, que á la sazon comenzaban á formar los vecinos, construyendo casas por enfrente del muro de piedra, en aquel arrabal, que desde el tiempo de

los moros venía allí encerrado con un robusto paredon de tierra. Caminaba precipitadamente y con un si es, no es, de regocijo en el rostro; traslucíasele una satisfaccion grande, aunque siniestra, y de cuando en cuando hablaba solo, en tono tan alto, que era imposible que no lo oyesen los curiosos transeuntes.

—¿No es este el trance? decia. ¿No basta ya para cumplir mi promesa? Bien sabia yo que él haria de modo que mereciese de nuevo la muerte... Morirá por lo mio y por lo del rey.

En una de las primeras calles del arrabal se paró delante de cierta casa, mas destruida y de mas vil aspecto que las otras, y dió diversos golpes.

Abrieron con una soga desde arriba, subió, y en una sala estrechísima y mal amueblada, se encontró manos á boca con Fortuñon, aquel compañero suyo, que conocen ya nuestros lectores.

—Fortuñon, dijo Aznar; loado sea Dios que aquí te encuentro, y feliz vejez la tuya, que así te inclina al reposo de las ciudades, para que puedas continuar en ellas tus esforzados hechos. Díme, Fortuñon, ¿tienes en tus venas todo el valor antiguo? ¿Amas al rey como le amaron siempre nuestros padres? ¿Te fias tú de mí, como te fiabas de mi padre García de Aznar?

—Sí tengo, sí amo, sí fio, respondió compendiosamente Fortuñon por la primera vez de su vida, al oir lo arrebatado de las preguntas.

—Loado sea Dios que te hallo tal como creia. Y ¿no temerás menear de nuevo las armas en servicio del rey? ¿Herirás á quién él te mande sin preguntar su nombre? Recuerda que así obraron siempre los de nuestra raza.

—Dígote que por el rey y por tí, haré cuanto sea necesario.

—¿Qué número de almogábares habrá á estas horas en Huesca?

—No pasarán de cincuenta, Aznar.

—¿Conóceslos tú á todos?

—A todos.

—¿Qué tal gente son?

—Pero Diaz es el uno, aquel hijo del campanero de Oviedo que se vino años atrás con nosotros, y Juan de Sobrarve y ese perro de Ramiro Benedris, que dice que viene de reyes moros, y él es moro en las obras, aunque sea en los pensamientos cristiano, y Loharre y...

—No queria saber los nombres de todos; mas solo, si era gente con la cual se pudiera contar en cualquier trance.

—No la hay mejor entre los almogábares.

—Basta, Fortuñon; esa es la gente que necesito. Solo falta que todos te reconozcan por caudillo. ¿Hay entre ellos alguno que sea mas viejo que tú?

—¡Mas viejo que yo! contestó al punto Fortuñon, como picado de que tal osára suponer el mancebo. Somos ya pocos los que quedamos de aquellos tiempos en que se daban batallas, como la del Alcoraz, y se tomaban ciudades como esta de Huesca. ¡Mas viejo que yo! A fé, á fé que mis años no los he llevado en cuenta, ni de mis padres pude averiguar los que tenía, porque muy temprano se olvidaron de ellos; mas yo te contaré cosas que presencié, y otras en que puse mano, que no haya en todo el reino tres personas que las recuerden. Ni ¿cómo ha de haberlos mas viejos que yo entre los almogábares? La vida se acaba pronto en la montaña, y en la lid, antes pelcando que comiendo, y antes corriendo tierras que descansando en mullidos lechos, y es milagro que el cielo haya conservado tanto la mia.

Aznar escuchó toda esta retahila con su acostumbrada impaciencia; luego, reprimiéndose lo que pudo, habló al viejo almogábar de esta manera:

—Ea, pues, Fortuñon, sirva tu larga edad y el crédito, y mando que ella te asegura entre los almogábares para una gran empresa, la cual ha de ser no menos acepta á Dios, que provechosa al rey.

—Continúa, Aznar, repuso Fortuñon.

—Ya sabrás cómo los ricos-hombres del reino aquí reunidos, se han rebelado contra D. Ramiro, hermano del batallador don

Alonso y del glorioso D. Pedro, é hijo del valiente Sancho Ramirez, con quien hiciste tus primeras armas.

—¡Y cuán diferente que es este D. Ramiro de su padre y hermanos! ¡Oh, si á aquellos hubieses conocido! dijo interrumpiéndole Fortuñon.

—Eso no es del caso, replicó con calor Aznar, viendo el contrario efecto que sus citas habian producido. ¿Negarás tú ahora que sean rebeldes y dignos de castigo los ricos-hombres que se han alzado contra el rey D. Ramiro?

—Cierto es que obraron mal; pero, hijo mio, no te descompongas tanto contra los ricos-hombres; mira que ellos son imágen del rey, como el rey es imágen de Dios.

—¡Que no me descomponga con ellos! exclamó Aznar. Son traidores, Fortuñon; son traidores, y nosotros los leales no debemos respetarlos ni tenerlos en nada, sino por el contrario, lavar en su sangre las afrentas que hacen al rey.

—Muy adelante te lleva la cólera: ¿es quizá para algo de eso para lo que requieres mi brazo?

—Precisamente para eso; para que entre tú, y yo, y esos almogábares, rematemos de una vez con los mas soberbios de los ricos-hombres, y demos libre entrada al rey dentro de estos muros.

—Pues vuélvome de lo dicho, Aznar; y aconséjote que no te metas en tales honduras: que luego los grandes de la tierra entre sí se acomodan, y nosotros los pequeños lo pagamos todo.

—¿Y así cumples la palabra que me diste de servir al rey, y de herir á quien él te mandase, sin preguntar su nombre? ¿Y así muestras el amor que dices que me tienes? ¿Y así imitas los hechos de tus mayores? Nunca mi padre García de Aznar hubiera temido como tú temes, ni hubiera faltado como tú faltas á tus promesas.

Al decir esto Aznar, sus ojos lanzaban rayos de ira, su voz temblaba, su brazo levantado desafiaba todos los obstáculos.

—¿Mas, qué te va ó te viene, Aznar, para que tanto fijes tu

atencion en ello? respondió Fortuñon sin curarse del gesto indignado de su compañero. ¿Qué tienes tú que entender en las luchas del rey con los ricos-hombres? Dígote que al cabo el rey perdonará á sus rebeldes cortesanos y capitanes, y que estos no perdonarán jamás á los que en nombre del rey los ofendan ó lastimen.

—Por eso mismo no trato yo sino de hacer que su perdon sea imposible; por eso mismo no trato yo sino de penarlos de suerte, que mas no puedan vengar ofensas, ni reparar sus daños, repuso con ronca voz Aznar. Y tú que sabes la suerte de mi hermano, ¿osas preguntarme qué es lo que tengo con los ricos-hombres? ¿Sabes que he averiguado ya, que fué el viejo Lizana quien entregó á sus perros de caza el cuerpo de mi Francho, aquel pobre hermano, que mi padre dejó al morir á cargo tuyo y mio?

—¡Fué Lizana! repuso Fortuñon asombrado.

—Lizana fué... Pero no hablemos de eso, no. Has de saber que, si quiero matarlo, es porque importa al servicio del rey; es porque con hacerlo, se evitará mucha sangre, y se adelantará muchos dias, el que reinen en Aragon y Cataluña el buen príncipe D. Berenguer y la princesa doña Petronila.

—No entiendo lo que me dices, Aznar. ¿De qué D. Berenguer hablas? No le hubo en mis dias de ese nombre entre los príncipes de Aragon? Habla, dime cómo puede ser novedad tan extraña, y de mí tan poco sabida?

—Fortuñon, dejémosnos de ociosas palabras. O me sigues ó no. Si tú no me acudes, yo solo intentaré la empresa: yo solo iré á las casas de los principales ricos-hombres, tan temibles capitanes y cortesanos, y de ellos libraré á Aragon, á costa de mi vida.

—¡Oh! no hagas tal, Aznar, exclamó Fortuñon interrumpiéndole. No hagas tal, que te perderás sin remedio y sin provecho alguno.

—Sí haré, replicó el jóven almogábar, mas exaltado que nunca; y lo haré, porque no se diga que ha dejado de haber almo-

gábares en Aragon, por no faltar á la memoria de mi padre, que siempre fué leal, y quiso que lo fuese su hijo. ¡Es tan bueno el rey! ¡Es tan valeroso D. Berenguer! ¡Son tan soberbios los ricos-hombres. No me contradigas, porque estoy resuelto: ó he de morir, ó he de salir victorioso de los rebeldes. Discurre ahora, Fortuñon, si te conviene ayudarme en mi empresa, ó dejarme solo á que perezca en la demanda.

Fortuñon se puso á meditar, apoyando su blanca cabeza entre las manos. Luego, despues de un breve rato de meditacion, dió dos ó tres vueltas por la estrecha sala, y parándose delante de Aznar, exclamó, no sin exhalar antes un profundo suspiro:

—¡No puede ser! Y Dios sabe cuánto me pesa no complacerte. Pídeme otra cosa; pero eso de ir contra los ricos-hombres de motu propio, sin mandamiento ni disposicion de nadie, no esperes que lo haga jamás. El deseo de venganza, ciega tus ojos, hijo mio: ábrelos á la razon de mis palabras, y verás cómo no es justo ni conveniente, sobre ser peligrosísimo y de éxito casi imposible.

—¡Oh! Si nace tu resistencia de que á tu parecer no tenemos mandamiento ni disposicion de nadie, cuenta que estás en grande error. Orden tengo del rey, órden terminante.....

—Orden de D. Ramiro, por supuesto, porque de ese D. Berenguer, que no conozco, ni las entiendo, ni las quiero entender, por vida mia. No he oido hablar siquiera de las otras cosas extrañas que me dices; y como tú tampoco te has explicado mayormente.....

—¡Fortuñon! La órden es de D. Ramiro. ¿A qué meterte en otras honduras?

—Pues acabáras, repuso á esto Fortuñon ¿Y por qué no mostrarme desde luego el pergamino, y no hubiera disputa. Bien sabes que soy entendido en letras, porque en mi niñez, como te he contado algunas veces, me dedicaron mis padres, á monaguillo, en Jaca. Ea, pues, muéstrame ese pergamino, y vea yo man-

dado del rey lo que tú me dices, y harélo, aunque me cueste la vida.

—¿Pergamino dices...? A fe que pergaminos no faltan, y.....

En lugar de estos puntos suspensivos puso el almogábar, en voz baja, sendas maldiciones contra los oficiosos padres de Jaca, que habian enseñado á leer al monaguillo.

—¿Los traes tú? dijo Fortuñon. ¡Cómo cambian los tiempos! Por cierto que en los dias de tu abuelo y de tu padre, aquellos famosos guerreros, de quien tanto te he hablado, nadie habria confiado tan importante mensaje á hombre que contase diez años mas que tú. Y los pergaminos y leyendas que hubo en la conquista de esta fortísima ciudad de Huesca, así los de los moros como los nuestros, fueron llevados y traidos por hombres de canas y de experiencia, que bien supiesen sortear los tiempos y las ocasiones. Y aun recuerdo que tu abuelo, tu abuelo, Aznar, que era el hombre mas forzudo y ágil que yo haya conocido en este mundo, decia muchas veces que no queria tronco verde para astil de dardo, ni pan blando para la boca, ni hombre mozo para estos mensajes. Pero tú lo suples todo con la discrecion maravillosa que tienes para tu edad, y aunque siempre habria sido mas acertado que el rey hubiese acudido á mí ó á otro de mas años, como mas prudentes, no niego que tú puedes sacar fuerzas de flaqueza y obrar como hombre de seso. Si tienes ahí el pergamino, dígote que el traerlo tú, mas me servirá de satisfaccion, que de envidia, y no tienes mas que desdoblarlo al punto. Pero acuérdate, Aznar, de tu abuelo.....

A este punto lo interrumpió Aznar, que si no, el viejo era hombre de no acabar en diez años. Hacía rato que no apartaba los ojos de un punto, como quien está sumido en graves meditaciones; pero á la sazon brillaba en ellos la alegría. Estaba como hombre que acaba de salir de un grande apuro.

—Ya te conozco, mi viejo Fortuñon, dijo poniendo la mano en el hombro de su camarada. Apréstate, pues, que el pergamino donde la órden está escrita, yo te lo mostraré á la no-

che ; que puesto que yo no entiendo en leer como tú , para eso viene en mi compañía el honrado Pedro de Fivallé , rey de armas del buen conde de Barcelona , el cual consigo trae tal pergamino, y sabe muy bien que en él se contiene y explica lo que digo. Mas te oí decir que no debiamos los villanos entrometernos en estas reyertas del rey y de los ricos-hombres: ¿has variado de opinion?

—Sin mandato del rey, debí añadir, que no era otro mi intento ; porque lo que él manda , ningun vasallo, pésele ó no, puede excusarse de cumplirlo.

—¿Y temerás ahora las venganzas de los ricos-hombres?

—Ya sabré resignarme á ellas por obedecer al rey , contestó Fortuñon suspirando.

—Es decir , que con esa órden , todo está compuesto , y hallaré en tí ayuda para todo.

—Cabalmente; todo con esa órden, nada sin ella ; has comprendido perfectamente mi pensamiento.

—Pues la tendrás. Esta noche te aguardo á las doce en punto en los alrededores de la plaza de la *Misleida.* Ten apostados á nuestros camaradas por las cercanías, de manera, que no infundan recelos, ni pongan en alarma á las atalayas del muro.

—Allí estaré, y todo lo tendré dispuesto como tú quieres; que en las ocasiones es donde han de verse los que son para poco y los que tienen grande espíritu en el cuerpo. Y á fe que mi padre, aunque algunos deslenguados murmuran que fué hijo de moros, como los de Benedris, no fué sino valentísimo cristiano , que mató mas moros que árboles hay en las orillas del Aragon y de la Isuela y del Flúmen. Y aquí , donde me ves á mí , testigo tu padre García de Aznar, á quien Dios tenga en su gloria , porque era tambien valiente, y como ninguno , y.....

—¿No acabareis, buen Fortuñon? le dijo Aznar impaciente. Otro dia oiré el fin de la historia, que por hoy no puedo mas detenerme.

Y echó á correr desalado.

—¡Siempre el mismo! murmuró tristemente Fortuñon. Nadie me quita de la cabeza que estos rapaces del dia nos tienen envidia, por lo que hemos vivido mas que ellos, y porque hemos visto y oido cosas que ellos jamás verán ni oirán de seguro. ¿Cómo han de hallarse ellos en cosa tan grande como fué este cerco de Huesca y aquella batalla del Alcoraz?

Poco mas que el tiempo que tardó Fortuñon en pensar esto á sus solas, invirtió el otro almogábar en volver á su casa.

CAPITULO XXV.

COMO ES VERDAD QUE DIOS CASTIGA SIN PALO NI PIEDRA: PRUÉBASE CON EL EJEMPLO DEL LEGO GAUFRIDO, QUE LO QUE RECIBIÓ FUÉ UNA PUÑADA.

Hubo mientes como puños,
Hubo puños como mientes.
Quevedo.

Aznar subió de un salto la angosta y revuelta escalera de la casa donde estaba aposentado, sita en la vieja calle del Salvador, como en otro lugar queda dicho.

—Pedro de Fivallé, dijo al llegar á lo alto: ya está todo compuesto. Mañana entrarán los príncipes en Huesca sin resistencia alguna, y haremos sonar tal campana, que con solo oirla esta vez desfallezcan todos los rebeldes del mundo, cuanto mas los del reino.

Fivallé lo miró, como asombrado, sin hablar palabra.

—Traed el pergamino, continuó Aznar, donde se trata del perdon de los ricos-hombres rebeldes.

—Aquí lo teneis; ¿mas vos sabeis leer, Aznar?

—No entendí en mi vida de esas brujerías, que mi padre no me crió para monge, sino para soldado, y de los almogábares, que son doblemente soldados que los otros.

Pues ¿para qué quereis entonces el pergamino?

Vais á oirlo. ¿Recordais el suceso de aquel mal caballero Castellet que nos refirió el buen conde D. Berenguer en la montaña?

—Sí recuerdo.

—¿Recordais, como dijo, que aquel falsario quitó las letras que tenian unos pergaminos, y puso otras que mas le convenian?

—Sí recuerdo.

—Pues hé aquí la ocasion de aprovechar el cuento. Bien decia D. Berenguer, que de todo habia en esto de la escritura, es decir, que unas veces servia para bien y para mal otras. Ahora le toca servir para bien, porque es fuerza que al punto quiteis eso que reza, y en su lugar pongais lo que yo os vaya diciendo.

—No me atreveria á tanto, respondió Fivallé. Pero aun cuando me atreviera, es el caso, que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo mas que vos.

—¡Diablo! exclamó Aznar: esta si que es gran dificultad.

Y sin saber qué partido tomar, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose de ellas, sin discurrir, al parecer, buena salida en el laberinto en que se veia metido.

—¡No lo harán! ¡No me obedecerán! si no tengo ese pergamino, gritaba de cuando en cuando.

Cosas de Aznar. Para aquel hombre pensar y poner las obras en ejecucion, era todo uno, segun hemos visto en otros trances; audaz por la edad, por la raza, por el ejercicio, y alentado con el buen éxito de sus empresas, puesto que le habian salido bien hasta entonces las mas arriesgadas; diestro, ágil, poderoso en fuerzas y armas, no habia obstáculo que le estorbase el comenzar y llevar adelante un intento.

Mas por esta vez, la dificultad que se ofrecia era tan grave, que si no le hizo arrepentirse ó temer, le tuvo por largo espacio confuso.

Si se tratára de derribar á un jigante brazo á brazo, ó de asaltar la torre mas levantada, y aunque fuera de lidiar solo con un ejército, Aznar no lo habria meditado tanto, sino que ciegamente se habria arrojado al obstáculo, y, ó lo habria vencido, ó habria muerto en la demanda. Pero eran letras lo que habia que hacer, letras, y el valeroso almogábar, ni de vista apenas las co-

nocia. Hubo momento en que deseó que sus padres le hubieran criado para monge, y no para tan soldado como era.

Otras veces, abandonando el proyecto del pergamino, se ponia á maldecir á Fortuñon á grandes voces, afeándole su cobardía en no querer emprender nada contra los ricos-hombres sin mandato escrito del rey, y jurando que tomaria de él notable venganza, cuando la ocasion le viniera á cuento.

Yendo y viniendo, y revolviendo cosas en su cabeza, aun llegó á fijarse en la idea de dejar aparte á Fortuñon, é ir por sí á buscar á los almogábares que habia en Huesca, y persuadirlos de que acometiesen tamaña empresa. Pero ni él sabia donde podria hallarlos, en ciudad que le era aun poco conocida, ni, dado que los hallase, podia confiar en que lo siguieran á su voluntad.

La empresa era arriesgadísima y espantosa de imaginar: el número y fama y riqueza de los ricos-hombres, era para poner respeto en los mas osados.

Y como Aznar no tenia aun la autoridad de los años, si viéndole en peligro de su persona, no habria almogábar que no le acudiese por amor, y eso que hoy llamamos espíritu de cuerpo, no era posible que tal lograse, cuando apenas podia él explicar, ni comprender ellos, los móviles de tan sangriento y arriesgado propósito.

Y á todo esto comenzaba á anochecer, y no parecia sino que la proximidad de las tinieblas aumentase mas el desasosiego del almogábar. Paseaba el aposento, miraba por las ventanas, increpaba á Fortuñon y á los padres de Jaca, maldecia á los que tan incompletas letras dieron á Fivallé, y todo en vano.

Por fin, entre la turba de escuderos y mestrales que cruzaba en bullicio la calle, vió moverse los hábitos de un monge.

—Ese monge, ese monge debe saber escribir, exclamó. Nada me falta; y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una inspiracion.

—Padre mio, le dijo sin mas ni menos, y como si le hubiese conocido toda la vida; por ventura, ¿sabeis vos escribir?

—No hais de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano, respondió el monge. Mas ¿cómo si sé escribir? No hay en toda la comarca otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragon, ni hay allí otra mano como la mia para toda clase de escrituras.

—Pues el caso es, buen lego, ó buen diablo, ó lo que seais, dijo Aznar, que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribais un pergamino importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que recojer limosna, hermano. Y hable con mas reverencia, que si no soy padre de almas, todavía me cuento por lego de autoridad en el convento.

—De reverencia no se trate, replicó Aznar, porque os haré cuanta os plazca y parezca. Mas en lo de no escribir, será fuerza que amanseis el ánimo, porque lo propio que si escribís habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragon, si no lo haceis me temo que hayan de desaparecer vuestras narices de una puñada, padre lego.

—Habláras antes lo de los sueldos, y no hubiera en mí la dificultad mas pequeña, que aunque es verdad lo del quehacer, no es tal que no dé algun espacio. Y mas, que lo que tú me ofreces, limosna es, aunque para mí, que tanto las he menester como el convento. Pero en eso de la puñada habria mucho que entender, y si quieres probar los mios luego que gane los sueldos ofrecidos, á tu costa sabrás como el lego Gaufrido se pinta solo para andar en carne agena, ni mas ni menos que para trazar letras y ringorrangos en un pergamino.

—Todo será como vos decís, Gaufrido; que, con que escribais lo que dicte, me doy yo por contento, respondió alegremente el almogábar.

Entraron sin mas á la casa, y cerrando cuidadosamente las puertas del aposento, recogió Aznar, de manos de Fivallé, el pergamino que contenia el perdon, y lo puso en manos del buen Gaufrido, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, menos el nombre y sello del rey, que, por ahí debe de andar, así como á los fines.

—Un momento... dijo Fivallé, que estaba presente.

—Y ¿para qué Fivallé? dijo Aznar. Quitadlos, padre lego.

El lego recordó que este era el de los sueldos ofrecidos, y no hizo caso del otro. Y sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos é ingredientes, comenzó lentamente á borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado su tarea, dijo:

—Dictad.

—Vos, Fivallé, le pondreis el encabezamiento de una sentencia de muerte contra várias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas, dijo Aznar.

—Pero ¿estais loco, Aznar? ¿Qué pensais hacer? repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto, continuó Aznar; que para lo demás me daré yo solo traza, y haré de modo que ambos ganemos prez en estos reinos.

El rey de armas se encogió de hombros, y sin atreverse ya á contrarestar la voluntad poderosa del almogábar, comenzó á dictar la sentencia, aunque no sin dudar, y balbucir, y detenerse como quien obra de mala gana.

—Reparad que son nobles, dijo Aznar como á la mitad: tratadles ahí segun su condicion merece.

Pedro de Fivallé se paró entonces, mas que nunca, dudoso: luego continuó dictando.

—¿Y los nombres? preguntó embarazado cuando hubo llegado el punto de ponerlos.

—Eso me toca á mí, que bien los sé todos, dijo Aznar. Miguel de Azlor es uno.

Y el lego escribió sin decir una palabra: no así Fivallé que sintió extremecerse todo su cuerpo.

—Otro, Gil de Atrosillo, continuó el almogábar.

Y volvió el lego á escribir, y á temblar el rey de armas.

Aznar dictaba con la indeferencia mas grande. Los pliegues que habia levantado en su frente la pasada incertidumbre habian desaparecido del todo; y en su fisonomía, varonilmente hermosa, mas bien se leia la satisfaccion que ningun otro sentimiento.

Despues de Gil de Atrosillo, dijo:

—Pedro de Vergues, y luego

—García de Vidaura.

Pedro de Fivallé no pudo contenerse por mas tiempo, y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los mas esforzados y famosos ricos-hombres de Aragon. ¿Pensais de veras que se les pueda quitar la vida con esa sentencia que mandais escribir?

Aznar prosiguió sin contestarle:

—Ferriz de Lizana.

—¿El héroe del Alcoraz? prorumpió Fivallé. El nombre de ese guerrero ha llegado hasta nosotros los catalanes, todo resplandeciente de gloria: allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.

Aznar se sonrió siniestramente. Y sin cuidarse de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldan.

—¿Tambien Roldan? exclamó estupefacto Fivallé. ¿Tambien Roldan? Eso es imposible, Aznar: os estais burlando de mí, y acaso de vos mismo si tal pensais. Ni debe ser que se acabe en un dia con la flor de Aragon, ni puede ser que eso se consiga. ¿Con qué medios contais para acometer tal empresa? ¿Dónde están las gentes que han de seguiros? ¿Dónde las armas? ¿Dónde los capitanes?

Aznar le miró entonces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defiendo á mi rey y sé cómo debo defenderlo: cuidad vos de defender á vuestro conde y de lo que convenga á su servicio. Yo, acabando en un dia con estos soberbios ricos-hombres, hago libre á Aragon y libre al trono. Pues que el conde de Barcelona viene á ocupar este trono y á reinar

en Aragon: ved vos si os conviene impedirlo. Sin estas muertes que deplorais, ni D. Berenguer dejará de ser conde, ni Aragon y Cataluña se verán unidos jamás.

El almogábar discurria como el mejor político de su tiempo; sus palabras, rudas en la forma, estaban llenas de inteligencia, de verdad. Fivallé sintió suspensa su razon. Pero no bastaba; era preciso que se convenciese tambien su corazon acobardado por la magnitud de la empresa.

—Todo ello es cierto, respondió. Y no parece, al oiros, sino que anduvísteis en córtes de reyes antes que en riscos y cuevas de la montaña. Pero es imposible que eso lo ejecutemos nosotros solos.

—Si acaso no lo conseguimos, á bien que nosotros cumplimos con dejar nuestras vidas en el trance.

—Con todo, con todo, murmuró el rey de armas, mas temeroso de parecer cobarde, que decidido á dejar la vida.

—Apresurémonos, que es tarde. Dijo á la sazon Gaufrido.

—Hermano, respondió Aznar, ¿quién son los que van apuntados hasta ahora?

El lego leyó:

—Miguel de Azlor, Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura, Ferriz de Lizana, Roldan.

—Pedro de Luesia, continuó Aznar.

—¡El arzobispo! exclamó el monge, tan indiferente hasta entonces. ¡El arzobispo! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo. Págame mi trabajo, y quédate con el diablo, que no con Dios, porque esto no puede ser cosa buena.

—Proseguid, buen lego, escribiendo, le contestó Aznar; que mas cuenta os ha de traer que el resistiros.

—No en mis dias, repuso Gaufrido.

—¡Que no, don lego! Pues tomad eso á cuenta de lo que os espera, y ved luego si os conviene mediros conmigo.

Y al decir esto, descargó Aznar una puñada en el carrillo derecho del pobre Gaufrido, de tal suerte, que lo derribó cuan

largo era en el suelo. Alzóse el lego gimiendo, y bañada en sangre la boca:

—¡Santo Dios, me ha dejado el muy perro sin un diente! Hijo de Lucifer, ¿así te atreves á poner las manos en un lego de mi linaje? He de hacer que te desuellen vivo. Tales fueron las exclamaciones de Gaufrido.

—Aun hay mas, dijo Aznar, moviendo el puño...

—No, por vida de tu madre, respondió el monge; olvidando sus vengativos propósitos. Me basta, me basta.

—Pues aun he de hacer que os sobre, si otra vez osais resistir á lo que yo diga.

—No resistiré; pero no puedo con el dolor del carrillo, me lo has hecho cecina: si eres cristiano, deja que me repare un momento.

—No, no, escribid, escribid lo que ya os dije, respondió Aznar. Tiempo habrá para todo.

—El lego volvió á sentarse, y puso temblando: «Pedro de Luesia.»

Y en seguida Aznar dictó otros y otros, hasta quince, los de los mejores ricos-hombres del reino, aquellos que, como sabemos, tenían entonces el gobierno de las cosas públicas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino, y le dijo á Fivallé:

—Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá: los sueldos se os darán colmados, pero no será hasta mañana. Por esta noche habeis de quedar encerrado aquí abajo, porque no conviene que, hombre que sabe lo que vos sabeis, salga á la calle.

—¿Eso mas? exclamó el lego. Déjame ir, que ya se me hace tarde para volver á mi convento: déjame ir, y te perdono los sueldos que me debes, con ser tanta la necesidad en que nos hallamos yo y el convento.

—No permita Dios, Gaufrido, que yo os arrebate el fruto de vuestro trabajo. Pasad acá abajo la noche, y amanecerá Dios, y medrareis, y medrarémos todos.

Y cogiéndole de un brazo Aznar, no bien dijo esto, lo arrastró á un zaquizami muy oscuro, lleno de polvo y de muebles rotos, y cerró cuidadosamente la puerta, sin que el lego osára mas poner resistencia. Vuelto á la sala, preguntó á Pedro de Fivallé:

—¿Está bien puesto cuanto le hemos dictado?

—Bien puesto está, respondió el otro.

—Ea, pues, seguidme si bien os place, Fivallé: os aseguro que hemos de salir triunfantes en nuestra empresa.

—Pero, Aznar, ¿estais loco? Mientras mas pienso en ello, mas me confundo, respondió el rey de armas. Paréceme, dijo, que os andais en burlas, porque lo que es en sana razon, nadie es capaz de imaginar lo que imaginais.

—Y ¿en esas andais todavía? contestó Aznar. Vive el cielo que no he de contar con vos para nada: quedáos, Fivallé, puesto que tanto miedo os asiste: quedáos, y servid á vuestro señor con cobardes palabras, que yo con las armas he de servir al vuestro y al mio.

—¿Me insultais? Por la vírgen del Mar que he de probaros que hay valor en mí de sobra; y que, si no os sigo á esa empresa, es porque en ella no os asiste la cordura. Aquí mismo ha de ser, en este aposento.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato. Dos ó tres veces, así como á su pesar, llevó la mano al ástil de uno de sus dardos, mas volvió á retirarla al punto.

—¿No os atreveis? dijo Fivallé, alentado con aquel silencio. y queriendo devolver al almogábar la afrenta que le habia hecho.

—No, no me atrevo, buen Fivallé, contestó el almogábar con aparente calma.

Y en tanto sus ojos saltaban dentro de sus órbitas, flaqueaban sus rodillas y sus brazos, y su voz temblaba.

Nunca el almogábar habia hecho tanto sobre sí mismo: nunca habia reprimido de tal suerte sus sentimientos.

—No hablárais mal, repuso Fivallé, y os ahorraríais el que yo tuviera que mostraros quien soy.

Dijo esto con tono desdeñoso y vano, como de persona que muestra moderacion en la victoria; aunque, á decir verdad, no estuviese descontento en su ánimo, de hallar al almogábar tan tímido.

Este, al oirlo, lanzó un rujido de cólera: toda su sangre se le agolpó á la cabeza.

—¡Oh! no puede ser, exclamó... D. Ramiro... Lizana... lo perderíamos todo... ¡paciencia!

Y sin decir mas que estas palabras entrecortadas, se salió de la estancia corriendo, y en un vuelo se puso en la calle.

Allí, junto á la puerta de la casa, se encontró con Yussuff y Assaleh, que dormian á pierna suelta sobre el polvo.

—Yussuff, Asaleh, dijo, acompañando con un puntapié cada una de estas exclamaciones; seguidme.

—No le sigais, gritó desde el balcon Fivallé.

Pero los siniestros africanos se levantaron y echaron á andar detrás del almogábar. No entendian apenas las lenguas de los cristianos, y siguieron á Aznar, porque en sus gestos y movimientos del brazo le conocieron la voluntad, que no porque de sus palabras la hubiesen deducido.

CAPITULO XXVI.

QUE AZNAR NO DEJABA DE ACUDIR Á LAS CITAS DE AMOR.

Aun la media noche
No era llegada
Ya subia Hernando
Por una escala.
Y entra muy feroz
Por la ventana
Un arnés vestido
Y espada sacada.
—Caballeros malos,
¿Qué haceis aquí?

CANCIONERO.

Aznar tomó el camino de la Misleida, colocándose á la parte de Oriente de la plaza donde estaba situada. Los gallos de la vecindad cantaron la media noche: un instante despues llegó Fortuñon con algunos almogábares, y luego, unos tras otros, fueron llegando los demás.

—¿Fortuñon? dijo Aznar.

—El mismo, respondió este. ¿Traes el pergamino que me digiste? Porque conmigo viene una linterna, á cuya luz pueda leerlo.

—Prevenido y receloso eres, por vida mia.

—No en balde pasan años y se padecen trabajos y se ven reinar reyes.

Aznar sacó de la faltriquera el pergamino que acababa de escribir Gaufrido, y lo puso en manos de Fortuñon. Este dió una

vuelta á su linterna; la luz escondida hasta allí apareció de pronto, y se puso á leer el pergamino, muy lentamente sin duda, porque tardó largo rato en separar de él los ojos.

—¿Has acabado ya? ¿Estás satisfecho, viejo marrullero? dijo Aznar al cabo de un rato. Mira que el tiempo se pasa.

—Sí acabé, respondió Fortuñon; mas, cosas son estas, que no deben leerse una vez sola. Y de nuevo dió comienzo á su tarea.

Aznar dió una patada en el suelo: su cólera iba á estallar, pero se detuvo instantáneamente: á pique estuvo una vez mas de echarlo todo á perder en aquel trance.

Mas el tiempo corria; Aznar contenia ya, muy á duras penas, su impaciencia, y Fortuñon en tanto seguia leyendo tranquilamente.

—¿No acabarás? le dijo Aznar al fin.

—Acabé por segunda vez, respondió Fortuñon, y veo que el escrito está bien, y tal como debe estar; de suerte que no habrá mas, sino hacer lo que tú ordenes.

—Pues vamos en nombre de Dios, dijo Aznar.

—Deja, deja, replicó el viejo almogábar, que le dé al escrito el último repaso.

Y tornó á la tarea.

De cuantas empresas habia llevado á cabo Aznar, ninguna le habia costado tanto trabajo como esta de contener la ira que, contra Fortuñon, le rebosaba en el ánimo, si exceptuamos aquella de negarse al reto que Fivallé le dirigiera momentos antes. Ahora acabó de agotar su paciencia; pero calló y aguardó, tranquilo al parecer, á que se terminase la tercera lectura.

—¿Si vieras, dijo luego Fortuñon, la dificultad que me cuesta entender una endiablada abreviatura que hay? No puedo con ella, á pesar de los muchos y buenos cachetes que me costó el que me enseñasen á leer los reverendos padres de Jaca.

—¡Por los santos del cielo! prorumpió Aznar. Acaba, Fortuñon, acaba, ó harás que carguen conmigo todos los diablos.

—¡Siempre con tus impaciencias, muchacho, respondió el otro devolviéndole el pergamino y cerrando la linterna. Quédome sin entender esa abreviatura, y lo siento á fe mia, porque pudiera ser que en ella se contuviese alguna cosa en contrario de lo que rezan las demás letras.

—¡Satanás confunda al abreviador y la abreviatura!

—No jures tanto, hijo, mira que faltas con ello al respeto de un anciano.

—¿Vamos?

—Vamos, respondió Fortuñon. Pero á todo esto no hemos caido en lo principal; ¿qué vamos á hacer? ¿De qué manera han de cumplirse nuestros propósitos, digo, los propósitos del rey?

—Irémos, respondió Aznar, á los alojamientos de los ricos-hombres; yo sé ya de algunos, tú sabrás de muchos, y entre unos y otros lograrémos dar con todos. No hay mas que romper las puertas ó asaltar las ventanas, y pasar á hierro á cuantos hallemos.

—Aznar, contestó Fortuñon. Aznar, no pasemos de aquí sin inventar otro mejor proyecto, porque ese es de todo punto impracticable. Hé ahí de lo que sirve el ser viejo: hé ahí de lo que vale el conocer á los ricos-hombres desde los tiempos gloriosos en que se dió aquella batalla famosa del Alcoraz, y haber visto esta ciudad de Huesca desde que se ganó. No puede ser eso así, no puede ser.

—Callárais lo del Alcoraz, que es la milésima vez que me lo decís en la vida, y diérais algun mejor consejo, y fuera cosa mas digna de agradecimiento, respondió el jóven almogábar.

—Cada casa de rico-hombre es un castillo, continuó Fortuñon, sin curarse de la reconvencion de su compañero: en cada una de ellas hay siempre bastante número de hombres armados para acabar con nosotros. Y en cuanto á lo de romper las puertas y escalar las ventanas, ¿sabes lo que te dices, Aznar? Todas ellas están forradas de planchas de hierro, y aun hay puerta defendida con su foso y puente levadizo, como la de cualquier fortaleza.

—Será preciso, pues, replicó Aznar, que quebrantemos esas planchas de hierro, y ceguemos esos fosos, y acabemos con esos hombres armados, que tan capaces son, segun dices, de acabar con nosotros.

—Bueno es eso para hablado; pero de ahí á ejecutarlo, no deja de haber gran distancia. Dígote, Aznar, que lo que tú propones es de ejecucion imposible.

—¿Sabes de algun mejor consejo? preguntó secamente Aznar.

—No.

—Pues marchemos á casa de Lizana, que debe caer el primero de todos, repuso el jóven almogábar; y echó á andar adelante.

Habrian andado poco mas de cincuenta pasos, cuando Fortuñon se paró de repente.

—Aznar, Aznar, dijo: una cosa se me ha ocurrido ya mejor que la que tú propones: pára, pára, y la oirás.

Paró con efecto Aznar, y puso oido á sus palabras.

Fortuñon continuó:

—Lo mejor será que aguardemos á mañana...

—¡El diablo te confunda! exclamó Aznar. ¿Para eso me hiciste detener el paso?

—Oye, Aznar, hijo mio, repuso Fortuñon: mira que es bueno el consejo: óyelo todo y decidirás luego.

—Dilo por tu vida, y acabemos.

—El asaltar en sus casas á los ricos-hombres, ya te he dicho que es dificil, muy dificil, casi imposible para nosotros.

—Prosigue.

—Pues para hacer mas fácil el asalto, paréceme á mí que debiéramos aguardar á mañana...

—¡Ira de Dios!

—Paso, paso, hijo mio: dígote que es bueno el consejo, y que no has de condenarlo sin oirlo antes, todo entero, de mis labios. Pues como te decia, lo mejor será aguardar á mañana y acudir al alcázar: ¿lo entiendes?... Al alcázar, donde se reunen de diario los principales de los ricos-hombres del reino á disponer y concertar

las cosas. No cabe duda en que se reunen, porque los vieron mis propios ojos, así como vieron tan grandes hazañas, así como han de comer la tierra antes de mucho, segun es de larga mi edad.

Aznar, sin parar mientes en lo demás de la retahila, se fijó con mucha atencion en las primeras palabras: pareciéle que el viejo almogábar podia tener razon, y con tono mas afable que de ordinario, le dijo:

¿Conque es decir que tú te decidirias á acometer en medio del dia á los ricos-hombres dentro de los salones del alcázar, y á acabar con ellos de un golpe?

—Yo... yo... puesto que el rey lo manda, segun reza ese pergamino que tú traes, y á no ser que haya leido mal y la abreviatura que te digo...

—Tate, tate: que eso bien averiguado está ya: no vengas á levantarme nuevas dificultades, y á quemarme la sangre con nuevas retahilas de palabras.

—Es que, para cosas tales, todo cuidado es poco, hijo mio.

—Por eso mismo estoy por aceptar el consejo que tú me das ahora: paréceme mas seguro el golpe hallándolos á todos reunidos en el alcázar, que no en sus casas, y como es poco todo cuidado, segun tú dices...

—Es que yo...

—Silencio, Fortuñon, silencio, y no hablemos mas en ello: los asaltarémos en el alcázar. Pero eso de aguardar á mañana... ¿No tendrán sospechas de los almogábares? ¿Y no temes tú que estén mejor guardadas para nosotros las puertas del alcázar, que no las de sus casas?

—Eso es cierto, replicó Fortuñon, porque así como así, no es mucho lo que confian en nosotros, y ya he visto yo algunos pícaros escuderos que han venido á espiarnos los dias anteriores. Muy bien que saben ellos que no pueden contar con los almogábares; y si nos han dejado aquí, no ha sido sino por miedo de que fuera hiciésemos mayor daño. Soy tan viejo como otro cualquiera, y no pueden escapárseme estas cosas.

—Pues entonces, ¿qué nos harémos? preguntó Aznar, dudando entre vários pensamientos.

—La dificultad está en entrar dentro del alcázar.

—¡Ah! pues entrarémos, entrarémos, Fortuñon. ¡Que no se me hubiera ocurrido antes! Sígueme y apresura el paso, no se nos haga tarde, que ya es pasada, rato há, la media noche, segun leo claramente en las estrellas. Y cierto que sería gran desdicha que hubiésemos perdido tal ocasion. ¡Oh, con tantas dificultades y entorpecimientos como me poneis todos, tengo la cabeza perdida! Yo no me he visto en ninguna cosa tan enmarañada como esta; y Dios quiera que no me vea en otra. Las cosas quiero yo hacerlas solo, yo solo; sin este lidiar de palabras que tanto me enfada, y este contínuo disputar que me abate el ánimo y me enflaquece las fuerzas.

El almogábar habia dado suelta por un instante á los sentimientos que á la sazon lo agitaban: aquel hombre no era para coordinar, era para obrar: no tenía instintos de conjurado, sino de guerrero. Y habria sin duda preferido vencer dobles peligros, que no tener que urdir aquella, que, para él, era tan dificultosa trama.

Muy cerca debia estar ya del logro de sus deseos; muy luminoso debió de ser su último pensamiento, porque en su rostro brillaba el regocijo. Regocijo siniestro en verdad, pero sincero, completo.

Y en tanto caminaba á largo paso, seguido de los otros almogábares; y á medida que pasaba el tiempo, mas apresuraban todos el andar, hasta que llegaron delante del alcázar, por la parte que miraba hácia el rio, debajo del torreon ochavado.

De lo alto de este colgaba una escala de cuerda: Aznar, al verla, lanzó una exclamacion de júbilo.

—Fortuñon, estamos salvados, dijo: ahora entrarémos en el alcázar, y mañana la justicia del rey se habrá cumplido.

—Y diciendo esto, cogió la escala y empezó á subir el primero. Iria á la mitad, cuando gritó á Fortuñon, que se disponia á seguirle.

—¿Tienes reunidos á todos los compañeros?

—Sí tengo, respondió Fortuñon; y ahora vendrán los que faltan, que quedaron un tanto á la zaga por asegurar nuestra marcha.

—¿Son cincuenta?

—Cincuenta.

—Pues adelante, y Dios nos ayude.

Comenzó á subir Aznar, y detrás de él subieron los dos esclavos negros. Luego, uno tras otro, se fueron encaramando todos los almogábares silenciosos, indiferentes, sin preguntar adónde iban, ni qué iban á hacer en el alcázar. Confiaban mucho en Fortuñon, por ser el mas viejo, y algo en Aznar, por ser hijo de quien era, y por lo valiente que parecia de su persona. Y con que ellos les dijesen que la empresa era buena y justa, no necesitaban otra cosa. Los riesgos sabido es que nunca tal gente los midió, y que no necesitaban de mas cebo y aliento sino saber que habian de hartarse de sangre.

CAPITULO XXVII.

QUE AZNAR GARCÉS, CON SER TAN RUDO, SABÍA FUNDIR CAMPANAS DE MUY GRAN SONIDO.

> Despreciadores de la vida propia, y así señores despiadados de las agenas..... Complaciéndose en herir ó matar.
>
> ESTÉBANEZ CALDERON.—*Fragmentos de la historia de la infantería española.*

—Aznar, Aznar, ¿eres tú? preguntó Castana desde lo alto.

—Yo soy, mi amor, le respondió este, poniéndose de un salto en la azotea con que remataba la torre.

—Te esperaba con impaciencia. Cuánto has tardado. Pero ¡Dios mio! ¿Qué es eso, Aznar? ¿No vienes solo?

—Escucha, Castana, dijo Aznar. La salvacion de la reina, y la tuya, y la mia propia, dependen de tu discrecion en este trance. Son amigos nuestros, no temas nada.

En esto saltó uno, y luego otro, y otro de sus compañeros, dentro de la azotea.

—¿Qué piensas hacer? repuso Castana temblando.

—Castana, por mi amor que no temas; que todo será para bien nuestro: ¿no hay algun sitio en esta torre donde pudiéramos pasar la noche sin ser vistos?

—No lo hay, Aznar.

—¿Ninguno?

—¡Cómo no sea allá abajo en el primer piso! pero es habitacion muy estrecha y húmeda: parece una mazmorra, y hay quien dice que de allí salen duendes y vestiglos de puro horrenda que es.

—Cabalmente eso es lo que necesitamos, Castana: guíanos allá, y sea sin que lo sienta la tierra.

Castana cogió una pequeña lámpara que habia dejado colgada en una almena, y comenzó á bajar las angostas escaleras de caracol por donde se comunicaba la torre con los pisos bajos. Al cabo de un cuarto de hora de bajar escalones, se encontraron junto á una ancha puerta cubierta con planchas de hierro.

—¿Llegamos ya? dijo Aznar.

—No por cierto, respondió Castana; antes conviene que no hagais ruido tú y tus compañeros, porque esta puerta da al campo, y aunque está cerrada, por lo que dicen, desde el tiempo de los moros, bien pudiera ser que anduviese cerca alguna ronda ó atalaya.

—¿Una puerta? dijo Aznar reflexionando un momento. Y ¿dices que da al campo, muchacha?

—Lo que oyes, respondió Castana; y el estar siempre cerrada es, segun dicen, porque fué por ella por donde entraron los cristianos la vez primera; y el rey de entonces, que se llamaba don Sancho, don Pedro, ó no sé cómo, no quiso que usase de tal entrada quien no mereciese tanto como él y los suyos.

—Tanto ó mas han de merecer los que mañana entren por ella, Castana, respondió el almogábar. ¡Una puerta! ¡Una puerta! Foso habrá; pero no será difícil cegarlo.

—Foso lo hay, pero para eso hay una puente todavía entera, que sirvió sin duda en tiempo de los moros.

—¡Eso mas! dijo Aznar. Castana, mañana se nos depara un buen dia: tal, que ha de dejar contento y satisfecho al rey, y al reino, y á mí propio.

En esto llegaron al aposento que antes Castana habia descrito. Y en verdad que no pecaba de exagerada su descripcion.

Dos arcos apuntados, cruzándose en el centro, componian la bóveda del techo, y del punto donde los dos arcos se juntaban, colgaba un garfio de hierro. La bóveda y las paredes eran de grandísimos sillares mal asentados los unos sobre los otros, de manera que los unos parecian próximos á soltar la carga, y los otros prontos á obedecer al menor esfuerzo. Y sin embargo, hoy los halla el viajero lo mismo que entonces estaban. El suelo no tenía abrigo alguno, y la arena que lo formaba parecia mojada: tres solas ventanas se contaban allí, y esas abiertas como nuestras modernas aspilleras, de modo que, comenzando por ser anchas hácia la parte de adentro, no mostraban por defuera sino una línea, una cinta, el espacio indispensable para que se distinguiera la claridad en medio del dia. Aznar, al ver este sitio tan lúgubre, prorumpió en una carcajada feroz.

—Mal aposento les preparamos, dijo luego en voz alta.

—¡Aznar! exclamó Castana, no pases tú por Dios la noche aquí: es un lugar enfermizo, espantoso.

—Sosiégate, Castana, replicó Aznar: ya te he dicho que todo esto es para nuestro bien, y que mañana saldrémos de cuidados. ¿Duerme alguno de los ricos hombres en el alcázar?

—No duerme aquí ninguno de ellos, repuso Castana.

—¿Y á qué hora acuden á celebrar sus concilios, ó conciliábulos, ó juntas, ó como se llame?

—A cosa de las doce.

—Bien está, Castana. Hasta la una no avistará los muros el rey: hay tiempo para todo. Dínos ahora antes de retirarte si está muy apartada de este lugar la sala á donde se reunen.

—No, aquí mismo, respondió Castana. Sal por la puerta, y en lugar de tomar la escalera de la derecha que es por donde hemos bajado nosotros, toma la de la izquierda, y á los pocos escalones te hallarás en el magnífico salon donde antes resplandecian nuestros reyes, y ahora imperan y se ostentan esos ricos-hombres que Dios maldiga.

—Malditos están ya sus cuerpos, Castana, y bien puedes ro-

gar, si eres misericordiosa, por sus almas. Mas ya es tiempo de que te retires, y nos dejes cumplir con lo que el rey nos tiene mandado.

Castana se dirigió á la puerta, y al pasar por junto á Aznar, le dijo con triste acento:

—¡Y yo que habia creido pasar la noche en pláticas contigo! ¿Por qué me engañaste, Aznar? Despues de tanto tiempo, y mas cuando la última noche que nos vimos, tampoco logré hablarte...

—Así Dios me ayude, Castana, repuso interrumpiéndola el almogábar, como imaginado no tenía que para tal cosa sirviese nuestra cita. Yo no pensaba sino en verte y gozar á tu lado las alegrías de amante; pero despues que te hablé, vinieron de suerte los sucesos, que fué menester aprovecharme de esta coyuntura para otra cosa.

—¡Ingrato! dijo Castana.

—¡Ingrato! Júrote, Castana, que en cuanto el rey quede victorioso, y se apacigüen estas turbulencias que me traen hecha áscuas la cabeza, me he de casar contigo si quieres seguirme á la montaña.

Castana se sonrió y miró á Aznar con dulzura. Y saliendo del aposento, subió precipitadamente á su cuarto, por temor de verse acometida al paso, de las sombras encantadas del alcázar.

Y cuenta la crónica que la pobre, aún viendo tan engañadas sus esperanzas en la cita, no pudo pegar los ojos en toda la noche de puro regocijo; y que no paró mientes, ni por un momento siquiera, en los propósitos de Aznar y sus compañeros, ni se puso á considerar si habria hecho bien ó mal en esconderlos dentro de la torre.

Con esta nueva promesa de matrimonio, juntaba ella la promesa que tenía de la reina, de que la heredaria de manera que dichosamente pudiera pasar sus dias con su esposo; y sin cesar revolvia en su cabeza ilusiones, y esperanzas, y venturas. ¡Dichosa Castana! ¿Qué emperatriz ni qué reina pudiera compararse con

ella en tales momentos? ¿Qué estados ni qué riquezas, ni qué explendor pueden brindar con mas felicidad, que aquella que daban á Castana su amor correspondido y sus modestos deseos?

¡Ah! y qué bien se cambiára por Castana la reina doña Inés!

Ella tampoco dormia, pero no era de dichosa por cierto, sino de infeliz. Porque pasó ya el primer impulso de júbilo que le causó la nueva de la vuelta de su esposo. Y su situacion era tan singular, que apenas podia decirse cuando mas debiera padecer, si al estar su esposo ausente, ó al estar presente; si al ver que se dificultaban los deseos de D. Ramiro, ó al ver que los lograba.

El triunfo de los grandes, era la humillacion, era la desesperacion de su esposo querido: el triunfo de este, era su propia desesperacion y su humillacion propia. Mientras D. Ramiro estuvo fuera, deseó su vuelta, y al saber que estaba cerca, la temió. Porque ¿á qué volvia D. Ramiro sino á abandonarla definitivamente? ¿Por qué peleaba D. Ramiro sino por divorciarse de ella? Y si no volvia, ¿cómo habia de recobrar á su hija? ¿Cómo habia ella de soportar la afrenta de su marido? ¡Pobre reina! ¡Pobre mujer!

Así pasaron la noche. como siempre, á pocos pasos de distancia una de otra, la reina doña Inés y su doncella Castana.

No bien amaneció, una y otra se levantaron.

—¿Oiste por azar á qué hora se espera que llegue ante la ciudad el rey? dijo doña Inés.

—A cosa de la una, respondió Castana, recordando, confusamente, lo que habia oido la noche anterior: representósele luego toda la escena, y no pudo evitar que se le demudase el rostro.

Doña Inés no lo notó, y lentamente comenzó á hacer su tocado con ayuda de Castana.

Tocado, no tan expléndido ya, como aquel que hacian juntas la tarde que precedió al triste sarao, de que dimos cuenta á nuestros lectores en el comienzo de este relato. Mas sin embargo, ó miente el cronista, ó doña Inés tuvo mas cuenta con su tocado

este dia que otros dias anteriores. ¿Querria intentar el último esfuerzo? ¿Conservaria en su corazon esperanzas de seducir de nuevo el alma de su esposo?

El respeto religioso que le habia inspirado la resolucion de este, parece desmentirlo de todo punto; ¿pero quién sabe? Ello es que doña Inés se esmeró, y que halló medio de parecer bella todavía: bella cuando su tez estaba marchita, decaido su color, apagados sus ojos, cuando el llanto contínuo y la contínua pena se habian empleado por mas de dos años en destruir sus encantos.

¡Oh, la decadencia de las mujeres bellas tiene un hechizo singular para las almas sensibles! Es el hechizo del otoño con sus celajes rojizos y sus hojas secas que el viento va dejando caer una por una. Nunca es acaso tan bella la mujer, como cuando está á punto de no serlo.

Llegó el sol al medio dia en los relojes pintados en las torres del alcázar, y doña Inés sintió latir su corazon fuertemente: faltaba poco, segun Aznar la habia dicho, para que estuviese á pocos pasos su esposo. Verdad es que temia aun que los ricos-hombres le cerrasen las puertas, que tuviese que combatir para abrirlas. Pero acaso porque era mas su miedo al triunfo que á la derrota, en el momento, no pensaba en esta, y daba aquel por indudable. No se acordaba ya del poder, ni de las armas de los ricos-hombres: no pensaba mas sino en que habia llegado la ocasion de separarse de su esposo, y separarse para siempre. El dolor ahogaba su corazon: sus ojos no podian ya guardar el secreto de las lágrimas, y alguna que otra gruesa y trasparente rodaba con lentitud por sus mejillas. Ni siquiera se acordaba en aquel punto de Castana, y sola fué á colocarse en una ventana de la torre, que daba frente á la puerta principal del alcázar.

Habia allí apostados unos cuantos almogábares de tan feroz catadura, como todos los de su laya, entretenidos en afilar contra las piedras del muro las puntas de sus dardos, que en verdad no lo necesitaban; pero doña Inés no hizo alto en ello porque ya

los habia visto en diversas partes, lo mismo recorriendo los caminos, que guarneciendo ciudades y fortalezas. Además, que despues de conocer á Aznar, y de medir su gran valor y fidelidad, habia tambien desaparecido de ella el horror que le inspiraban, y aun comenzaba á mirarlos como amigos.

A poco de estar allí asomada, vió llegar á Gil de Atrosillo y á Lizana, muy presurosos, entretenidos en ardiente conversacion, de tal suerte, que no pusieron los ojos siquiera en los almogábares.

—Ya lo dejo todo dispuesto, decia Lizana; y por mi fé, que si tan cerca están, como se cuenta, pronto sabrán que corre aun por nuestras venas la sangre de los guerreros del monte Pano. Juremos, Atrosillo, como juraron allí nuestros padres perder la vida antes que consentir que los tiranos nos arranquen nuestros fueros.

—¿Y no os parece, decia, Atrosillo, que deberiamos haber salido á pelear á campo abierto? ¿No será mengua de nuestro honor, defendernos detrás de estos muros inexpugnables?

—Soy mas viejo que vos, Atrosillo, y no extrañareis que me tenga tambien por mas prudente. Muy bueno que sería eso, si á campo raso no pudiera confundirnos su muchedumbre. Pero siendo tantos, como dicen que son, fuerza es que detrás de estos muros demos tiempo á que se disminuyan sus fuerzas, y se reunan todas las nuestras, y podamos elegir el dia y la hora de la batalla, saliendo, cuando nos convenga, al campo. No intentarán el asalto; pero si á tanto llegase su locura, al primer sonido de la trompeta acudirémos al muro, y darémos racion de carne á los cuervos para muchas semanas. Por Jesucristo que han de saber esos mercaderes catalanes lo que es el pendon de Lizana.

Llegaron en esto al pié de la escalera principal, desde donde se descubrian muy bien la puerta y los almogábares, y Gil de Atrosillo dijo á Lizana.

—Por las barbas de mi abuelo, Lizana, que aquellos que allí están son almogábares, y no lo habia reparado hasta ahora.

¿Quién ha encomendado á esos miserables la guarda del alcázar?

—Peor sería, dijo Lizana, que estuvieran en las torres ó en las puertas de la ciudad. En punto están donde no pueden hacer mal alguno, ni abrir un rastrillo, ni echar una escala, y con que los muros exteriores del alcázar estén llenos de gente nuestra, basta para el seguro que necesitamos. Ya dije delante de vos que no conviene irritarlos ahora: tiempo llegará de que, á nuestro sabor, esterminemos su casta maldita... Sin duda dispuso esto así Roldan, á quien ayer lo dejé encomendado.

Tras esto desaparecieron en las revueltas de la escalera que caia debajo del aposento en donde estaba la reina: un instante despues se sintió un espantoso ruido.

—¿A mí, villanos? ¿No me conoceis? exclamaba uno. Y era sin duda voz de Ferriz de Lizana.

Sintióse tambien otra voz que parecia de Gil de Atrosillo, la cual gritaba ó hablaba muy alto; pero no pudo entenderse lo que decia. Hubo fragor de armas y voces sordas, y luego no se oyó mas algun ruido.

La reina que no podia dudar de quién eran las voces, quedó aterrada, inmóvil, sin osar apartarse del alfeizar de la ventana.

Pasados algunos momentos, entró Roldan.

—¿Qué haceis aquí, almogábares? preguntó á los que guardaban la puerta.

Mas ellos no le contestaron.

—¿Qué haceis, digo? tornó á preguntarles.

Tres almogábares saltaron instantáneamente sobre el caballero, el uno le puso la mano en la espada, el otro le tapó la boca con un pedazo de malla, y alzándole á un tiempo en alto comenzaron á subir con él las escaleras. Momentos despues bajaron como si tal cosa, como si nada hubiera acontecido. La reina agitada con sus sentimientos contradictorios, con la conversacion de Lizana y Atrosillo, y con los siniestros sonidos que habia es-

VIZARRO
CODERCH

cuchado despues, estaba ya aterrada: esta escena de Roldan llevó al último punto su espanto.

Y en seguida vió llegar unos tras otros á los principales señores de la corte: muchos no repararon en los almogábares: otros los miraron con extrañeza; pero no dijeron palabra. Y cada vez que subia alguno, se oia el mismo estruendo que la vez primera.

—¡Traidores! decia este.

—¡Villanos! clamaba otro.

Y luego se sentian sordas voces y algunos gemidos; y poco despues nada, nada absolutamente.

—¡Castana! ¡Castana! gritó doña Inés al cabo de un rato que vió que mas no subian, ni se sentia rumor alguno.

Castana acudió al punto alegre, lozana, mas linda y mas graciosa que nunca. Pero al ver á doña Inés desencajada y llena de espanto, desapareció de su rostro toda muestra de alegría, y exclamó:

—¿Qué teneis, señora mia? ¿Qué sucede?

—Castana, dijo la reina; aquí debajo de nosotras están pasando horribles escenas: he sentido el son del hierro contra el hierro, y he oido muchos ayes de moribundos.

—¡Ay! prorumpió Castana, recordando que abajo estaban con Aznar otros muchos almogábares, y las palabras vagas, siniestras de la noche anterior. ¿Conque ha habido lid? ¿Conque ha habido muertos? Dios tenga piedad de Aznar, señora.

—¡De Aznar! ¿Qué dices, Castana?

Y la pobre doncella, bañada en llanto, contó á su señora cuanto habia hecho, y visto, y oido.

—¡Han asesinado á los ricos-hombres! exclamó la reina, con tanto horror como asombro.

—¿Sabeis que han sido ellos los muertos? ¿Estais segura de que no ha perecido Aznar? dijo sencillamente Castana.

—Bien decia yo, continuó la reina sin prestarla atencion, que

esos almogábares son de raza de lobos: ¡han asesinado á los mejores varones de Aragon!

Al propio tiempo se oyó lejano ruido de trompetas y clarines, y confuso estruendo y vocería. Por la puerta misma del alcázar entró un soldado de las mesnadas corriendo á mas correr, y gritando:

—Alarma, alarma, estamos perdidos, ¿no hay quien defienda la puerta cerrada del alcázar? Por ahí están entrando los almogábares en la ciudad. Bien podeis verlo desde el muro.

Al oirlo los almogábares, quisieron apoderarse de su persona; pero el fugitivo, mudando de camino, volvió á salirse á la calle gritando, y, aunque ellos le dispararon algunos dardos, no debieron acertarle, porque volvieron á recojerse en el patio, no sin algunos votos é imprecaciones.

El estruendo y las voces se fueron poco á poco acercando, y luego el concertado son de muchos instrumentos militares, y el pisar de muchos caballos, llegó á los oidos de doña Inés y de Castana.

—¡Viva el rey D. Ramiro! clamaba la muchedumbre.

Doña Inés cayó desfallecida, sin poder mas sufrir en su corazon tan contrarios afectos. Castana, sentada á su lado, lloraba amargamente: ni una ni otra hablaron palabra por largo rato.

Y en esto la vocería fué aumentándose, hasta inundar con su eco inmenso el alcázar: sonaron dentro del mismo patio los clarines y músicas militares, y el ruido de los caballos que allí paraban.

Doña Inés no pudo contenerse, y se asomó de nuevo á la ventana. El rey D. Ramiro y el conde de Barcelona, ricamente armados ambos, acababan de apearse, y comenzaban á subir las escaleras: el patio del alcázar era un océano de puntas de lanzas y de cascos y plumeros, y por entre los caballeros y caballos vagaban, rotos y espantosos, multitud de almogábares.

—¡Qué airoso está! exclamó doña Inés. ¡Qué bien que le caen ya las armas!

Y despues de dudar un momento sobre si deberia ó no bajar al patio mismo, se encaminó á sus aposentos, precipitadamente, seguida de la fiel Castana.

Notábase que no entraba el gentío por la puerta principal que daba á la ciudad, sino por un pasadizo opuesto que debia comunicarse con alguna otra, acaso aquella misma de que hablaron Aznar y Castana.

CAPITULO XXVIII.

DONDE SE CONTINÚA EN ALGO LA MATERIA DEL ANTERIOR, Y, ASÍ COMO AL DESCUIDO, SE ACLARAN SUCESOS NO BIEN EXPLICADOS HASTA AHORA.

Y así fué temido el monje
Con el son de esta campana.
Romance viejo.

Poco despues el rey D. Ramiro y el conde D. Berenguer, acompañados de muchos caballeros catalanes y algunos aragoneses, que habian estado esperando á juntarse con el mas poderoso, llegaron al gran salon donde solian darse las régias audiencias. Grande fué el asombro de todos cuando le hallaron solo.

—Pensé, dijo el rey, hallarle ocupado por los ricos-hombres, y que me disputasen desde aquí todavía el poder que heredé de mis abuelos ya que no osaron cerrarme las puertas.

—No me coje de sorpresa, dijo D. Berenguer. Harto os dije antes de avistar estas torres de Huesca, lo que luego punto por punto ha acontecido. Ya os anunciaba yo que los ricos-hombres, al vernos en armas, no osarian aguardar un momento, y la plebe y gente menuda, entregada á sí misma, os abriria, como os ha abierto, las puertas, y os aplaudiria con muy verdadero entusiasmo. Conozco á los magnates, y al vulgo que son iguales en todas partes: sobre todo, el vulgo que aplaude siempre al que triunfa, y que, si ayer os menospreciaba, porque os veia humilde y bueno, hoy ha de adoraros si os ve robusto y terrible.

—Tales lecciones, respondió D. Ramiro, podeis vos aprove-

charlas, que habeis de ser rey de Aragon en adelante, porque á mí, buen conde, pocos dias me restan de serlo.

El conde hizo una afectuosa reverencia al rey; y en aquel momento mismo abrióse una portezuela que habia en el fondo del salon, y apareció Aznar seguido de Fortuñon y de otros almogábares.

—¡Aznar! gritó al momento el rey. ¿Qué fué de los ricos-hombres? ¿Se han salido de Huesca? ¿Piensan hacer resistencia en sus castillos? ¿Huyeron cobardemente? ¿Y la reina? ¿Y mi hija?

—Los ricos-hombres, señor, respondió Aznar gravemente, no os molestarán mas en esta vida, ni mas levantarán contra vos la cabeza.

—¿Se han allanado, Aznar? repuso el rey. ¿Pues cómo no me avisaste de ello segun lo convenido? Corred al punto y disponed que nadie sea osado de tocar á uno solo de los ricos-hombres donde quiera que se hallen, dijo volviéndose á los de su comitiva. Luego añadió:

—Y ¿como no me has avisado Aznar? Creí que allanados los ricos-hombres, lo primero que oiria en Huesca, seria el son de esa campana de S. Pedro, que con su sonido me llamase á mí al monasterio, ya que á ellos los hubiese llamado á la sumision y lealtad que me deben. Y aun ha estado en poco que no entrase á hierro y saco en esta ciudad fidelísima, que, lejos de ofrecerme resistencia, me ha abierto esa puerta del alcázar, y me está colmando de bendiciones. Sobre todo, á tus hermanos los almogábares, Aznar, no sé como he podido contenerlos. Todavía me temo que hagan algun estrago; y cierto que seria para mí nueva desdicha, añadió suspirando.

—En cuanto á lo de la campana, dijo Aznar sin levantar los ojos del suelo, pero con grande aplomo, no habeis de echarla de menos; porque si vos no la hais sentido, sentida será en todo Aragon, y aun en todo el mundo. Venid, vereis la campana que os he dispuesto.

Y echó á andar hácia la portezuela que habia quedado abier-

ta. El rey y el conde le siguieron sin darse cuenta de aquellas extrañas palabras: bajaron algunos escalones, y se encontraron en el aposento que ya conocen nuestros lectores, allí donde la noche anterior dejó Castana á los almogábares.

La escasa luz de mediodia que alumbraba aquella lóbrega mansion, puso delante de los ojos del rey y del conde un siniestro espectáculo. Ambos, rey y conde, prorumpieron en una exclamacion terrible, no bien lo alcanzaron sus ojos. En derredor del garfio que colgaba del punto céntrico de la boveda, mirábanse catorce cabezas recien cortadas imitando en su colocacion la figura de una campana: en lo interior de aquella extraña campana colgaba otra cabeza que hacia como de badajo, la cual reconocieron los presentes por del arzobispo Pedro de Luesia: las otras eran de Lizana, de Roldan, de Vidaura, de Gil de Atrosillo y de los demás ricos-hombres.

Debajo habia una enorme piedra que debió servir de tajo, y de pié, junto á ella, se miraban dos negros de feroz catadura con los alfanjes desnudos y goteando sangre: eran Yussuf y Assaleh, los esclavos del conde de Barcelona.

Mas lejos estaban los troncos descabezados, y llenos de heridas algunos: entre ellos se veian los cadáveres de algunos almogábares que debieron sucumbir en lid, porque estaban tambien acribillados de heridas.

D. Ramiro y D. Berenguer retrocedieron involuntariamente; y no pudiendo sufrir por mucho tiempo la vista de aquel espectáculo, lleno el primero de horror y de miedo, con repugnante gesto el segundo, salieron de allí volviéndose al salon.

—¿Quién ha ejecutado estas muertes? ¿Por órden de quién se han ejecutado? preguntó D. Ramiro con acento que señalaba al mismo tiempo horror y cólera.

Fortuñon sintió bañada de frio sudor su frente. Aznar se dejó caer á los piés del rey, y le puso en las manos el pergamino, diciéndole con voz casi desfallecida:

—Aquí está, señor, firmado al parecer de vuestra propia ma-

no: yo forjé falsamente este escrito, y engañé con él á estos leales servidores vuestros: yo soy, pues, el único autor de la justicia que acabais de ver. Mi corazon me dice que he hecho bien; que eso, y no otra cosa merecian los traidores, que de ese modo, y no de otro, podia serviros. Mas si me equivoqué, castigadme: que con haber quitado tantas cabezas rebeldes, y haber librado de ellos al reino, quedaré contento.

—Levántate, Aznar, le dijo el rey: levántate, y Dios te perdone, como yo, los nuevos remordimientos que tu hecho va á causarme, y el mal nombre con que he de pasar á la posteridad por tu culpa. Y Dios quiera no dártelos á tí muy grandes, porque al cabo has cumplido aquella tu negra venganza. Pero ahora recuerdo que yo tambien tengo la culpa por haberte dicho que fué Lizana el matador de tu hermano. Dios mio, Dios mio, ¿qué va á ser de mí con tantos pecados?

En aquel momento apareció á la puerta Castana.

—Oh, Castana, Castana, continuó el rey, ¿dónde está la reina, tu señora? ¿Dónde la princesa, mi hija? Y añadió, acertando apenas á hablar: soy mas infeliz cada dia, cada momento que pasa..... La corona está maldita en mí..... ¿Dónde se halla la princesa?

—La princesa está depositada en casa de Azlor, respondieron á un tiempo várias voces sin dar tiempo á que hablase Castana.

—La reina, dijo esta, me envia á deciros que os aguarda en su aposento.

—Ea, pues, repuso sin atender á Castana D. Ramiro: Aznar y todos vosotros, vos Alqueizar, y vos, y vos, y al propio tiempo señalaba á los caballeros de su comitiva, id á la casa de Azlor y traed á la princesa, á fin de que la vea y reconozca su tutor y futuro esposo el conde de Barcelona. Saludad, aragonéses, á vuestro nuevo rey el buen D. Berenguer y á vuestra nueva reina doña Petronila.

Siguióse una aclamacion inmensa.

El continente del conde, marcial y generoso, prevenia en su

favor, de una parte, y de otra el deseo de agradar en aquellos momentos al rey, ponia aliento en todos los labios.

Y ninguno imaginó que con aquel entusiasmo hácia los nuevos reyes insultaba á los que entonces bajaban del trono: quizás la reina doña Inés, con su delicado instinto, hubiera comprendido este insulto.

Pero en tanto, las personas señaladas para traer á la princesa, de casa de Azlor, se reunieron todas alrededor del rey, menos una: Aznar.

Ya hacía rato que Castana le buscaba con ojos inquietos entre la muchedumbre sin acertar con él.

Al ver ahora cuánto tardaba en reunirse con sus compañeros, el rey preguntó por él en voz alta, y nadie le respondió. Aznar se habia hecho en un momento tan famoso, que su extraña ausencia excitó entre la multitud no poca curiosidad y sorpresa.

Por tres veces le llamó el rey; mas en ninguna de ellas respondió.

Y ¡oh felicidad prodigiosa del vulgo para forjar sucesos maravillosos! Cuando sonó la segunda pregunta del rey, ya corrian por la espaciosa sala várias versiones absurdas de su desaparicion, sosteniendo estos que alados demonios lo habian arrebatado de allí mismo para llevarlo á pagar en los infiernos la muerte que habia dado á los ricos-hombres; opinando aquellos que, arrepentido y asombrado de su propio hecho, se habia retirado de la concurrencia, manifestando á algunos en confianza, que iba á consagrar al servicio de Dios lo que le quedase de vida.

Pero ni Aznar era para monge, ni el diablo se habia tomado la molestia de pensar en él todavía.

La verdad era, que el almogábar se miraba reclinado en la pared al un extremo de la sala, exánime y al parecer sin vida.

Castana fué quien lo descubrió primero: ¿ni quién habia de descubrir al amante primero que la mujer enamorada?

La pobre muchacha no pudo contener sus sentimientos, y

sin respeto á los príncipes ni á la córte que allí estaba, se lanzó al lugar donde descubrió al almogabar, gritando:

—Aznar, Aznar.

La gente que habia en el salon era tanta, que la doncella halló muchísimos obstáculos para abrirse camino.

Pero todos los ojos se fijaron en el punto hácia donde ella señalaba con las manos, y vieron á Aznar inmóvil, doblada la cabeza sobre el pecho, y apoyadas las espaldas en el muro.

El rey, aunque tan preocupado, no tardó en apercibirse del caso, y no recordando en aquel momento sino los grandes servicios que le debia, se adelantó hácia él presurosamente: todos los circunstantes abrieron paso.

Entonces se notó que por debajo del grosero capuchon de malla que vestia el almogábar, brotaba un torrente de sangre.

Castana se abrazó con él, exhalando profundos gemidos: el rey mandó llamar al punto á su físico, que era un hombre atezado y de sombrío semblante, el cual, con venir vestido á la cristiana, bien aparentaba haber nacido en las márgenes del Muluya, y haber estudiado en alguna de las escuelas famosas de Fez ó de Córdoba.

El físico declaró que Aznar no estaba muerto, sino que se habia desvanecido á causa de la mucha sangre que estaba perdiendo largo rato habia, segun las señales.

Tenía dos grandes heridas, en el costado la una, y la otra en la cabeza, sin otros rasguños en diversas partes: su estado era verdaderamente grave, y el docto africano no se atrevió á responder de que sanase.

Al punto mandó D. Ramiro que se le trasladase á una de las mejores habitaciones del alcázar; y dejando solos á sus caballeros y cortesanos, se entró por los aposentos solitarios á desahogar su pecho, mas oprimido que nunca.

En tanto Castana, separándose tambien de la córte, y olvidada de toda otra cosa, siguió al herido hasta su aposento, y allí

pasó lo que quedaba de dia y toda la noche, atendiendo á su respiracion, á su voz, á sus mas pequeños movimientos.

La pobre muchacha habia forjado tales castillos en el aire, que apenas acertaba á comprender ahora cómo estuviesen á punto de desvanecerse con su amor y su ventura.

Mas el físico era implacable.

Cada vez que entraba á ver al herido, exclamaba, sin tener por nada en cuenta la presencia de Castana:

—Será difícil que sobreviva.

Y Castana prorumpia en copioso llanto.

Solo Fortuñon, el viejo Fortuñon, era quien la consolaba: aunque, mas de lo que de hombre como él podia esperarse, mostrábase cuidadoso y afligido.

De cuando en cuando Castana y Fortuñon se apartaban del lecho, y en un rincon del aposento se comunicaban sus temores y esperanzas.

Castana no hablaba mas que de la curacion del herido, ó de su pérdida, que solo el imaginarla le desgarraba las entrañas: Fortuñon mezclaba con estas conversaciones ciertos pormenores sobre el suceso, que la sencilla doncella, sin curiosidad de saberlos, veíase forzada á escuchar hartas veces.

—Esa herida que tiene en la cabeza, decia aquel, debió recibirla de manos de alguno de los hombres de armas que guardaban el alcázar. Figúrate que al alborear el dia salimos del zaquizamí donde nos metiste, muy sigilosamente, y bajamos al patio. Las puertas estaban cerradas todavía, y aquí y allí tendidos en el suelo dormian algunos mesnaderos de los mas osados. Uno solo habia quedado de atalaya, y ese, con el cansancio y la proximidad del nuevo dia, apenas podia resistir el sueño, de manera que tenía los ojos cerrados y la cabeza reclinada en el muro. Dispárale tu dardo, le dije yo á Aznar, señalando al atalaya; mas no quiso creerme, antes haciendo ascos de matarle dormido, se acercó á él silenciosamente y le echó mano á la partesana para desarmarlo. Pero el condenado del hombre no estaba mas que

traspuesto un poco, y despertó en aquel momento, y le dió un golpe con la partesana, que el valiente Aznar no pudo evitar desde tan cerca. Y bien que lo pagó el de la atalaya, porque sentirse herido y derribarlo de un solo tajo fué todo uno para Aznar. A los otros pobretes los sorprendimos durmiendo como lirones, y los pusimos á buen recaudo en los sótanos del alcázar, y desde el patio recorrimos los demás puestos, y á los que los guardaban, que bien serían en todos seis docenas, los encerramos con sus compañeros; de suerte que quedamos por dueños del recinto, y á la hora acostumbrada abrimos la puerta que da á la ciudad y la que da al campo, y aguardamos así á los ricos-hombres y al rey. ¡Buena jornada fué por vida mia!

Castana suspiraba tristemente é iba á visitar el lecho del herido, y luego tornaba á dar cuenta de sus observaciones á Fortuñon.

El viejo almogábar se obstinaba en consolarla á su manera, diciéndole estas, ó semejantes palabras:

—Él moribundo está, Castana; pero júrote que con haber peleado en el Alcoraz, y haber asistido en el cerco de esta ciudad de Huesca, que fué de moros, como tú sabes; júrote, digo, que no ví en mi vida mayor valentía que la de Aznar, ni corazon mas determinado. ¡Cuenta que eran valientes los ricos-hombres! Así no fueran ellos contra el rey, ni parecieran tan soberbios como eran animosos y diestros. Tengo para mí que eran de los mejores caballeros del mundo. Sábete que con estar mas de treinta de los nuestros apostados en la gran sala adonde ellos se reunian, hubo algunos á quienes no pudímos rendir sino rindiendo ellos antes la vida. ¡Qué Roldan! ¡Qué Roldan! Él solo despachó á dos de los nuestros en un santiamen. Pues ¿y el viejo Lizana? Lastimábame el verle, yo que le conocí en el Alcoraz, y no quise poner mano en la pelea. Cuatro almogábares se lanzaron sobre él, y Lizana, como si no le embargasen los años, supo deshacerse de ellos sin daño alguno. Entonces Aznar se arrojó á él, y por largo rato lidiaron cuerpo á cuerpo; y cierto era cosa

muy de ver aquella lucha. Aznar, como mas jóven, era mas ágil; pero no estaba tan bien armado, ni con mucho, como Lizana, ni era tan diestro como él en manejar la daga. Ninguno de nosotros ayudó á Aznar; pero éste tuvo á Dios de su parte, y derribó á su contrario, aunque á costa de esa herida del costado que tanto mal le causa. Aun me parece oir á Lizana, que en el momento de espirar dijo, alzando los ojos al cielo: «Dios mio, tú que me dejaste ver el peligro, ¿por qué me cegaste tanto los ojos cuando lo tenía cerca, para que no lo viese ni pudiese evitarlo? ¿Qué vale la prudencia de los hombres, si no ha de servir mas que para antever el mal, sin acertar casi nunca á remediarlo? Dios mio, Dios mio, conserva para mis hijos la libertad de Aragon.» No pudo decir mas, porque yo, que muy atentamente le estaba oyendo, por no verle mas padecer, ya que habia de morir de todos modos, tomé sobre mí el doloroso encargo de acabarlo de un golpe.

—¡Qué horror, exclamaba Castana!

Pero, sin embargo, en otra ocasion habria sentido su alma llena de orgullo al oir tales relaciones; porque son pocas las mujeres que no estimen el valor sobre todas las cosas, y en el siglo XII, bien pudiera decirse que era la mayor de las virtudes para enamorar femeniles corazones.

En el trance en que estaba Aznar, tales relaciones, mas bien afligian que no daban consuelo alguno á la sensible amante.

Y segun dice el cronista, así pasaron dos, cuatro, seis dias sin notarse al parecer grande alivio en el almogábar; siempre Castana suspirando y Fortun relatando, sin otra visita ni compañía que la del físico renegado, que ó no respondia, ó respondia mal á las preguntas que le hacian los vigilantes enfermeros, y la de algun paje ó caballero que por sí, ó de parte del rey, venia á enterarse de la salud de Aznar.

Un dia en que se mostraba algo mas aliviado, Castana salió un momento, el viejo Fortuñon se durmió profundamente, y cuan volvió ella, y cuando él despertó, se hallaron vacío el lecho del enfermo: Aznar habia desaparecido.

Castana y Fortuñon se devanaban los sesos por acertar las causas de aquella extraña desaparicion; pero solo pudieron saber, por el pronto, que uno de los escuderos que solian acudir á visitarle, habia entrado en el aposento, y que no bien se marchó este, se levantó detrás de él Aznar, aunque descolorido y tan flaco que no parecia que pudiese dar un paso.

CAPITULO XXIX.

EL CUAL SERIA DE GUSTOSA LECTURA PARA LAS MUJERES SENSIBLES, SI EL CRONISTA DE ESTA HISTORIA LO HUBIERA ESCRITO MEJOR.

Estoy sola y lloro, lloro
Porque el pecho se me quiebra
MARGARITA.—*El Fausto.*

Basta del almogábar y de su querida.

Así como así, aunque tan humildes, han llenado ya lo mejor de la historia. ¿No será justo que dejemos algun capítulo para doña Inés, algunas pájinas para D. Ramiro?

Pues á fe que bien lo merece la extraña situacion en que ambos se encuentran.

Ya ha llegado D. Ramiro, y se ha cumplido el deseo de verlo que tenia doña Inés: ya ha vuelto D. Ramiro, y se han realizado los temores y las penas que doña Inés sentia.

Vino el trance de la separacion, la hora de que D. Ramiro entrase en aquel cláustro de S. Pedro el viejo, tan lúgubre y tan sombrío, que habia hecho levantar para ello: vino la ocasion de que doña Inés se hallase sola en el mundo sin poder mas llamarse esposa ni amante.

Por cierto que la historia se reanuda, y de suerte que no parece que haya trascurrido tiempo alguno, ni algunos sucesos. Ni parece que los ricos-hombres se rebeláran, ni que el rey huyera, ni que D. Ramiro fuese guerrero por ser monge, ni que doña Inés llorára ausencias que apartaban un tanto de ella la au-

sencia eterna de su esposo amado. Todo vuelve al ser que tenia cuando se puso la última piedra de S. Pedro el viejo.

Pero no; hay una cosa de mas, que son los nuevos remordimientos, que los sucesos últimos debian de enjendrar por fuerza en D. Ramiro.

Pálido, desencajadas las facciones del rostro, dejó el gran concurso que habia acudido á recibirlo, y se retiró á lo interior del alcázar.

Vagando por aquí y por allí, se le vino la noche encima á tiempo que llegaba á la puerta de una alcoba ricamente decorada, y dudó un momento si habia ó no de entrar en ella: parecia que una esperanza le impulsaba, al propio tiempo que un presentimiento le apartaba de allí. Era el aposento de su mujer: era la alcoba nupcial.

Entró al cabo. Entró, llevando consigo el tropel de sus remordimientos, que no le daban descanso alguno, buscando, no sabía qué, una cosa imposible: la calma de los años de su infancia, el reposo de los dias serenos de su monasterio.

Y entró mirando en el espacio ojos que no le miraban, distinguiendo rostros que no habia: ojos amenazadores, rostros ensangrentados.

Era el arzobispo Pedro de Luesia, con sus hábitos pontificales, segada la cabeza por la garganta, y destilando sangre: era Ferriz de Lizana, revueltas y manchadas las venerables canas, azotadas las gloriosas cicatrices del rostro, maldiciendo aun despues de muerto á sus asesinos: era Roldan, era García de Vidaura, eran todos los ricos-hombres degollados. Era aquel valeroso jóven Aznar, muerto quizás por él y en su defensa.

¡Ay de D. Ramiro! ¡Ay del monge apóstata, por quien se habian hecho tantas muertes, aunque fuera sin órden suya, aunque de sus labios no hubiera salido otra palabra que la palabra perdon!

La sangre derramada debia caer sobre él gota á gota: aquel delito espantoso debia ser nueva causa de condenacion eterna:

con él, y el quebrantamiento de sus votos, su perdicion debia ya reputarse como irremediable.

¡Ay, ay de D. Ramiro! ¡Ay, ay del rey de Aragon!

Tal decia ó pensaba él al entrar en la alcoba nupcial: tales ideas, amontonándose en su fantasía, le arrastraban no sabía ya adonde, al través de tinieblas y tinieblas, por enmedio de multiformes y horrendas fantasmas. Su exaltacion religiosa habia llegado á un punto tan extremo, que confinaba con el delirio, con la insania.

Y si al entrar en aquella alcoba, donde pasaba tan venturosas horas, se hubiera hallado á solas con la noche y consigo mismo, otro habria sido, por ventura, el fin que señalasen las historias al rey D. Ramiro: habria acabado por estar loco.

Pero al mirar desatentado por todas partes, sus ojos se fijaron sin querer en una sombra apacible, que delante de él se levantaba, la cual le pareció un rayo de luz en noche cerrada, un manantial en el desierto, un ángel del cielo que venía á templar su exaltacion horrible.

¿Qué era aquella sombra? ¿Qué era aquella vision inesperada? D. Ramiro se paró, sin osar acercarse á ella, conteniendo aun la respiracion como si temiera espantarla, como si temiera verla desaperecer, al modo que la niebla desaparece cuando se levanta el viento, y la paloma al sentir el son del torrente, y la espuma del mar al tocar en la arena.

Suspenso, inmóvil, puesto el ánimo entre los remordimientos y la esperanza, miraba D. Ramiro, y tornaba á mirar la aparicion, sin comprenderla mas por eso.

Ya sus ojos, que comenzaban á acostumbrarse á las tinieblas, le dejaban distinguir algo. Y á creerlos á los ojos, lo que habia allí era una mujer arrodillada y de espaldas á la puerta por donde habia entrado D. Ramiro, sueltos los cabellos y derramados en una garganta blanca como el cuello de un cisne: cabellos de color de oro.

De cuando en cuando levantaba los brazos al cielo, y flotaban las anchas mangas de su vestido blanco; y al hacer aquel movi-

miento, no parecia sino que iba á tomar vuelo para levantarse y subir al empíreo.

Si era un ángel, las formas las tenía de mujer. Mas en verdad, ¿qué otra forma podrian tomar los ángeles si bajáran á la tierra?

Mentira parece; pero el cronista asegura, y no hay por que negarle crédito, que, grandes como eran los combates que tenía D. Ramiro en la cabeza, se disiparon del todo en un punto; y su frente se serenó, y sus ojos se pusieron claros; y la desatada rueda de sus pensamientos, calmó un tanto sus incansables giros; y en el momento mismo en que iba á estallar la locura en su mente, sintióla llena de inefable esperanza.

¿Es que Dios se compadece al fin de sus cuitas? ¿Es que su justicia está satisfecha con los tormentos que han desgarrado ya su alma, y envia un ángel que ponga término á ellos?

No lo sabe D. Ramiro. Pero el caso es que sin querer, al iluminarlo aquella idea de esperanza, dió algunos pasos hácia la vision dichosa de quien la recibia. Tornó ella, al oirlos, su rostro de mujer, y lanzó un grito indefinible, y levantóse al punto. Y D. Ramiro reconoció en ella á la reina.

Su ilusion se habia desvanecido; pero no la calma de su frente, no el reposo inefable de su corazon.

Porque, á la verdad, si doña Inés no era un ángel, era hermosísima, verdaderamente angelical, y no habia medio de echar de menos junto á ella criatura alguna. Y luego el amor que dentro de su alma la profesaba D. Ramiro; y luego la ausencia, y el recuerdo de que era madre de su hija, bien disculpan que el rey se contentase con verla, y no echase de menos la ilusion que habia perdido.

—¡Doña Inés!

—¡D. Ramiro!

Fueron, al verse, las primeras exclamaciones de los esposos. D. Ramiro dió tres pasos adelante para recibir á su esposa, y esta se precipitó á él con los brazos levantados. Pero al llegar uno jun-

to á otro, D. Ramiro volvió á echar atrás los tres pasos que habia dado hácia adelante: doña Inés quedó parada, incierta, indicando en su actitud un abrazo imposible, derramando gruesas lágrimas, que lentamente resbalaban por sus mejillas.

Al cabo D. Ramiro rompió el silencio.

—¡Ah! doña Inés, dijo: á punto estamos ya de cumplir nuestros votos, y hoy mas que nunca debemos abstenernos de faltar á ellos. Mirad cómo nos protege Dios: cómo á vos os ha sacado de un género de cautiverio, y á mí de tantas humillaciones, á fin de que uno y otro podamos salvar nuestras almas.

La reina no lloraba á la sazon: en sus ojos se leia esa resignacion infinita, indefinible, que solo saben tener las mujeres, y las mujeres religiosas.

D. Ramiro continuó:

—¿Sabeis que me alegro de hallaros antes de retirarme al monasterio? ¿Sabeis que es dichoso azar que yo aquí os encuentre? Pensé que salierais á esperarme...

—¿No os han dicho, señor, que os aguardaba yo aquí? dijo la reina tímidamente.

—Si he de deciros la verdad, no sé, no sé: mi cabeza estaba tan revuelta, que no pude oirlo... Puede ser que Castana... Mas ¿no sabeis lo que le ha pasado á Aznar? ¡Ah, señora! ¿No sabeis lo que ha sido de los ricos-hombres?

Y al decir esto, su frente comenzaba á nublarse de nuevo.

—Todo lo sé, D. Ramiro.

—¡Oh! pues entonces, dijo el rey acercándose á doña Inés; entonces ya sabreis cuánta es mi desdicha: ya sabreis qué nuevos remordimientos pesan sobre mí: yo no puedo, no puedo ya con ellos: no hay penitencia ya que baste á rescatar mis culpas.

—Y ¿cuáles teneis vos, D. Ramiro, en esas muertes? ¡Oh, esposo mio, no os atormenteis así voluntariamente! Cuando entrásteis, vuestro rostro estaba sereno, alegre, tal como debe estar el rostro del hermano cuando ve á la hermana querida tras una ausencia peligrosa. Y ya veis que he aprendido á daros nom-

bre de hermana; ¡aunque me ha costado tanto, tanto! Porque, mientras mas esfuerzos hacía mi cabeza por enseñármelo, mas me decia el corazon otro nombre tierno. Pero hermano, hermano mio, ¿cuál es la causa de que, al verme, os hayais entristecido? Ya sé yo que no puedo serviros de consuelo; pero pesar, ¿por qué tampoco he de causároslo? Yo no quiero nada, no os pido nada, sino que no me aborrezcais.

—¡Aborreceros! exclamó D. Ramiro. ¡Ah! Ojalá pudiera solo dejar de amaros... Porque yo os adoro... te adoro, Inés, te adoro; sábetelo por si no te veo... por si no te hablo mas en adelante.

—¿Conque me amais todavía? dijo doña Inés llena de júbilo.

—¿Que si te amo dices? ¡Ah! No, no por cierto, respondió espantado de sus propias palabras D. Ramiro. ¿Dije que os amaba, y os adoraba? Debí decir que deseaba dejar de veros...

—¡Y qué! ¿Eso, eso deseais? dijo doña Inés, saltándosele subitamente las lágrimas.

—Eso deseo, sí, por sosiego vuestro y mio.

—¡Entonces ¿por qué decís ni por un momento que me amais? ¿Por qué no confesar que me aborreceis claramente? Ya comprendo bien por qué no prestásteis atencion á Castana cuando os dijo que yo os aguardaba en este aposento: no hay que buscar otra causa. Comprendo que maldigais la casualidad que nos ha reunido, y que tanto os entristezca el verme despues de una ausencia que me ha costado tantas lágrimas. ¿No os basta con que yo renuncie al nombre de esposa? Porque mis derechos bien podriais quitármelos; pero el nombre no, á no ser que, por complaceros, yo misma lo dejára ¿No os basta eso, sino que á mas habeis de deplorar los pocos momentos en que me veis? ¿Qué diferencia hay entre esto y aborrecerme como yo digo?

Despues de estas extrañas mudanzas de dolor y de júbilo, hubo un instante de silencio. Doña Inés lloraba á lágrima viva: don Ramiro procuraba poner algun órden en sus pensamientos. Al fin rompió este el breve silencio, diciendo:

—Estais engañada, doña Inés: no me ha entristecido el veros; me ha entristecido el recordar, sin querer, aquellos sucesos horribles, espantosos, que me hacen tanto peso en la cabeza y me oprimen tanto el corazon. El veros ¿cómo habia de entristecerme? ¡Si yo os contára lo que me ha sucedido! ¡Si yo os dijera que me habeis hecho feliz por un instante: feliz como el dia de nuestras bodas, como apenas lo he sido desde el punto en que solté los cilicios y vestí este malhadado traje de rey!

—¿Yo haceros feliz? ¿Qué decís, D. Ramiro? ¿Sabeis que no habria para mí felicidad como esa de poder haceros feliz, aunque fuera por breves instantes?

—Sí, sí: muy feliz me habeis hecho. Figuraos que yo venía cargado de remordimientos, loco, sin esperanza, y que al llegar aquí veo una sombra celestial, veo una mujer arrodillada que levantaba al cielo los brazos como pidiendo misericordia para sí.

—¡Oh! no, no, le interrumpió doña Inés: no la pedia para mí, pedíala para vos.

—Gracias, gracias; porque sin duda el cielo os oyó, y la tuvo de mí en aquel momento. Yo sentia ya romperse dentro de mí alguna cosa: no sé si era el corazon, no sé si era la frente: solo sé que era parte del ser mio lo que iba á estallar, que era esta vida en que da frutos todavía el arrepentimiento, lo que se me escapaba, dejando solo en mí el aliento necesario para padecer sin esperanza en el infierno.

—¡Oh! delirais, delirais.

—No, no, dígoos que ya estoy bueno? antes de veros sí que deliraba, y aun creo que iba á volverme loco... Los locos no pueden tener ya arrepentimiento, ¿no es verdad?... ¿No es verdad que ya no pueden implorar para sí el perdon de sus culpas? ¿No es verdad que si me hubiera vuelto loco, mi espíritu habria quedado con la mancha que tiene sin poder lavarla jamás? A vos debo el poder esperar salvacion todavía: el poder trabajar por conseguirla.

—Dichosa yo si eso hice, D. Ramiro.

—Sí, lo hicísteis, continuó D. Ramiro con la propia exaltacion que antes: os ví tan hermosa, con esos cabellos rubios derramados por la garganta, con ese vestido blanco, que parece tejido con aire y con luz: os ví, digo, tan celestial en todo, que no supe conoceros, y no me parecísteis vos misma, sino un ángel que bajaba del cielo á darme consuelos, trayéndome el perdon del Señor.

—¡Ah! exclamó doña Inés.

—¿Suspirais?

—Suspiro, porque me habiais hecho creer que fué de mí propia de quien os vino el consuelo, y no fué sino de una ilusion de vuestros sentidos.

—¡Oh! no digais eso, doña Inés: no hay ángeles mas bellos que vos... que tú... no puede haberlos... me hareis decir blasfemias...

Era de ver la satisfaccion interior, el puro regocijo que asomó en el rostro de doña Inés al oir estas palabras.

Don Ramiro, sin reparar en ello, continuó:

—Yo no sé si habré cometido con esto un nuevo pecado, mas sabed, doña Inés, que si pensando que érais un ángel me acerqué á vos, cuando supe que érais vos misma, que era doña Inés á quien veia, no eché al ángel de menos. ¡Tan grata me fué vuestra vista!

Doña Inés, sin poder contener mas su emocion, lanzó un grito de alegría, y se adelantó involuntariamente hácia D. Ramiro: mas este retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de dolor y de esperanza, de temor y de alegría pasaron á un tiempo por su cabeza. Pero poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardia en los ojos y en la frente, una que se conocia que lo arrastraba, á pesar suyo, como arastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones extrañas; como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el com-

bate. ¿Qué idea le asaltará ahora? ¿Qué idea nueva, ardiente, poderosa, será esta que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?

Sin duda no es melancólica, puesto que sus ojos, de cuando en cuando apagados, brillan ahora con vívido fuego; sin duda no es de despecho, puesto que una sonrisa de placer pasea fugitiva por sus labios.

CAPITULO XXX.

QUE EL ESPÍRITU ES FUERTE, PERO DÉBIL LA CARNE: ES LECCION CRISTIANA, QUE NO DEJA DE HALLAR AQUÍ ALGUN APOYO Y EJEMPLO.

Y mientras caen los agitados rizos
Que la sofocan á su ansiosa faz,
Aumenta en su congoja sus hechizos
La blanca mano que á apartarlos va.
Espronceda.

Largo iba ya siendo el capítulo anterior: tan largo, que ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentimentales de doña Inés y de D. Ramiro.

Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos á lo último del capítulo anterior, y D. Ramiro se arrojó fatigado en uno de los cogines del aposento, hubo entre ambos nuevos instantes de silencio.

Miraba doña Inés á D. Ramiro con curiosidad, con anhelo, como deseando leer en su rostro las menores emociones. Volvia á uno y otro lado sus ojos D. Ramiro, como deseando ocultarlas. Y ni él ni ella se atrevian á comenzar una conversacion difícil á un tiempo para los dos.

Un pretexto faltaba: un pequeño incidente ó detalle, insignificante en cualquiera otra ocasion, era á la sazon bastante para que la conversacion volviera á reanudarse y dieran suelta en-

trambos á los indefiniblos y vagos pensamientos de que estaban poseidos.

Ese pretexto, ese incidente, ese detalle hallólo por azar doña Inés, y se apresuró á aprovecharlo.

—Veo que traeis aun atada al brazo la cinta blanca que os dí por divisa, dijo.

—Ella ha sido mi compañera desde entonces, respondió don Ramiro, y he hecho cuanto he podido por sacarla con honra en el trance, donde juntos nos hemos hallado.

—¡Oh! quitádosla, quitádosla ya.

—¿Por qué, doña Inés? preguntó el rey sorprendido. ¿No es vuestra divisa?

—Lo fué.

—¿Y no lo es ya? No acierto...

—Pues no veis que dice la letra *sin esperanza*?

—No respondió al pronto D. Ramiro, y doña Inés calló ruborizada, temiendo haber dicho mas de lo que debia decir.

Y hubo otros instantes de silencio.

Pero esta vez, lo rompió D. Ramiro diciendo:

—¿Y de qué teneis esperanza, doña Inés? ¿No sabeis que á mí no me es posible tenerla ya en este mundo?

—No digo yo que vos la tengais, hablo de que yo la tengo, respondió la reina.

—¿Vos? Pero ¿en qué?

—¿En qué? Yo os lo diré, porque de vos solo depende que se cumpla ó no, mi esperanza.

—Pues hablad, que si es cosa que yo pueda hacer, y no es contraria á mis votos, bien podeis contar con ella desde ahora.

—¿De veras? ¿Me dais palabra de que me concedereis lo que os pida?

—Con tal, digo, doña Inés, que no se oponga á mis votos.

—No, no se opone segun creo, respondió doña Inés.

—Pues hablad, dijo el rey.

Doña Inés estuvo vacilando por algunos instantes: tartamu-

deando luego, y sin atreverse á decir de un golpe lo que queria, comenzó á hablar de esta manera:

—Es el caso, D. Ramiro, que yo quisiera que... ya veis que con esto en nada faltais á vuestros votos... quisiera, digo... ¿No me hicisteis ya un favor muy grande con favorecer á nuestra hija? ¿No dilatásteis ya vuestros intentos por dos años á fin de complacerme á mí, y ser piadoso con el fruto de nuestros amores? Pues modificad otro tanto ahora esos intentos hasta dejar lo del monasterio y hacer de modo que vivais conmigo en algun retiro oculto donde podamos estar como hermanos.

—¡Doña Inés! exclamó D. Ramiro asombrado.

—¿Qué? ¿No os place contentar mi súplica? ¿Quereis que lleve como antes en mi divisa esa letra que dice *sin esperanza*?

—Pero es, doña Inés, que aun no acierto yo á ver bien lo que quereis.

—Yo os lo explicaré, respondió la reina mas alentada. Figuraos que en lugar de iros á ese sombrío convento de S. Pedro el viejo, os viniérais conmigo á una de las santas ermitas que fundaron los godos en la montaña: allí viviriamos los dos separados del mundo para siempre, y haciendo juntos vida ascética y devota. Dios os manda, sin duda, que os separeis de vuestra esposa, mas no de vuestra hermana y sierva doña Inés, que no desea otra cosa sino pasar el resto de sus años haciendo penitencia en vuestra compañía.

Hemos descrito tantas veces las gracias de doña Inés, que habria de parecer importuno el describirlas de nuevo; pero ello es que jamás habia parecido mas bella en el rostro ni mas galana en el tocado. Y lo dulce de sus palabras y lo suplicante de su actitud, y las lágrimas que se dejaban entrever en sus ojos sin acertar á mostrarse del todo, hacian de ella un ser temible en la seduccion para un alma de roca, que no para la de D. Ramiro.

Y quiso la fatalidad que conforme doña Inés suplicaba, se fuese acercando é inclinándose involuntariamente hácia D. Rami-

ro, de manera que al terminar su súplica, se hallaban tan juntos él y ella, que sus alientos se confundian y se tocaban sus vestidos, y sus ojos mutuamente se reflejaban.

Y en esta actitud se mantuvo doña Inés embebida algun rato como esperando favorable respuesta; y D. Ramiro, sin acertar á responder, sintiendo que un fuego intenso le quemaba las entrañas, y que los pensamientos piadosos no parecian ya por su mente, y que los sentidos le arrastraban, á su pesar, sin mas poder la razon contenerlos. Nada era tan peligroso como el silencio: nada tan difícil como hablar en aquella ocasion.

A D. Ramiro no se le ocurrieron mas palabras que estas:

—¡Qué hermosa estais, doña Inés! ¡Qué hermosa estais!

¡Oh fatalidad! Fatalidad era la de D. Ramiro entonces; y encaminada nada menos que á inutilizar sus penitencias. Porque al decir aquellas palabras que envolvian en sí tan manifiesto amor, los flotantes cabellos de doña Inés vinieron á herir su rostro, y Dios nos perdone, pero cualquiera habria dicho que cuando él los sintió cerca, puso en ellos muy anhelosamente los labios.

—¡Ah, D. Ramiro, D. Ramiro! dijo la reina no poco turbada al ver aquellas demostraciones ya extrañas. Si me amais todavía, ¿que dificultad habeis de tener en concederme lo que os pido?

—Esposa mia, esposa mia, respondió tartamudeando D. Ramiro: no entiendo aun lo que decis: mas sentaos aquí á mi lado, que yo os necesito tener conmigo.

—¿Con vos me necesitais? ¡Oh! Gracias, gracias. Voy á dar órdenes ahora mismo para que juntos marchemos á una ermita de la montaña. Vereis allí como pasamos la vida en penitencia, orando yo por vos, y vos por mí, sin otra idea que la de nuestro eterno reposo.

—No, no me has entendido, Inés, repuso D. Ramiro con voz ronca; y asiéndola de un brazo con todas sus fuerzas, la sentó á su lado.

Doña Inés le miró entonces, y vió que sus ojos brotaban llamas, que sus labios estaban cárdenos, que todo su semblante

denotaba los impulsos mal reprimidos de una pasion ciega, desatentada.

Miróle y tembló, y en aquel punto mismo, tornó á desaparecer su alegría, prorumpiendo en un copioso llanto.

Qué, ¿lloras, mi amor? ¿Lloras? dijo D. Ramiro, recogiendo las manos de la reina en sus manos.

—Lloro, respondió la reina, porque claramente veo ya que es imposible que vivamos mas juntos.

—¡Imposible!

—Sí, imposible, imposible: este arrebato de pasion que sentís, pasará, y en el propio punto os arrepentireis, y á mí, que no soy culpada en él, llegareis á aborrecerme del todo por haberlo en vos excitado.

La luz de la razon alumbró de repente á D. Ramiro al oir aquellas palabras de su esposa.

—¡Infeliz! ¡infeliz! ¿qué hago? exclamó soltando repentinamente las manos de doña Inés, y apartándose de ella largo trecho.

—Yo queria, continuó doña Inés, que viviésemos como hermanos, como verdaderos hermanos: yo tengo valor para eso, ¿por qué no habiais de tenerlo vos tambien?

—Porque yo soy un miserable, y vos un ángel, exclamó don Ramiro levantándose y dando una violenta patada en el suelo. Porque yo estoy condenado irremisiblemente, porque mi carne es flaca de tal suerte, que no basta el espíritu para mantenerla en el deber; porque estoy, repito, irremisiblemente condenado.

—¡Oh, calmaos, calmaos, D. Ramiro, dijo doña Inés, dirigiéndose afectuosamente á él.

—No, no hay calma para mí, ni puede haberla en este mundo, pero... no os acerqueis, doña Inés: vuestra funesta hermosura ciega los ojos de mi entendimiento, y me pone á merced del infierno... Si me amais, si me amais, huid para siempre de mí... que no os vuelva yo á ver en esta vida.

—Pero es, dijo la reina, que yo no tengo fuerzas para tan

gran sacrificio: téngolas para vivir con vos, como con un hermano, fuera del mundo y de sus pompas, y no las tengo para perderos de vista, para dejar de oir vuestra voz, y respirar el mismo aliento que vos respirais.

—¿Doña Inés, doña Inés, quereis volverme loco? prorumpió el rey. ¿Veis que necesito de vuestra ayuda, y no me la dais?

—Y ¿quién me la da á mí? respondió la reina, anegada en llanto.

En aquel punto se oyó una gran gritería en el alcázar, y pocos instantes despues resonó en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXXI.

DONDE SE HABLA DE UN FAMOSO RETO Y DESAFIO, QUE CUANDO MENOS SE PENSABA, TUVO LUGAR EN LA RENOMBRADA CIUDAD DE HUESCA.

Por eso fueron traidores
En consejo, hecho y dicho:
Por eso riepto á los viejos,
Por eso riepto á los niños.....
Riepto el pan, riepto las carnes,
Riepto las aguas y el vino
Desde las hojas del monte
Hasta las piedras del rio.
Romance del reto de Zamora.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar, significaban que á la tierna princesa doña Petronila, la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los señores de su comitiva: el pueblo la seguia con antorchas, y derramando juncias y flores: todo era júbilo y entusiasmo en derredor de la augusta niña.

—¡Viva Aragon! ¡Viva Cataluña! ¡Viva la nueva reina doña Petronila! ¡Viva el buen príncipe D. Berenguer! Tales eran los gritos que sonaban por todas partes.

Don Ramiro y doña Inés, á un tiempo se levantaron, y caminaron al encuentro de su hija, olvidándose de todo por un momento, al verla y al oir las dulces palabras con que la princesa sabía ya nombrarlos.

¿Que tiene de extraño? Eran padres.

Y por mas que fueran grandes los extremos que D. Ramiro y doña Inés hiciesen en esta ocasion, siempre los lectores de esta historia podrán imaginarlos sin necesidad de que nosotros empleemos en ello tiempo y pluma.

Despues del de aquella entrevista vino el dia de los contratos entre el rey D. Ramiro y el conde D. Berenguer de Barcelona; y luego la jura y coronacion, que fueron semejantes á aquellas con cuya relacion comienza este libro, aunque mucho mas bulliciosas y alegres.

Verdad es que faltaban los mejores ricos-hombres aragoneses; verdad es que las mas nobles familias de Huesca estaban sumidas en dolor profundo y anegadas en llanto.

¿Pero qué le importaba al pueblo el dolor de los potentados?

¿Qué habia de comun entre los pobres burgueses, que reian y cantaban, y los ricos y poderosos nobles, que lloraban y gemian?

Bien decia el viejo Lizana, tan diestro en todo menos en evitar su muerte; bien decia, que los burgueses de Huesca eran como los almogábares, enemigos de los ricos-hombres, por mas que no osasen mostrarlo tan á las claras.

De tal suerte nos suelen representar las viejas historias, divididos siempre á los altos y á los bajos, á los nobles y á los plebeyos, conteniéndose unos á otros, y unos á otros oprimiéndose hasta dar lugar á que los tiranos los hayan igualado á estos y aquellos en la humillacion y la servidumbre.

A la verdad, á D. Ramiro no puede llamársele tirano; pero el pueblo de Huesca simpatizaba mas con su causa, aun despreciándolo, que con la de los ricos-hombres á quienes admiraba, por culpa de estos, que no sabian ser afables como valientes, ni justos y modestos, como eran poderosos en oro y armas, y ricos en reputacion y servicios.

Y aun por culpa de ellos los aborreció tanto Aznar; por culpa de ellos el hijo de la montaña habia movido su brazo al hecho terrible que estaba pagando con su propia sangre, en el lecho de

dolor donde lo dejamos sin otra compañía que la de Fortuñon y Castana.

Si los plebeyos hubieran seguido siempre la voz de los grandes, si en todas partes los grandes hubieran sabido atraerse el amor de los plebeyos, jamás el despotismo monárquico habria pesado sobre el mundo, y todos los pueblos tendrian lo que hoy tiene alguno, libertades tradicionales, veneradas, eternas.

Pero nos apartamos de nuestro propósito: narrando estamos crónicas novelescas, que no escribiendo artículos de periódico.

Ibamos por la jura y coronacion de doña Petronila y D. Berenguer, como reyes de Aragon, y no habiamos salido ni teniamos por qué salir de los viejos muros de Huesca.

Despues de la ceremonia de la iglesia, que fué por la mañana, concurrieron por la tarde los viejos y los nuevos reyes á las acostumbradas justas y ejercicios caballerescos.

Inmenso pueblo llenaba el palenque: las damas mas hermosas y los mas apuestos galanes de los contornos embellecian desde los andamios, allí levantados, el espectáculo, y en la arena habian ya probado su esfuerzo y destreza algunos caballeros de Aragon y Cataluña.

Notóse, sin embargo, que los justadores aragoneses quedaban muy por debajo de los de la comitiva del conde de Barcelona, y entonces fué cuando hubo quien recordase á los muertos ricos-hombres.

—¡Oh! si estuviese aquí Roldan, dijo uno.

—Aun Ferriz de Lizana daria harto que entender á los catalanes, á pesar de sus muchos años, añadió otro.

Pero no se oyó mas, y la multitud indiferente siguió aplaudiendo á los vencedores y saludando con desdeñosos motes á los vencidos; ya cuando tiraban los caballeros al tablado, ya cuando corrian sortijas, ya cuando rompian lanzas, repartidos en contrarias cuadrillas y escuadrones.

De pronto el eco del clarin hirió los oidos de los circunstantes.

Todos miraban de acá para allá, y nadie acertára con el mo-

tivo de aquella novedad extraña, hasta que vieron entrar por las puertas del palenque quince enlutados, armados de punta en blanco, y todos con esta divisa en los escudos: *por la honra*. Delante venian un heraldo y dos clarines, vestidos tambien con negras vestiduras, montados aquellos y estos en soberbios caballos.

Adelantáronse en cuadrilla heraldos, músicos y caballeros, hasta la mitad del palenque; y allí sin solicitar la vénia de nadie, tocaron á silencio los clarines, y los paladines hicieron alto, y uno de los heraldos, levantando la voz, dijo de esta manera:

—¡Nobles caballeros! ¡Nobles caballeros! Presentes hay quince que lo son tanto como el que mas de vosotros: venid á ellos, venid uno á uno, quince á quince, ó ciento y ciento, cuantos sean los que osen mantener en campo que fué justa la sentencia de muerte dictada contra los muy poderosos y nobles ricos-hombres de Aragon. Lanzas hallarán que mantengan lo contrario, y hombres que les prueben aquí delante del mundo que ellos son aleves y traidores, por lo mismo que defienden clara traicion y manifiesta alevosía. Campo, campo, armas iguales; y luego entrad, nobles caballeros, entrad en el palenque los que oseis defender que no hubo traicion y alevosía en la muerte de aquellos leales ricos-hombres.

Imposible sería pintar la confusion que estalló en los andamios y tablados del palenque, al ver entrar á los enlutados, y al oir despues el reto.

Hubo quien dijo que eran las almas de los ricos-hombres, que se levantaban de sus tumbas, pegadas otra vez las cabezas á los hombros: fuertes y poderosos como en sus mejores dias, para vengar su muerte, y defender su honra.

Otros, los menos sin duda, sostenian que no eran sino hijos de los ricos-hombres, que venian á mantener el reto por sus padres.

Y mientras tal decia: «aquel es Ferriz de Lizana; parece que nada le haya sucedido:» tal otro replicaba: «no es él sino Corberan, el mayor de sus hijos, y este otro es Fortun el menor de

ellos, que vendrá por Roldan, ó por alguno de los ricos-hombres que no dejaron quien tomase su defensa.»

De todas suertes, la confusion y la extrañeza eran grandes, y mas aun que entre la multitud, en la córte y en el preeminente y lujoso tablado, desde donde veian las fiestas los reyes.

D. Ramiro, que durante toda la tarde no habia mirado una vez siquiera á doña Inés, fijó ahora en ella los ojos, como si la pidiese amparo, y luego los clavó en el suelo con espanto. A doña Inés, como mujer al fin, aunque reina, se le agolparon las lágrimas á los ojos, que no era tarda ni difícil en ellas. Solo el conde D. Berenguer conservó su serenidad y ordinaria alegría.

—Pardiez, dijo, que son los quince buenos ginetes, y aun deben de ser buenas lanzas. Júroos, D. Ramiro, por los negros ojos de esta mi dama niña, que quisiera ver á qué sonaban algunas de ellas en mi armadura.

D. Ramiro no le contestó. Y los heraldos, de uno en uno, fueron repitiendo el osado reto.

—Traidores serán los hijos como sus padres, si es que esos son hijos de los ajusticiados, dijo un aragonés cortesano viejo y anheloso por mostrar su adhesion al de Barcelona.

—No lo son, dijo este, en defender la honra de sus padres, como vienen rezando sus escudos. Y cierto que es muy de loar el deseo que tienen de exclarecer en el juicio de Dios, si fué ó no justo tal castigo; y que yo en lugar de ellos haria lo mismo. Ya vereis como Dios dice en este solemne juicio, cuya es la justicia y cuya la injusticia: no ha dejado de decirlo jamás. Todo buen caballero es amigo del juicio de Dios.

Calló avergonzado el cortesano, pero no por eso parecia que hubieran de hacer buenas los sucesos las opiniones del conde. Porque á la verdad, si los mantenedores se mostraban dispuestos al combate, altas las lanzas y descolgados ya los escudos, no se veia en derredor hombre ni caballo que pareciese dispuesto á entrar en la liza y responder al reto.

Lejos de eso, por acá y por allá corrian rumores que indica-

ban que no se presentaria, como no se habia presentado hasta allí, campeon alguno.

—Ahora se verá, decia uno, metido en un corro de caballeros aragonéses, ahora se verá como eran inocentes y leales los ricos-hombres, y como son desleales y traidores sus asesinos.

—No diré yo tanto, respondió un jóven hidalgo; pero lo que sí afirmo es, que, justo ó injusto, no habrá caballero en Aragon que ose enristrar la lanza por defender tal castigo.

—Y es verdad, añadió un tercero. Aquí me teneis á mí que pienso que el castigo fué justo, porque todo querian gobernárselo ellos de por sí, sin otros títulos que ser mas ricos ó mas viejos, no mirando que corria por Aragon tan buena ó mejor sangre que la suya. Y sin embargo...

—Sin embargo, dijo otro interrumpiéndole, no sostendríais vuestra opinion con la lanza, porque eso no pareceria bien en el mundo. Comprendo bien vuestra idea, puesto que yo pienso otro tanto que vos.

—Lo mismo yo, dijo una voz á la espalda.

—Y yo, repitieron muchos de los que podian oir aquella plática.

En otro tablado, un poco mas apartado del que ocupaban estos aragonéses, se hallaban vários caballeros catalanes de los que habian acompañado á D. Berenguer desde Lérida.

—¿No tomareis una lanza esta tarde? dijo uno de ellos, bien poblado de barba negra, al que tenía mas cercano.

—No por cierto, respondió éste.

—¿Y vos? preguntó aquel á otro.

—Tampoco, contestó.

—¿Cuánto há que os haceis de rogar para estas cosas, buenos caballeros? No era así cuando justábamos juntos á espaldas de Santa María del Mar. Esto dijo el caballero de la negra barba, que, como sabemos, habia comenzado la plática.

—Así habria sido, le respondió uno, á presentársenos allí tal trance como este. Porque ¿creeis, añadió acercándose á su in-

terlocutor; creeis, valeroso caballero, que esta sea causa en que pueda poner la mano un hombre de pro?

—Eso en el juicio de Dios se habia de ver, dijo el barbi-negro.

En este momento nuestro bien conocido Pedro de Fivallé, se acercó á los caballeros que así hablaban, y les dijo:

—Nuestro señor el conde me envia á deciros que da licencia y permiso á cualquiera de vosotros que quiera romper una lanza, para entrar en la liza. Tendria sin embargo por aleve y mal caballero al que se prestase á combatir, si su conciencia no le dice que es justa la causa.

—Eso nos salva, dijo uno. Vé y respóndele al conde, que prontos estamos á lidiar, si él lo manda; pero que, de voluntad propia, no nos permiten que lo hagamos nuestras conciencias.

—Lo mismo me acaban de decir unos caballeros de Aragon, á quienes he hablado de parte de su rey, dijo oficiosamente Fivallé, y partió con la respuesta.

Al oirla, y al ver que las horas pasaban en vano, sin que ni un solo caballero entrase en la liza, la alegre y serena faz del conde de Barcelona se habia ido nublando: las arrugas de su frente estaban preñadas de ira. De cuando en cuando volvia los ojos á D. Ramiro, y su postracion encendia mas y mas el fuego de su sangre; y el dolor de doña Inés, la cándida sonrisa de la princesa doña Petronila, los murmullos de la plebe impaciente, que comenzaba ya á dudar si habria sido ó no justo el castigo de los ricos-hombres, todo le impulsaba, á lo que parecia, á una resolucion desesperada.

—Oidme un momento, D. Ramiro, le dijo al rey.

D. Ramiro alzó los ojos tristemente.

—Ayudadme en lo que os toca, procurando excusar mi partida, ó hacer de modo que no me echen siquiera de menos. Voy á tomar mis armas y á derribar yo solo de sus sillas á esos arrogantes campeones.

—Y ¿si os matan? ¿Qué va á ser de nosotros? dijo D. Ramiro asustado.

—Este es el juicio de Dios, contestó D. Berenguer: ¿no sabeis que es inflexible su justicia? El peleará por el bueno y humillará á los malos.

—Es que el malo, el mas malo de todos soy yo, dijo, no sin un gran suspiro el rey.

—¿Qué eso penseis? dijo D. Berenguer. Para mí tengo que los ricos-hombres están condenados en la otra vida.

—Pero yo lo estoy en esta, yo lo estoy ya en esta: tan condenado como haya podido estarlo cualquiera... ¿Creeríais, añadió bajando la voz, que todavía me hubiera dejado vencer de la concupiscencia? Pues he estado á pique de cometer el mas horrible de los pecados.

—Idos á un fraile, que no á mí, con esas, dijo D. Berenguer ardiendo en cólera: por mi parte voy á defender á mi dama y á mi reina, como ya me toca hacerlo. ¿Quereis que queden vencedores esos campeones en el juicio de Dios, y que en él quede declarado por asesinato, lo que fué, todo lo mas, rigorosa justicia? Si no ponemos de nuestra parte la justa sentencia que Dios no deja nunca de pronunciar en esta prueba solemne del combate, ¿qué autoridad tendrá en adelante el trono? ¿Qué respeto merecerá vuestra hija? Los mismos que os han ayudado á recobrar el poder que malamente habíais perdido, se conjurarán contra el de vuestra hija; y trocaránse en admiradores y dolientes los que hoy son enemigos de la memoria de los ricos-hombres. Tal es la plebe, D. Ramiro: yo con ser mozo sé bien estas cosas, porque he procurado aprovechar las lecciones de mi padre.

—Haced, pues, lo que os plazca, dijo D. Ramiro. En verdad que á mí nada se me alcanza en esto del reinar, ni ya lo quiero tampoco. Dios os proteja ahora, y haga que sea este el último dia de mi infeliz reinado, como tengo dispuesto.

—Ya vereis qué traza me doy para descargar sacos de acero de esas acémilas.

—Llamó tras esto á Yussuf y Assaleh, y entre uno y otro le prepararon caballo y armas.

Dió á Fivallé algunos pergaminos que tenía en el seno, y que llevaba siempre consigo en las arriesgadas empresas y aventuras que solia acometer á cada paso. Sin duda se contenia en ellos su última voluntad, y cierto que no era precaucion sobrada, cuando habia de lidiar él solo contra quince campeones. Antes de salir, puso sus labios en la frente de la reina niña: era el primer beso de esposo.

CAPITULO XXXII.

DONDE SE VE, TAN CLARO COMO LA LUZ, QUE ESTUVIERON BIEN MUERTOS LOS RICOS-HOMBRES.

Abajan las lanzas delant' los corazones...
Martin Antolinez metió mano al'espada.
POEMA DEL CID.

Ninguno de los presentes esperaba ya que alcanzase respuesta el osado reto y desafio de que se hace mencion en el capítulo anterior, cuando un clarin, respondió al clarin de los enlutados mantenedores, anunciando que un caballero acudia á disputar el campo. De allí á poco entró este en el palenque sin heraldos que proclamasen su nombre ni su casa, ni escuderos que lo acompañasen.

Todos los ojos se fijaron en él, pero ninguno supo conocerle.

No traia mote ni divisa, ni la armadura era tan rica que denotase caballero de alta casa, ni tan conocida la apostura que con solo verle pudiera decirse quien era.

Pero mientras todos se fijaban inútilmente en su persona, el caballero recien venido llegó al sitio donde estaban los mantenedores, y con sereno continente, y alzando la voz, dijo:

—Quien quiera de vosotros ser el primero en la lid, salga adelante.

No bien acabado de decir esto, miró ya enfrente de sí, á uno de los de las armas negras, el que estaba mas cerca.

—Tened, D. Jaime, gritó al paladin otro de los que venian

con él: tened, y averiguad primero si ese es caballero como nosotros.

—Y ¿cómo sé yo que lo seais? gritó el recien venido con firme acento: ¿quien os mete en averiguar si soy caballero ó no, cuando yo no he preguntado vuestros nombres? Digan las obras quien somos.

—Tiene razon, valeroso D. García, repuso el D. Jaime: puesto que nosotros no estamos para descubrirnos, tenemos que aceptar el combate cualquiera que sea el campeon que se nos presente. Jueces del palenque, partid el campo.

Llegaron los dos caballeros que habian cuidado del buen órden en las justas, y que cierto no habrian imaginado el emplearse en tan siniestro caso aquel dia; y partieron el campo y el último rayo de sol que enviaba la tarde al desaparecer detrás de los montes cercanos.

Hicieron la señal los clarines, y los caballeros partieron á encontrarse al escape; pero el de las negras armas no pudo resistir el empuje de su contrario y cayó al suelo perdida la razon al golpe.

Otro de sus compañeros se presentó á ocupar su puesto y sufrió la misma suerte: solo que este cayó tan mal herido, que no pudo ponerse en pié, por entonces, ni parecia probable que lo lograse en su vida.

El pueblo prorumpió en gritos de aplauso al caballero sin mote, que así llamaban ya al que iba contra los ricos-hombres ajusticiados, y en gritos de desprecio al escuadron de los contrarios.

—Callad, turba vil, dijo uno de ellos, que yo haré de modo que rescate, por mi persona, los pasados vencimientos.

Y se adelantó á ocupar el puesto del recien caido, sin que le hubiese llegado la vez.

Sonaron de nuevo los clarines, y los caballeros partieron uno contra otro, y al encuentro saltaron las lanzas en mil pedazos, sin que ni uno ni otro vacilára en la silla.

Una aclamacion inmensa se oyó por todas partes al ver tanta fortaleza, y la general curiosidad se acrecentó mas todavía.

Volvieron á encontrarse los caballeros con nuevas lanzas, y tambien las hicieron astillas, y el furor de ambos, era tanto, que precipitándose uno sobre otro en la carrera, llegaron á chocar sus cuerpos, y en poco estuvo que de este choque no midiesen los dos la tierra.

A la tercera arremetida, que se dieron, cayó tambien el de las negras armas. Otros dos, ocuparon el puesto de los caidos, y ambos sucumbieron; pero el vencedor, despues de haber derribado cinco ginetes, parecia completamente agobiado de fatiga, y era indudable que no podia resistir todos los que le aguardaban.

—Por San Jorge, dijo, á la sazon, uno de los caballeros catalanes, con quien poco antes hemos trabado conocimiento, que no hay mejor lanza que esa en toda España; y es gran dolor que su mala causa no nos permita ayudarle.

—¡Mala causa! dijo el barbi-negro, que tampoco nos es desconocido: mirad si puede serlo, una que permite á su campeon derribar á cinco ginetes seguidos. No he visto igual caso en mis dias.

—Tampoco he visto yo, dijo otro, que Dios deje tan solo á los que defienden buen derecho: el campeon es valiente, sin duda, pero está claro que Dios quiere que muera. ¿Cómo es posible que él solo resista tantos encuentros? Reparad en su apostura: quizás la primera lanza que dé con él, lo eche por tierra. Y ¿quién ha de tomar ya su demanda?

—Yo, dijo el barbi-negro, levantándose. ¿No reparásteis en aquel bote de lanza? Pues él me da tales indicios de quien sea el buen caballero, que voy á tomar las armas al instante: no hay mas sino que he de vencer, ó he de morir á su lado.

—Pero reparad que si os conocen, corre gran peligro vuestra persona: aquí mismo es, en este tablado, y me parecia á mí imprudencia que estuvieseis.

—No importa, respondió el determinado caballero, y partió.

Pocos momentos despues, ya no era uno, que eran dos los caballeros opuestos á los mantenedores; y como si un mismo pensamiento hubiese brotado en dos personas á un tiempo, antes que hubiese roto una lanza el segundo, apareció un tercero, no de tan airoso continente por cierto como los primeros.

Nueve mantenedores quedaban de pié todavía: el caballero sin mote, y sus dos aliados, que tampoco lo traian, la emprendieron con ellos, de modo, que hubo de sostener tres choques cada uno.

Grande fué la fortuna con que peleó el primero de los caballeros que habia acudido al reto. Despues de derribar á los cinco primeros adversarios con una sola lanza, rompió tres en los restantes, una por cada uno, sin duda porque el cansancio le hacia ya ser menos diestro en los ataques. Sin embargo, derrotó fácilmente á sus contrarios, que eran muy inferiores á él en fuerzas corporales, y estaban menos sueltos en el manejo de armas y caballo. Los mas valerosos de los enlutados, viéndole ya tan fatigado, tuvieron á menos medirse con él y fueron á buscar á los que llegaban de refuerzo: de suerte, que se las hubo con los mas flacos.

Cuando echó á tierra al tercero, volvió los ojos en derredor buscando nuevo enemigo, pero no lo encontró ya. Solo habia de pié dos mantenedores que lidiaban desesperadamente con sus dos compañeros. De estos, el uno permanecia á caballo peleando lanza á lanza: el otro tenía su caballo á pocos pasos, tan sano y descansado, como si no hubiera llegado á servirse de él, y combatia á pié con la espada desnuda. El *sin mote*, apoyado sobre su lanza, se puso á observar los diversos trances de aquella doble lid en que podia tocarle á él alguna parte todavía.

—Villano, gritó, de pronto, al ver que uno de los enemigos venia lanza en ristre y á caballo, sobre aquel de sus compañeros que peleaba á pié. ¿Cómo no tiras la lanza y sueltas el caballo, y peleas de espada á espada con ese buen caballero que tienes delante? ¿Así osas pelear con ventaja delante de hombres de honor?

No debia ser muy grande la que tuviese el interpelado de tal suerte, porque en aquel momento mismo fué vencido por su adversario.

Este habia esperado á pié firme el arranque del caballo contrario, y hurtando el cuerpo luego, habia evitado el golpe de la lanza: sepultó luego su espada en el pecho del generoso bruto, que cayó al suelo, no sin aprisionar con su cuerpo al ginete que no pudo mas levantarse.

Muchos del concurso, avezados á tales ejercicios y combates, en voz alta se maravillaban de la extraña resolucion del campeon, que, sin motivo aparente, habia abandonado su caballo; y mas todavía de la destreza conque habia vencido, casi del mismo modo que al último, á sus dos primeros enemigos.

Entretanto, el otro caballero, derribó de un soberbio bote de lanza á aquel de sus contrarios, que quedaba en pié todavía.

—¡Dios mio! exclamó el primero de los caballeros al ver este golpe último: ¿quién es, quién es ese que así maneja la lanza? Y dirigiéndose al victorioso campeon, le dijo: ¿no podríais decirme vuestro nombre, señor caballero?

—No lo diré, señor, sin que vos me concedais antes el perdon que os pido.

—¿Perdon decís? ¿No acabais de merecer mi agradecimiento y el de todo Aragon, con ayudarme á mostrar que fué justo el castigo de los rebeldes vasallos del rey?

—Es que yo he sido como ellos rebelde.

—Y ¿no creeis que pudiera excusar mi amistad vuestra rebeldía?

—Es que he sido tambien amigo ingrato.

—Para mí sin duda?

—Para vos precisamente.

—Luego sois... sois Dapifer, sois el valeroso Moncada... Ya veis que no he olvidado vuestras lecciones en las armas... Pero ¿qué me hablais de perdon? Con lo que por mí habeis hecho, no solo se me olvida lo pasado, sino que nuevamente os cuento des-

de hoy por mi mejor amigo, devolviéndoos mi gracia... De vos depende no perderla jamás.

Dicho esto, tendió su mano á Dapifer, que se arrodilló delante del concurso para besársela. Al propio tiempo se alzó la visera, y entonces gritó todo el pueblo:

—¡Es D. Berenguer! ¡Es el conde de Barcelona!

—Este, sin hacer alto en aquellos gritos, se dirigió hácia el otro caballero que estaba de pié con la visera echada todavía.

—Y ¿vos, le dijo, quién sois que tan valerosamente me habeis asistido?

—Soy, señor, quien merece perdon por haber usurpado el nombre y puesto de caballero. Y descubriéndose entonces el rostro, se vieron claras las pálidas y demacradas facciones de Aznar.

—Caballero te armaré yo ahora mismo, dijo el conde, ya que tanto lo merece tu valentía. ¿No te tengo dicho que eres mas imprudente que yo? ¿Cómo osaste venir á pelear con tus heridas? Dígote que bien mereces ser caballero, y que lo serás en este instante.

—No en mis dias, señor, respondió Aznar. No sientan bien las espuelas de oro en hombres de mi laya: esta tarde misma he tenido que tirar la lanza y dejar el caballo, porque no sé pelear sino al modo que me enseñaron mis padres, y con él me va bien, y no quiero aprender otro, aunque sea el de personas que valen mas que yo. Almogábar he de ser, si vos me lo permitis, toda mi vida.

—Pues sé, y haz lo que bien te cuadre, respondió el conde, que para tí Mano-de-hierro he de ser siempre, y el mismo caso he de hacer de tu valor con hábitos de caballero, que con esos humildes que traer sueles.

La ira habia ya desaparecido de los ojos del conde, y en compañía de Dapifer y de Aznar se salió del palenque, mientras las turbas del pueblo se retiraban murmurando:

—¡Este es el juicio de Dios! Ya no puede quedar duda de que eran traidores los ricos-hombres.

Cuando dejó su caballo y subió al tablado lujoso donde habian quedado los reyes, no halló mas que á doña Inés, que le dió gracias con una sonrisa de profunda melancolía; y á la infanta, que mas cándida y mas bella que nunca, se puso á juguetear con sus armas, las mismas armas que acababan de mantener su autoridad y su corona. D. Ramiro habia desaparecido, y al notarlo, dijo D. Berenguer para sí:

—Lastima es, porque con esta lealtad espontánea de mi Dapifer, tan opuesta á la tenaz deslealtad de sus vasallos, le habria acabado de demostrar, que los reyes que saben mirar por sus pueblos, y ser fuertes y justos, corrigen á los mas rebeldes, sin necesidad de derramar una gota de sangre. Por el contrario, los reyes malos y débiles necesitan hacer castigos como este, que, ya que fuera justo, segun acaba Dios de mostrar ahora, siempre da dolor el recordarlo.

CAPITULO XXXIII.

QUE TRATA DE COSAS MÍSTICAS: ES NOTABLE POR SER EL ÚLTIMO DE TODOS.

Mea culpa, mea culpa,
Mea gravísima culpa.

Ya el lector inteligentísimo habrá comprendido por qué fué la extraña desaparicion de Aznar, de que dimos cuenta en el capítulo XXVIII de esta verídica historia.

El cronista muzárabe suele hacer cosas como esta, que es dejar de explicar los sucesos cuando tienen lugar, y luego al cabo de tiempo hacer de modo que mal ó bien se entiendan, sin ponerse á decirlo claramente.

Así debe de suceder tambien con el rey D. Ramiro, que dice que acabado el juicio de Dios, salió del palenque, sin saber nadie adonde iba, y no vuelve á nombrarlo en el relato. En nuestra opinion, harto deja de entender á que fué y lo que hizo, con el siguiente caso que fielmente trasladamos de sus páginas á las nuestras.

Al despuntar el dia que siguió al de las justas y no imaginado juicio de Dios, salieron de Huesca tres hombres, montado uno de ellos, que llevaba la delantera, en una mula, y los otros en buenos caballos.

El aparato no era guerrero; pero con todo, bien podia distinguirse desde lejos el relumbrar de las espadas que, los dos que montaban caballos, llevaban pendientes del cinto.

Cualquiera habria dicho que estos eran escuderos de algun abad que caminaba á su iglesia, dado que por aquel tiempo no era prudente viajar sin tan razonable compañía, aun llevando tonsura y hábitos sagrados.

Y que fuese abad el ginete de la mula no podia decirse de seguro, porque iba muy bien embozado en una ancha capa de lana, toscamente labrada; pero lo de eclesiástico, no podia faltar en él, segun el corte de su pelo y el ancho sombrero que traia.

Pues es el caso, que los tres ginetes se encaminaron al cercano lugar de Quicena, y atravesando sus polvorosas y desiguales calles, se encaminaron silenciosamente por la frondosa orilla del Flumen á Mont-Aragon.

Llegaron al pié de la redonda y alta montaña, en cuya cima se levantaban sus altos y almenados torreones; y dejando á la derecha la villa de Mont-Aragon, de la cual no quedan hoy rastros siquiera, y que habia recibido nombre del famoso monasterio, comenzaron lentamente á subir á lo alto.

La campana de la iglesia tocaba á misa á la sazon, y sus acentos, despedidos de la alta torre del centro, donde estaba situada, llenaban el aire, produciendo un indefinible sentimiento de melancolía y devocion.

De las vecinas montañas bajaban presurosos los campesinos á oir la misa del alba en el celebrado santuario, y todo lo largo del revuelto camino que á él subia, mirábase lleno de gente devota y pecadora que acudia á implorar la gracia de Dios.

A la verdad hay pocas cosas tan poéticas como la misa del alba en el campo: los himnos espirituales de la iglesia se juntan entonces con el himno universal de la naturaleza, aquel que cantan los pájaros de la arboleda y los manantiales de las rocas, y el eco de la soledad que va repitiendo, sin olvidar ninguno, todos los murmullos y todas las voces que se levantan en las vecinas tierras.

Los tres desconocidos ginetes echaron pié á tierra antes de llegar al foso, y se dirigieron al puente levadizo, que entonces

estaba echado. La hora y la ocasion los eximieron de toda formalidad, y así nuestros tres caminantes, cruzando un cláustro cuadrado que encerraba en sí un patio espacioso con arriates de flores, entraron en la única y estrecha nave de la iglesia, donde ya habia bastante gente esperando la misa.

El que habia traido la mula se desembozó al entrar, y se mostró vestido de monge benito: sus dos escuderos (conozcámosles por este nombre), se arrodillaron á la puerta, y él fué á colocarse de rodillas delante del altar mayor.

En el retablo habia una tabla con la imágen de Jesus Nazareno, la misma que Sancho Ramirez trajo de la montaña para levantarla allí iglesia y fortaleza, que fuese cuartel general, como ahora se dice, del ejército de Cristo.

Delante de aquella imágen milagrosa habian consolado sus cuitas durante diez años los sitiadores de Huesca: allí tambien tomaron aliento para ejecutar tan gran conquista y emprender otras mayores.

El monge no debia ignorar tales historias, segun lo devotamente que tenía puestos los ojos en la imágen, y la verdadera contricion que mostraba su rostro.

Allí oyó misa sin levantarse un solo momento; y, terminada, estuvo por largo rato orando. Despues se encaminó á la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario en donde á la sazon se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles, que enardecidos en cristiano celo, se disputaban el puesto con acres palabras y descompuestas acciones, no de todo punto conformes con la ocasion y el lugar, mas, no por eso, menos piadosas.

El monge fué allá, y lejos de precipitarse como los otros, aguardó pacientemente á que todos hubiesen acabado. Luego, acercándose al confesonario:

—Padre, dijo, concededme la gracia divina.

—Hermano, respondió el abad, gran favor me haríais con

aguardar á mañana, porque en verdad os digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo ochenta años conmigo: con que perdonadme, digo, y volved mañana, que ya oiré largamente vuestras culpas.

—No puedo aguardar mas, padre. Hace tres años que aguardo de vos absolucion, y cada dia necesito mas de ella. Ha muchas noches que no he dormido: voy á volverme loco.

—¡Tres años! exclamó el abad sorprendido.

—Tres años, sí; continuó el penitente. Yo soy un mal monge que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó altos bienes: yo soy uno á quien mandásteis que dejára mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolucion de tantas culpas: yo soy uno por cuya causa...

—Vos... sois vos... dijo el abad, y se levantó asombrado.

—Sentaos, padre mio, sentaos, y oidme por la misericordia de Dios. Soy solo un gran pecador que viene á pediros absolucion de sus culpas.

—Decís bien, hijo, que no hermano, respondió el abad, sentándose al propio tiempo. Quien quiera que seais, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercaos, acercaos mas, para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente hablaron bajo por largo espacio de tiempo. Gemia éste de cuando en cuando: sonaba grave, lenta y alterada la voz de aquel, pero nada mas.

Muy grande debia de ser uno de los pecados, porque el abad, alzando la voz, de suerte que casi pudo oirse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hijo mio, ¿eso imaginásteis? ¿Tanto os seduce contra vuestros votos la belleza de esa mujer? Y ¿aun osais decir que la amais?

—Padre mio, sí, la amo todavía, y con toda mi alma. Es un ángel. ¡Ah! es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador! replicó interrumpiéndole el abad. Mirad que es-

tais ante el tribunal de Dios. Mirad que es gran pecado lo que hablais.

—¡Oh, perdon, perdon! repuso el monge sollozando. Ha sido por mucho tiempo compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. Me he separado ya de ella para siempre: no he de volver á verla mas.

—No basta, continuó el abad. Procurad tambien apartarla de vuestra mente, y no acordaros mas de ella, si quereis ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidarla! ¿No os he dicho tambien que es la madre de mi hija?

—Bastará que sinceramente lo deseeis para que Dios os perdone, y os preste su poderosa proteccion. No os acordeis de su belleza: no os acordeis siquiera de su virtud: el enemigo es sutil, y se introduce por donde menos se piensa en los pensamientos del hombre. Olvidadla, olvidadla: no hay otro remedio, ya que tuvísteis la desgracia de haberla conocido.

—En cuanto á desearlo, padre, deseándolo estoy ya con toda mi alma: no hay cosa que mas desee en este bajo mundo.

—Bien, bien dicho, pecador. ¿Segun eso, estais verdaderamente arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí lo estoy, padre mio. Diera mil vidas, si las tuviera, por no haber cometido la menor de ellas.

—Pues entonces, dijo el abad, bien podreis entrar en la gracia de Dios, mediante mi absolucion espiritual.

Confesor y penitente hablaron por algun rato todavía, y al cabo, aquel, levantándose, pronunció, con voz solemne, la absolucion, tanto, que llamó la atencion de los circunstantes.

Un momento despues, el monge benito salió de la iglesia y del monasterio, y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles dejó á los dos escuderos que le acompañaban, y se entró solo en la iglesia antigua de San Pedro el viejo, aquella, que tal se llamaba ya en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

Los dos, al parecer escuderos, se encaminaron en seguida al alcázar, y entraron en él como en casa propia: las gentes que los miraban pasar, se iban diciendo al oido:

—Es el conde de Barcelona con su favorito Moncada.

CONCLUSION.

DE ALGUNAS AVERIGUACIONES Y DESCUBRIMIENTOS, QUE NO ESTARIAN DE MAS EN LA CRÓNICA.

Finis coronat opus.

Hasta aquí escribió el cronista muzárabe, cuya relacion hemos seguido fidelísimamente, puesto que mucho nos haya dado que hacer con su pesadez y monotonía, y el sonsonete de antigüedad de su estilo, y, mas que todo, con la mala letra gótica en que hemos hallado escritos sus pergaminos.

Trabajo nos ha costado tambien, y mucho, el trashojar, y compulsar, y revolver libros por acá y por allá, y el recoger detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que hemos conocido en esta crónica.

La princesa doña Petronila, que, como sabemos, contaba solo dos años de edad, quedó bajo la tutela del conde don Berenguer de Barcelona, despues de unirse con él en esponsales de futuro, y de concertarse que se llevaria á término el matrimonio en tiempo oportuno.

Y con efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España, y por todo el mundo, el rey don Berenguer y la reina doña Petronila, hombre aquel de gran valor y cordura, modelo esta de esposas y de reinas.

Y de Aragon y Cataluña se hizo aquel poderoso estado, que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

Nadie hubiera creido, antes de verlo, que pudiera llevarse á dichoso término union que tenía por cimiento un matrimonio concertado entre personas de edad tan diversa. Pero el suceso mostró que la virtud de los príncipes y el patriotismo de los pueblos, hace de ejecucion fácil lo que mas absurdo parece á los ojos descontentadizos del sentido comun.

No hubo en uno ú otro pueblo, quien recordase mas en adelante si era catalan ó aragonés, ni se diese por vencedor ó vencido, por dominado ó dominante, por señor ó vasallo. Y cierto que es imposible distinguir en las historias, cuál de los dos pueblos lidió mas y mejor en los ejércitos de D. Berenguer y D. Jaime, D. Pedro y D. Alonso; cuál de ellos contaba mas diestros soldados en las naves de Roger de Lauria, ó en los escuadrones de Berenguer de Entenza; cuya fué la principal gloria en las empresas de las Baleares, de Sicilia y de Africa; cuyo el esfuerzo mayor cuando fué preciso arrojar á los franceses del otro lado del Pirineo, ó ganar los castillos de Nápoles; cuyo el mas acendrado patriotismo, cuando, unidas las dos naciones hermanas con su hermana Castilla, arrancaron entre las tres la media luna de las torres de la Alhambra. Aragonéses y catalanes corrieron el mundo buscando campos de batalla, no bien, conquistada Murcia por los castellanos, se hallaron sin frontera de moros donde ejercitar su valentía; y hubieron de oir, á su pesar, el temeroso grito del almogábar los sofistas corrompidos de Constantinopla y los feroces ginetes de la Tartaria, los expléndidos barones de Atenas y los crueles Xerifes de Africa. Siempre vencedores, jamás vencidos, sus chuzos, sus dardos, su desnudez, su miseria, dieron envidia y espanto á las mas afortunadas naciones, así á las que nacian, como á las que morian, lo mismo al imperio turco que al Bajo-Imperio. Siglos y siglos han pasado despues de aquella union afortunada, y todavía los pueblos hermanos no se han har-

tado de bendecir los nombres de sus autores, el conde D. Berenguer y la reina doña Petronila.

No quedó tan glorioso el nombre de D. Ramiro, que vivió en San Pedro el viejo, con muy santa vida, el resto de sus años. Cuéntase que no podia oir el sonido de la campana del monasterio, aquella campana de perdon tan siniestramente sustituida por Aznar, sin que las lágrimas viniesen á sus ojos y salieran de sus labios algunas oraciones.

Pero es de creer, sin embargo, que allí entre las columnas del sombrío cláustro, y en las lóbregas capillas bizantinas en él enclavadas, y en el cercano cementerio de los muzárabes, se fuesen apagando sus pensamientos de amor, y sus recuerdos de doña Inés y del mundo.

Y si Dios no quiso quitarle los remordimientos de todo punto, algo los aminoraria, por lo menos, aquella mansion devota, donde todo respira penitencia, y todo impone al alma resignacion y silencio.

Porque, de instante en instante, debió irse acortando su fantasía, secándose de momento en momento su corazon; y fuerza es que, al morir su fantasía, murieran tambien sus temores vanos, y que, al agotarse su corazon, fueran desapareciendo en él los contínuos dolores que antes lo devoraban.

Y ¿quién sabe si le alentaria á llevar con resignacion su infortunio el recuerdo por todas partes escrito en las piedras del muro y en las losas del pavimento, de los infelices cristianos que allí iban á llorar su cautividad y miseria en los dias que poseyeron á Huesca los sectarios del Islamismo? Como Dios los favoreció al fin á aquellos, sacándolos de las manos de los infieles, podia favorecerle á él, librándole del peso de su vida antigua.

Murió al fin: murió D. Ramiro, sepultado entre aquellas piedras de San Pedro el viejo, sin que nadie pueda decir cuáles fueron sus postreras palabras, ni sus esperanzas postreras, ni á quién iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente, ni el último de los suspiros que por humano

sentimiento salió de sus labios. Sus hermanos recogieron su cadáver envuelto en bayetas, con el cilicio puesto todavía, y vaciando el sepulcro de un héroe romano, hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio, dentro de él lo depositaron. Allí ha permanecido olvidado por muchos siglos, hasta nuestros años, en que los versos inmortales de un gran poeta y la humilde prosa mia, se han ocupado en dibujar su persona.

De su esposa doña Inés se sabe que vivió muy santamente lo que le quedó de vida, sin olvidar un momento á su esposo; mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar se casó con Castana, segun consta de unas viejas escrituras, heredándolos los reyes muy razonablemente, segun la promesa de doña Inés. Y cuéntase que Aznar fué famoso entre los almogábares por su valor y crueldad, y que dejó hijos que no desmintieron del padre, los cuales enjendraron á otros que fueron de los mas nombrados en las campañas de Italia y en la expedicion á Oriente contra turcos y griegos. Mas pienso que no haya de desagradar á las lectoras el saber que Aznar, á pesar de su crueldad, trató amorosísimamente toda su vida á Castana, y que esta fué tan feliz con él, como merecia serlo.

Del fin de Fortuñon, Carmeson y los demás almogábares, nada se ha podido averiguar, aunque es de creer que perecieran como casi todos los de su laya, en alguna lid contra moros, ó despeñados por algun precipicio, ó enterrados en la nieve de la montaña.

Ni tampoco se sabe cosa alguna del buen monje Gaufrido, si no es que se entró en una taberna no bien salió del zaquizamí donde le metió Aznar tan en contra de su voluntad, y que sin duda volveria á su convento, fiándose menos que solia de persona que le llamase para ejercitar sus letras. Y casi nos atrevemos á asegurar, que en muchas ocasiones recordaria la escena que tuvo con el almogábar, echando á un tiempo de menos, algun diente de los que le saltaron al golpe tremendo que recibió, y aquellos sueldos jaqueses tan prometidos como mal pagados.

Ramon Dapifer fué de los principales caballeros que se hallaron en el matrimonio y guerras de D. Berenguer, y de los que acompañaron su cadáver, cuando vino haciendo milagros y en olor de santidad desde Italia á Barcelona.

Pedro de Fivallé tuvo un descendiente harto mas atrevido que él, y que ha dejado memoria en Cataluña de esforzadísimo patricio.

Ruderico tomó órdenes sagradas, y fué canónigo andando el tiempo; sospechándose que lo fué, mas que por otra cosa, por satisfacer su aficion á las golosinas y á los buenos bocados. Y aunque no hay bastantes datos para afirmarlo, sospéchase tambien que él fué el paje que dió el pergamino del abad de Tomeras á Ferriz de Lizana, mediante ciertas monedas de plata: lo cual probaria, siendo cierto, que era venal de suyo, y que no se contentaba con ser tercero de amor, sino que servia á todo el que bien le pagaba sus servicios. Cosa reprensible, sin duda, que obliga á decir la imparcialidad de la historia.

Del abad de Mont-Aragon, algo tambien se ha de decir, que puesto que no sea personaje muy importante en esta historia, la fortuna nos ha favorecido, deparando el hallazgo de una hoja suelta, en pergamino, que contiene curiosas noticias. El hallazgo fué en una tarde del último Setiembre, en la cual andaba yo, humilde copista de esta crónica, visitando en compañía de cierto amigo mio, las ruinas de Mont-Aragon.

Debajo de una gran torre de piedra, que permanece intacta, y que al parecer sirvió de campanario, hay una habitacion que debió de ser la sacristía, con labores góticas no de mal gusto. Picóme la curiosidad aquella sacristía, y mas las labores, porque la iglesia, aunque tan antigua, como restaurada despues en tiempo de gran corrupcion, no muestra cosa alguna respetable y digna de atencion por su antigüedad ó mérito artístico; y entrando en la sacristía, no sin dificultad grande, que estaba á medio tapiar y llena de escombros, de entre ellos alzó mi amigo, que no yo, la hoja á que me refiero, desprendida sin duda de algun librote que por allí anduvo.

En aquella hoja se contaba que en el año no sé cuántos, porque estaba muy borroso, de la era de Mont-Aragon, estuvo el rey D. Ramiro á confesarse, y recibió la absolucion de mano del santo prelado Fortuñon, abad de la casa; y que en este hizo tanta impresion aquella conferencia, que mientras le duró la vida, no dejó de arrodillarse un solo dia en el cláustro á la propia hora en que se verificó, orando muy devotamente por la salvacion del rey monje.

¡Dios haya oido al santo prelado!

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

Páginas.

INTRODUCCION.—En que se habla al uso antiguo con el lector. 1
CAPITULO I.—En que trata de la mas famosa fiesta y ceremonia que haya tenido lugar en la grande y nobilísima ciudad de Huesca. 5
CAPITULO II.—Comienza á aguarse la fiesta. 13
CAPITULO III.—Que por ser todo esperanzas y temores, entretiene y no satisface al curioso lector. 23
CAPITULO IV.—(*Véase la fé de erratas.*)
CAPITULO V.—Llegan las lástimas. 35
CAPITULO VI.—Donde se da cuenta de cierta expedicion que hizo un monge benito á un monasterio para acallar escrúpulos de conciencia. 43
CAPITULO VII.—Que no hace mas sino proseguir la materia del anterior. 51
CAPITULO VIII.—Que no merece leerse por otra cosa, sino porque desata y exclarece algunos nudos y oscuridades, que dejan de sí los precedentes. 61
CAPITULO IX.—De una plática sentimental que pasó entre el rey D. Ramiro, de buena memoria, y la hermosa doña Inés de Poitiers. . . . 69
CAPITULO X.—Sirve para dar tiempo al tiempo, y ocasion á que vengan otros inauditos sucesos. 77
CAPITULO XI.—Donde se ve que los ricos-hombres de aquella edad, no eran tan sufridos como estos que andan ahora. 85
CAPITULO XII.—El cómo Aznar Garcés era hombre que solia hallar todas las puertas abiertas. 97
CAPITULO XIII.—Comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero D. Ramiro de Aragon, y su escudero Aznar Garcés. 107
CAPITULO XIV.—Que si no es de los mas largos, de los mas singulares que haya en esta historia. 117
CAPITULO XV.—De un miedo muy grande que probó Dios á cierto buen caballero, y cómo este se dispuso á recobrar su honra con grandes hazañas. 123

CAPITULO XVI.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla, que no fuera para creida si por tan autorizado conducto no viniera, como es el cronista de esta historia. 137
CAPITULO XVII.—Prosiguen las pláticas y aventuras. 147
CAPITULO XVIII.—Descríbese un festin. 157
CAPITULO XIX.—Qué cosa era ser buen rey en el siglo XIII, y cómo puede convenirle á un rey saber latines. 173
CAPITULO XX.—De los escrúpulos que tuvo el piadoso D. Ramiro con ocasion de una mentira, y cómo hizo penitencia de su pecado. . . . 185
CAPITULO XXI.—Donde se ve que el cronista muzárabe no echaba en olvido las cosas de la grande y nobilísima ciudad de Huesca. 193
CAPITULO XXII.—Como Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas. 205
CAPITULO XXIII.—Que ni los de la montaña, ni los de la ciudad eran hombres que cediesen de sus propósitos. 217
CAPITULO XXIV.—Donde se preparan y entreven los sucesos que, andando capítulos, han de poner fin á esta historia. 229
CAPITULO XXV.—Como es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada. 241
CAPITULO XXVI.—Que Aznar no dejaba de acudir á las citas de amor. . 251
CAPITULO XXVII.—Que Aznar Garcés, con ser tan rudo, sabia fundir campanas de muy gran sonido. 259
CAPITULO XXVIII.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y, así como al descuido, se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora. 271
CAPITULO XXIX.—El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si el cronista de esta historia lo hubiera escrito mejor. . . . 281
CAPITULO XXX.—Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne: es leccion cristiana, que no deja de hallar aquí algun apoyo y ejemplo. 291
CAPITULO XXXI.—Donde se habla de un famoso reto y desafío que, cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca. 297
CAPITULO XXXII.—Donde se ve, tan claro como la luz, que estuvieron bien muertos los ricos-hombres. 307
CAPITULO XXXIII.—Que trata de cosas místicas: es notable por ser el último de todos 315
CONCLUSION.—De algunas averiguaciones y descubrimientos, que no estarian de mas en la crónica. 321

ERRATAS.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
30	15	entregarse tranquilamente. . . .	entregarse tranquilamente al sueño.
35		CAPITULO V.	CAPITULO IV. Y asi sucesivamente, por haberse saltado este número.
39	5	un	uno
49	20	ni es, parte.	ni es parte,
69		CAPITULO XI.	CAPITULO IX.
73	3	jurarla ó reconocerla por reina.	jurarle ó reconocerle por rey.
73	5	La misma alteracion.	
109	34	Empareja con el primer párrafo de la siguiente página, y desaparece el guion por ser todo ello plática continuada de un mismo personaje.	
152	30	estendia.	estendian
158	15	de su.	de ser
161	28	apoderarse de por.	apoderarse por
171	4	hablar.	hablad
173	4	llevad vos la caja al coro.	llevad vos la capa al coro
174	33	¡Viva el conde Barcelona!	¡Viva el conde de Barcelona!
175	20	entiende el conde Barcelona. . .	entiende el conde de Barcelona
190	16	Rosicler.	rosicler
202	31	sostenian, aun otras leyes. . . .	sostenian aun, otras leyes
283	21	desaperecer	desaparecer

Pagina. Linea.

30 15

35

Esta novela histórica va precedida de un prólogo escrito por el Excelentísimo Sr. D. Serafin E. Calderon, y adornada con cuatro preciosas láminas, que representan las escenas mas importantes, y consta de 350 páginas. El precio de cada ejemplar es 16 rs. en Madrid, 20 en provincias, y 40 en Ultramar, franco el porte.

OBRAS COMPLETAS E ILUSTRADAS DEL DUQUE DE RIVAS, *corregidas y aumentadas por el mismo.*

Están de venta los tomos I, II y III, que contienen: el I, sus poesías y poemas cortos, y la biografía del autor, escrita por D. Nicomedes Pastor Diaz, y va precedido de un prólogo editorial, escrito por el Sr. D. Manuel Cañete; el II, el *Moro expósito*, con sus notas, al que precede un prólogo, escrito por el Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, y el III los *Romances históricos y Leyendas*, con prólogo del autor y del Sr. D. Eugenio de Ochoa.

Está en prensa el tomo IV que contendrá el teatro, con los dramas, al que precede un prólogo, escrito por el Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco.

El V y último contendrá *La conjuracion de Massaniello*, viajes, artículos de costumbres, y discursos mas notables académicos y parlamentarios, con prólogo, escrito por el Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch.

Sigue abierta la suscricion á las *Obras completas del Duque de Rivas*, costando cada tomo 25 rs. en Madrid, 30 en provincias, 38 en el extranjero, y 50 en Ultramar, franco el porte.

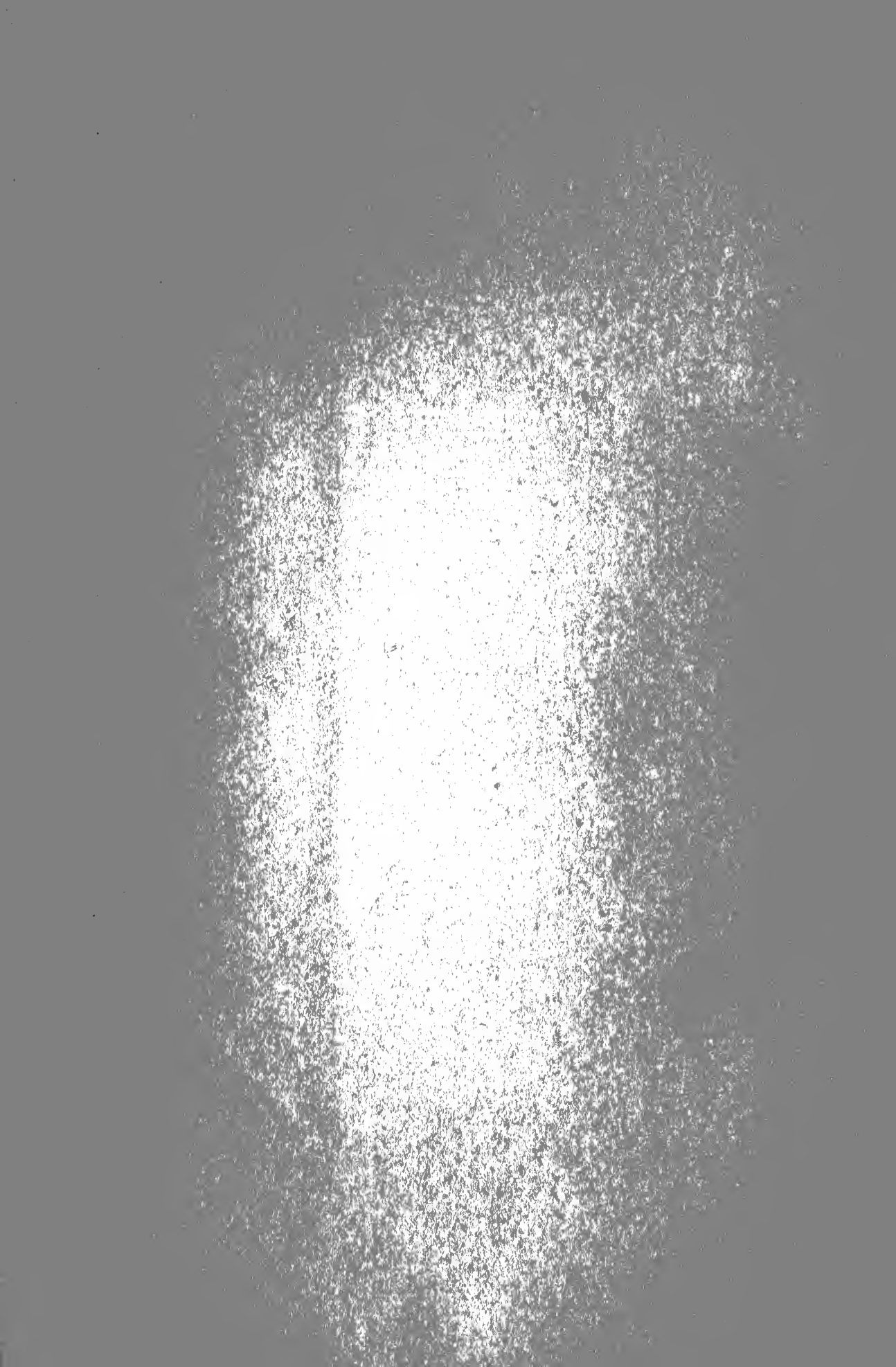
REYES CONTEMPORANEOS, *compendio histórico filosófico de todas las monarquías, con las biografías de todos los reyes y príncipes reinantes, hasta el dia, obra ilustrada con los retratos de cuerpo entero de todos los reyes, reinas y príncipes herederos.*

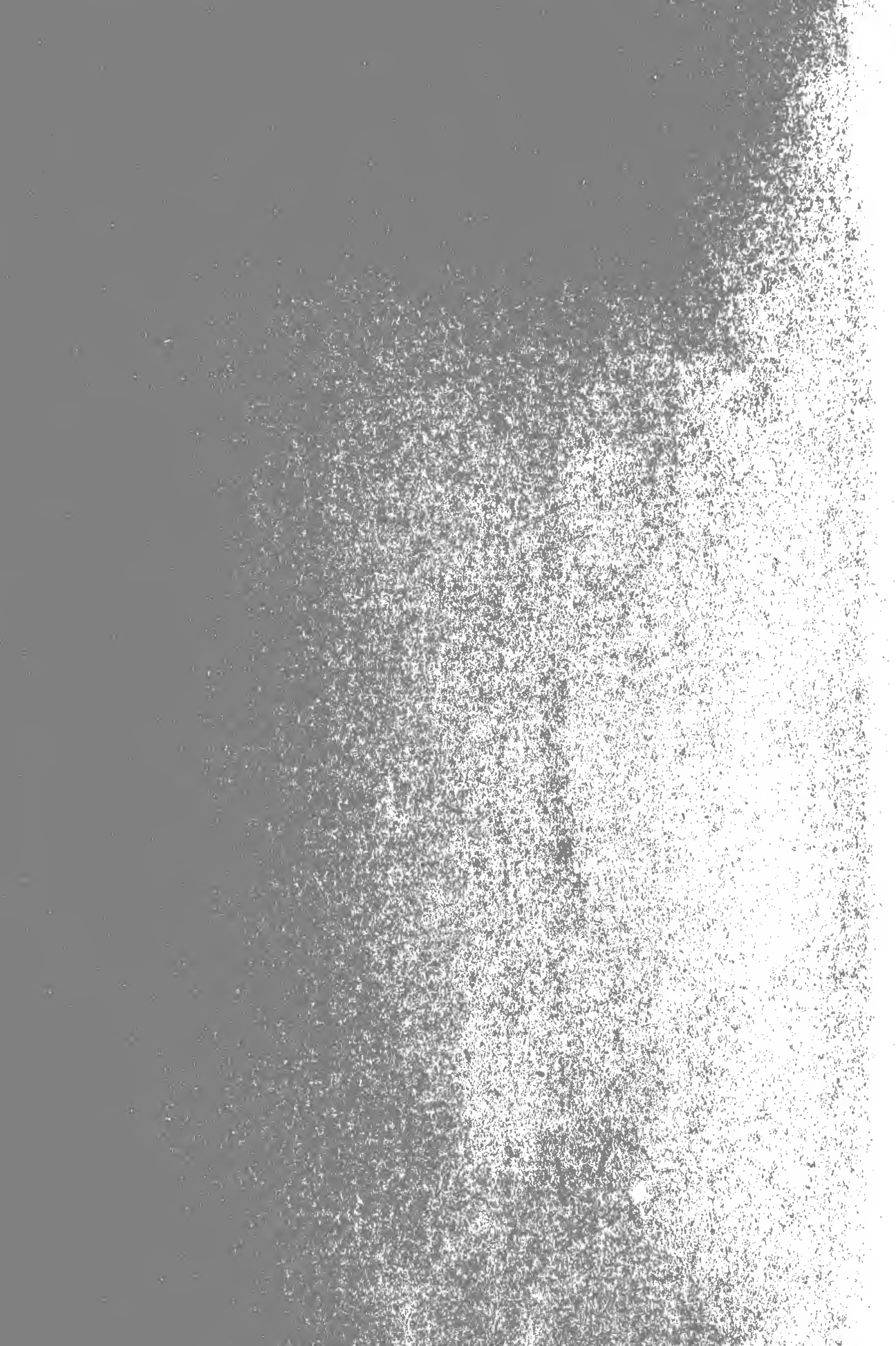
Van publicados los tomos I y II: el I consta de 48 entregas, y el II de 46; y del III y último de esta interesante obra, se ha repartido la entrega 12, que comprende el compendio de la historia del reino de Bélgica.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION. Esta obra sale por entregas de ocho pájinas de impresion con un retrato, ó de diez y seis sin él; costando cada una 4 reales en Madrid, 5 en provincias, y 6 en el extranjero y Ultramar, franco el porte.

Al final de la obra se dará gratis á los señores suscritores un retrato de cuerpo entero de S. M. la Reina en traje de ceremonia.

PUNTOS DE SUSCRICION Á LAS EXPRESADAS OBRAS. Madrid: en la administracion, calle de las Infantas, núm. 17, bajo, y en las librerías de Monier, calle de la Victoria, y la Publicidad, pasaje de Matheu: en provincias, en casa de todos los corresponsales de la obra REYES CONTEMPORANEOS, y en la de todos los corresponsales de los periódicos que se publican en esta córte.





LS
C2276c
331460
Author Cánovas del Castillo, Antonio
Title La campana de Huesca.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED